

HOMENAJE
A
CATALUÑA



GEORGE ORWELL

Título original: HOMAGE TO CATALONIA, 1938

George Orwell

Traducción: Virus Editorial

Diario El País S.L., 2003

Libro ofrecido por PideTuLibro

www.pidetulibro.com.ar

Maquetación:

Demófilo



Biblioteca Omegalfa

2019

Ω

ÍNDICE

1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
Apéndice 1	111
Apéndice 2	127

*«Nunca respondas al necio con forme a su necesidad,
para no hacerte como él. Responde al necio según
su necesidad, para que no se tenga por sabio.»*

Proverbios XXVI, 4—5

1

En los Cuarteles Lenin de Barcelona, el día antes de ingresar en la milicia, vi a un miliciano italiano de pie frente a la mesa de los oficiales.

Era un joven de veinticinco o veintiséis años, de aspecto rudo, cabello amarillo rojizo y hombros poderosos. Su gorra de visera de cuero estaba fieramente inclinada sobre un ojo. Lo veía de perfil, la barbilla contra el pecho, contemplando con expresión de desconcierto el mapa que uno de los oficiales había desplegado sobre la mesa. Algo en su rostro me conmovió profundamente: era el rostro de un hombre capaz de matar y de dar su vida por un amigo, la clase de rostro que uno esperaría encontrar en un anarquista, aunque casi con seguridad era comunista. Había a la vez candor y ferocidad en él, y también la conmovedora reverencia que los individuos ignorantes sienten hacia aquellos que suponen superiores. Evidentemente, no entendía nada del mapa, y parecía que consideraba su lectura como una estúpida hazaña intelectual. Casi no puedo explicármelo, pero rara vez he conocido a alguien por quien experimentara una simpatía tan inmediata. Mientras charlaban alrededor de la mesa, una observación puso de manifiesto mi origen extranjero. El italiano levantó la cabeza y preguntó rápidamente:

—¿Italiano?

Yo respondí en mi mal español:

—No, inglés. ¿Y tú?

—Italiano.

Cuando íbamos a salir, cruzó la habitación y me apretó con fuerza la mano. ¡Resulta extraño cuánto afecto se puede sentir por un desconocido! Fue como si su espíritu y el mío

hubieran logrado momentáneamente salvar el abismo del lenguaje y la tradición y unirse en absoluta intimidad. Deseé que sintiera tanta simpatía por mí como yo por él. Pero sabía que para conservar esa primera impresión no debía volver a verlo, y así ocurrió en efecto. Uno siempre establecía contactos de ese tipo en España.

Menciono a este miliciano porque su figura se ha mantenido muy viva en mi memoria. Con su raído uniforme y su rostro feroz y patético simboliza para mí la atmósfera especial de aquella época. Permanece asociado a todos mis recuerdos de aquel período de la guerra: las banderas rojas en Barcelona, los largos trenes que se arrastraban hacia el frente repletos de soldados zarrapastrosos, las ciudades grises agobiadas por la guerra a lo largo de la línea de fuego, las trincheras heladas y fangosas en las montañas.

Esto ocurría hace menos de siete meses, a finales de diciembre de 1936, no obstante lo cual me parece que aquel período pertenece ya a un pasado remoto. Acontecimientos posteriores lo han esfumado hasta tal punto que podría situarlo en 1935, y hasta en 1905. Había viajado a España con el proyecto de escribir artículos periodísticos, pero ingresé en la milicia casi de inmediato, porque en esa época y en esa atmósfera parecía ser la única actitud concebible. Los anarquistas seguían manteniendo el control virtual de Cataluña, y la revolución estaba aún en pleno apogeo. A quien se encontrara allí desde el comienzo probablemente le parecería, incluso en diciembre o en enero, que el período revolucionario estaba tocando a su fin; pero viniendo directamente de Inglaterra, el aspecto de Barcelona resultaba sorprendente e irresistible. Por primera vez en mi vida, me encontraba en una ciudad donde la clase trabajadora llevaba las riendas. Casi todos los edificios, cualquiera que fuera su tamaño, estaban en manos de los trabajadores y cubiertos con banderas rojas o

con la bandera roja y negra de los anarquistas; las paredes ostentaban la hoz y el martillo y las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todos los templos habían sido destruidos y sus imágenes, quemadas. Por todas partes, cuadrillas de obreros se dedicaban sistemáticamente a demoler iglesias. En toda tienda y en todo café se veían letreros que proclamaban su nueva condición de servicios socializados; hasta los limpiabotas habían sido colectivizados y sus cajas estaban pintadas de rojo y negro. Camareros y dependientes miraban al cliente cara a cara y lo trataban como a un igual. Las formas serviles e incluso ceremoniosas del lenguaje habían desaparecido. Nadie decía señor, o don y tampoco usted; todos se trataban de «camarada» y «tú», y decían ¡salud! en lugar de buenos días. La ley prohibía dar propinas desde la época de Primo de Rivera; tuve mi primera experiencia al recibir un sermón del gerente de un hotel por tratar de dársela a un ascensorista. No quedaban automóviles privados, pues habían sido requisados, y los tranvías y taxis, además de buena parte del transporte restante, ostentaban los colores rojo y negro. En todas partes había murales revolucionarios que lanzaban sus llamaradas en límpidos rojos y azules, frente a los cuales los pocos carteles de propaganda restantes semejabán manchas de barro. A lo largo de las Ramblas, la amplia arteria central de la ciudad constantemente transitada por una muchedumbre, los altavoces hacían sonar canciones revolucionarias durante todo el día y hasta muy avanzada la noche. El aspecto de la muchedumbre era lo que más extrañeza me causaba. Parecía una ciudad en la que las clases adineradas habían dejado de existir. Con la excepción de un escaso número de mujeres y de extranjeros, no había gente «bien vestida»; casi todo el mundo llevaba tosca ropa de trabajo, o bien monos azules o alguna variante del uniforme miliciano. Ello resultaba extraño y conmovedor. En todo esto había mucho

que yo no comprendía y que, en cierto sentido, incluso no me gustaba, pero reconocí de inmediato la existencia de un estado de cosas por el que valía la pena luchar. Asimismo, creía que los hechos eran tales como parecían, que me hallaba en realidad en un Estado de trabajadores, y que la burguesía entera había huido, perecido o se había pasado por propia voluntad al bando de los obreros; no me di cuenta de que gran número de burgueses adinerados simplemente esperaban en las sombras y se hacían pasar por proletarios hasta que llegara el momento de quitarse el disfraz.

Además de todo esto, se vivía la atmósfera enrarecida de la guerra. La ciudad tenía un aspecto desordenado y triste, las aceras y los edificios necesitaban reparaciones, de noche las calles se mantenían poco alumbradas por temor a los ataques aéreos, la mayoría de las tiendas estaban casi vacías y poco cuidadas. La carne escaseaba y la leche prácticamente había desaparecido; faltaba carbón, azúcar y gasolina, y el pan era casi inexistente. En esos días las colas para conseguir pan alcanzaban a menudo cientos de metros. Sin embargo, por lo que se podía juzgar, hasta ese momento la gente se mantenía contenta y esperanzada. No había desocupación y el costo de la vida seguía siendo extremadamente bajo; casi no se veían personas manifiestamente pobres y ningún mendigo, exceptuando a los gitanos. Por encima de todo, existía fe en la revolución y en el futuro, un sentimiento de haber entrado de pronto en una era de igualdad y libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes de la máquina capitalista. En las barberías (los barberos eran en su mayoría anarquistas) había letreros donde se explicaba solemnemente que los barberos ya no eran esclavos. En las calles, carteles llamativos aconsejaban a las prostitutas cambiar de profesión. Para cualquier miembro de la civilización endurecida y burlona de los

pueblos de habla inglesa había algo realmente patético en la literalidad con que estos españoles idealistas tomaban las gastadas frases de la revolución. En esa época las canciones revolucionarias del tipo más ingenuo, todas ellas relativas a la hermandad proletaria y a la perversidad de Mussolini, se vendían por pocos céntimos. A menudo vi a milicianos casi analfabetos que compraban una, la deletreaban trabajosamente y comenzaban a cantarla con alguna melodía adecuada.

Durante todo ese tiempo yo me encontraba en los Cuarteles Lenin con el objetivo, según manifestaban, de recibir una preparación militar. Al unirme a la milicia, me informaron de que sería enviado al frente al día siguiente, pero, en realidad, tuve que esperar hasta que una nueva centuria estuviera lista. Las milicias de trabajadores, apresuradamente reclutadas entre los sindicatos al comienzo de la guerra, aún no habían sido organizadas sobre una base militar común. Las unidades de comando eran la «sección», compuesta por unos treinta hombres, la centuria, por alrededor de cien, y la «columna» que, en la práctica, significaba cualquier número grande de milicianos. Los cuarteles eran un conjunto de espléndidos edificios de piedra, con una escuela de equitación y enormes patios adoquinados; habían sido cuarteles de caballería y fueron tomados durante las luchas de julio. Mi centuria dormía en uno de los establos, junto a los pesebres, donde aún estaban inscritos los nombres de los corceles militares. Todos los caballos habían sido enviados al frente, pero el lugar todavía olía a orín y avena podrida. Estuve en los cuarteles alrededor de una semana. Lo que más recuerdo es el olor a caballo, los temblorosos toques de corneta (nuestros cornetistas eran aficionados y no aprendí los toques españoles hasta que los escuché desde fuera de las líneas fascistas), el sonido de las botas claveteadas en el patio, los largos desfiles matutinos bajo

el sol invernal y los locos partidos de fútbol, con cincuenta jugadores por cada equipo, sobre la grava de la escuela de equitación. Éramos unos mil hombres y una veintena de mujeres, aparte de las esposas de milicianos que se encargaban de cocinar. Todavía quedaban algunas milicianas, pero no muchas. En las primeras batallas pareció natural que lucharan junto a los hombres; siempre sucede eso en tiempos de revolución. Pero las ideas ya habían empezado a cambiar. A los milicianos les estaba prohibido acercarse a la escuela de equitación mientras las mujeres se ejercitaban, porque se reían y burlaban de ellas. Pocos meses antes nadie hubiera encontrado nada cómico en una mujer con un fusil en la mano.

Los cuarteles se hallaban en un estado general de suciedad y desorden. Lo mismo ocurría en cuanto edificio ocupaba la milicia, y parecía constituir uno de los subproductos de la revolución. En todos los rincones había pilas de muebles destrozados, monturas rotas, cascos de bronce, vainas de sables y alimentos en putrefacción. Era enorme el desperdicio de comida, en especial de pan. En nuestro barracón se tiraba después de cada comida una canasta llena de pan, hecho lamentable si se piensa que la población civil carecía de él. Comíamos en largas mesas montadas sobre caballetes en escudillas de hojalata siempre grasientas, y bebíamos de una cosa espantosa llamada porrón. El porrón es una especie de botella de vidrio con un pico fino del cual sale un delgado chorro de vino al inclinarla. De este modo resulta posible beber desde lejos, sin tocarlo con los labios, y pasarlo de mano en mano. Me declaré en huelga y exigí un vaso en cuanto vi cómo se usaba el porrón. Para mi gusto, se parecían demasiado a los orinales de cama de vidrio, sobre todo cuando estaban llenos de vino blanco.

Poco a poco se iban proporcionando uniformes a los reclutas, pero, como estábamos en España, todo se hacía

de manera fragmentaria, de modo que nunca se sabía bien qué había recibido cada uno, y varias de las cosas más necesarias, como cartucheras y cargas de municiones, no se distribuyeron hasta el último momento, cuando el tren aguardaba para llevarnos al frente. He hablado del «uniforme» de la milicia, lo cual probablemente produzca una impresión errónea. No se trataba en verdad de un uniforme: quizá «multiforme» sería un término más adecuado. La ropa de cada miliciano respondía a un plan general, pero nunca era por completo igual a la de nadie. Prácticamente todos los miembros del ejército usaban pantalones de pana, y allí concluía la uniformidad. Algunos usaban polainas de cuero o pana, y otros, botines de cuero o botas altas. Todos llevábamos chaquetas de cremallera, de las cuales unas eran de cuero, otras de lana y ninguna de un mismo color. Las clases de gorras eran casi tan numerosas como quienes las llevaban. Se acostumbraba adornar la parte delantera de la gorra con una insignia partidista y, además, casi todos llevaban un pañuelo rojo o rojinegro alrededor del cuello. Una columna de milicia en esa época ofrecía un aspecto realmente extraordinario. Las ropas se distribuían a medida que salían de una u otra fábrica y, a decir verdad, no eran malas teniendo en cuenta las circunstancias. Con todo, las camisetas y los calcetines eran prendas de un algodón malísimo, totalmente inútiles contra el frío. Me espanta pensar en lo que los milicianos deben de haber soportado durante los primeros meses, antes de que las cosas comenzaran a organizarse. Recuerdo haber leído un periódico de sólo un par de meses antes, en el cual uno de los dirigentes del POUM, después de una visita al frente, manifestó que trataría de que «todo miliciano tuviera una manta». Una frase capaz de producir escalofríos a quien ha dormido alguna vez en una trinchera.

Durante mi segundo día en los cuarteles se dio comienzo a

lo que paradójicamente se llamaba «instrucción». Al principio hubo escenas de gran confusión. Los reclutas eran en su mayor parte muchachos de dieciséis o diecisiete años, procedentes de los barrios pobres de Barcelona, llenos de ardor revolucionario pero completamente ignorantes respecto a lo que significaba una guerra. Resultaba imposible conseguir que formaran en fila. La disciplina no existía; si a un hombre no le gustaba una orden, se adelantaba y discutía violentamente con el oficial. El teniente que nos instruía era un hombre joven, robusto y de rostro fresco y agradable. Había pertenecido al ejército y los modales y un elegante uniforme le hacían conservar el aspecto de un oficial de carrera. Resulta curioso que fuera un socialista sincero y ardiente. Insistía, aún más que los mismos soldados, en una completa igualdad social entre todos los grados. Recuerdo su dolorida sorpresa cuando un recluta ignorante se dirigió a él llamándolo señor. «¡Qué! ¡Señor! ¿Quién me llama señor? ¿Acaso no somos todos camaradas?» No creo que esto facilitara su tarea.

En realidad, los reclutas novatos no recibían adiestramiento militar alguno que pudiera servirles para algo. Se me había dicho que los extranjeros no estaban obligados a tomar parte en la «instrucción» (observé que los españoles tenían la conmovedora creencia de que todos los extranjeros sabían más que ellos sobre asuntos militares), pero, naturalmente, me presenté junto con los demás. Sentía gran ansiedad por aprender a utilizar una ametralladora; era un arma que nunca había tenido oportunidad de manejar. Con desesperación descubrí que no se nos enseñaba nada sobre el uso de armas. La llamada instrucción consistía simplemente en ejercicios de marcha del tipo más anticuado y estúpido: giro a la derecha, giro a la izquierda, media vuelta, marcha en columnas de a tres, y todas esas inútiles tonterías que aprendí cuando tenía

quince años. Era una forma realmente extraordinaria de adiestrar a un ejército de guerrillas. Evidentemente, si se cuenta con sólo pocos días para adiestrar a un soldado, deben enseñársele las cosas que le serán más necesarias: cómo ocultarse, cómo avanzar por campo abierto, cómo montar guardia y construir un parapeto y, por encima de todo, cómo utilizar las armas. No obstante, esa multitud de criaturas ansiosas que serían arrojadas a la línea del frente casi de inmediato no aprendían ni siquiera a disparar un fusil o a quitar el seguro de una granada. En esa época ignoraba que el motivo de este absurdo era la total carencia de armas. En la milicia del POUM la escasez de fusiles era tan desesperante que las tropas recién llegadas al frente no disponían sino de los fusiles utilizados hasta ese momento por las tropas a las que relevaban. En todos los Cuarteles Lenin creo que no había más fusiles que los utilizados por los centinelas.

Al cabo de unos pocos días, aunque seguíamos siendo un grupo caótico de acuerdo con cualquier criterio sensato, se nos consideró aptos para aparecer en público. Por las mañanas nos dirigíamos hasta los jardines de la colina situada más allá de la Plaza de España, que todas las milicias de partido, además de los carabineros y los primeros contingentes del recientemente formado Ejército Popular compartían para su adiestramiento. Allí, el espectáculo resultaba extraño y alentador. En cada sendero y en cada callejuela, entre los ordenados arriates de flores, se veían escuadras y compañías de hombres que marchaban erguidos de un lado para otro, sacando pecho y tratando desesperadamente de parecerse a soldados. Todos ellos carecían de armas y ninguno tenía el uniforme completo, aunque en la mayoría podía reconocerse fragmentariamente el atuendo del miliciano. Durante tres horas trotábamos de un lado a otro (el paso de marcha español es muy corto y rápido), luego nos deteníamos,

rompíamos filas y nos lanzábamos sedientos sobre una pequeña tienda de ultramarinos, a media cuesta, que estaba haciendo una —fortuna vendiéndonos vino barato. Los españoles se mostraban cordiales conmigo. Dada mi condición de inglés, yo constituía una especie de curiosidad, y los oficiales de carabineros estaban por mí y me pagaban la bebida. Mientras tanto, siempre que se me presentaba la oportunidad acorralaba a nuestro teniente y le pedía a gritos que me instruyera en el uso de una ametralladora. Solía sacar del bolsillo mi diccionario luego y lo asediaba en mi execrable español:

—Yo sé manejar fusil. No sé manejar ametralladora. Quiero aprender ametralladora. ¿Cuándo vamos aprender ametralladora?

La respuesta era invariablemente una sonrisa cansada y una promesa de que habría instrucción de ametralladoras mañana. Por supuesto, mañana nunca llegaba. Transcurridos varios días, los reclutas aprendieron a marcar el paso, a ponerse firmes casi de inmediato, pero apenas si sabían de qué extremo del fusil sale la bala. Cierta vez, un carabinero se acercó a nosotros mientras hacíamos un alto y nos permitió examinar el suyo. Resultó que, en toda mi sección, nadie, salvo yo, sabía siquiera cargar el arma y mucho menos apuntar con ella.

Durante ese tiempo yo tenía muchas dificultades con el idioma español. Además de mí, sólo había un inglés en los cuarteles, y nadie, ni siquiera entre los oficiales, sabía una palabra de francés. No sirvió para facilitarme las cosas el hecho de que, cuando mis compañeros hablaban entre sí, lo hicieran por lo general en catalán. Sólo podía desenvolverme llevando a todas partes un pequeño diccionario que sacaba del bolsillo en los momentos de crisis. Pero prefiero ser extranjero en España y no en cualquier otro país. ¡Qué fácil resulta hacer amigos en España! Al cabo de uno o dos

días, había una veintena de milicianos que me llamaban por mi nombre de pila, me enseñaban secretos y triquiñuelas y me abrumaban con su amistad.

No escribo un libro de propaganda y no deseo idealizar la milicia del POUM. El sistema de la milicia presentaba serios fallos, y los hombres mismos dejaban mucho que desear, pues en esa época el reclutamiento voluntario comenzaba a disminuir y muchos de los mejores hombres ya se encontraban en el frente o habían muerto. Siempre había entre nosotros un cierto porcentaje de individuos completamente inútiles. Muchachos de quince años eran traídos por sus padres para que fueran alistados, evidentemente por las diez pesetas diarias que constituían la paga del miliciano y, también, a causa del pan que, como tales, recibían en abundancia y podían llevar a sus hogares. Desafío a cualquiera a verse sumergido, como me ocurrió a mí, entre la clase obrera española —quizá debería decir la clase obrera catalana, pues aparte de unos pocos aragoneses y andaluces sólo tuve contacto con catalanes— y a no sentirse conmovido por su decencia esencial y, sobre todo, por su franqueza y generosidad. La generosidad de un español, en el sentido corriente de la palabra, a veces resulta casi embarazosa. Si uno le pide un cigarrillo, te obliga a aceptar todo el paquete. Y más allá de eso, existe generosidad en un sentido más profundo, una verdadera amplitud de espíritu que he encontrado una y otra vez en las circunstancias menos promisorias. Algunos periodistas y otros extranjeros que viajaron por España han declarado que, en el fondo, los españoles se sentían amargamente heridos por la ayuda extranjera. Sólo puedo decir que nunca observé nada por el estilo. Recuerdo que unos pocos días antes de dejar los cuarteles, un grupo de hombres regresó del frente de permiso. Hablaban con excitación acerca de sus experiencias y manifestaban una fervorosa admiración por las tropas francesas que habían

luchado junto a ellos en Huesca. Los franceses eran muy valientes, afirmaban, y agregaban entusiasmados: Más valientes que nosotros. Desde luego, manifesté mi desacuerdo, pero me explicaron que los franceses sabían más sobre el arte de la guerra, eran más expertos en las granadas, las ametralladoras y demás. El comentario resulta significativo. Un inglés se cortaría una mano antes de decir algo semejante.

Los extranjeros que servían en la milicia empleaban su primera semana en aprender a amar a los españoles y en exasperarse ante algunas de sus características. En el frente, mi propia exasperación alcanzó algunas veces el nivel de la furia. Los españoles son buenos para muchas cosas, pero no para hacer la guerra. Los extranjeros se sienten consternados por igual ante su ineficacia, sobre todo ante su enloquecedora impuntualidad. La única palabra española que ningún extranjero puede dejar de aprender es mañana. Toda vez que resulta humanamente posible, los asuntos de hoy se postergan para mañana; sobre esto, incluso los españoles hacen bromas. Nada en España, desde una comida hasta una batalla, tiene lugar a la hora señalada. Como regla general, las cosas ocurren demasiado tarde, pero, ocasionalmente —de modo que uno ni siquiera puede confiar en esa costumbre—, acontecen demasiado temprano. Un tren que debe partir a las ocho, normalmente lo hace en cualquier momento entre las nueve y las diez, pero quizá una vez por semana, gracias a algún capricho del maquinista sale a las siete y media. Tales cosas pueden resultar un poquito pesadas. En teoría, admiro a los españoles por no compartir la neurosis del tiempo, típica de los hombres del norte; pero, por desgracia, ocurre que yo mismo la comparto.

Después de interminables rumores, mañanas y demoras, de pronto, con dos horas de anticipación, cuando todavía nos

faltaba recibir buena parte del equipo, nos dieron la orden de partir hacia el frente. Hubo terribles tumultos en el depósito de intendencia y muchísimos hombres tuvieron que irse con el equipo incompleto. Los cuarteles se poblaron súbitamente de mujeres que parecían haber surgido de la nada y que ayudaban a sus hombres a enrollar sus mantas y a preparar sus mochilas. Resultó bastante humillante que una joven española, la esposa de William, el otro miliciano inglés, tuviera que enseñarme a ponerme mi nueva cartuchera de cuero. Era una criatura amable, de ojos oscuros, intensamente femenina, que parecía destinada a pasarse la vida meciendo una cuna; sin embargo, había luchado valerosamente en las batallas callejeras de julio. En ese momento llevaba consigo un bebé, nacido justo diez meses después del estallido de la guerra y que quizá había sido concebido detrás de una barricada.

El tren debía partir a las ocho, y eran más o menos las ocho y diez cuando los oficiales sudorosos y agotados lograron formarnos en el patio. Recuerdo con toda nitidez la escena: el vocerío y la excitación, las banderas rojas flameando a la luz de las antorchas, las filas de milicianos con las mochilas a la espalda y su manta al hombro; los ruidos de las botas y de las escudillas de hojalata; luego un retumbante y finalmente exitoso siseo pidiendo silencio; y después un comisario político, de pie bajo un enorme estandarte rojo, dirigiéndonos un discurso en catalán. Por fin, nos condujeron hasta la estación por el camino más largo —unos seis o siete kilómetros—, a fin de mostrarnos a toda la ciudad. En las Ramblas nos hicieron detener; mientras una banda prestada para la ocasión interpretaba una o dos melodías revolucionarias. Una vez más, la repetida historia del héroe vencedor: gritos y entusiasmo, banderas rojas y banderas rojinegras por doquier; multitudes cordiales cubriendo las aceras para echarnos una

mirada, mujeres saludando desde las ventanas. ¡Qué natural parecía todo entonces!, ¡cuán remoto e improbable ahora! El tren estaba tan abarrotado que casi no quedaba lugar en el suelo, por no hablar ya de los asientos. En el último momento, la mujer de William vino corriendo por el andén y nos alcanzó una botella de vino y un poco de ese chorizo colorado que tiene gusto a jabón y produce diarrea. El tren se puso en movimiento lentamente y salió de Barcelona en dirección a la meseta de Aragón a la velocidad normal en tiempo de guerra, algo menor de veinte kilómetros por hora.

2

Barbastro, si bien muy alejada de la línea del frente, tenía un aspecto lúgubre y desolado. Grupos de milicianos de uniformes raídos vagaban por las calles de la ciudad tratando de preservarse del frío. En un muro ruinoso descubrí un cartel del año anterior en el que se anunciaba que «seis extraordinarios toros» serían matados en la arena tal día. ¡Qué tristes eran sus pálidos colores! ¿Dónde estaban ahora los toros y los toreros? Ya ni en Barcelona había corridas. Por algún extraño motivo, los mejores matadores eran fascistas.

Mi compañía fue enviada en camión a Siétamo, y luego hacia el oeste hasta Alcubierre, situada justo detrás del frente de Zaragoza. Siétamo había sido disputada tres veces antes de que los anarquistas terminaran por apoderarse de ella en octubre; la artillería la había reducido en parte a escombros y la mayoría de las casas estaban marcadas por las balas. Nos encontrábamos a quinientos metros sobre el nivel del mar. El frío era riguroso y densos remolinos de niebla parecían surgir de la nada. Entre Siétamo y Alcubierre, el conductor del camión se equivocó de camino (hecho corriente en la guerra) y anduvimos extraviados durante horas entre la niebla. Ya era de noche cuando llegamos a Alcubierre. A través de terrenos pantanosos, alguien nos guió hasta un establo de mulas, donde nos hicimos un hueco sobre las granzas y no tardamos en quedarnos dormidos. Las granzas son bastante buenas para dormir cuando están limpias, no tanto como el heno, pero siempre mejor que la paja. Por la mañana descubrí que el lugar estaba lleno de migas de pan, trozos de periódicos, huesos, ratas muertas y latas vacías.

Ya estábamos cerca del frente, lo bastante cerca como para

sentir el olor característico de la guerra, según mi experiencia, una mezcla de excrementos y alimentos en putrefacción. Alcubierre no había sido bombardeada y su estado era mejor que el de la mayoría de las aldeas cercanas a la línea de fuego. Con todo, creo que ni siquiera en tiempos de paz sería posible viajar por esa parte de España sin sentirse impresionado por la miseria peculiar de las aldeas aragonesas. Están construidas como fortalezas: una masa de casuchas hechas de barro y piedras, apiñadas alrededor de la iglesia. Ni siquiera en primavera se ven flores. Las casas no tienen jardines, sólo cuentan con patios donde flacas aves de corral resbalan sobre lechos de estiércol de mula. El tiempo era malo, con niebla y lluvia alternadas. Con el agua y el tránsito los estrechos caminos de tierra se habían convertido en barrizales, en algunas partes de medio metro de profundidad, por los que las ruedas de los camiones patinaban a gran velocidad y los campesinos conducían sus desvencijados carros tirados por hileras de mulas, a veces de hasta seis animales cada una. El constante ir y venir de las tropas había reducido la aldea a un estado de mugre indescriptible. Ésta no tenía ni había tenido nunca algo similar a un retrete o un albañal. No había ni un solo centímetro cuadrado donde se pudiera pisar sin fijarse dónde se ponía el pie. Hacía ya mucho que la iglesia se utilizaba como letrina, y lo mismo ocurría con los campos en medio kilómetro a la redonda. Al evocar mis primeros dos meses de guerra, nunca puedo evitar el recuerdo de las costras de excrementos que cubrían los bordes de los rastros.

Transcurrieron dos días y aún no nos entregaban los fusiles. Después de visitar el Comité de Guerra y observar la hilera de orificios en la pared —orificios producidos por descargas de fusil, pues allí se ejecutó a varios fascistas— uno ya conocía todo lo que de interesante contiene Alcubierre. El frente estaba evidentemente tranquilo, pues

venían muy pocos heridos. El principal motivo de excitación fue la llegada de desertores fascistas, a quienes se traía bajo custodia. Muchas de las tropas enfrentadas a nosotros en esta parte del frente no eran en absoluto fascistas, sino desgraciados reclutas que estaban haciendo el servicio militar en el momento en que estalló la guerra y que sólo pensaban en escapar. Ocasionalmente, pequeños grupos de ellos trataban de llegar hasta nuestras líneas. Sin duda, muchos más lo habrían hecho si sus parientes no se hubieran encontrado en territorio fascista. Estos desertores eran los primeros fascistas «verdaderos» que yo veía. Me sorprendió que no hubiera entre ellos y nosotros ninguna diferencia, con la excepción de que usaban monos de color caqui. Siempre llegaban muertos de hambre, lo cual era bastante natural después de estar ocultos uno o dos días en tierra de nadie, pero en cada oportunidad se señalaba ese hecho con tono triunfal como prueba de que las tropas enemigas estaban famélicas. Y en cierto modo constituían un espectáculo penoso: un muchacho alto, de unos veinte años, de piel muy curtida por el viento, con la ropa convertida en harapos, en cuclillas junto al fuego, engullía un plato de estofado a una velocidad desesperada, mientras sus ojos recorrían nerviosamente el círculo de milicianos que lo observaban. Seguía creyendo, supongo, que éramos «rojos» sedientos de sangre y que lo fusilaríamos en cuanto hubiera terminado de comer. El miliciano armado que lo vigilaba le acariciaba el hombro tranquilizadamente. En cierto día memorable, quince desertores llegaron de una sola tanda. Un individuo, montado en un caballo blanco, los conducía triunfalmente a través de la aldea. Me las ingenié para sacar una fotografía que — resultó bastante borrosa y que más tarde me robaron.

En nuestra tercera mañana en Alcubierre llegaron los fusiles. Un sargento de rostro rudo y amarillento los distribuyó en el establo de mulas. Estuve a punto de

desmayarme cuando vi el trasto que me entregaron. Era un máuser alemán fechado en 1896; ¡tenía más de cuarenta años! Estaba oxidado, tenía la guarnición de madera rajada y el cerrojo trabado y el cañón corroído e inutilizable. La mayoría de los fusiles eran igual de malos, algunos de ellos incluso peores, y no se hizo el menor intento de asignar las mejores armas a los hombres que sabían utilizarlas. El más eficaz de los fusiles, de sólo diez años de antigüedad, fue entregado a una bestezuela de quince años a quien todos conocían como el «maricón». El sargento dio cinco minutos de una «instrucción» que consistió en explicar cómo se carga el fusil y cómo se desarma el cerrojo. Muchos de los milicianos nunca habían tenido un fusil en las manos, y supongo que muy pocos sabían para qué servía la mira. Se distribuyeron cartuchos, cincuenta por hombre; luego formamos fila, nos colocamos las mochilas a la espalda y partimos hacia el frente, situado a unos cinco kilómetros.

La centuria, ochenta hombres y varios perros, avanzó desordenadamente por la carretera. Cada compañía de la milicia contaba por lo menos con un perro en calidad de mascota. El desgraciado animal que marchaba con nosotros tenía marcadas a fuego las iniciales POUM en letras enormes, y trotaba a nuestra vera como si tuviera conciencia de que su aspecto no era del todo normal. A la cabeza de la columna, junto a la bandera roja, el robusto comandante belga, Georges Kopp, montaba un caballo negro; un poco más adelante, un jovenzuelo de la milicia montada hacía caracolear su caballo, subiendo al galope todas las cuestas y adoptando actitudes pintorescas en las partes más altas. Los espléndidos corceles de la caballería española, capturados en grandes cantidades al comienzo de la revolución, fueron entregados a los milicianos, pero éstos parecían empeñados en conducirlos a una rápida muerte por agotamiento.

La carretera avanzaba entre campos yermos y amarillos, intactos desde la cosecha del año anterior. Ante nosotros se levantaba la sierra baja situada entre Alcubierre y Zaragoza. Ya nos acercábamos al frente, a las granadas, las ametralladoras y el barro. Secretamente, sentía miedo. Sabía que la línea estaba tranquila en ese momento, pero, a diferencia de la mayoría de los hombres que me rodeaban, tenía edad suficiente como para recordar la Gran Guerra, aunque no bastante como para haber luchado en ella. Para mí la guerra significaba estruendo de proyectiles y fragmentos de acero saltando por los aires; pero, por encima de todo, significaba lodo, piojos, hambre y frío. Es curioso, pero temía el frío mucho más que al enemigo. Este temor me había perseguido durante toda mi estancia en Barcelona; incluso había permanecido despierto durante las noches imaginando el frío de las trincheras, las guardias en las madrugadas grises, las largas horas de centinela con un fusil helado, el barro que se deslizaba dentro de mis botas. Asimismo, admito que experimentaba una suerte de horror al contemplar a los hombres junto a quienes marchaba. Resulta difícil concebir un grupo más desastroso de gente. Nos arrastrábamos por el camino con mucha menos cohesión que una manada de ovejas; antes de avanzar cuatro kilómetros, la retaguardia de la columna se había perdido de vista. La mitad de esos llamados «hombres» eran criaturas, realmente criaturas, de dieciséis años como máximo. Sin embargo, todos se sentían felices y excitados ante la perspectiva de llegar por fin al frente. A medida que nos acercábamos a la línea de fuego, los muchachos que rodeaban la bandera roja en la vanguardia comenzaron a dar gritos de «¡Visca POUM!», «¡Fascistas maricones!» y otros por el estilo; gritos que tenían como fin dar una impresión agresiva y amenazadora pero que, al salir de esas gargantas infantiles, sonaban tan patéticos como el llanto de los gatitos. Parecía increíble que los

defensores de la República fueran esa turba de chicos zarrapastrosos, armados con fusiles antiquísimos que no sabían usar. Recuerdo haberme preguntado si de pasar un aeroplano fascista por el lugar, el piloto se hubiera molestado siquiera en descender y disparar su ametralladora. Sin duda, desde el aire podría haberse dado cuenta de que estábamos lejos de ser verdaderos soldados.

Cuando la carretera comenzó a internarse en la sierra, doblamos hacia la derecha y trepamos por un estrecho sendero de mulas que ascendía por la ladera de la montaña. En esa región de España las colinas tienen una formación curiosa, en forma de herradura, con cimas planas y laderas muy empinadas que descienden hacia inmensos barrancos. En los lugares más altos no crece nada, excepto brezos y arbustos achaparrados entre los que asoman los huesos blancos de la piedra caliza. Allí el frente no era una línea continua de trincheras, lo cual hubiera resultado imposible en un terreno tan montañoso, sino simplemente una cadena de puestos fortificados, conocidos siempre como «posiciones», colgados en la cumbre de cada colina. En la distancia podía verse nuestra «posición» en la cresta de la herradura: una barricada irregular de sacos de arena, una bandera roja ondeando y el humo de las fogatas. Un poco más cerca, ya se percibía un hedor dulzón, nauseabundo, que se mantuvo en mis narices durante semanas. Inmediatamente detrás de la posición, en una grieta, se habían arrojado los desperdicios de meses: un profundo y supurante lecho de restos de pan, excrementos y latas herrumbrosas.

La compañía a la que relevábamos se encontraba recogiendo su equipo. Los hombres habían permanecido en el frente durante tres meses; casi todos lucían largas barbas, tenían los uniformes cubiertos de barro y las botas destrozadas. El capitán a cargo de la posición salió arrastrándose de su refugio y nos saludó. Se llamaba

Levinski, pero todos lo conocían por Benjamín, y aunque era un judío polaco hablaba francés como si fuera su lengua materna. Era un joven bajo, de unos veinticinco años, de cabello negro y recio y un rostro pálido y ansioso, siempre sucio en ese periodo de la guerra. Unas pocas balas perdidas silbaban muy por encima de nuestras cabezas. La posición era un recinto semicircular de unos cincuenta metros de diámetro, con un parapeto construido en parte con sacos de arena y en parte con montones de piedra caliza. Había treinta o cuarenta refugios subterráneos cavados en el terreno como cuevas de ratas. William, su cuñado español y yo nos dejamos caer en el más cercano y de aspecto habitable. En alguna parte del lado opuesto resonaba intermitentemente un fusil, produciendo extraños ecos entre las colinas. Acabábamos de descargar los equipos y — nos arrastrábamos fuera del refugio cuando se produjo otro disparo y uno de los chicos de nuestra compañía se abalanzó desde el parapeto con el rostro bañado en sangre. Al disparar su fusil, por algún motivo le había estallado el cerrojo. Las esquirlas de la recámara le habían dejado el cuero cabelludo hecho jirones. Nos iniciábamos con una baja, y, como se iba a hacer habitual, causada por nosotros mismos.

Por la tarde hicimos nuestra primera guardia y Benjamín nos llevó a recorrer la posición. Frente al parapeto había un sistema de trincheras angostas, cavadas en la roca, con troneras muy primitivas hechas con pilas de piedra caliza. Doce centinelas estaban apostados en diversos puntos de la trinchera y por detrás del parapeto interior. Delante de la trinchera había alambradas, y luego la ladera descendía hacia un precipicio aparentemente sin fondo; más allá se levantaban colinas desnudas, en ciertos lugares meros peñascos abruptos, grises e invernales, sin vida alguna, ni siquiera un pájaro. Espié cautelosamente por la tronera, tratando de descubrir la trinchera fascista.

—¿Dónde está el enemigo?

Benjamín hizo un amplio gesto con la mano y en un inglés horrible me respondió:

—Por allí.

—Pero ¿dónde?

De acuerdo con mis ideas sobre la guerra de trincheras, las fascistas debían de estar a unos cincuenta o cien metros. No podía ver nada; aparentemente, sus trincheras estaban muy bien escondidas. Con gran pesar seguí la dirección que señalaba Benjamín: en la cima de la colina opuesta, al otro lado del barranco, por lo menos a unos setecientos metros, se veía el diminuto borde de un parapeto y una bandera roja y amarilla. ¡La posición fascista! Me sentí indescriptiblemente desilusionado: estábamos muy lejos de ellos y, a esa distancia, nuestros fusiles resultaban totalmente inútiles. Pero, en ese momento, se produjo una gran conmoción: dos fascistas, figuritas grises en la distancia, ascendían torpemente la desnuda ladera opuesta. Benjamín se apoderó del fusil que tenía más cerca, apuntó y apretó el gatillo. ¡Click! Un cartucho defectuoso; me pareció un mal presagio.

Los nuevos centinelas no habían acabado de ocupar su puesto cuando comenzaron a lanzar una terrible descarga contra nada en particular. Podía ver a los fascistas, diminutos como hormigas, moverse protegidos tras su parapeto, y a veces la manchita negra de una cabeza que se detenía por un instante, exponiéndose imprudentemente. Era evidente que no tenía sentido disparar. No obstante, en ese momento el centinela de mi izquierda, en actitud típicamente española, abandonó su puesto, se deslizó hasta mi sitio y comenzó a incitarme para que lo hiciera. Traté de explicarle que a esa distancia y con esos fusiles era imposible acertarle a nadie salvo por casualidad. Pero era

un niño y siguió señalándome con el arma hacia una de las manchitas y sonriendo tan ansiosamente como un perro que espera que arrojen la piedra que ha de ir a buscar. Finalmente, coloqué la mira a setecientos y tiré. La manchita desapareció. Confío en que pasara lo bastante cerca como para hacerle dar un respingo. Era la primera vez en mi vida que disparaba un arma contra un ser humano.

Ahora que conocía el frente me sentía profundamente asqueado. ¡A eso le llamaban guerra! ¡Si apenas se entraba en contacto con el enemigo! No me preocupé por mantener la cabeza por debajo del nivel de la trinchera. Poco más tarde, sin embargo, una bala pasó junto a mi oído con un desagradable silbido y se estrelló contra la protección trasera. Confieso que me zambullí. Toda la vida había jurado que no me agacharía la primera vez que una bala pasara sobre mi cabeza, pero el movimiento parece ser instintivo y casi todo el mundo lo hace, por lo menos una vez.

3

Cinco cosas son importantes en la guerra de trincheras: leña, comida, tabaco, velas y el enemigo. En invierno, en el frente de Zaragoza, eran importantes en ese orden, con el enemigo en un alejado último puesto. No siendo por la noche, durante la cual siempre cabía esperar un ataque por sorpresa, nadie se preocupaba por el enemigo. Lo veíamos como a remotos insectos negros que ocasionalmente saltaban de un lado a otro. La verdadera preocupación de ambos ejércitos consistía en combatir el frío.

Debo decir, de paso, que durante mi permanencia en España tuve oportunidad de presenciar muy poca lucha. Estuve en el frente de Aragón desde enero hasta mayo, y entre enero y finales de marzo poco o nada ocurrió allí, excepto en Teruel. En marzo se produjo una lucha enconada en los alrededores de Huesca, pero yo desempeñé en ella un papel muy insignificante. Más tarde, en junio, tuvo lugar el desastroso ataque contra Huesca en el que, en un solo día, murieron varios miles de hombres, pero yo había sido herido y me encontraba lejos cuando eso ocurrió. Las cosas que uno normalmente considera como los horrores de la guerra rara vez me sucedieron. Ningún aeroplano dejó caer una bomba cerca de mí, no creo que alguna granada haya explotado jamás a menos de diez metros de donde me encontraba, y sólo una vez participé en una lucha cuerpo a cuerpo (debo decir que con una vez hay de sobra). Desde luego, a menudo estuve bajo un pesado fuego de ametralladora, pero por lo común a distancias muy grandes. Incluso en Huesca uno se hallaba por lo general a salvo, si tomaba precauciones razonables.

Allí arriba, en las colinas que circundan Zaragoza, se trataba simplemente de la mezcla de aburrimiento e incomodidad inherentes a la fase estacionaria de la guerra. Una vida tan monótona como la de un empleado de ciudad, y casi tan regular. Montar guardia, patrullar; cavar; cavar, patrullar, montar guardia. En la cima de cada colina, fascista o leal, un conjunto de hombres sucios y andrajosos tiritaba en torno a su bandera y trataba de entrar en calor. Y durante todo el día y toda la noche, balas perdidas que erraban a través de valles desiertos y sólo por alguna improbable casualidad acababan alojándose en un cuerpo humano.

A menudo solía contemplar el paisaje invernal y maravillarme de la futilidad de todo. ¡Qué absurda era una guerra así! Un poco antes, por octubre, se había producido una lucha salvaje en esas colinas; luego, debido a la falta de hombres y armas, en particular de artillería, las operaciones a gran escala se tornaron imposibles, y ambos ejércitos se establecieron y enterraron en las cimas ganadas. A la derecha teníamos una pequeña avanzada, también del POUM, y una posición del PSUC en la estribación de la izquierda, frente a una colina más alta con varios puestos fascistas salpicados en sus crestas. La llamada línea zigzagueaba de un lado a otro, siguiendo un dibujo que hubiera resultado del todo ininteligible si cada posición no hubiese tenido una bandera. Las banderas del POUM y del PSUC eran rojas, la de los anarquistas, roja y negra; los fascistas hacían ondear, por lo general, la bandera monárquica (roja, amarilla y roja), pero en ocasiones usaban la de la República (roja, amarilla y morada). Si se lograba olvidar que cada cumbre estaba ocupada por tropas y, por lo tanto, cubierta de latas y excrementos, el escenario resultaba estupendo. A nuestra derecha, la sierra doblaba hacia el sudeste y se abría camino por el amplio y venoso valle que se extiende hasta Huesca. En medio de la

planicie se divisaban unos pocos y diminutos cubos que semejaban una tirada de dados; era la ciudad de Robres, en manos leales. Por la mañana, con frecuencia el valle se hallaba oculto por mares de nubes, entre las cuales surgían las colinas chatas y azules, dando al paisaje un extraño parecido con un negativo fotográfico. Más allá de Huesca había aún más colinas de formación idéntica, recorridas por estrías de nieve cuyo dibujo se alteraba día a día. A lo lejos, los monstruosos picos de los Pirineos, donde la nieve nunca se derrite, parecían emerger sobre el vacío. Abajo, en la planicie, todo semejaba desnudo y muerto. Las colinas situadas frente a nosotros eran grises y arrugadas como la piel de los elefantes. El cielo estaba casi siempre vacío de pájaros. Creo que nunca conocí un lugar donde hubiera tan pocos pájaros. Los únicos que vi en alguna ocasión fueron una especie de urraca, los pichones de perdices que nos sobresaltaban por la noche con su inesperado aleteo y, muy rara vez, los vuelos de algunas águilas que se desplazaban lentamente en lo alto, seguidas por disparos de fusil que no las inquietaban lo más mínimo.

Por la noche, y cuando había niebla, se enviaban patrullas al valle que mediaba entre nosotros y los fascistas. La tarea no gozaba de popularidad, pues hacía demasiado frío y resultaba muy fácil perderse; no tardé en descubrir que podía conseguir permiso para integrar la patrulla tantas veces como quisiera. En los enormes barrancos dentados no había senderos o huellas de ninguna especie; sólo podía encontrarse el camino haciendo viajes sucesivos y fijándose en las pisadas frescas cada vez. A tiro de bala, el puesto fascista más cercano estaba del nuestro unos setecientos metros, pero la única ruta practicable tenía tres kilómetros. Resultaba bastante divertido errar por los valles oscuros mientras las balas perdidas volaban sobre nuestras cabezas como gallinetas sibilantes. Para estas

excursiones, más propicias que la noche eran las nieblas densas, que a menudo duraban todo el día y solían aferrarse a las cimas de las colinas dejando libres los valles. Cuando uno se encontraba cerca de las líneas fascistas, tenía que arrastrarse a la velocidad de un caracol; era muy difícil moverse silenciosamente en esas laderas, entre los arbustos crujientes y las ruidosas piedras calizas. Hasta el tercer o cuarto intento no logré llegar hasta el enemigo. La niebla era muy espesa, y me deslicé hasta la alambrada: podía oír a los fascistas charlar y cantar. Con gran alarma, advertí que varios de ellos descendían por la ladera en mi dirección. Me oculté detrás de un arbusto que de pronto me pareció muy pequeño, y traté de amartillar el fusil sin hacer ruido; por suerte, se desviaron y no llegaron a verme. Al lado de mi escondite encontré varios restos de la lucha anterior: cartuchos vacíos, una gorra de cuero con un agujero de bala, una bandera roja, evidentemente nuestra. La llevé de vuelta a la posición, donde fue convertida sin ningún sentimentalismo en trapos de limpieza.

Me habían ascendido a cabo en cuanto llegamos al frente, y tenía a mi cargo una guardia de doce hombres. No era una ventaja, especialmente al principio. La centuria era una turba no adiestrada compuesta en su mayoría por adolescentes. De tanto en tanto, uno se encontraba con criaturas de hasta once o doce años, por lo común refugiados del territorio fascista que se habían alistado en la milicia como la manera más fácil de asegurarse el sustento. Por lo general, eran empleados en la retaguardia para tareas livianas, pero a veces se las ingeniaban para escurrirse hasta el frente, donde constituían una amenaza pública. Recuerdo que una de estas bestezuelas arrojó en broma una granada en el fuego encendido de un refugio. En Monte Pocero creo que nadie tenía menos de quince años, pero la edad promedio debe de haber estado muy por

debajo de veinte. Los muchachos de esta edad nunca deberían ser enviados al frente, porque no pueden soportar la falta de sueño que es inseparable de la guerra de trincheras. Al comienzo resultaba casi imposible mantener vigilada nuestra posición de la forma adecuada por la noche. Para despertar a los desgraciados chicos de mi sección había que sacarlos de sus refugios con los pies por delante, y en cuanto uno volvía la espalda abandonaban sus puestos y se buscaban un lugar resguardado, o bien, a pesar del riguroso frío, se apoyaban contra la pared de la trinchera y se quedaban completamente dormidos. Por suerte, el enemigo nunca se mostró muy emprendedor. Había noches en que me parecía que nuestra posición podía ser arrasada por veinte boy scouts armados con rifles de aire comprimido o veinte girl scouts armadas con raquetas.

En esa época y hasta mucho más tarde, el sistema en que se basaban las milicias catalanas seguía siendo el mismo que al comienzo de la guerra. En los primeros días del levantamiento de Franco, las milicias habían sido apresuradamente organizadas por los diversos sindicatos y partidos políticos; cada una constituía en esencia una organización política, fiel a su partido tanto como al gobierno central. En 1937, cuando se formó el Ejército Popular que era un cuerpo «no político», organizado según criterios más o menos corrientes, las milicias partidistas quedaron teóricamente incorporadas a él. Pero durante mucho tiempo los únicos cambios introducidos fueron teóricos: las tropas del nuevo Ejército Popular llegaron al frente de Aragón en junio, y hasta ese momento el sistema de milicias permaneció invariable. El rasgo esencial del sistema era la igualdad social entre oficiales y soldados. Todos, desde el general hasta el recluta, recibían la misma paga, comían los mismos alimentos, llevaban las mismas ropas y se trataban en términos de completa igualdad. Si a

uno se le ocurría palmear al general que comandaba la división y pedirle un cigarrillo, podía hacerlo y a nadie le resultaba extraño. Por lo menos en teoría, cada milicia era una democracia y no una organización jerárquica. Se daba por sentado que las órdenes debían obedecerse, pero también que una orden se daba de camarada a camarada y no de superior a inferior. Había oficiales con y sin mando, pero no un escalafón militar en el sentido usual; no había ni distintivos ni galones, ni taconazos ni saludos reglamentarios. Dentro de las milicias se intentó crear una especie de modelo provisional de la sociedad sin clases. Desde luego, no existía una perfecta igualdad, pero era lo más aproximado a ella que yo había conocido o que me hubiera parecido concebible en tiempo de guerra.

No obstante, admito que, a primera vista, el estado de cosas en el frente me horrorizó. ¿Cómo demonios podía ganar la guerra un ejército así? Todo el mundo se hacía esa pregunta que, si bien era justa, también resultaba gratuita, pues en esas circunstancias, las milicias no podían ser mucho mejores de lo que eran. Un ejército mecanizado moderno no brota de la tierra y, si el gobierno hubiera esperado hasta contar con tropas adiestradas, nunca habría podido hacer frente al fascismo. Más tarde se puso de moda criticar las milicias y sostener que los fallos debidos a la falta de armas y de adiestramiento eran el resultado del sistema igualitario. En realidad, una leva recién reclutada de milicianos constituía una turba indisciplinada, no porque los oficiales llamaran «camaradas» a los reclutas, sino porque las tropas novatas siempre son una turba indisciplinada. En la práctica, el tipo «revolucionario» democrático de disciplina merece más confianza del que cabría esperar. En un ejército de trabajadores, la disciplina es teóricamente voluntaria, se basa en la lealtad de clase; mientras que la disciplina de un ejército burgués de reclutas se basa, en última instancia, en el miedo. (El

Ejército Popular que reemplazó a las milicias ocupaba una posición intermedia entre ambos tipos.) En las milicias, el atropello y el abuso inherentes a un ejército corriente no se hubieran tolerado ni por un instante. Los castigos militares normales existían, pero sólo se aplicaban en los casos de delitos muy graves. Cuando un hombre se negaba a obedecer una orden, no se le castigaba de inmediato: primero se apelaba a su espíritu de camaradería. Una persona cínica, sin experiencia de mando, podrá afirmar sin demora que esto no puede «funcionar» jamás, pero lo cierto es que «funciona».

La disciplina de incluso las peores levas de la milicia mejoró notablemente a medida que transcurría el tiempo. En enero, la tarea de dirigir una docena de reclutas novatos casi me hizo encanecer. En mayo, actué durante un breve período como teniente, al mando de unos treinta hombres, ingleses y españoles. Todos habíamos estado en el frente durante meses, y nunca tuve la más mínima dificultad para conseguir que obedecieran una orden o se ofrecieran voluntariamente para una tarea peligrosa. La disciplina revolucionaria depende de la conciencia política, de la comprensión de por qué deben obedecerse las órdenes; necesita tiempo para formarse, pero también se necesita tiempo para convertir a un hombre en un autómatas dentro del cuartel. Los periodistas que se burlaban del sistema de milicias pocas veces recordaban que éstas tuvieron que contener al enemigo mientras el Ejército Popular se adiestraba en la retaguardia. Y el mero hecho de que las milicias hayan permanecido en el frente constituye un tributo a la fuerza de la disciplina revolucionaria, pues hasta junio de 1937 lo único que las retuvo allí fue la lealtad de clase. Se podía fusilar a los desertores individuales, y eso es lo que se hacía ocasionalmente, pero si un millar de hombres decidiera abandonar el frente, ninguna fuerza podría detenerlos. Un ejército de reclutas en las

mismas circunstancias y sin una policía militar para vigilarlos hubiera retrocedido. Las milicias en cambio defendieron sus posiciones. Dios sabe que obtuvieron muy pocas victorias, pero las deserciones individuales no fueron comunes. En cuatro o cinco meses en la milicia del POUM sólo supe de cuatro desertores, y dos de ellos eran casi seguro espías que se habían alistado para obtener información. Al comienzo, el aparente caos, la falta general de adiestramiento, el hecho de que a menudo uno debía discutir durante cinco minutos para conseguir que se obedeciera una orden me espantaban y me enfurecían. Tenía ideas típicas del ejército británico, y ciertamente las milicias españolas eran bastante diferentes del ejército británico. Pero, considerando las circunstancias, eran mejores tropas de lo que se tenía derecho a esperar.

Y mientras tanto, la leña, siempre la leña. Durante todo ese período, probablemente no haya ninguna anotación en mi diario donde no se mencione la leña o, mejor dicho, la falta de ella. Nos encontrábamos entre unos seiscientos y novecientos metros por encima del nivel del mar, estábamos en pleno invierno y el frío era inenarrable. La temperatura no era excepcionalmente baja, muchas noches ni siquiera helaba, y el sol invernal brillaba a menudo durante una hora al mediodía, pero se pasaba mucho frío. A veces soplaban vientos ululantes que nos arrancaban la gorra y nos hacían volar el cabello en todas direcciones, nieblas que se introducían en la trinchera como un líquido y parecían penetrar hasta los huesos; llovía con frecuencia, y un cuarto de hora de lluvia bastaba para que las condiciones se tornaran insoportables. La delgada capa de tierra por encima de la piedra no tardaba en convertirse en una pasta resbaladiza y, como siempre se caminaba sobre pendiente, resultaba imposible conservar el equilibrio. En las noches oscuras a menudo me caía media docena de veces en menos de veinte metros; esto era peligroso, pues

el seguro del fusil podía atascarse con el barro. Durante varios días seguidos la ropa, las botas, las mantas y las armas se quedaban embarradas. Yo había llevado tanta ropa de abrigo como pude, pero muchos carecían de lo esencial. Para toda la guarnición, unos cien hombres, sólo había doce capotes, que los centinelas se pasaban unos a otros, y la mayoría contaba únicamente con una manta. Una noche helada hice en mi diario una lista de las prendas que tenía puestas. Resulta interesante recordarla para mostrar la cantidad de ropa que un cuerpo humano puede soportar. Llevaba un chaleco grueso y pantalones, una camisa de franela, dos jerséis, una chaqueta de lana, otra de cuero, pantalones de pana, calcetines gruesos, polainas, botas, un pesado capote, una bufanda, guantes forrados y gorra de lana. No obstante, temblaba como una hoja. Pero admito que soy particularmente sensible al frío.

La leña era lo que realmente importaba. Y representaba todo un problema, porque prácticamente no había. Nuestra miserable montaña no había tenido mucha vegetación ni en sus mejores momentos, y durante meses había sido arrasada por congelados milicianos, con el resultado de que todo aquello que fuera más grueso que un dedo había sido quemado hacía ya mucho tiempo. Cuando no estábamos comiendo, durmiendo, de guardia o haciendo alguna faena, recorríamos el valle en busca de combustible. Recuerdo que nos arrastrábamos por pendientes casi verticales, sobre la áspera piedra caliza que nos destrozaba las ropas, para arrojarnos ávidamente sobre diminutas ramitas. Tres hombres, buscando un par de horas, podían recoger bastante combustible como para un fuego de una hora. Nuestras búsquedas de leña nos transformaron en expertos botánicos. Clasificábamos, de acuerdo con sus posibilidades de combustión, las plantas que crecían en las laderas: las diversas clases de brezos y hierbas que servían para prender el fuego, pero ardían sólo unos pocos

minutos; el romero silvestre y los pequeños arbustos de retama que ardían cuando el fuego estaba ya bien encendido; el roble enano, más pequeño que un arbusto de grosellas y prácticamente incombustible. Había un tipo de caña seca que resultaba muy útil para encender el fuego, pero sólo crecía en la colina situada a la izquierda de la posición y para conseguirla había que hacer frente a las—balas. Si los soldados fascistas al mando de las ametralladoras te veían, te dedicaban todo un tambor de munición. Por lo general, apuntaban demasiado alto y las balas cantaban como pájaros por encima de nuestras cabezas, pero a veces se estrellaban a nuestras espaldas y hacían saltar trocitos de roca a una distancia desagradablemente corta, provocando que nos tirásemos cuerpo a tierra. No obstante, luego proseguíamos con la recogida de cañitas; nada tenía tanta importancia como la leña.

Comparadas con el frío, las otras molestias parecían insignificantes. Desde luego, todos estábamos permanentemente sucios. El agua que bebíamos, al igual que los alimentos, se traía en mulas desde Alcubierre, y la porción diaria correspondiente a cada hombre no llegaba a un litro. Era un líquido repugnante, apenas más transparente que la leche, y sólo debía utilizarse para beber, pero yo siempre robaba un poco para lavarme por la mañana. Solía lavarme un día y afeitarme al siguiente: el agua nunca alcanzaba para ambas cosas a la vez. La posición tenía un hedor nauseabundo, y fuera del pequeño recinto de la barricada había excrementos por todas partes. Algunos milicianos tenían por costumbre defecar en la trinchera, lo cual no resultaba nada grato cuando había que recorrerla a oscuras. La suciedad, sin embargo, nunca me preocupó. La gente hace demasiado alboroto en torno a la suciedad. Resulta sorprendente comprobar con cuánta rapidez es posible acostumbrarse a no usar pañuelo y a comer en el mismo recipiente en que uno se lava. El hecho de dormir con la

ropa que se ha usado durante el día también dejó de ser penoso al cabo de poco tiempo. Desde luego, era imposible quitarse la ropa por la noche, y en especial las botas: había que estar listo para presentarse instantáneamente en caso de ataque. En ochenta noches me desvestí sólo tres veces, si bien me las ingenié en diversas ocasiones para quitarme la ropa durante el día. Hacía demasiado frío como para que hubiera piojos, pero las ratas y los ratones abundaban. A menudo se dice que no se encuentran ratas y ratones en el mismo lugar, pero ello no es cierto cuando hay bastante comida para ambos.

En otros aspectos nuestra situación no era tan mala. La comida era bastante satisfactoria y abundaba el vino. Los cigarrillos seguían distribuyéndose a razón de un paquete diario, los fósforos se entregaban día por medio y las velas se repartían con regularidad. Éstas eran muy delgadas, como las que suelen verse en un pastel de Navidad, y se suponía que procedían de las iglesias. Cada puesto de la trinchera recibía diariamente tres pulgadas de vela, cantidad que duraba unos veinte minutos. En esa época todavía se podía comprar velas, y yo había traído conmigo una buena cantidad.

Más tarde, la falta de fósforos y velas convirtió nuestra vida en una tortura. Uno no comprende la importancia de estas cosas hasta que carece de ellas. En una alarma nocturna, por ejemplo, cuando todo el mundo busca a tientas un fusil pisando a los vecinos, la posibilidad de encender una luz puede significar la diferencia entre la vida y la muerte. Cada miliciano contaba con una yesca y varios metros de mecha amarilla, elementos que, después del fusil, constituían su posesión más importante. Estas yescas tienen la enorme ventaja de que pueden encenderse aunque sople viento, pero arden sin llama, por lo cual no sirven para hacer fuego. Cuando la carencia de fósforos

alcanzó su punto culminante, la única forma de conseguir una llama consistía en sacar la bala del cartucho y encender la cordita con una yesca.

Era una vida extraordinaria la que llevábamos, una manera extraordinaria de estar en guerra, si puede hablarse de guerra. Toda la milicia protestaba contra la inactividad y clamaba constantemente por saber por que no se nos permitía atacar. Pero resultaba perfectamente obvio que no habría ninguna batalla durante mucho tiempo, a menos que el enemigo la iniciara. Georges Kopp se mostró muy franco con nosotros en sus giras periódicas de inspección. «Esto no es una guerra», solía decir, «es una ópera cómica con alguna muerte ocasional». En realidad, el estancamiento en el frente de Aragón obedecía a causas políticas que yo ignoraba por completo en esa época, pero las dificultades puramente militares, aparte de la falta de reservas de hombres, resultaban evidentes.

Para empezar, hay que tener en cuenta la naturaleza de la región. La línea del frente, la nuestra y la de los fascistas, estaba ubicada en posiciones con enormes protecciones naturales, a las que por lo general sólo era posible aproximarse desde un costado. Basta con cavar unas pocas trincheras para que tales lugares estén a cubierto de la infantería, salvo que ésta sea abrumadoramente numerosa. En nuestra posición o en la mayoría de las que nos rodeaban, una docena de hombres con dos ametralladoras podrían haber contenido a todo un batallón. Ubicados como estábamos en las cimas de las colinas, constituíamos blancos perfectos para la artillería, pero no había artillería. A veces me ponía a contemplar el paisaje y ansiaba —con qué pasión!— tener un par de baterías de cañones. Las posiciones enemigas se podrían haber destruido una tras otra con la misma facilidad con que se parten nueces con un martillo. Pero sencillamente no contábamos con un solo

cañón. Los fascistas lograban a veces traer uno o dos de Zaragoza y hacer unos pocos disparos, tan pocos que nunca calcularon siquiera la distancia y los proyectiles se hundían inocuamente en los barrancos vacíos. Frente a ametralladoras y sin artillería sólo pueden hacerse tres cosas: permanecer en refugios cavados a una distancia segura, digamos cuatrocientos metros; avanzar a campo abierto y ser masacrados, o realizar ataques nocturnos en pequeña escala que no modifican la situación general. En la práctica, la alternativa es estancamiento o suicidio.

Y a todo esto había que añadir la carencia de material de guerra de todo tipo. Se necesita un cierto esfuerzo para comprender lo mal armadas que estaban las milicias en esa época. Cualquier escuela OTC de Inglaterra se parecía mucho más a un ejército moderno que nosotros. El mal estado de nuestras armas era tan increíble que vale la pena describirlo en detalle.

Toda la artillería asignada a este sector del frente consistía en cuatro morteros de trinchera con quince cargas cada uno. Desde luego, eran demasiado valiosos como para ser utilizados, por lo cual eran guardados en Alcubierre. Había ametralladoras en la proporción aproximada de una por cada cincuenta hombres; eran armas viejas, pero bastante precisas hasta una distancia de trescientos a cuatrocientos metros. Aparte de esto, sólo contábamos con nuestros fusiles, la mayoría de los cuales sólo valían como hierro viejo. Se utilizaban tres tipos de fusil. Uno era el máuser largo; casi todos con más de veinte años de antigüedad, con miras tan útiles como un velocímetro roto y la estría completamente oxidada. A pesar de ello, uno de cada diez no funcionaba del todo mal. Luego teníamos el máuser corto, o mosquetón, que es en realidad un arma de caballería. Gozaba de mayor popularidad que los otros porque era más liviano, estorbaba menos en la trinchera y,

también, porque era comparativamente nuevo y parecía más eficaz. En verdad, se trataba de armas casi inútiles. Estaban hechas con partes de otras armas, ningún cerrojo correspondía a su fusil, y podía darse por descontado que el setenta y cinco por ciento dejaba de funcionar después de cinco tiros. También había unos pocos winchester, muy cómodos de manejo, pero enormemente imprecisos y que había que cargar después de cada tiro, puesto que no se disponía de los cargadores correspondientes. Las municiones eran tan escasas que cada recién llegado apenas recibía cincuenta cargas, la mayoría de ellas de muy mala calidad. Los cartuchos de fabricación española eran todos usados y vueltos a cargar y atascaban el mejor de los fusiles. En cambio, los mexicanos eran superiores, por lo cual eran reservados para las ametralladoras. La mejor munición era la de origen alemán, pero como ésta provenía únicamente de los prisioneros y desertores, no abundaba demasiado. Yo tenía siempre en el bolsillo un paquete de cartuchos alemanes o mexicanos para utilizar en caso de emergencia. Pero, en la práctica, si se llegaba a producir una emergencia, casi nunca disparaba mi fusil: tenía demasiado miedo de que se trabara aquel maldito trasto y quería reservar por lo menos una carga que disparase de verdad. No teníamos cascos ni bayonetas, carecíamos de revólveres o pistolas y no había más que una granada por cada cinco o diez hombres. La granada utilizada en esa época era un objeto terrorífico conocido como «granada FM», inventada por los anarquistas en los primeros días de la guerra. Se basaba en el principio de una bomba Milís, pero la palanca no estaba sostenida por un seguro, sino por un trozo de cinta adhesiva. Al arrancar la tira había que librarse de ella a la mayor velocidad posible. Se decía que estas granadas eran «imparciales»: mataban tanto al enemigo como a quien las arrojaba. Disponíamos de varios tipos más, incluso más primitivos, pero probablemente algo menos peligrosos...

para el que tiraba, por supuesto. Hasta finales de marzo no vi una granada digna de tal nombre.

A la escasez de armas se sumaba la de todos los otros elementos de importancia en una guerra. No teníamos mapas ni planos, por ejemplo. En España nunca se había hecho un registro cartográfico completo, y los únicos mapas detallados de esa zona eran los viejos mapas militares, casi todos en poder de los fascistas. No contábamos con telémetros, telescopios, periscopios, prismáticos —excepto unos pocos de propiedad privada—, luces de Bengala o Veri, tenazas para cortar las alambradas, herramientas de armero, ni tampoco siquiera con material de limpieza. Los españoles no parecían haber oído hablar nunca de una baqueta y me observaron sorprendidos mientras yo la fabricaba. Cuando uno quería limpiar el fusil, lo llevaba al sargento, quien poseía una larga varilla de latón invariablemente torcida que, por lo tanto, raspaba el cañón. Ni siquiera había aceite para las armas. Eran lubricadas con aceite de oliva, cuando se podía conseguir. En distintas ocasiones tuve que engrasar el mío con vaselina, con crema para el cutis y hasta con tocino. Además, no teníamos faroles ni linternas. Creo que en todo nuestro sector no había nada parecido a una linterna eléctrica, y el sitio más cercano donde se podía conseguir una era Barcelona, y eso no sin dificultades.

A medida que transcurría el tiempo y los aislados disparos de fusil resonaban entre las colinas, comencé a preguntarme con creciente escepticismo si alguna vez ocurriría algo que proporcionara un poco de vida, o más bien un poco de muerte, a esa extravagante guerra. Luchábamos contra la pulmonía, no contra hombres. Cuando las trincheras están separadas por más de quinientos metros, nadie resulta herido si no es por casualidad. Desde luego, había bajas, pero en su mayoría no eran causadas por el enemigo. Si la

memoria no me engaña, los primeros cinco heridos que vi en España debían sus lesiones a nuestras propias armas, y no quiero decir que fueran intencionadas, desde luego, sino producto de un accidente o descuido. Nuestros gastados fusiles constituían un verdadero peligro. Algunos de ellos dejaban escapar el tiro si la culata se golpeaba contra el suelo; vi un hombre con la mano atravesada por un proyectil a causa de este defecto. Y en la oscuridad, los reclutas novatos se tiroteaban continuamente entre sí. Cierta vez, cuando todavía no era noche cerrada, un centinela me disparó desde una distancia de veinte metros, y me erró por uno. Quién sabe cuantas veces la mala puntería española me salvó la vida. En otra ocasión, al salir de patrulla en medio de la niebla, tomé la precaución de avisar de antemano al jefe de la guardia. Al regresar, tropecé contra un arbusto; el centinela comenzó a gritar que los fascistas se acercaban y tuve el placer de oír al jefe de la guardia ordenar que dispararan sin demora. Por supuesto, me mantuve echado y las balas pasaron por encima sin lastimarme. No hay nada que pueda convencer a un español, sobre todo a un español joven, de que las armas de fuego son peligrosas. Cierta vez, poco después del episodio Anterior, me encontraba fotografiando a unos soldados encargados de una ametralladora, que apuntaba directamente hacia mí.

—No tiréis —dije en tono de broma, mientras enfocaba la cámara.

—Oh no, no tiraremos.

Un segundo después oí fuertes estampidos y numerosas balas pasaron tan cerca de mi cara que unos granos de cordita me irritaron la mejilla. No hubo mala intención y a los milicianos les pareció una estupenda broma. Unos pocos días antes habían visto a un pobre conductor de mulas accidentalmente muerto de cinco balazos por un

delegado político que hacía el payaso con una pistola automática.

Las difíciles contraseñas que la milicia utilizaba en esa época constituían otra fuente de peligros. Se trataba de complicadas consignas dobles en las cuales era necesario responder a una palabra con otra. Por lo general tenían un acento afirmativo y revolucionario, tal como cultura—progreso, o seremos—invencibles, y a menudo resultaba imposible conseguir que los centinelas analfabetos recordaran estas palabras altisonantes. Recuerdo que una noche la contraseña era Cataluña—heroica, y un joven campesino de rostro redondo, llamado Jaime Doménech, se me acercó, muy desconcertado, y me pidió que le explicara:

—Heroica... ¿Qué quiere decir heroica?

Le expliqué que era sinónimo de valiente. Poco después avanzaba tropezando por la trinchera a oscuras cuando el centinela le gritó:

—¡Alto! ¡Cataluña!

—¡Valiente! —respondió Jaime, seguro de recordar la palabra exacta.

—¡Bang!

Afortunadamente, el centinela erró. En esta guerra, todo el mundo le erraba a todo el mundo, siempre que fuera humanamente posible.

4

Hacía unas tres semanas que estábamos en el frente, cuando llegó a Alcubierre un contingente de veinte o treinta hombres enviados desde Inglaterra por el ILP [Partido Laborista Independiente], y como se decidió que los ingleses estuviéramos juntos en este frente, a William y a mí nos llevaron donde ellos. Nuestra nueva posición estaba situada en Monte Oscuro, varios kilómetros hacia el oeste y a la vista de Zaragoza.

La posición estaba encaramada en una especie de cresta afilada de piedra caliza, con cuevas cavadas horizontalmente en el risco como nidos de golondrinas. Aquéllas se prolongaban increíblemente en la roca, eran muy oscuras y tan bajas que no se podía recorrerlas ni siquiera de rodillas. En los picos situados a nuestra izquierda había otras dos posiciones del POUM, una de las cuales constituía un objeto de fascinación para todos los hombres de la línea de fuego, pues allí se encargaban de la cocina tres milicianas. Estas mujeres no eran precisamente hermosas, pero se consideró conveniente aislarlas de los hombres de otras compañías. Quinientos metros a nuestra derecha, en la curva orientada hacia Alcubierre, en el lugar donde el camino estaba en poder de los fascistas, había un puesto del PSUC. Por la noche podíamos ver las lámparas de nuestros camiones de abastecimiento provenientes de Alcubierre y, al mismo tiempo, las de los fascistas que venían de Zaragoza. A unos veinte kilómetros hacia el sudoeste también Zaragoza era visible: una delgada hilera de luces como ojos de buey de un barco iluminado. Las tropas del gobierno la contemplaban en la distancia desde 1936, y siguen contemplándola todavía.

Nosotros éramos unos treinta (incluido Ramón, un español, cuñado de William), y además una docena de españoles encargados de las ametralladoras. Aparte de una o dos excepciones inevitables —como es bien sabido, la guerra atrae mucha gentuza— los ingleses constituían un grupo excepcionalmente bueno, tanto física como mentalmente. Quizá el mejor de todos era Bob Smillie, nieto del famoso dirigente minero, y que más tarde encontró una muerte tan perversa y absurda en Valencia. Dice mucho en favor del carácter español el hecho de que los ingleses y los españoles siempre se llevaran bien, a pesar de la dificultad idiomática. Descubrimos que todos los españoles conocían dos expresiones inglesas: una era «OK, baby»; y la otra, una palabra utilizada por las prostitutas de Barcelona en su trato con los marineros ingleses y que me temo que los cajistas se negarían a imprimir.

Una vez más, en el frente no ocurría nada, exceptuando alguna bala esporádica y, muy rara vez, el estrépito de un mortero fascista que nos hacía correr hasta la trinchera más alta para ver contra qué colina se estrellaban los proyectiles. Aquí el enemigo estaba algo más cerca, quizá a unos trescientos o cuatrocientos metros. La posición más próxima quedaba exactamente frente a la nuestra, con un nido de ametralladoras cuyas troneras muy a menudo nos tentaban a desperdiciar cartuchos. Los fascistas rara vez molestaban con disparos de fusil, pero enviaban en cambio nutridas ráfagas de ametralladora contra cualquier miliciano que se dejara ver. Con todo, transcurrieron más de diez días hasta que tuvimos nuestra primera baja. Las tropas situadas delante de nosotros eran españolas pero, según los desertores, había algunos oficiales alemanes sin mando. Tiempo atrás estuvieron también los moros — ¡pobres diablos, cómo deben de haber sufrido el frío!—, pues en la tierra de nadie todavía quedaba el cadáver de un

moro que constituía una de las curiosidades del lugar. Aproximadamente a dos o tres kilómetros a nuestra izquierda, la línea del frente se interrumpía y comenzaba una extensión de terreno, muy baja y cubierta de espesa vegetación, que no pertenecía ni a los fascistas ni a nosotros. Ambos bandos solían realizar allí patrullas diurnas. Aquello no estaba mal como entrenamiento para boy scouts. Yo nunca vi una patrulla fascista a una distancia menor de varios cientos de metros. Después de mucho reptar era posible atravesar en parte las líneas fascistas e incluso ver la granja donde ondeaba la bandera monárquica y que hacía las veces de cuartel general. De cuando en cuando disparábamos nuestras armas y luego nos poníamos a cubierto antes de que las ametralladoras nos pudieran localizar. Espero que hayamos roto al menos algunas ventanas, pero con tales fusiles y desde más de ochocientos metros uno no podía estar seguro de acertarle ni siquiera a una casa.

El tiempo casi siempre era frío y claro; a veces brillaba el sol al mediodía, pero siempre hacía frío. Por todas partes, sobre las laderas, se veían asomar los brotes verdes del azafrán o el lirio silvestre. La primavera se aproximaba, evidentemente, aunque con mucha lentitud. Las noches eran más frías que nunca. Durante la madrugada, cuando volvíamos de la guardia, solíamos reunir lo que quedaba del fuego de la cocina y nos parábamos sobre las brasas al rojo. Era malo para las botas, pero muy bueno para los pies. Sin embargo, había amaneceres en que el espectáculo de la aurora entre los cerros casi nos hacía alegrarnos de no estar en la cama a esas horas desapacibles. No me gusta la montaña, ni siquiera como espectáculo. Sin embargo, aunque uno hubiera estado despierto toda la noche, con las piernas adormecidas hasta la rodilla, y supiera que no había ninguna esperanza de comer durante otras tres horas, a veces valía la pena contemplar la aurora que surgía

detrás de las colinas, las primeras estrechas vetas de oro que como espadas atravesaban la oscuridad, y luego la luz creciente y los mares de nubes carmesíes alargándose hasta distancias inconcebibles. En el curso de esa campaña vi amanecer más veces que durante toda mi vida anterior, y que en la que me queda, espero.

Nos faltaban hombres allí, lo cual significaba guardias más prolongadas y mucha más fatiga. Yo comenzaba a sentir la falta de sueño, que resulta inevitable incluso en la más tranquila de las guerras. Aparte de las guardias y las patrullas había constantes alarmas nocturnas. De cualquier manera, no se puede dormir bien en un horrible agujero cavado en la tierra, con los pies doloridos de frío. Durante mis primeros tres o cuatro meses en el frente no creo haber pasado más de una docena de días enteros sin dormir; pero también es cierto que no llegué a dormir una docena de noches sin interrupción. Veinte o treinta horas de sueño por semana representaban una cantidad bastante normal. Los efectos de este tipo de vida no eran tan malos como podría esperarse; uno llegaba a sentirse bastante estúpido, y la tarea de subir y bajar por las laderas se tornaba cada día más difícil, pero nos sentíamos relativamente bien y estábamos constantemente hambrientos, tremendamente hambrientos. Cualquier comida nos parecía sabrosa, hasta las eternas judías que todos en España terminamos por odiar. El agua era muy escasa y nos llegaba desde lejos a lomos de mulas o de sufridos burritos. Por algún motivo, los campesinos de Aragón trataban bien a las mulas, pero muy mal a los burros. Si un burro se negaba a avanzar era normal patearle los testículos. Había cesado ya el reparto de velas y los fósforos escaseaban. Los españoles nos enseñaron a hacer lámparas de aceite de oliva con una lata de leche condensada, una cápsula de cartucho y un pedazo de trapo. Cuando teníamos aceite de oliva, lo cual no era frecuente, estos objetos ardían con una llama vacilante, de

un poder equivalente a un cuarto de vela, que alcanzaba apenas para encontrar el fusil.

Parecía no haber ninguna esperanza de una verdadera lucha. Cuando abandonamos Monte Pocero, conté mis cartuchos y así comprobé que, en casi tres semanas, sólo había disparado tres veces contra el enemigo. Se dice que hacen falta mil balas para matar a un hombre y, a ese paso, transcurrirían veinte años antes de que matara a mi primer fascista. En Monte Oscuro, las líneas estaban más cercanas y se disparaba con mayor frecuencia, pero estoy razonablemente seguro de que nunca le acerté a nadie. De hecho, en este frente y durante este período de la guerra la verdadera arma no era el fusil, sino el megáfono. Imposibilitados de matar al enemigo, le gritábamos. Este método bélico es tan extraordinario que requiere una explicación.

En todos los puntos donde las líneas de fuego se encontraban a una distancia que permitiera oírse, se producían frecuentes gritos de trinchera a trinchera. Desde la nuestra se oía: «¡Fascistas, maricones!». Desde la trinchera fascista: «¡Viva España! ¡Viva Franco!»; o bien, cuando sabían que entre nosotros había algunos ingleses: «¡Largaos a vuestra casa, ingleses! ¡Aquí no queremos extranjeros!». En el bando gubernamental, en las milicias partidistas, el método de hacer propaganda a gritos para socavar la moral del enemigo se había convertido ya en una verdadera técnica. En todas las posiciones adecuadas, algunos hombres, por lo general los encargados de las ametralladoras, recibían órdenes de dedicarse a gritar y eran provistos de megáfonos. Preferentemente gritaban frases hechas, plenas de intenciones revolucionarias, para explicar a los soldados fascistas que eran meros lacayos del capitalismo internacional, que luchaban contra su propia clase, etcétera, etcétera, e incitarlos a pasarse a nuestro lado. Sucesivos grupos de hombres las repetían una y otra vez,

en algunas oportunidades durante toda la noche. No cabía la menor duda de que el método surtía efecto, y todos estaban de acuerdo en que la corriente de desertores del campo fascista se debía, en parte, a la propaganda. Deteniéndose a pensarlo, es fácil comprender que el eslogan «¡No luches contra tu propia clase!», resonando una y otra vez en la oscuridad, debe de haber producido una gran impresión en el ánimo del pobre centinela que tiritaba de frío en su puesto, quizá alistado contra su voluntad y probablemente miembro de un sindicato socialista o anarquista.

Desde luego, tal procedimiento no se ajusta a la concepción inglesa de la guerra. Admito que me sentí sorprendido, atónito y escandalizado la primera vez. ¡Procurar convertir al enemigo en lugar de matarlo! Ahora pienso que, desde cualquier punto de vista, se trataba de una maniobra legítima. En la guerra corriente de trincheras, cuando no existe artillería, resulta en extremo difícil provocar bajas en el enemigo sin perder igual número de hombres. Si es posible inmovilizar cierta cantidad de soldados llevándolos a desertar, tanto mejor; después de todo, los desertores son mucho más útiles que los cadáveres, pues pueden proporcionar información. Pero, al comienzo, tal procedimiento nos desalentó a todos; nos hizo sentir que los españoles no se tomaban esta guerra suficientemente en serio. El que gritaba en el puesto del PSUC establecido a nuestra derecha era un verdadero artista. A veces, en lugar de gritar frases revolucionarias, simplemente contaba a los fascistas cuánto mejores eran los alimentos que nosotros recibíamos. Su descripción de las raciones del gobierno tendía a embellecer un poco las cosas. «¡Tostadas con mantequilla!», podía oírse en los ecos que resonaban a través del valle solitario. «Aquí estamos sentados comiendo tostadas con mantequilla. ¡Deliciosas tostadas con mantequilla!» No dudo de que él,

como el resto de nosotros, no había visto mantequilla durante semanas o meses, pero en la noche helada, la imagen de tostadas con mantequilla quizá logró que a muchos fascistas se les hiciera la boca agua. Eso es lo que me ocurrió incluso a mí, aun a sabiendas de que mentía.

Cierto día de febrero vimos aproximarse un avión fascista. Como de costumbre, una ametralladora estaba emplazada al descubierto, con el cañón hacia arriba; nos echamos de espaldas para apuntar mejor. No valía la pena bombardear nuestras posiciones aisladas y, por lo general, los pocos aeroplanos fascistas que pasaban por allí hacían un rodeo para evitar el fuego de la ametralladora. Esta vez el avión voló por encima de nosotros, demasiado alto como para que valiera la pena abrir fuego, y dejó caer no bombas; sino unos objetos blancos brillantes que giraban y giraban en el aire. Unos pocos cayeron en la posición. Eran ejemplares de un periódico fascista, el *Heraldo de Aragón*, que anunciaba la caída de Málaga.

Esa noche los fascistas llevaron a cabo una especie de ataque por sorpresa. En el momento en que me deslizaba debajo de la manta, medio muerto de sueño, se oyó el silbido de las balas sobre nuestras cabezas y alguien gritó: «¡Están atacando!». Empuñé el fusil y ascendí hasta mi puesto, ubicado en la cumbre de la posición, junto a la ametralladora. El ruido era diabólico. Creo que el fuego de cinco ametralladoras se cernía sobre nosotros, y hubo una serie de pesados estruendos provocados por las granadas que los fascistas arrojaban sobre su propio parapeto de la forma más idiota. La oscuridad era total. Muy abajo, en el valle situado a nuestra izquierda, se podía ver el resplandor verdoso de los fusiles desde donde una pequeña partida de fascistas, probablemente una patrulla, nos disparaba. Las balas volaban a nuestro alrededor en la oscuridad, crac—pfiu—crac. Unos cuantos proyectiles pasaron silbando por

encima de nosotros, pero cayeron lejos y, como solía ocurrir en esta guerra, la mayoría de ellos no explotó. Pasé un mal rato cuando una nueva ametralladora abrió fuego desde la colina situada a nuestra espalda. En realidad se trataba de un arma llevada allí para apoyarnos, pero en ese momento parecía como si estuviéramos rodeados. Nuestra ametralladora no tardó en encasquillarse, como ocurría siempre con esos cartuchos, y la baqueta se había perdido en la impenetrable oscuridad. Evidentemente, no se podía hacer nada, excepto quedarse quieto y esperar un tiro. Los españoles a cargo de la ametralladora no quisieron ponerse a cubierto y, de hecho, se expusieron deliberadamente, por lo que me vi obligado a hacer lo mismo. Intrascendente como fue, la experiencia me resultó muy interesante. Era la primera vez que me encontraba literalmente bajo el fuego y, con gran humillación, comprobé que me sentía completamente asustado; he observado que siempre se siente lo mismo bajo el fuego graneado, no se teme tanto el ser herido como no saber dónde se producirá la herida. Uno se pregunta todo el tiempo por dónde entrará la bala, y eso otorga al cuerpo una muy desagradable sensibilidad.

Al cabo de una o dos horas, el fuego fue atenuándose y finalmente cesó. Teníamos una sola baja. Los fascistas habían llevado un par de ametralladoras a tierra de nadie, pero manteniéndose a una distancia prudencial, sin hacer intento alguno por asaltar nuestro parapeto. Ciertamente, no estaban efectuando un ataque, sino tan sólo desperdiciando cartuchos y haciendo mucho ruido para celebrar la caída de Málaga. La importancia central del episodio radicó en que aprendí a leer en los periódicos, con actitud menos crédula, las noticias de guerra. Un día o dos más tarde, los periódicos y la radio anunciaron que un tremendo ataque con caballería y tanques (subiendo por una ladera perpendicular) había sido rechazado por los heroicos ingleses.

Cuando los fascistas nos informaron de que Málaga había caído, lo tomamos como una mentira, pero al día siguiente llegaron rumores más convincentes y algo más tarde se admitió la caída de forma oficial. Poco a poco fuimos conociendo toda la desgraciada historia: la ciudad había sido evacuada sin disparar un tiro y la furia de los italianos no se había descargado sobre las tropas, que ya no estaban, sino sobre la infortunada población civil, algunos de cuyos miembros fueron perseguidos y ametrallados durante unos doscientos kilómetros. Las noticias produjeron escalofríos a lo largo del frente, pues cualquiera que hubiera sido la verdad, todos los milicianos creían que la pérdida de Málaga se debía a una traición. Era la primera vez que oía hablar de traición o de divergencias en cuanto a los objetivos. Comenzaron a despertarse en mi mente vagas dudas acerca de esta guerra en la que, hasta entonces, la cuestión del bien y del mal me había parecido bellamente simple.

A mediados de febrero abandonamos Monte Oscuro. Fuimos enviados, junto con todas las tropas del POUM de ese sector, a integrar el ejército que sitiaba Huesca. Tuvimos que hacer un viaje de noventa kilómetros en camión, a través de la planicie invernal, donde las vides podadas aún no tenían brotes y las espigas de la cebada de invierno apenas asomaban sobre el suelo aterronado. A cuatro kilómetros de nuestras trincheras, Huesca brillaba pequeña y clara como una ciudad formada por casas de muñecas. Meses antes, cuando cayó Siétamo, el comandante general de las tropas gubernamentales había comentado alegremente: «Mañana tomaremos café en Huesca». Resultó estar equivocado. Se produjeron sangrientos ataques, pero la ciudad no cayó, y «Mañana tomaremos café en Huesca» se convirtió en una broma en todo el ejército. Si alguna vez regreso a España, no dejaré de tomar una taza de café en Huesca.

5

Al este de Huesca nada o casi nada ocurrió hasta finales de marzo. Estábamos a mil doscientos metros del enemigo. Cuando los fascistas fueron obligados a retroceder hasta Huesca, las tropas del ejército republicano que dominaban esa parte del frente no se habían mostrado demasiado fervorosas en su avance, de modo que la línea formaba una especie de bolsa. Más tarde sería necesario adelantarla — tarea muy incómoda bajo el fuego—, pero por el momento el enemigo no parecía existir; nuestra única preocupación consistía en combatir el frío y conseguir suficientes alimentos.

Mientras tanto, la rutina diaria mejor dicho, nocturna—, las tareas cotidianas. Hacer guardia, patrulla, cavar. Lluvia, barro, vientos ululantes y ocasionalmente nevadas. No fue hasta mediados de abril que las noches se tornaron algo más cálidas. Allí arriba, en la meseta, los días de marzo se parecían en su mayoría a los de Inglaterra, con sus brillantes cielos azules y vientos continuos. En el lugar donde la línea del frente atravesaba huertos y jardines desiertos, la cebada de invierno ya tenía unos treinta centímetros de altura, capullos blancos se formaban en los cerezos y, buscando en las zanjas, se podían encontrar violetas y una especie de jacinto silvestre semejante a un ejemplar borde de campanilla azul, inmediatamente detrás de la línea corría un hermoso y burbujeante arroyito verde: era la primera agua transparente que había visto desde mi llegada. Cierta día apreté los dientes y me metí en ella para darme el primer baño en seis semanas. Fue lo que podría llamarse un baño breve, puesto que el agua era principalmente agua de deshielo y la temperatura no debía de andar

muy por encima de los cero grados.

Mientras tanto, nada ocurría; jamás ocurría nada. Los ingleses habían adquirido el hábito de decir que ésa no era una guerra, sino una maldita pantomima. Casi nunca estábamos bajo el fuego directo de los fascistas. El único peligro provenía de las balas perdidas, las cuales, como las líneas del frente se curvaban hacia adelante en ambos lados, procedían de varias direcciones. Todas las bajas en ese periodo se debieron a esta causa. Arthur Clinton recibió una bala misteriosa que le aplastó el hombro izquierdo, inutilizándole el brazo para siempre, según me temo. De vez en cuando había algo de fuego de artillería, pero con muy poca eficacia. El silbido y el estallido de los proyectiles era considerado, en realidad, como una especie de diversión. Los fascistas nunca arrojaban bombas sobre nuestro parapeto. Unos centenares de metros detrás de nosotros había un establecimiento de campo, con grandes edificios, llamado La Granja, utilizado como depósito, cuartel general y cocina en nuestro sector. Ése era el blanco de los artilleros fascistas, pero como estaban a cinco o seis kilómetros de distancia y no apuntaban bien, jamás lograron algo más que romper las ventanas y desconchar las paredes. Sólo se corría peligro si uno se encontraba ascendiendo cuando comenzaba el fuego y si las bombas caían a ambos lados del camino. Aprendimos casi enseguida el misterioso arte de adivinar por el sonido de un proyectil a qué distancia caería. Las bombas que los fascistas disparaban en ese período eran vergonzosamente malas. Aunque usaban proyectiles de 150 milímetros, nunca hacían un orificio mayor de dos metros de ancho por uno de profundidad, y por lo menos uno de cada cuatro no explotaba. Corrían los habituales cuentos románticos de sabotaje en las fábricas fascistas y de proyectiles sin explotar en los que, en lugar de la carga, se encontraba un pedazo de papel con la leyenda «Frente

Rojos», pero nunca vi ninguno. La verdad es que se trataba de proyectiles viejísimos; alguien encontró una vez una espoleta con la fecha de 1917. Los cañones fascistas eran de la misma construcción y calibre que los nuestros, y a menudo se reacondicionaban los proyectiles sin explotar y se los volvía a utilizar. Se decía que había un viejo proyectil, con un apodo propio, que viajaba todos los días de un lado al otro sin explotar jamás.

Por la noche se solían enviar pequeñas patrullas a tierra de nadie para que se ubicaran en zanjas cavadas cerca de las líneas fascistas y trataran de escuchar sonidos (toques de trompeta, bocinas de automóvil, etcétera), que indicaran actividad en Huesca. Había un constante ir y venir de tropas fascistas, y los informes de esas patrullas permitían calcular, en cierta medida, la envergadura de tales movimientos. Teníamos orden especial de informar sobre el sonido de campanas de iglesias. Según parecía, los fascistas siempre oían misa antes de entrar en acción. Entre los campos y los huertos había chozas de barro abandonadas que era recomendable explorar con un fósforo encendido luego de tatar las ventanas. A veces se encontraba un valioso botín, tal como un hacha pequeña o una cantimplora fascista (mejor que las nuestras y muy codiciadas). También se podían explorar durante el día, pero entonces había que hacerlo casi todo el tiempo a cuatro patas.

Resultaba extraño arrastrarse por esos campos vacíos donde todo se había detenido en el preciso momento de la cosecha. Los cultivos del año anterior no se habían tocado. Las viñas sin podar serpenteaban sobre el terreno, las mazorcas de maíz estaban duras como piedras, la remolacha se había hipertrofiado en enormes masas leñosas. ¡Cómo — deben de haber maldecido a ambos ejércitos los campesinos!

A veces, grupos de hombres salían a recoger patatas en tierra de nadie. A dos kilómetros a nuestra derecha, donde ambas líneas estaban más próximas, había un campo de patatas frecuentado por ambos bandos. Nosotros íbamos durante el día, y ellos sólo por la noche, ya que se encontraba dominado por nuestras ametralladoras. Una noche, con gran indignación nuestra, se lanzaron en masa y limpiaron todo el terreno. Descubrimos otro campo un poco más adelante, donde prácticamente no había ninguna protección y teníamos que recoger las patatas de bruces, posición realmente agotadora. Si las ametralladoras fascistas nos descubrían, debíamos aplastarnos como la rata que pasa por debajo de una puerta, mientras las balas desmenuzaban los terrones de tierra a nuestro alrededor. En ese momento parecía valer la pena. Las patatas comenzaban a escasear. Si uno conseguía llenar una bolsa, podía cambiarlas en la cocina por una cantimplora de café.

Y continuaba sin ocurrir nada, y no parecía que las cosas fueran a cambiar. «¿Cuándo vamos a atacar? ¿Por qué no atacamos?», eran las preguntas que uno oía día y noche entre españoles e ingleses. Cuando se piensa en lo que significa luchar; resulta extraño que los soldados anhelan hacerlo y, no obstante, sin duda, lo desean. En los períodos estacionarios de la guerra, hay tres cosas que todos los soldados anhelan: una batalla, más cigarrillos y una semana de permiso. Ahora estábamos algo mejor armados que antes. Cada hombre tenía ciento cincuenta cargas de munición en lugar de cincuenta, y sucesivamente fueron entregándonos bayonetas, cascos de acero y unas pocas granadas. Corrían constantes rumores sobre inminentes batallas, rumores que, según he pensado desde entonces, eran difundidos de forma deliberada para mantener alta la moral de la tropa. No necesitaba gran conocimiento militar para darme cuenta de que no habría ninguna acción importante en ese lado de Huesca, por lo menos en aquel

momento. El punto estratégico era la carretera que conducía a Jaca, en el otro sector. Más tarde, cuando los anarquistas atacaron la carretera de Jaca, nuestra tarea consistió en hacer «ataques de distracción» y obligar a los fascistas a retirar tropas del otro lado.

Durante todo este tiempo, unas seis semanas, sólo se realizó una acción en nuestra parte del frente. Fue un ataque que nuestras tropas de choque dirigieron contra el Manicomio, un asilo para enfermos mentales fuera de uso que los fascistas habían convertido en una fortaleza. Varios cientos de refugiados alemanes que servían en el POUM habían constituido un batallón especial llamado Batallón de Choque, el cual, desde un punto de vista militar; se encontraba a un nivel superior al alcanzado por el resto de la milicia. Sin duda, se parecían más a soldados que cualquier otra tropa que yo haya visto en España, exceptuando la Guardia de Asalto y sectores de la Columna Internacional. El ataque, como de costumbre, se vio frustrado. ¿Cuántas operaciones efectuadas en esta guerra por tropas del gobierno no acabarían por frustrarse? El Batallón de Choque tomó el Manicomio por asalto, pero los hombres de no recuerdo ya qué milicia, encargados de apoyarlo ocupando la colina vecina al Manicomio, sufrieron una derrota aplastante. El capitán que los comandaba era uno de esos militares de carrera, de lealtad dudosa, a quienes el gobierno persistía en emplear. Fuera por miedo o por traición, puso sobre aviso a los fascistas arrojando una granada cuando estaban a doscientos metros. Me satisface poder decir que sus hombres lo mataron en el acto. Pero el ataque perdió su carácter de sorpresa, y los milicianos fueron machacados por un fuego cerrado y expulsados de la colina. Al anoecer; la milicia de choque tuvo que abandonar el Manicomio. Durante toda la noche, las ambulancias enfilaron el abominable camino a Siétamo, terminando de matar a los heridos graves con sus

vaivenes.

Por aquel entonces todos teníamos piojos. Si bien seguía haciendo frío, la temperatura ya permitía su aparición. Sobre asquerosos bichos corporales tengo una amplia experiencia y puedo afirmar que, en cuanto a ensañamiento, el piojo sobrepasa a todo lo conocido. Otros insectos, los mosquitos por ejemplo, hacen sufrir más, pero, por lo menos, no son bichos residentes. El piojo a veces se asemeja a un diminuto cangrejo, y vive preferentemente en los pantalones. Aparte de quemar la ropa, no hay otra manera conocida de librarse de él. En las costuras de los pantalones depositan sus brillantes huevos blancos, como diminutos granos de arroz, que originan grandes familias a extraordinaria velocidad.

Creo que a los pacifistas les sería útil ilustrar sus escritos con fotografías ampliadas de piojos. ¡Gloria de la guerra, sin duda! En la guerra, todos los soldados tienen piojos, al menos cuando hace bastante calor. Los hombres que lucharon en Verdún, Waterloo, Flandes, Senlac, Las Termópilas, todos ellos tenían piojos arrastrándose por sus testículos. Nosotros logramos mantenerlos a raya, hasta cierto punto, quemando los huevos y bañándonos con tanta frecuencia como podíamos soportarlo. Nada, sino la existencia de piojos, me hubiera arrastrado hasta ese río helado.

Todo escaseaba: botas, ropa, tabaco, jabón, velas, fósforos, aceite de oliva. Nuestros uniformes se caían a pedazos, y muchos de los hombres carecían de botas y usaban sandalias con suela de esparto. Por todas partes se veían pilas de calzado desgastado. Una vez mantuvimos ardiendo un fuego durante dos días a base de botas, que no constituían un mal combustible. Por esa época mi esposa se encontraba en Barcelona y solía mandarme té, chocolate y hasta cigarros, cuando era posible conseguirlos; incluso en

Barcelona todo escaseaba, en especial el tabaco. El té era un regalo del cielo, aunque carecíamos de leche y casi nunca teníamos azúcar. Desde Inglaterra siempre enviaban paquetes a los hombres de nuestro contingente, pero nunca llegaban; alimentos, ropa, cigarrillos, todo era rechazado por la oficina de correos o confiscado en Francia. Resulta bastante curioso que la única entidad que logró mandar paquetes de té —y, en una memorable ocasión, una lata de bizcochos— a mi esposa fue la Army and Navy Stores. ¡Pobre Army and Navy! Cumplían su deber con notable eficacia, pero quizá se habrían sentido más felices si el contenido hubiera ido a parar al bando franquista de la barricada. Lo peor era la escasez de tabaco. Al comienzo se nos entregaba un paquete de cigarrillos por día, luego sólo ocho cigarrillos diarios y después cinco. Por fin, hubo diez días espantosos en que no se distribuyó nada de tabaco. Por primera vez en España, vi algo que se ve todos los días en Londres: gente recogiendo colillas. Hacia finales de marzo se me infectó una mano; me la abrieron y tuve que llevar el brazo en cabestrillo. Tuve que ingresar en un hospital, pero no valía la pena ir a Siétamo por una herida tan leve, de modo que permanecí en el llamado hospital de Monflorite, que no era otra cosa que un centro de distribución de heridos. Estuve allí diez días, parte de ellos en cama. Los practicantes me robaron casi todos los objetos de valor que poseía, incluidas la máquina fotográfica y las fotos. Todos robaban en el frente, como efecto inevitable de la escasez, pero el personal hospitalario siempre era el más ladrón. Tiempo después, en el hospital de Barcelona un norteamericano, que había viajado para unirse a la Columna Internacional en una nave que fue torpedeada por un submarino italiano, me contó que lo habían llevado herido hasta la orilla y que, mientras lo subían a la ambulancia, los camilleros le robaron el reloj de pulsera.

Mientras tuve el brazo en cabestrillo, pasé varios días felices vagando por la campiña. Monflorite era el acostumbrado amontonamiento de casas de barro y piedra, con estrechas callejuelas tortuosas semidestrozadas por los cañones hasta el punto de parecerse a los cráteres de la luna. La iglesia había quedado muy mal parada, pero era usada como depósito militar. En toda la vecindad había sólo dos granjas: Torre Lorenzo y Torre Fabián, y sólo dos edificios verdaderamente grandes, sin duda las casas de los terratenientes que alguna vez dominaron la zona; su riqueza contrastaba con las chozas miserables de los campesinos.

Justo detrás del río, cerca de la línea del frente, había un enorme molino harinero con una casa de campo. Sentía vergüenza al ver la enorme y costosa maquinaria oxidándose inútilmente y las tolvas de madera destrozadas para alimentar el fuego. Más tarde, para conseguir leña destinada a las tropas situadas en la retaguardia, se enviaron en camiones grupos de hombres que arrasaron el lugar sistemáticamente. Solían romper el suelo de una habitación arrojando en ella una granada. La Granja, nuestro almacén y cocina, probablemente había sido alguna vez un convento. Tenía grandes patios y dependencias exteriores, que ocupaban poco más de media hectárea, con establos para treinta o cuarenta caballos. Las casas de campo en esa región de España no encierran interés desde el punto de vista arquitectónico, pero sus granjas, de piedra enjalbegada, con arcos redondos y magníficas vigas, son lugares de gran nobleza, contruidos de acuerdo con un plan que probablemente no ha sufrido alteraciones a lo largo de siglos. A veces, uno sentía una especie de oculta simpatía hacia los ex propietarios fascistas, al ver cómo trataba la milicia los edificios confiscados. En La Granja, toda habitación que no estuviera en uso había sido convertida en letrina —un horrible amontonamiento de

muebles destrozados y excrementos—. La pequeña capilla adyacente, con las paredes perforadas por proyectiles, tenía el suelo cubierto de excrementos. En el gran patio donde los cocineros distribuían las raciones, el amontonamiento de latas oxidadas, barro, bosta y residuos en putrefacción era asqueante. Confirmaba una vieja canción militar: ¡Hay ratas, ratas, ratas, ratas grandes como gatas en el almacén de intendencia!

Las que había en La Granja misma realmente eran grandes como gatos, enormes bestias hinchadas que se tambaleaban sobre lechos de excrementos, demasiado audaces como para huir a menos que se disparara contra ellas.

Por fin había llegado la primavera. El azul del cielo era más suave, el aire se tornó de pronto perfumado. Las ranas chapaleaban ruidosamente en las zanjas. Alrededor del bebedero al que acudían las mulas de la aldea encontré exquisitas ranas del tamaño de un penique, de un color verde tan brillante que la hierba joven parecía opaca a su lado. Los chicos salían con baldes en busca de caracoles, y luego los asaban vivos sobre planchas de hojalata. En cuanto el tiempo mejoró los campesinos comenzaron a aparecer para la labranza primaveral.

Prueba la confusión que envuelve a la revolución agraria española el hecho de que no pude averiguar con certeza si la tierra estaba colectivizada o si los campesinos simplemente se la habían dividido entre ellos. Me imagino que, en teoría, estaba colectivizada, pues era territorio anarquista y del POUM. En cualquier caso, los propietarios habían desaparecido, los campos se cultivaban y el pueblo parecía satisfecho. La cordialidad que nos dispensaban los campesinos nunca dejó de asombrarme. Para algunos de los más viejos la guerra debía de carecer de sentido; evidentemente ocasionaba una escasez general y deparaba a todos una vida triste y monótona. Además, hasta en los

mejores momentos, los campesinos odian tener tropas establecidas entre ellos. Con todo, se mostraban invariablemente cordiales; supongo que se debía a la idea de que, por intolerables que pudiéramos resultarles en algunos aspectos, los protegíamos de sus antiguos patrones. La guerra civil es algo extraño. Huesca no estaba ni a diez kilómetros de distancia, era la ciudad mercado de esta gente, tenían parientes allí y todas las semanas de su vida la habían visitado para vender sus gallinas y sus verduras. Y ahora, desde hacía ocho meses, una barrera impenetrable de alambradas y ametralladoras los separaba de ella. A veces olvidaban está situación. En cierta oportunidad, me encontraba hablando con una anciana que llevaba una de esas diminutas lámparas de hierro en las que los españoles queman aceite de oliva. «¿Dónde puedo comprar una lamparilla como ésta?», le pregunté. «En Huesca», me respondió sin pensar, y luego ambos nos echamos a reír. Las chicas de la aldea eran espléndidas criaturas llenas de vida, con negrísimos cabellos y ondulantes andares. Tenían una actitud desenvuelta y franca de camarada, como de hombre a hombre, lo cual probablemente era una consecuencia de la revolución.

Hombres de raídas camisas azules y pantalones de pana negra, con sombreros de paja de ala ancha, araban los campos detrás de las mulas, que sacudían rítmicamente sus orejas. Sus arados eran unos artilugios espantosos que sólo revolvían el suelo, sin abrir nada que pudiera considerarse un surco. Los aperos de labranza eran penosamente anticuados debido al alto precio de todo lo que fuera de metal. Un arado roto, por ejemplo, se arreglaba una y otra vez hasta quedar constituido casi por completo de remiendos. Horcas y rastrillos se hacían de madera. No se conocían las palas en ese pueblo en que casi nadie poseía botas; cavaban con una azada ridícula semejante a las que se utilizan en la India. Había una grada que procedía

directamente de las postrimerías de la Edad de Piedra. Estaba hecha de tablones unidos entre sí y tenía el tamaño de una mesa de cocina; en cada tablón se habían hecho centenares de agujeros, en cada uno de los cuales se había colocado un trozo de pedernal tallado con esa forma siguiendo el mismo procedimiento que los hombres solían utilizar hace diez mil años. Recuerdo mi sentimiento cercano al horror la primera vez que vi uno de estos objetos en una choza abandonada en tierra de nadie. Tuve que pensármelo dos veces antes de darme cuenta de que se trataba de una especie de grada. Me enfermó pensar en el trabajo que debía de haber dado la construcción de semejante cosa, y en la pobreza que obligaba a utilizar pedernal en lugar de acero. Desde entonces ha aumentado mi simpatía por el progreso industrial. A pesar de todo, en la aldea había dos tractores modernos, confiscados sin duda al principal terrateniente de la zona.

Una o dos veces fui a pasear por el pequeño cementerio, situado a unos dos kilómetros. Los caídos en el frente se enviaban por lo general a Siétamo, pero allí se daba sepultura a los muertos de la aldea. Era extrañamente distinto de un cementerio inglés. ¡No existía ninguna reverencia hacia los muertos! Por todas partes crecían arbustos y hierbajos, y en más de un lugar se apilaban huesos humanos. La ausencia de inscripciones religiosas en las lápidas era casi completa y esto resultaba tanto más sorprendente porque todas ellas correspondían al periodo anterior a la revolución. Creo que sólo vi una vez el «Rezad por el alma de Fulano de Tal», común en las tumbas católicas. La mayoría de las inscripciones eran puramente seculares, con ridículos poemas sobre las virtudes del difunto. Quizá en una de cada cuatro o cinco tumbas se advertía una pequeña cruz o una referencia formal al Cielo, que algún ateo industrialmente había logrado atenuar con un punzón.

Me sorprendió que la gente de esa región de España careciera de genuinos sentimientos religiosos, en el sentido ortodoxo. Durante toda mi estancia nunca vi persignarse a ninguna persona, a pesar de que ese movimiento llega a hacerse instintivo, haya o no haya una revolución. Evidentemente, la Iglesia española retornará (como dice el refrán: la noche y los jesuitas siempre retornan), pero no cabe duda de que con el estallido de la revolución se desmoronó y fue aplastada hasta un punto que resultaría inconcebible incluso para la moribunda Iglesia de Inglaterra en circunstancias similares. Para el pueblo español, al menos en Cataluña y Aragón, la Iglesia era pura y simplemente un fraude sistematizado. Y es posible que la creencia cristiana fuera reemplazada en cierta medida por el anarquismo, cuya influencia está ampliamente difundida y que, sin duda, posee un matiz religioso.

Precisamente el día en que regresé del hospital hicimos avanzar nuestra línea hasta la que era realmente su ubicación adecuada, unos mil metros hacia delante, siguiendo el arroyuelo situado a unos doscientos metros de la línea enemiga. Esta operación debió haberse realizado muchos meses antes. En ese momento se hacía porque los anarquistas estaban atacando en la carretera de Jaca y nuestro avance obligaba a los fascistas a distraer algunas tropas para hacernos frente. Pasamos sesenta o setenta horas sin dormir, y mis recuerdos se pierden en una suerte de bruma o, más bien, en una serie de imágenes: el espionaje en la tierra de nadie, a unos cien metros de la Casa Francesa, una granja fortificada que pertenecía a la línea fascista. Siete horas tirado en un horrible pantano, en un agua con olor a juncos, donde el cuerpo se hundía cada vez más; el frío paralizante, las estrellas inmóviles en el cielo negro, el áspero croar de las ranas. Aunque era abril, fue la noche más fría que recuerdo de España. A unos cien metros detrás de nosotros, los equipos de trabajo se

dedicaban intensamente a su tarea, pero había un silencio total, exceptuado el coro de las ranas. Sólo una vez durante la noche oí un ruido, el sonido familiar de un saco de arena aplastado con una azada. Resulta extraño que, algunas veces, los españoles puedan llevar a cabo una brillante hazaña de organización. Todo el movimiento se desarrolló según un hermoso plan. En siete horas, seiscientos hombres construyeron seiscientos metros de trinchera y parapeto, a distancias que oscilaban desde ciento cincuenta a trescientos metros de la línea enemiga, y ello en tal silencio que los fascistas no oyeron nada y sólo se produjo una baja. Al día siguiente hubo más, desde luego. Cada hombre tenía asignada una tarea, hasta los ayudantes de la cocina llegaron de pronto, cuando el trabajo estaba ya realizado, con baldes de vino mezclado con coñac.

Y nada más despuntar el alba los fascistas descubrieron que estábamos allí. El bloque blanco y cuadrado de la Casa Francesa, aunque situado a unos doscientos metros, semejaba levantarse por encima de nosotros, y las ametralladoras en las ventanas superiores, protegidas con sacos de arena, parecían apuntar directamente hacia nuestra trinchera. Nos quedamos contemplándola boquiabiertos, preguntándonos cómo era posible que los fascistas no nos vieran. Entonces hubo un horrible remolino de balas y todo el mundo cayó de rodillas y comenzó a cavar frenéticamente, ahondando la trinchera y levantando pequeños montículos en el borde. Mi brazo seguía vendado, no podía cavar, y pasé la mayor parte de ese día leyendo una novela policíaca cuyo nombre era El prestamista desaparecido. No recuerdo el argumento, pero sí, muy claramente, el hecho de estar allí leyéndola; la arcilla húmeda del fondo de la trinchera debajo de mí, el cambio constante en la posición de mis piernas para dar paso a los hombres que corrían agachados, el crac—crac de las balas pocos centímetros por encima de mi cabeza. Thomas

Parker recibió un balazo en medio del muslo, lo cual, como él decía, estaba más cerca de ser un DSO de lo que le hubiera gustado. Se producían bajas en toda la línea de fuego, pero mínimas en comparación con lo que habría pasado si nos hubieran descubierto durante la noche. Un desertor nos contó después que cinco centinelas fascistas fueron fusilados por negligencia. Incluso en ese momento habrían podido masacrarnos si hubieran tenido la iniciativa de traer unos pocos morteros. Resultaba difícil transportar a los heridos a lo largo de la angosta y abarrotada trinchera. Vi a un pobre diablo, con los pantalones oscuros de sangre, caer de su camilla y jadear agonizante. Había que cargar a los heridos a lo largo de unos dos kilómetros, pues aunque existía un camino, las ambulancias nunca se acercaban mucho al frente. Cuando lo hacían, los fascistas tenían la costumbre de bombardearlas, lo cual podía explicarse por el hecho de que en la guerra moderna nadie tiene escrúpulos en utilizar una ambulancia para transportar municiones.

Y entonces, a la noche siguiente, la espera en Torre Fabián para iniciar un ataque que fue suspendido en el último momento vía telégrafo. En el suelo del granero donde aguardábamos, una delgada capa de granzas cubría gran cantidad de huesos humanos y vacunos mezclados, y todo el lugar estaba invadido por las ratas. Las monstruosas bestias surgían a raudales por todas partes. Si hay algo que odio es una rata corriendo sobre mi en la oscuridad. Aquella noche tuve la satisfacción de darle a una de ellas un buen puñetazo que la mandó volando por el aire.

Y entonces, la espera de la orden de atacar a cincuenta o sesenta metros del parapeto fascista. Una larga línea de hombres agazapados en una zanja, con las bayonetas asomando por el borde y el blanco de los ojos brillando en la oscuridad. Kopp y Benjamín en cuclillas detrás de

nosotros, junto a un hombre que llevaba un receptor telegráfico sin hilos a hombros. Hacia el oeste, en el horizonte occidental se veían resplandores rosados, seguidos a los pocos segundos por enormes explosiones. Y entonces el ruido, pip—pip—pip, procedente del telégrafo y un susurro ordenando que nos retiráramos mientras todavía nos fuera posible. Lo hicimos, pero no con bastante rapidez. Doce infortunados muchachitos de la JCI (la liga juvenil del POUM, correspondiente a la JSU del PSUC), que habían estado apostados a sólo cuarenta metros del parapeto fascista, se dejaron sorprender por la aurora y no pudieron escapar. Tuvieron que yacer allí todo el día, apenas cubiertos por los matorrales, mientras los fascistas disparaban sobre ellos cada vez que se movían. Al caer la noche, siete habían muerto y los otros cinco se las ingenieron para arrastrarse en la oscuridad hasta nuestra posición.

Y entonces, durante muchas de las mañanas siguientes, el fragor de los ataques anarquistas al otro lado de Huesca. Siempre el mismo fragor. De pronto, en algún momento de la madrugada, el estallido inicial de varias docenas de bombas que explotan simultáneamente —incluso a esa distancia, un estallido diabólico y desgarrante—, y luego el estruendo ininterrumpido de fusiles y ametralladoras, curiosamente similar al de los tambores. Poco a poco, el fuego se iría extendiendo a todos los frentes que rodeaban Huesca, y nosotros nos precipitaríamos a las trincheras para apoyarnos adormecidos contra el parapeto, mientras un fuego carente de sentido pasaba sobre nuestras cabezas.

Durante el día, los cañones tronaban a rachas. Torre Fabián, nuestra nueva cocina, fue bombardeada y parcialmente destruida. Resulta curioso que, cuando uno contempla el fuego de artillería desde una distancia segura, siempre desea que el artillero dé en el blanco, aunque éste

contenga la cena propia y la de algunos camaradas. Los fascistas disparaban bien esa mañana; quizá se trataba de artilleros alemanes. Localizaron Torre Fabián con bastante precisión: un tiro pasado, un tiro corto y luego: fsss— ¡BUM! Las vigas saltaron por los aires y una plancha de uralita posándose como un naipe arrojado sobre una mesa. El siguiente proyectil arrancó la esquina de un edificio tan limpiamente como podría haberlo hecho un gigante con un cuchillo. Los cocineros sirvieron la cena de manera puntual, hazaña sin duda memorable.

A medida que pasaban los días, íbamos distinguiendo las diferencias de los cañones invisibles, pero audibles. Había dos baterías de cañones rusos de 75 mm que disparaban desde nuestra retaguardia y que, de alguna manera, evocaban en mi mente la imagen de un hombre gordo golpeando una pelota de golf. Eran los primeros cañones rusos que veía o, más bien, oía. Tenían una trayectoria baja y velocidad muy alta, de modo que uno oía la explosión, el silbido y el estallido del proyectil de manera casi simultánea. Detrás de Monflorite había dos pesados cañones que disparaban pocas veces al día, con un rugido profundo y sordo semejante al aullido de distantes monstruos encadenados. En la fortaleza medieval de Monte Aragón, tomada por las tropas leales el año anterior (fortaleza que en toda su historia nunca había sido conquistada, según se decía), y que dominaba uno de los accesos a Huesca, funcionaba un pesado cañón, construido sin duda en el siglo XIX. Sus grandes proyectiles pasaban silbando con tanta lentitud que uno tenía la sensación de que podía correr a la par de ellos. Un proyectil de este cañón sonaba algo así como un ciclista que pasara pedaleando y silbando al mismo tiempo. Los morteros de trinchera, tan pequeños como eran, producían el peor ruido. Sus proyectiles son una especie de torpedo alado, de forma similar a los dardos que se arrojan en los sitios de recreo, y del tamaño de un botellín;

explotan con un sonido metálico diabólico, como el de algún monstruoso globo de acero al estrellarse sobre un yunque. A veces nuestros aeroplanos sobrevolaban el lugar y soltaban esos torpedos aéreos cuyo tremendo rugido hace temblar la tierra a tres o cuatro kilómetros de distancia. Los disparos de la artillería antiaérea fascista punteaban el cielo como nubecitas en una mala acuarela, pero nunca vi que se acercaran siquiera a mil metros de un aeroplano. Cuando un avión desciende en picado y emplea su ametralladora, las descargas se perciben desde abajo como un batir de alas.

En nuestro sector no era mucho lo que ocurría. Doscientos metros a nuestra derecha, donde los fascistas se encontraban en terreno más alto, sus tiradores apostados mataron a unos cuantos de nuestros camaradas. Doscientos metros a la izquierda, en el puente sobre el río, tenía lugar una especie de duelo entre los morteros fascistas y los hombres que construían una barricada de cemento que atravesaba el puente. Los pequeños proyectiles funestos pasaban por encima —sss—crash—sss—crash— produciendo un ruido doblemente infernal cuando se estrellaban contra el camino asfaltado. A unos cien metros, se podía estar perfectamente a salvo y observar las columnas de polvo y humo negro que se elevaban como árboles mágicos. Los pobres diablos en los alrededores del puente pasaban gran parte del día ocultos en los pequeños refugios cavados cerca de la trinchera. Pero hubo menos bajas de lo que podría haberse esperado, y la barricada, una pared de cemento de medio metro de espesor, con troneras para dos ametralladoras y un pequeño cañón de campaña, fue construyéndose sin interrupciones. El cemento era reforzado con viejos armazones de cama, aparentemente el único hierro que había podido encontrarse para ese fin.

6

Cierta tarde, Benjamín nos dijo que necesitaba quince voluntarios. El ataque contra el reducto fascista, suspendido en una ocasión, se llevaría a cabo esa noche. Aceité mis diez cartuchos mexicanos, ensucié mi bayoneta (el brillo excesivo podía revelar mi posición) y preparé un trozo de pan, otro de chorizo colorado y un cigarro, atesorado durante largo tiempo, que mi esposa me había enviado desde Barcelona. Se distribuyeron granadas, tres para cada hombre. El gobierno español había logrado por fin producir una granada decente. Se basaba en el principio de la bomba Mills, pero con dos seguros en lugar de uno; después de arrancarlos había un intervalo de siete segundos antes de la explosión. Su principal desventaja radicaba en que uno de los seguros era muy rígido y el otro muy flojo, de modo que se podía elegir entre dejar los dos colocados en su sitio y exponerse a no poder mover el más duro en un momento de emergencia o sacar el duro de antemano y vivir en el constante terror de que la granada explotara en el bolsillo. Pero era una pequeña granada muy cómoda de arrojar.

Poco antes de medianoche, Benjamín nos condujo hasta Torre Fabián. Desde el crepúsculo había estado lloviendo. Las acequias estaban llenas hasta el borde y, cada vez que uno tropezaba y caía dentro de ellas, se encontraba con el agua hasta la cintura. Bajo la lluvia torrencial, y en completa oscuridad, una borrosa masa de hombres nos aguardaba en el patio de la granja. Kopp se dirigió a nosotros, primero en español y luego en inglés, para explicar el plan de ataque. La línea fascista formaba allí un ángulo en L, y el parapeto que debíamos atacar se

encontraba sobre una elevación del terreno en la esquina de la L. Una treintena de nosotros, la mitad ingleses, la mitad españoles, bajo la dirección de Benjamín y de Jorge Roca, comandante de nuestro batallón (un batallón en la milicia significaba unos cuatrocientos hombres), debíamos arrastrarnos y cortar la alambrada fascista. Jorge arrojaría la primera granada como señal, y entonces los demás debíamos lanzar una lluvia de granadas, expulsar a los fascistas del parapeto y apoderarnos de él antes de que pudieran volver a reunir fuerzas. Simultáneamente, setenta hombres del Batallón de Choque debían asaltar la siguiente «posición», fascista, situada a doscientos metros hacia la derecha y unida a la primera por una trinchera de comunicación. Para evitar que disparáramos unos contra otros en la oscuridad, debíamos usar brazaletes blancos. En ese momento llegó un mensajero para comunicarnos que no había brazaletes blancos. Desde la oscuridad, una voz quejumbrosa sugirió: «¿No podríamos hacer que fueran los fascistas los que usaran brazaletes blancos?».

Había que aguardar todavía un par de horas. El granero situado sobre el establo de mulas estaba tan destrozado por el bombardeo que era peligroso moverse sin una luz. Sólo le quedaba la mitad del suelo y había una caída de seis metros hasta las piedras de abajo. Alguien encontró un pico y arrancó unas tablas, con las que al cabo de pocos minutos encendimos un buen fuego y nuestras ropas empapadas comenzaron a despedir vapor. Un miliciano sacó un mazo de naipes y comenzó a circular el rumor — uno de esos rumores misteriosos, endémicos en la guerra— de que se disponían a repartir café caliente con coñac. Bajamos raudos la escalera a punto de derrumbarse y nos pusimos a buscar por el patio oscuro, preguntando dónde estaba el café. ¡Ay!, no había café. En vez de eso, nos reunieron, nos hicieron formar una fila única y Jorge y Benjamín iniciaron la marcha en la oscuridad, seguidos

por todos nosotros.

Continuaba el tiempo lluvioso y la intensa oscuridad, pero el viento había cesado. El fangal era indescriptible. Los senderos a través de los campos de remolacha eran una mera sucesión de aglomeraciones de barro, tan resbaladizas como una cucaña, con enormes charcos por todas partes. Mucho antes de que llegáramos al lugar donde debíamos abandonar nuestro propio parapeto, ya nos habíamos caído varias veces y teníamos los fusiles embarrados. En el parapeto, un pequeño grupo de hombres, nuestra reserva, nos aguardaba con el médico junto a una fila de camillas. Pasamos de uno en uno a través de la abertura del parapeto y vadeamos una acequia. Plash—glu—glu—glu, una vez más, con el agua hasta la cintura y el barro maloliente y resbaladizo que penetraba por los caños de las botas. Jorge aguardó sobre la hierba del otro lado de la acequia hasta que todos hubimos pasado. Entonces, doblado casi en dos, comenzó a avanzar lentamente. El parapeto fascista estaba a unos ciento cincuenta metros. Nuestra única posibilidad de llegar hasta él radicaba en movernos sin hacer ruido.

Yo marchaba delante con Jorge y Benjamín. Dobladados en dos, pero con los rostros levantados, nos arrastramos en la oscuridad casi total a un ritmo que se hacía más lento a cada paso. La lluvia golpeaba ligeramente nuestros rostros. Cuando miré hacia atrás, pude ver a los hombres que estaban más cerca de mí: un racimo de formas jorobadas como enormes hongos negros deslizándose lentamente. Cada vez que levantaba la cabeza, Benjamín, a mi lado, me susurraba furioso al oído: «¡Mantén la cabeza baja! ¡Mantén la cabeza baja!». Podría haberle dicho que no necesitaba preocuparse. Sabía por experiencia que, en una noche oscura, no se puede ver a un hombre a veinte pasos. Era mucho más importante avanzar en silencio; si nos oían

una sola vez estábamos perdidos. Les bastaba barrer la oscuridad con la ametralladora y sólo nos quedaría huir o dejarnos masacrar.

Pero, en aquel terreno resultaba casi imposible avanzar sin ruido. Por más precauciones que tomáramos, el barro se pegaba a los pies y a cada paso que dábamos hacía chop— chop, chop—chop. Y para acabar de empeorar las cosas, el viento había cesado y, a pesar de la lluvia, la noche era muy silenciosa. Los sonidos debían de llegar muy lejos. Hubo un momento inquietante cuando tropecé con una lata. Pensé que los fascistas en muchos kilómetros a la redonda debían de haberlo oído. Pero no, ni un disparo, ni un movimiento en las líneas enemigas. Seguimos deslizándonos, cada vez más lentamente. Me resulta imposible expresar la intensidad con que deseaba llegar allí, ¡tener el objetivo al alcance de las granadas antes de que nos oyeran! En tales ocasiones, uno ni siquiera tiene miedo, sólo siente un tremendo y desesperado anhelo de cruzar el terreno intermedio. Experimenté idéntica sensación al ir al acecho de un animal salvaje: el mismo deseo angustioso de ponerlo a tiro, la misma certeza —como en sueños— de que eso resulta imposible. ¡Y cómo se alargaba la distancia! Yo conocía bien el lugar, sólo debíamos recorrer ciento cincuenta metros: no obstante, parecía faltar más de un kilómetro. Cuando uno se arrastra con tales precauciones percibe, tal como lo haría una hormiga, todas las variaciones del terreno: la espléndida mancha de hierba suave allí, la maldita mancha de fango pegajoso aquí, las altas cañas crujientes que deben evitarse, el montón de piedras que uno desespera de poder atravesar sin ruido.

Avanzábamos desde hacia tanto tiempo que comencé a pensar que habíamos equivocado el camino. En ese momento empezamos a distinguir delgadas líneas paralelas y oscuras. Era la alambrada exterior (los fascistas tenían

dos alambradas). Jorge se arrodilló y empezó a rebuscar en el bolsillo; tenía nuestro único par de tenazas. Clic, clic. Apartamos con mucho cuidado el alambre cortado y aguardamos a que los últimos hombres se nos acercaran. Nos parecía que hacían un ruido tremendo. Ahora faltaban cincuenta metros hasta el parapeto fascista. Seguimos adelante, doblados en dos. Un paso cauteloso, posando el pie con tanta suavidad como un gato que se aproxima a una ratonera; luego, una pausa para escuchar; después, otro paso. Una vez levanté la cabeza; sin hablar, Benjamín me puso la mano en la nuca y me la bajó violentamente. Sabía que la alambrada interior quedaba apenas a veinte metros del parapeto. Me parecía inconcebible que treinta hombres pudieran llegar hasta allí sin que nadie los oyera. Nuestra respiración bastaba para denunciarnos. Con todo, llegamos. El parapeto fascista ya era visible, un borroso montículo negro que se elevaba ante nosotros. Jorge se arrodilló y rebuscó de nuevo en su bolsillo. Clic, clic. No hay manera de cortar alambres en silencio.

Estábamos, pues, junto a la alambrada interior. La atravesamos a cuatro patas y con mayor rapidez. Si teníamos tiempo de desplegarlos todo iría bien. Jorge y Benjamín atravesaron agachados la alambrada hacia la derecha. Pero los hombres que estaban dispersos detrás de nosotros tuvieron que formar una cola para pasar por la angosta abertura y justo en ese momento hubo un fogonazo y una detonación en el parapeto fascista. El centinela nos había oído por fin. Jorge se apoyó en una rodilla e hizo girar el brazo como un jugador de bolos. ¡Brum! Su granada reventó en alguna parte al otro lado del parapeto. De inmediato, con mucha mayor rapidez de la que uno habría creído posible, se oyó el rugido de diez o veinte fusiles desde el parapeto fascista. Nos habían estado esperando, después de todo. La lívida luz nos permitía ver los sacos de arena de manera intermitente. Los hombres

estaban demasiado lejos para arrojar sus granadas. Cada tronera parecía escupir chorros de fuego. Siempre es horrible estar bajo el fuego en la oscuridad, donde cada fogonazo parece apuntar directamente hacia uno. Lo peor son las granadas, no es posible concebir su horror hasta que se las ha visto reventar de cerca en la oscuridad; durante el día sólo se oye el estruendo de la explosión, pero en la oscuridad también está el cegador resplandor rojizo. Me había arrojado boca abajo a la primera descarga. Durante todo ese tiempo estuve echado de costado sobre el barro, luchando desesperadamente con el seguro de una granada. El maldito se negaba a salir. Por fin, me di cuenta de que tiraba en dirección equivocada. Saqué el seguro, me puse de rodillas, arrojé la granada y volví a tirarme cuerpo a tierra. Explotó hacia la derecha, antes del parapeto: el miedo había arruinado mi puntería. En ese momento, otra granada estalló delante de mí, tan cerca que pude sentir el calor de la explosión. Me aplasté contra el suelo y enterré la cara en el barro con tanta fuerza que me hice daño en el cuello y pensé que estaba herido. En medio del estrépito alcancé a oír una voz inglesa que decía quedamente a mis espaldas: «Estoy herido». La granada había alcanzado a varios hombres a mi alrededor, sin tocarme. Me puse de rodillas y arrojé mi segunda granada. He olvidado dónde cayó.

Los fascistas disparaban, nuestros hombres disparaban desde la retaguardia y yo tenía plena conciencia de estar en el medio. Sentí muy próxima una ráfaga y me di cuenta de que un hombre tiraba inmediatamente detrás de mí. Me puse de pie y le grité: «¡No tires contra mí, pedazo de idiota!». En ese momento vi que Benjamín, apostado a unos diez metros hacia mi derecha, me hacía señas con un brazo. Corrí hacia él. Decidí cruzar la línea de troneras llameantes y, mientras lo hacía, me protegí la mejilla con una mano —ademán bastante idiota—, ¡como si una mano

pudiera detener las balas!, pero es que sentía horror de recibir una herida en la cara. Benjamín estaba apoyado en una rodilla con una diabólica expresión de placer en el rostro, mientras disparaba cuidadosamente contra las troneras con su pistola automática. Jorge había sido herido con la primera descarga y no se lo veía desde allí. Me arrodillé junto a Benjamín, saqué el seguro de mi tercera granada y la arrojé. ¡Ah! No cabía duda. La bomba estalló esta vez al otro lado del parapeto, en la esquina, justo al lado del nido de ametralladoras.

El fuego fascista pareció menguar de forma muy súbita. Benjamín se puso de pie y gritó: «¡Adelante! ¡A la carga!». Nos lanzamos hacia la breve y empinada pendiente sobre la que se levantaba el parapeto. Digo «nos lanzamos», pero no es la expresión más exacta, pues resulta imposible moverse con rapidez cuando uno está empapado, cubierto de barro de la cabeza a los pies y cargado con un pesado fusil y bayoneta y ciento cincuenta cartuchos. Daba por sentado que arriba me aguardaba un fascista. Si disparaba a esa distancia no podía errarme y, sin embargo, nunca esperé que lo hiciera, sino que me atacara con la bayoneta. Me parecía sentir de antemano la sensación de nuestras bayonetas entrechocándose, y me pregunté si su brazo sería más fuerte que el mío. Sin embargo, ningún fascista me aguardaba. Con una vaga sensación de alivio descubrí que se trataba de un parapeto bajo y que los sacos de arena proporcionaban un buen punto de apoyo. Por lo general son difíciles de superar. Al otro lado la destrucción era total, con pedazos de vigas y grandes fragmentos de uralita dispersos por todas partes. Nuestras granadas habían destrozado todas las barracas y refugios. No se veía un alma. Pensé que estarían escondidos bajo tierra, y grité en inglés (no se me ocurría nada en español en ese momento): «¡Salid de ahí! ¡Rendíos!». No hubo respuesta. En ese momento un hombre, una figura borrosa en la penumbra,

saltó desde el tejado de una de las barracas destruidas y huyó hacia la izquierda. Salí en su persecución, clavando mi bayoneta absurdamente en la oscuridad. Cuando daba la vuelta a la esquina del barracón, vi a un hombre —no sé si era el mismo que había divisado antes huyendo por la trinchera de comunicación que conducía a la otra posición fascista—. Debo de haber estado muy cerca de él, pues pude verlo con toda claridad. Tenía la cabeza descubierta y parecía no llevar nada puesto, salvo una manta sobre los hombros. A esa distancia podía haberlo hecho volar en pedazos. Pero, por temor a que nos disparáramos entre nosotros, se nos había ordenado que usáramos sólo las bayonetas una vez que estuviéramos al otro lado del parapeto. De cualquier manera, ni siquiera se me ocurrió apuntar. En vez de eso, mi mente saltó veinte años atrás, al profesor de boxeo del colegio, quien me describía con vívida pantomima cómo en los Dardanelos había atravesado a un turco con la bayoneta. Cogí el fusil por la parte delgada de la culata y arremetí contra la espalda del hombre. Estaba fuera de mi alcance. Arremetí otra vez, pero seguía fuera de mi alcance. Y así seguimos durante un corto trecho, él corriendo por la trinchera y yo detrás, tratando de dar alcance a su espalda y sin conseguirlo; un recuerdo cómico para mi, pero supongo que no tanto para él.

Desde luego, él conocía el terreno mejor que yo y pronto me dio esquinazo. Cuando regresé a la posición, ésta se encontraba llena de hombres que gritaban. Los estampidos habían disminuido algo. Los fascistas seguían disparando contra nosotros desde tres direcciones pero a mayor distancia. Los habíamos hecho retroceder por el momento. Recuerdo haber dicho con tono de oráculo: «Podemos defender este lugar durante media hora, nada más». No sé por qué dije media hora. Hacia la derecha, sobre el parapeto, podían verse los innumerables fogonazos

verdosos de los fusiles que perforaban la oscuridad; pero estaban muy lejos, a unos cien o doscientos metros. Nuestra tarea consistía ahora en explorar la posición y apoderarnos de todo lo que pudiera considerarse valioso. Benjamín y algunos otros estaban ya escarbando entre las ruinas de un enorme barracón o refugio en el centro de la posición. Benjamín se tambaleó excitado sobre el techo en ruinas, tirando del asa de cuerda de una caja de municiones.

—¡Camaradas! ¡Municiones! ¡ Muchísimas municiones, aquí!

—No queremos municiones —dijo alguien—, queremos fusiles.

Era verdad. La mitad de nuestros fusiles estaban inutilizados por el barro. Podían limpiarse, pero es peligroso sacar el cerrojo de un fusil en la oscuridad, donde fácilmente puede extraviarse. Carecíamos de todo medio de iluminación, salvo una pequeña linterna que mi esposa había logrado comprar en Barcelona. Unos pocos hombres que habían conservado sus fusiles en condiciones iniciaron un fuego desganado contra los lejanos resplandores. Nadie se atrevía a disparar demasiado seguido, pues hasta los mejores fusiles podían encasquillarse si se recalentaban. Éramos unos dieciséis dentro del parapeto, incluidos los pocos heridos. Algunos de éstos, ingleses y españoles, habían quedado al otro lado. Patrick O'Hara, un irlandés de Belfast que tenía cierta experiencia en primeros auxilios, iba de un lado a otro con paquetes de vendas vendando a los heridos. Cada vez que regresaba al parapeto, y a pesar de sus indignados gritos de ¡POUM!, se exponía incluso al fuego de los propios compañeros.

Comenzamos a registrar la posición. Había varios muertos tirados por ahí, pero no me detuve a examinarlos. Lo que

me interesaba era la ametralladora. Mientras yacíamos sobre el barro, me había preguntado vagamente por qué no disparaba. Iluminé con mi linterna el nido de ametralladoras. ¡Amarga desilusión! No estaba allí. Quedaban el trípode y varias cajas de municiones y repuestos, pero el arma había sido trasladada. Sin duda, actuaron cumpliendo una orden, pero fue estúpido y cobarde proceder así, pues de haber dejado la ametralladora en su lugar habrían aniquilado a muchos de nosotros. Nos sentíamos furiosos, pues soñábamos con apoderarnos de una ametralladora.

Miramos por todas partes, pero no encontramos nada de gran valor. Abundaban las granadas, de un tipo bastante inferior a las nuestras, que explotaban tirando de una cuerda. Guardé un par en el bolsillo como recuerdo. Resultaba imposible no sentirse conmovido ante la miseria de las trincheras fascistas. El desorden de ropas, libros, comida, objetos personales, que existía en nuestras trincheras, aquí faltaba por completo; estos pobres reclutas sin paga no parecían poseer otra cosa que algunas mantas y unos pocos trozos de pan mojado. En el extremo más alejado había un pequeño refugio con un ventanuco que se encontraba en parte sobre el nivel del suelo. Lo iluminamos con la linterna desde la ventanilla y de inmediato dimos rienda suelta a nuestra alegría. Un objeto cilíndrico en un estuche de cuero, de más de un metro de alto y diez centímetros de diámetro, estaba apoyado contra la pared. Se trataba seguramente del cañón de la ametralladora. Nos precipitamos a través de la abertura y descubrimos que el estuche de cuero no contenía nada perteneciente a una ametralladora, sino algo que, en nuestro ejército desprovisto de armas, resultaba aún más valioso. Era un enorme telescopio, de sesenta o setenta aumentos por lo menos, con un trípode plegable. En nuestro sector no se conocían esos telescopios y los necesitábamos desesperadamente. Lo sacamos de manera triunfal y lo colocamos contra el

parapeto para llevárnoslo más tarde con nosotros.

En ese momento, alguien gritó que los fascistas se acercaban. Sin duda el estrépito de las detonaciones se había hecho mucho más intenso. Resultaba obvio que los fascistas no lanzarían un contraataque desde la derecha, pues ello implicaba atravesar la tierra de nadie y asaltar su propio parapeto. Si tenían sentido común nos atacarían desde el interior de la línea. Me dirigí hacia el otro extremo de la posición, que tenía forma de herradura, de modo que otro parapeto nos protegía a la izquierda. Un fuego graneado procedía de esa dirección, pero no tenía mayor importancia. El peligro estaba enfrente, pues allí no contábamos con protección alguna. Una lluvia de balas pasaba por encima de nuestras cabezas. Parecía proceder de la otra posición fascista sobre la línea; era evidente que el Batallón de Choque no había logrado capturarla. Ahora el ruido resultaba ensordecedor. Era el estruendo incesante, como un redoble de tambores, de una masa de fusiles que yo estaba acostumbrado a oír desde cierta distancia; por primera vez, me encontraba en medio de él. A estas horas el fuego se había extendido ya, desde luego, varios kilómetros a lo largo del frente y en torno a nosotros. Douglas Thompson, con un brazo herido que le colgaba inútil a un costado, se aguantaba recostado en el parapeto y disparaba con una sola mano hacia los fogonazos. Alguien cuyo fusil se había atascado, le recargaba el suyo.

Éramos unos cuatro o cinco en este lado. Estaba claro lo que había que hacer. Había que arrastrar los sacos de arena desde el parapeto delantero y levantar una barricada en el lado no protegido; y había que hacerlo sin demora. Las balas pasaban muy alto todavía, pero la altura podía reducirse en cualquier momento. Por los fogonazos a nuestro alrededor calculé que nos las veíamos con cien o doscientos hombres. Comenzamos a tirar de los sacos para

arrastrarlos unos veinte metros hacia adelante y apilarlos de forma desordenada. Era una tarea ímproba. Los sacos eran grandes, cada uno pesaba un quintal, y moverlos exigía un gran esfuerzo. A veces la arpillera podrida se rasgaba y la arena húmeda caía sobre nosotros como una cascada, metiéndonos por el cuello y las mangas. Recuerdo haber sentido un profundo horror ante todo aquello: la confusión, la oscuridad, el ruido, el barro, la lucha con los sacos que reventaban, y todo el tiempo estorbado por el fusil, que no me atrevía a dejar en ninguna parte por temor a perderlo. Hasta le grité a alguien mientras avanzábamos a trompicones llevando un saco: «¡Esto es la guerra! ¿No es espantoso?». De pronto, una sucesión de largas figuras comenzó a saltar por encima del parapeto de delante. Cuando se aproximaron, vimos que llevaban el uniforme del Batallón de Choque y nos alegramos, pensando que eran refuerzos; sin embargo, sólo eran cuatro, tres alemanes y un español. Más tarde nos enteramos de lo que les había ocurrido a las milicias de choque. No conocían el terreno y, en la oscuridad, habían avanzado en dirección errónea hasta toparse con la alambrada fascista, donde muchos de ellos perdieron la vida. Estos cuatro se habían perdido, por suerte para ellos. Los alemanes no hablaban una palabra de inglés, francés o español. Con gran dificultad y muchos gestos, les explicamos lo que hacíamos y les pedimos ayuda para construir la barricada.

Los fascistas habían hecho traer una ametralladora. La podíamos ver escupiendo fuego como un buscapíés a unos cien o doscientos metros; las balas pasaban por encima de nosotros con un chasquido seco y continuo. No tardamos en colocar bastantes sacos como para contar con un parapeto bajo, detrás del cual los pocos hombres que estábamos a ese lado de la posición nos podíamos echar y disparar. Yo estaba de rodillas detrás de ellos. Un disparo

de mortero silbó y se estrelló en alguna parte de la tierra de nadie. Ése era otro peligro, pero necesitarían algunos minutos para ubicar nuestra posición. Ahora que habíamos terminado de luchar con esos malditos sacos de arena podía incluso resultar de alguna manera divertido el ruido, la oscuridad, los fogonazos que se acercaban cada vez más, nuestros propios hombres respondiendo a los fogonazos. Hasta había tiempo para pensar un poco. Recuerdo haberme preguntado si tenía miedo, y haberme respondido que no. Afuera, donde quizá había corrido menos peligro, me había sentido casi enfermo de miedo. De pronto, alguien volvió a gritar que los fascistas se acercaban. Esta vez no había duda al respecto, pues los fogonazos se veían mucho más cercanos. Vi uno a menos de veinte metros. Evidentemente avanzaban por la trinchera de comunicación. A veinte metros estábamos a tiro de granada; éramos ocho o nueve, muy cerca unos de otros; bastaría una sola granada bien colocada para hacernos volar por los aires. Bob Smillie, con la sangre chorreándole por la cara debido a una pequeña herida, se puso de rodillas y arrojó una granada. Nos agachamos, esperando el estallido. En la trayectoria fue dejando una estela de chispas, pero no explotó. (Por lo menos una cuarta parte de estas granadas eran inútiles.) Yo tenía solamente las de los fascistas y no sabía con certeza cómo manejarlas. Pregunté si todavía les quedaba alguna granada. Douglas Moyle buscó en el bolsillo y me pasó una. La arrojé y me tiré boca abajo. Por uno de esos golpes de suerte que suceden una vez al año logré arrojar la granada exactamente en el sitio donde había visto un fogonazo. Se oyó el estruendo de la explosión y de inmediato un alboroto infernal de alaridos y quejidos. Por lo menos le habíamos dado a uno de ellos; no sé si murió, pero sin duda estaba malherido. ¡Pobre desgraciado! ¡Pobre desgraciado! Sentí un vago pesar mientras le oía

gritar. En ese instante, a la tenue luz de unos fogonazos, vi o creí ver una figura de pie cerca del lugar de donde habían salido los disparos. Dirigí en esa dirección mi fusil y disparé. Hubo otro alarido, pero creo que seguía siendo de la víctima de la granada. Se arrojaron varias granadas más. Los próximos fogonazos que vimos estaban ya muy lejos, a cien metros o más. Los habíamos hecho retroceder; por lo menos provisionalmente.

Todos comenzaron a maldecir y a preguntar por qué demonios no nos mandaban refuerzos. Con una metralleta o veinte hombres con fusiles limpios podíamos defender ese lugar contra un batallón. En ese momento Paddy Donovan, que era el segundo en la línea de mando tras Benjamín y había sido enviado en busca de órdenes, trepó por encima del parapeto delantero.

—¡Eh! ¡Salid! ¡Todos afuera, inmediatamente!

—¿Cómo?

—¡Hay que retirarse! ¡Salid!

—¿Por qué?

—Ordenes. ¡De vuelta a nuestras líneas y a paso ligero!

Algunos ya escalaban el parapeto de delante. Varios trataban de transportar una pesada caja de municiones. Pensé en el telescopio que había dejado apoyado contra el parapeto, al Otro lado de la posición. Pero entonces vi que los cuatro integrantes de las milicias de choque, actuando, supongo, según una orden misteriosa recibida con antelación, habían comenzado a correr por la trinchera que conducía a la otra posición fascista, donde los esperaba la muerte. Ya habían desaparecido en la oscuridad. Corrí tras ellos, tratando de traducir al español la orden de retirada hasta que por fin grité: «¡Atrás! ¡Atrás!», que quizá tenía el mismo significado. El español me entendió e hizo

retroceder a los otros. Paddy aguardaba junto al parapeto.

—Vamos, daos prisa.

—Pero, el telescopio...

—¡Al diablo el telescopio! Benjamín aguarda afuera...

Trepamos hacia el otro lado. Paddy aguantó la alambrada para que pasara. En cuanto nos apartamos de la protección que ofrecía el parapeto fascista nos encontramos con un fuego infernal que parecía proceder de todas partes, también de nuestro sector; pues todo el mundo disparaba a lo largo de la línea. Dondequiera que nos dirigiésemos, una nueva lluvia de balas pasaba junto a nosotros; nos condujeron de un lado a otro en la oscuridad como a un rebaño de ovejas. El hecho de arrastrar la caja de municiones —una de esas cajas que contienen mil setecientas cincuenta cargas y pesan casi un quintal— dificultaba la marcha, sobre todo porque también llevábamos granadas y fusiles abandonados por los fascistas. Aunque la distancia de parapeto a parapeto no era ni de doscientos metros y la mayoría de nosotros conocíamos el terreno, en pocos minutos nos encontramos completamente perdidos. Chapoteábamos al azar en el barro, sabiendo únicamente que las balas venían de ambos lados. No había luna para guiarse, pero el cielo se estaba poniendo un poco más claro. Nuestras líneas estaban al este de Huesca; yo quería quedarme donde estábamos hasta que los primeros rayos de la aurora nos indicaran dónde quedaba el este, pero los demás se opusieron. Seguimos chapoteando, modificando nuestra dirección varias veces y haciendo turnos para tirar de la caja de municiones. Por fin, vimos la baja línea plana de un parapeto frente a nosotros. Podía ser la nuestra o la fascista; nadie tenía la menor idea de adónde íbamos. Benjamín reptó sobre su vientre entre unos altos hierbajos blancuzcos hasta situarse a unos veinte metros de aquélla y

gritó una contraseña. Un grito de «¡POUM!» le respondió. Nos pusimos de pie, avanzamos hacia el parapeto, vadeamos una vez más la acequia y nos encontramos a salvo.

Kopp nos aguardaba adentro con unos pocos españoles. El médico y los camilleros ya no estaban. Parecía que todos los heridos habían sido rescatados con excepción de Jorge y uno de nuestros propios hombres, llamado Hiddlestone, que habían desaparecido. Kopp, muy pálido, caminaba sin cesar. Incluso los pliegues de grasa de la nuca se le veían pálidos; no prestaba ninguna atención a las balas que pasaban por encima del bajo parapeto y se estrellaban cerca de su cabeza. La mayoría de nosotros estábamos agazapados detrás del parapeto buscando protección. Kopp murmuraba ininterrumpidamente: «¡Jorge! ¡Coño! ¡Jorge!». Y luego, en inglés: «¡Si Jorge ha muerto, es terrible, terrible!». Jorge era su amigo personal y uno de sus mejores oficiales. De inmediato se dirigió a nosotros y pidió cinco voluntarios, dos ingleses y tres españoles, para buscar a los hombres que faltaban. Moyle y yo, junto con tres españoles, nos ofrecimos.

Cuando salimos, los españoles murmuraron que estaba clareando peligrosamente. Era cierto; el cielo tenía ya una ligera tonalidad azulada. Había un tremendo follón de voces excitadas procedentes del reducto fascista. Evidentemente habían vuelto a ocupar el lugar con fuerzas más numerosas. Estábamos a cincuenta o sesenta metros del parapeto cuando nos vieron o nos oyeron, pues lanzaron una cerrada descarga que nos obligó a echarnos de bruces. Uno de ellos arrojó una granada por encima del parapeto, signo seguro de pánico. Permanecíamos estirados sobre la hierba, aguardando una oportunidad para seguir adelante, cuando oímos o creímos oír—no tengo dudas de que fue pura imaginación, pero entonces pareció bastante real—

voces fascistas mucho más cercanas. Habían abandonado el parapeto y venían a por nosotros. «¡Corre!», le grité a Moyle, y me puse en pie de un salto. ¡Cielos, cómo corrí! Al comienzo de la noche había pensado que no se puede correr cuando se está empapado de pies a cabeza y cargado con un fusil y cartuchos. Supe en ese momento que siempre se puede correr cuando uno cree tener pegados a los talones a cincuenta o cien hombres armados. Si yo corría velozmente, otros podían hacerlo aún con mayor rapidez. Durante mi huida, algo que podría haber sido una lluvia de meteoritos me sobrepasó. Eran los tres españoles que nos habían encabezado. Alcanzaron nuestro propio parapeto sin detenerse y sin que yo pudiera alcanzarlos. La verdad es que teníamos los nervios deshechos. Sabía, en todo caso, que a media luz, donde cinco hombres son claramente visibles, uno solo no lo es, de manera que resolví continuar explorando por mi cuenta. Me las ingenié para llegar a la alambrada exterior y examinar el terreno lo mejor que pude, lo cual no era mucho, pues debía yacer boca abajo. No había señales de Jorge o Hiddlestone y retrocedí reptando. Más tarde supimos que ambos habían sido llevados mucho antes a la sala de primeros auxilios. Jorge tenía una herida leve en el hombro. Hiddlestone estaba gravemente herido, una bala le había atravesado el brazo izquierdo, rompiéndole el hueso en varios lugares; mientras yacía en el suelo, una granada explotó cerca de él produciéndole numerosas heridas. Me alegra poder decir que se recuperó. Más tarde me contaría que se había arrastrado de espaldas algunos metros hasta encontrar a un español herido, con el cual, ayudándose mutuamente, logró regresar.

Ya estaba aclarando. A lo largo de la línea todavía resonaba un fuego sin sentido, como la llovizna que sigue cayendo luego de una tormenta. Recuerdo que todo tenía un aspecto desolador: las ciénagas, los sauces llorones, el

agua amarilla en el fondo de las trincheras y los rostros agotados de los hombres cubiertos de barro y ennegrecidos por el humo. Cuando regresé a mi refugio en la trinchera, los tres hombres con quienes la compartía ya estaban profundamente dormidos. Se habían arrojado al suelo con el equipo puesto y los fusiles embarrados apretados contra ellos. Todo estaba mojado, dentro y fuera. Una larga búsqueda me permitió reunir bastantes astillas secas como para encender un pequeño fuego. Luego fumé el cigarro que me había estado reservando y que, con gran sorpresa por mi parte, no se había roto durante la noche.

Tiempo después supe que la acción había resultado un éxito. Se trataba meramente de una salida para que los fascistas apartaran tropas del otro lado de Huesca, donde los anarquistas volvían a atacar. Yo supuse que los fascistas habían utilizado cien o doscientos hombres en el contraataque, pero un desertor nos dijo más tarde que eran seiscientos. Creo que mentía —los desertores, por motivos evidentes, a menudo tratan de caer bien mediante adulaciones—. Era una gran pena lo del telescopio. La idea de haber perdido ese magnífico botín me duele aun ahora.

Los días se tornaron más cálidos y hasta las noches se hicieron tolerablemente tibias. En el cerezo marcado por las balas que había frente a nuestro parapeto comenzaron a formarse apretados racimos de cerezas. Bañarse en el río dejó de ser una tortura y se convirtió casi en un placer. Rosas silvestres de grandes capullos rosados surgían de los hoyos dejados por las bombas alrededor de Torre Fabián. Detrás de la línea veíamos campesinos que llevaban flores silvestres en— la oreja. Al anochecer; solían salir con redes verdes a cazar perdices. Extienden la red a una cierta altura sobre la hierba y luego se echan a imitar el grito de la perdiz hembra. Cualquiera macho que lo oye acude sin tardanza; cuando están debajo de la red, arrojan una piedra para asustarlos, ante lo cual pegan un salto y quedan atrapados en aquélla. Aparentemente sólo cazaban machos, lo cual me pareció injusto. En esa época se sumó a nosotros una sección de andaluces. No sé cómo llegaron hasta este frente. La explicación aceptada era que habían huido de Málaga a tal velocidad que se habían olvidado de detenerse en Valencia; pero esta explicación se debía a los catalanes, que despreciaban a los andaluces como a una raza de semisalvajes. Sin duda, los andaluces eran muy ignorantes, casi todos analfabetos, y ni siquiera parecían saber lo único que nadie ignora en España: a qué partido pertenecían. Creían ser anarquistas, pero no estaban del todo seguros; quizás fueran comunistas. Eran pastores o aceituneros, tal vez, de aspecto rústico, nudosos, con los rostros profundamente curtidos por el feroz sol meridional. Nos resultaban útiles, pues poseían extraordinaria destreza para convertir en cigarrillos el reseco tabaco español. La

distribución de éstos había cesado, pero a veces se podían comprar en Monflorite paquetes de tabaco más barato, muy similar, en aspecto y textura, a la paja cortada. De sabor no era malo, pero estaba tan seco que cuando se conseguía armar un cigarrillo, el tabaco no tardaba en caer y uno se quedaba con un cilindro vacío. Sin embargo, los andaluces lograban admirables cigarrillos y tenían una técnica especial para pegar el papel.

Dos ingleses cogieron una insolación. Mis recuerdos más vívidos de esa época son el calor del mediodía, el trabajar semidesnudos con sacos de arena sobre los hombros quemados por el sol; la mugre de las ropas y de las botas destrozadas; las luchas con la mula que traía nuestras raciones y que no tenía miedo de los disparos de fusil, pero huía cuando había un estallido de granada; los mosquitos, ya activos, y las ratas, molestas y ruidosas, que devoraban hasta cinturones y cartucheras. Nada ocurría, excepto alguna baja ocasional producida por el disparo de un tirador apostado, el esporádico fuego de artillería y los ataques aéreos sobre Huesca. Como los árboles ya estaban cubiertos de hojas, habíamos construido plataformas para tiradores en lo alto de los álamos que bordeaban la línea. Al otro lado de Huesca, los ataques comenzaban a disminuir. Los anarquistas habían sufrido serias pérdidas sin lograr cortar del todo la carretera de Jaca. Habían conseguido establecerse a ambos lados, lo bastante cerca como para tener la ruta a tiro de ametralladora e impedir el tránsito, pero la brecha tenía un kilómetro de extensión y los fascistas habían construido un camino hundido, una especie de enorme trinchera, por el cual cierto número de camiones podía ir y venir. Algunos desertores informaron de que en Huesca quedaban muchas municiones y pocos alimentos; era evidente que la ciudad no caería. Quizá resultaba imposible tomarla con los quince mil hombres mal armados de que se disponía. Más tarde, en junio, el

gobierno retiró tropas del frente de Madrid hasta reunir treinta mil hombres sobre Huesca y gran cantidad de aviones; ni aun así cayó la ciudad.

Cuando salimos de permiso, yo llevaba ciento quince días en el frente. Ese periodo me parecía entonces uno de los más inútiles de toda mi vida. Me uní a la milicia para pelear contra el fascismo y, hasta ese momento, casi no había luchado, limitándome a existir como una suerte de objeto pasivo, sin hacer otra cosa, a cambio de mis raciones, que padecer frío y falta de sueño. Quizá sea ése el destino de casi todos los soldados en casi todas las guerras. Ahora que puedo considerarlo con perspectiva, ya no me arrepiento de haberlo vivido. Sin duda, querría haber servido con mayor eficacia al gobierno español, pero, desde un punto de vista personal, el de mi propio desarrollo, esos primeros tres o cuatro meses de miliciano no fueron inútiles como pensé entonces. Constituyeron una suerte de interregno en mi vida, muy distinto de cualquier otra experiencia que me hubiera sucedido antes y, quizá, que pueda ocurrirme en el futuro, y me enseñaron cosas que no habría podido aprender de ninguna otra manera.

Lo esencial es que durante todo ese tiempo había estado aislado —en el frente uno estaba casi completamente aislado del mundo exterior, e incluso de lo que ocurría en Barcelona teníamos una idea muy vaga— entre personas que cabría definir en líneas generales y sin temor a equivocarse mucho, como revolucionarios. Eso se debía a que la milicia en sí era revolucionaria. En el frente de Aragón conservó este carácter hasta junio de 1937. Las milicias de trabajadores, basadas en los sindicatos y compuestas por hombres de opiniones políticas más o menos iguales, originaban la concentración del sentimiento más revolucionario del país y lo canalizaban en un sentido determinado. Yo estaba integrando, más o menos por azar,

la única comunidad de Europa occidental donde la conciencia revolucionaria y el rechazo del capitalismo eran más normales que su contrario. En Aragón se estaba entre decenas de miles de personas de origen proletario en su mayoría, todas ellas vivían y se trataban en términos de igualdad. En teoría, era una igualdad perfecta, y en la práctica no estaba muy lejos de serlo. En algunos aspectos, se experimentaba un pregusto de socialismo, por lo cual entiendo que la actitud mental prevaleciente fuera de índole socialista. Muchas de las motivaciones corrientes en la vida civilizada —ostentación, afán de lucro, temor a los patronos, etcétera— simplemente habían dejado de existir. La división de clases desapareció hasta un punto que resulta casi inconcebible en la atmósfera mercantil de Inglaterra; allí sólo estábamos los campesinos y nosotros, y nadie era amo de nadie. Desde luego, semejante estado de cosas no Podía durar. Era sólo una fase temporal y local en un juego gigantesco que se desarrollaba en toda la superficie de la tierra. Sin embargo, duró lo bastante como para influir sobre todo aquel que lo experimentara. Por mucho que protestara en esa época, más tarde me resultó evidente que había participado en un acontecimiento único y valioso. Había vivido en una comunidad donde la esperanza era más normal que la apatía o el cinismo, donde la palabra «camarada» significaba camaradería y no, como en la mayoría de los países, farsante. Había aspirado el aire de la igualdad. Sé muy bien que ahora está de moda negar que el socialismo tenga algo que ver con la igualdad. En todos los países del mundo, una enorme tribu de escritorzuelos de partido y astutos profesores se afanan por «demostrar» que el socialismo no significa nada más que un capitalismo de Estado planificado, que no elimina el lucro como motivación. Por fortuna, también existe una visión del socialismo completamente diferente. Lo que lleva a los hombres hacia el socialismo, y los mueve a

arriesgar su vida por él, la «mística» del socialismo, es la idea de la igualdad; para la gran mayoría, el socialismo significa una sociedad sin clases o carece de todo sentido. Precisamente esos pocos meses me resultaron valiosos, porque las milicias españolas, mientras duraron, constituyeron una especie de microcosmos de una sociedad sin clases. En esa comunidad donde nadie trataba de sacar partido de nadie, donde había escasez de todo pero ningún privilegio y ninguna necesidad de adulaciones, quizá se tenía una tosca visión de lo que serían las primeras etapas del socialismo. En lugar de desilusionarme, me atrajo profundamente y fortaleció mi deseo de ver establecido el socialismo. Ello se debió, en parte, a la buena suerte de haber estado entre españoles, quienes, con su decencia innata y su tinte anarquista, están en condiciones de hacer tolerables las etapas iniciales del socialismo.

En esa época yo casi no tenía conciencia de los cambios que se sucedían en mi propia mente. Como todos los que me rodeaban, percibía el aburrimiento, el calor, el frío, la mugre, los piojos, las privaciones y el peligro. Hoy es muy diferente. Ese período que entonces me pareció tan inútil y vacío de acontecimientos, tiene ahora gran importancia para mí. Es tan distinto del resto de mi vida que ya ha adquirido esa cualidad mágica que, por lo general, pertenece sólo a los recuerdos muy viejos. Fue espantoso mientras duró, pero ahora constituye un buen sitio por el que pasear mi mente. Quisiera poder transmitir la atmósfera de esa época. Confío haberlo hecho, en parte, en los primeros capítulos de este libro. En mi memoria los hechos están inseparablemente ligados al frío invernal, a los destrozados uniformes de los milicianos, a los ovalados rostros españoles, al sonido telegráfico de las ametralladoras, al olor a orines y a pan podrido, al sabor metálico de los potajes de judías engullidos apresuradamente en escudillas sucias.

Todo aquel período ha perdurado en mí con una curiosa nitidez. Con el recuerdo revivo incidentes que tal vez parezcan demasiado insignificantes para ser evocados. Vuelvo a estar en el refugio de Monte Pocero, sobre el suelo de piedra caliza que me sirve de cama. El pequeño Ramón ronca con la nariz aplastada entre mis omóplatos. Me tambaleo por la embarrada trinchera, atravesando la niebla que gira en torno a mí como vapor helado. Estoy a mitad de camino en una grieta de la ladera de la montaña, luchando por mantener el equilibrio mientras arranco una raíz de romero silvestre. Por encima de mi cabeza cantan algunas balas perdidas.

Estoy echado, oculto entre unos pequeños abetos, en el terreno bajo que está al Oeste de Monte Oscuro, con Kopp y Bob Edwards y tres españoles. En la desnuda colina gris a nuestra derecha, una hilera de fascistas trepan como hormigas. Cerca, una trompeta suena en las líneas enemigas. Mi mirada encuentra la de Kopp, quien, en un gesto de escolar, les hace burla.

Estoy en el asqueroso patio de La Granja, entre la multitud de hombres que luchan con sus platos junto a la olla de estofado. El cocinero gordo y agotado nos mantiene a raya con el cucharón. En una mesa cercana, un hombre barbudo, con una enorme pistola automática bajo el cinturón, corta grandes trozos de pan. Detrás de mí, una voz cockney (Bill Chambers, con quien había tenido una amarga pelea y que más tarde murió en las afueras de Huesca) está cantando: ¡Hay ratas, ratas, ratas, ratas grandes como gatas, en el...!

Una bala de cañón aúlla sobre nuestras cabezas. Criaturas de quince años se arrojan al suelo. El cocinero se refugia detrás del caldero. Todos se levantan con una expresión avergonzada cuando el proyectil estalla a unos cien metros.

Camino junto a la línea de los centinelas, bajo los oscuros álamos. En la zanja inundada las ratas chapotean, haciendo tanto ruido como nutrias. Mientras la aurora aparece a nuestras espaldas, el centinela andaluz canta, envuelto en su capa. Del otro lado de la tierra de nadie, llega el canto del centinela fascista...

El 25 de abril, después de los habituales mañanas, otra sección nos relevó, y nosotros les entregamos los fusiles, preparamos nuestro equipo y regresamos a Monflorite. No lamentaba dejar el frente. Los piojos se multiplicaban en mis pantalones con mucha mayor rapidez de la que yo podía desplegar para destruirlos, desde hacía un mes carecía de calcetines y tenía destrozadas las suelas de las botas, de modo que caminaba casi descalzo. Ansiaba un baño caliente, ropa limpia y una noche entre sábanas más apasionadamente de lo que es posible desear algo cuando se lleva una vida normal. Dormimos unas pocas horas en un granero de Monflorite, de madrugada subimos a un camión, tomamos el tren de las cinco en Barbastro y, habiendo tenido la suerte de enlazar con un tren rápido en Lérida, llegamos a Barcelona a las tres de la tarde del 26. Y fue luego cuando comenzaron los problemas.

8

Desde Mandalay, al norte de Birmania, se puede viajar por tren hasta Maymyo, la principal estación de montaña de la provincia, al borde de la meseta de Shan. Es una experiencia bastante extraña. El viaje se inicia bajo un sol abrasador en la típica atmósfera de una ciudad oriental, entre millones de seres de rostros oscuros, palmeras polvorientas, jugosas frutas tropicales, olores de pescado, especias y ajo; y una vez acostumbrado a ella, uno se lleva consigo esa atmósfera intacta, por así decirlo, al vagón del tren. Hasta llegar a Maymyo, a mil doscientos metros sobre el nivel del mar, mentalmente se sigue estando en Mandalay. Pero al descender del vagón, se entra en un mundo distinto. De pronto se respira un aire dulce y fresco como el de Inglaterra, y se está rodeado de hierba verde, helechos, abetos y montañas de sonrosadas mejillas vendiendo canastillas de fresas.

Al regresar a Barcelona, después de tres meses y medio, me acordé de todo eso. Se daba allí el mismo cambio brusco y sorprendente de atmósfera. En el vagón, durante el viaje a Barcelona, la atmósfera del frente persistía; la suciedad, el ruido, la incomodidad, las vestimentas raídas y el sentimiento de privación, de camaradería e igualdad. El tren, repleto de milicianos cuando partió de Barbastro, era invadido por grupos de campesinos en cada estación de la línea. Llevaban atados de hortalizas, aterrorizadas aves de corral colgando boca abajo, bolsas que giraban y se retorcían sobre el suelo y que resultaron estar llenas de conejos vivos y, por fin, un buen rebaño de ovejas que fueron conducidas hasta los compartimentos, donde se instalaban en los espacios disponibles. Los milicianos

cantaban a gritos canciones revolucionarias, arrojaban besos al aire o agitaban pañuelos rojinegros en cuanto veían a una chica bonita. Botellas de vino y de anís, el detestable licor aragonés, pasaban de mano en mano, y otros bebían utilizando la clásica bota española, con la cual es posible lanzar un chorro de vino desde cierta distancia directamente a la boca. Este procedimiento parece significarles un considerable ahorro de trabajo. Junto a mí, un muchachito de quince años, de ojos negros, teniendo por interlocutores a dos viejos campesinos de rostro apergaminado que lo escuchaban con la boca abierta, relataba historias sensacionales y, sin duda, totalmente falsas acerca de sus propias hazañas en el frente. Los campesinos no tardaron en desatar sus fardos y en convidarnos a un espeso vino rojo oscuro. Todos nos sentíamos profundamente felices, más de lo que puede expresarse. Pero, cuando el tren atravesó Sabadell y entró en Barcelona, nos rodeó una atmósfera apenas menos hostil que lo hubiera sido la de París o Londres.

Todos los que habían hecho dos visitas a Barcelona durante la guerra, con intervalos de algunos meses, comentan los extraordinarios cambios que observaron en ella. Por extraño que parezca, los que fueron por primera vez en agosto y volvieron en enero o, como yo mismo, primero en diciembre y después en abril, al volver siempre decían lo mismo: «La atmósfera revolucionaria ha desaparecido». Sin duda, para quien hubiera estado allí en agosto, cuando la sangre aún no se había secado en las calles y los milicianos ocupaban los hoteles elegantes, Barcelona, en diciembre, le habría parecido una ciudad burguesa; pero para mi, recién llegado de Inglaterra, se continuaba pareciendo más a una ciudad obrera que cualquier otra que yo hubiera podido concebir. Pero la marea estaba de reflujo. Ahora volvía a ser una ciudad corriente, un poco maltratada y lastimada por la guerra,

pero sin ninguna señal externa de predominio de la clase trabajadora.

El cambio en el aspecto de las gentes era increíble. El uniforme de la milicia y los monos azules habían desaparecido casi por completo; la mayoría parecía usar esos elegantes trajes veraniegos en los que se especializan los sastres españoles. En todas partes se veían hombres prósperos y obesos, mujeres bien ataviadas y coches de lujo. (Aparentemente, aún no había coches privados, no obstante lo cual, todo aquel que fuera «alguien» podía disponer de un automóvil.) Los oficiales del nuevo Ejército Popular, un tipo que casi no existía cuando dejé Barcelona, ahora abundaban en cantidades sorprendentes. La oficialidad del Ejército Popular estaba constituida a razón de un oficial por cada diez hombres. Cierta número de esos oficiales había actuado en el frente, dentro de la milicia, y recibido luego instrucción técnica, pero en su mayoría eran jóvenes que habían asistido a la Escuela de Guerra en lugar de unirse a la milicia. Su relación con la tropa no era exactamente la que se da en un ejército burgués, pero existía una jerarquización social bien definida, expresada por la diferencia de paga y en el uniforme.

Los soldados usaban una especie de burdo mono marrón y los oficiales un fino uniforme de color caqui, con la cintura ajustada como en el de los oficiales ingleses. No creo que más de uno de cada veinte de esos oficiales conociera una trinchera. Sin embargo, todos iban armados con pistolas automáticas al cinto, mientras nosotros, en el frente, no podíamos conseguirlas a ningún precio. Al avanzar por las calles, observé que nuestra suciedad llamaba la atención. Desde luego, como todos los hombres que han pasado varios meses en las trincheras, constituíamos un espectáculo lamentable. Yo tenía conciencia de parecerme a un

espantapájaros. Mi chaqueta de cuero estaba hecha jirones, mi gorra de lana se había deformado tanto que se me deslizaba permanentemente sobre un ojo y de mis botas sólo quedaban restos. No era yo un caso excepcional y, además, todos estábamos sucios y barbudos. No era sorprendente, pues, que la gente se nos quedara mirando. No obstante, me desalentó un poco y me hizo comprender algunas cosas extrañas que habían estado ocurriendo durante los últimos tres meses.

En los días siguientes descubrí, a través de innumerables indicios, que mi primera impresión no había sido errónea. Un profundo cambio se había producido en la ciudad. Dos hechos constituían la clave de este cambio: el primero era que la gente, la población civil, había perdido gran parte de su interés por la guerra: y el segundo, que la división de la sociedad en ricos y pobres, clase alta y clase baja, se volvía a reinstaurar.

La indiferencia general hacia la guerra causaba sorpresa, asco, y horrorizaba a quienes llegaban a Barcelona procedentes de Madrid o de Valencia. En parte, se debía

a la gran distancia que mediaba entre Barcelona y el lugar actual de la lucha; observé idéntica situación un mes después en Tarragona, donde la vida habitual de una elegante ciudad costera continuaba casi sin interrupciones. Resultaba significativo que en toda España el alistamiento voluntario hubiera ido disminuyendo desde enero. En Cataluña, cuando en febrero se hizo la primera gran campaña a favor del Ejército Popular, hubo una ola de entusiasmo que no se tradujo en un incremento del reclutamiento. Apenas seis meses después de iniciada la guerra, el gobierno español tuvo que recurrir al servicio militar; lo cual parece natural en un conflicto con el extranjero, pero resulta anómalo en una guerra civil. Sin duda, ello se explica en parte por el debilitamiento de las

esperanzas revolucionarias, tan decisivas al comienzo de la contienda. Durante las primeras semanas de la guerra, los miembros de los sindicatos que se constituyeron en milicias y persiguieron a los fascistas hasta Zaragoza lo hicieron, en gran medida, porque ellos mismos creían estar luchando por el control de la clase trabajadora; pero cada vez se hacía más patente que dicha aspiración era una causa perdida. No podía criticarse a la gente común, en especial al proletariado urbano, que constituye el grueso de las tropas de cualquier guerra, por una cierta apatía. Nadie quería perder la guerra, pero la mayoría deseaba, sobre todo, que terminara. Tal situación era evidente en todas partes. Te encontraras con quien te encontraras, siempre escuchabas el mismo comentario: «Esta guerra es terrible, ¿no? ¿Cuándo terminará?». La gente con conciencia política se interesaba mucho más por la lucha intestina entre anarquistas y comunistas que por la guerra contra Franco. Para la gran masa de gente, la escasez de comida era lo fundamental. «El frente» se había convertido en un remoto lugar mítico, en el que los hombres jóvenes desaparecían para no regresar o para hacerlo al cabo de tres o cuatro meses con grandes sumas de dinero en los bolsillos. (Un miliciano habitualmente recibía su paga atrasada cuando salía de permiso.) Los heridos, aun cuando anduvieran con muletas, dejaron de recibir una consideración especial. Pertenecer a la milicia ya no estaba de moda, como lo demostraban claramente las tiendas, que siempre son los barómetros del gusto público. Cuando llegué por primera vez a Barcelona, las tiendas, por pobres que fueran, se habían especializado en equipos para milicianos. En todos los escaparates se podían ver gorras de visera, cazadoras de cremallera, cinturones Sam Browne, cuchillos de caza, cantimploras y fundas de revólver. Ahora las tiendas tenían un aspecto más elegante, la guerra había quedado relegada a la trastienda. Como

descubriría más tarde, cuando intenté comprar un equipo nuevo antes de regresar al frente, ciertas cosas que allí se necesitaban con mucha urgencia eran muy difíciles de conseguir.

Entretanto, había en marcha una campaña sistemática de propaganda contra las milicias partidistas y en favor del Ejército Popular. En este aspecto la situación era bastante curiosa. Desde febrero, todas las fuerzas armadas quedaron teóricamente incorporadas al Ejército Popular y las milicias se reorganizaron sobre el modelo de aquél, con pagas diferenciadas, jerarquización, etcétera, etcétera. Las divisiones estaban compuestas por «brigadas mixtas», formadas por tropas del Ejército Popular y de las milicias. En realidad, los únicos cambios que se produjeron fueron algunos cambios de nombres. Por ejemplo, las tropas del POUM que antes se conocían como División Lenin, se llamaban ahora División 29. Hasta junio, muy pocas tropas del Ejército Popular llegaron al frente de Aragón y, en consecuencia, las milicias pudieron conservar su estructura autónoma y su carácter especial. Pero los agentes del gobierno habían estarcido las paredes con el lema: «Necesitamos un Ejército Popular», y por la radio y a través de la prensa comunista se desarrollaba un ataque incesante y a veces virulento contra las milicias, a las que se describía como mal adiestradas, indisciplinadas, etcétera, etcétera, mientras se calificaba siempre de «heroico» al Ejército Popular. Gran parte de esta propaganda parecía dar a entender que era vergonzoso haber ido voluntariamente al frente, y digno de elogio haber aguardado el reclutamiento. Mientras esto ocurría, eran las milicias las que defendían el frente, y el Ejército Popular sólo se adiestraba en la retaguardia, pero tal hecho se ocultaba al conocimiento público. Los grupos de milicianos que retornaban a las trincheras ya no marchaban por las calles con las banderas desplegadas y al son de los

tambores; eran transportados discretamente por tren o camión a las cinco de la madrugada. Unos pocos destacamentos del Ejército Popular comenzaban a partir hacia la línea de fuego y, como antes ocurría con las milicias, marchaban ceremoniosamente por la ciudad. Pero a causa del debilitamiento general del interés por la guerra, ni siquiera ellos eran saludados con mayor entusiasmo. El hecho de que las tropas de la milicia también fueran, en teoría, parte del Ejército Popular fue hábilmente utilizado por la propaganda periodística. Toda victoria se atribuía automáticamente al Ejército Popular; mientras que todos los desastres se reservaban para las milicias. A veces ocurría que las mismas tropas, alternativamente, eran elogiadas o criticadas según se dijera que pertenecían al ejército o a la milicia.

Además de todo esto, había también un cambio sorprendente en el clima social, algo que resulta difícil de imaginar a menos que uno lo haya experimentado. Cuando llegué a Barcelona por primera vez, me pareció una ciudad donde las distinciones de clases y las grandes diferencias económicas casi no existían. Eso era, desde luego, lo que parecía. Las ropas «elegantes» constituían una anomalía, nadie se rebajaba ni aceptaba propinas; los camareros, las floristas y los limpiabotas te miraban a los ojos y te llamaban «camarada». Yo no había captado que se trataba en lo esencial de una mezcla de esperanza y camuflaje. Los trabajadores creían en la revolución que había comenzado sin llegar a consolidarse, y los burgueses, atemorizados, se disfrazaban temporalmente de obreros. En los primeros meses de la revolución hubo seguramente miles de personas que deliberadamente se pusieron el mono proletario y gritaron lemas revolucionarios para salvar el pellejo. Ahora las cosas estaban volviendo a sus cauces normales. Los mejores restaurantes y hoteles estaban llenos de gente rica que devoraba comida cara, mientras,

para la clase trabajadora, los precios de los alimentos habían subido muchísimo sin un aumento compensatorio en los salarios. Además de este encarecimiento, con frecuencia escaseaban algunos productos, afectando, desde luego, como siempre, al pobre más que al rico. Los restaurantes y los hoteles no parecían tener ninguna dificultad en conseguir lo que quisieran; pero en los barrios obreros se hacían colas de cientos de metros para adquirir pan, aceite de oliva y otros artículos indispensables. La primera vez que estuve en Barcelona me llamó la atención la ausencia de mendigos; ahora abundaban. En la puerta de las charcuterías, al principio de las Ramblas, pandillas de chicos descalzos aguardaban siempre para rodear a los que salían y pedir a gritos un poco de comida. Las formas «revolucionarias» del lenguaje comenzaban a caer en desuso. Los desconocidos ya no se dirigían a uno diciendo tú y camarada; habitualmente empleaban señor y usted. Buenos días comenzaba a reemplazar a salud. Los camareros volvieron a usar sus camisas almidonadas y los dependientes de — las tiendas recurrían de nuevo a sus adulaciones usuales. Mi esposa y yo entramos en un comercio de las Ramblas para comprar calcetines. El vendedor hizo una reverencia y se frotó las manos como ni siquiera en Inglaterra se hace ya hoy en día, aunque se solía hacer hace veinte o treinta años. De manera furtiva e indirecta, la costumbre de la propina comenzaba a retornar. Se había ordenado que las patrullas de trabajadores se disolvieran, y las fuerzas policiales anteriores a la guerra recorrían de nuevo las calles. Reaparecieron los espectáculos de cabaret y los prostíbulos de categoría, muchos de los cuales habían sido clausurados por las patrullas de trabajadores. Un ejemplo ínfimo, pero significativo, de cómo todo se orientaba para favorecer a las clases más acomodadas lo ofrece la escasez de tabaco. La carencia de tabaco era tan desesperante que se vendían en las calles

cigarrillos de picadura de regaliz. Cierta vez probé uno. (Mucha gente los probó alguna vez.) Franco retenía las Canarias, de donde provenía todo el tabaco español y, en consecuencia, las únicas reservas con que contaba el gobierno eran del período previo al inicio de la guerra. Éstas habían disminuido tanto que los estancos abrían sólo una vez por semana; luego de hacer cola durante un par de horas se podía, con suerte, conseguir una cajetilla de tabaco. En teoría, el gobierno no permitía que se importara tabaco, porque ello significaba reducir las reservas de oro, que debían destinarse a la compra de armas y otros artículos vitales. En realidad, había un contrabando constante de cigarrillos extranjeros de las marcas más caras, como Lucky Strike, lo que permitía obtener pingües ganancias. Éstos se podían adquirir sin disimulo en los hoteles lujosos y, de forma un poco más furtiva, en la calle, siempre y cuando uno pudiera pagar diez pesetas (el jornal de un miliciano) por un paquete. El contrabando beneficiaba a la gente acomodada y, por ende, era tolerado. Si uno tenía bastante dinero, podía conseguir cualquier cosa en cualquier cantidad, menos pan, quizá, cuyo racionamiento era bastante estricto. Este marcado contraste entre la riqueza y la pobreza hubiera sido imposible unos meses antes, cuando la clase obrera mantenía, o parecía mantener; el control de la situación. Pero no sería justo atribuirlo únicamente a los cambios en el poder político. En parte, era resultado de la vida segura que se llevaba en Barcelona, donde había muy poco que le hiciera recordar a uno la guerra, exceptuando algún ocasional ataque aéreo. Quienes habían estado en Madrid afirmaban que allí las cosas eran muy distintas. En Madrid, el peligro compartido obligaba a la gente de casi todas las condiciones a alguna suerte de camaradería. Un hombre obeso que come perdices mientras los chicos piden pan en la calle constituye un espectáculo repelente, pero es menos probable verlo

cuando se está a tiro de los cañones enemigos.

Un día o dos después de los enfrentamientos callejeros, recuerdo haber pasado por una confitería situada en una de las calles elegantes y haberme detenido frente a su escaparate lleno de pasteles y bombones finísimos a precios increíbles. Era el tipo de tienda que uno puede ver en Bond Street o en la Rue de la Paix. Recuerdo haber sentido un vago horror y desconcierto al pensar que aún podía desperdiciarse dinero en tales cosas en un país hambriento y asolado por la guerra. Pero líbreme Dios de arrogarme alguna superioridad personal. Después de varios meses de incomodidades, tenía un voraz deseo de buena comida y buen vino, cócteles, cigarrillos norteamericanos y esas cosas, y confieso haberme permitido todos los lujos que el dinero pudo proporcionarme.

Durante esa primera semana, antes de que comenzaran las luchas callejeras, tuve varias preocupaciones que guardaban una curiosa relación entre sí. En primer lugar; como ya dije, me dediqué a rodearme de las mayores comodidades posibles. En segundo lugar; gracias al exceso de comida y bebida, mi salud se resintió durante toda esa semana. Cuando me sentía mal, me quedaba en la cama la mitad del día; me levantaba, volvía a comer en exceso y volvía a sentirme enfermo. Por otro lado, estaba efectuando negociaciones secretas para comprar una pistola. La necesitaba urgentemente, pues en la lucha de trincheras resultaba mucho más útil que un fusil. Era muy difícil conseguir una; el gobierno las distribuía a los policías y a los oficiales del Ejército Popular; pero se negaba a entregarlas a la milicia; era necesario comprarlas, ilegalmente, en los arsenales secretos de los anarquistas. Después de muchas molestias y tribulaciones, un amigo anarquista logró conseguirme una pequeña pistola automática calibre veintiséis, arma bastante ineficaz y del

todo inútil a más de pocos metros, pero siempre mejor que nada. Me encontraba, además, realizando trámites preliminares para abandonar la milicia del POUM e ingresar en alguna otra unidad que me permitiera llegar al frente de Madrid.

Durante bastante tiempo había manifestado a todo el mundo que me proponía abandonar el POUM. De acuerdo con mis preferencias puramente personales, me hubiera gustado unirme a los anarquistas. Si uno se convertía en miembro de la CNT, era posible ingresar en la milicia de la FAI, pero me dijeron que, en ese caso, probablemente, me enviarían a Teruel y no a Madrid. Si deseaba ir a Madrid, debía ingresar en la Columna Internacional, lo cual implicaba la necesidad de obtener una recomendación del Partido Comunista. Me encontré con un amigo comunista, agregado a la Ayuda Médica Española, y le expliqué mi situación. Pareció muy deseoso de reclutarme y me pidió que convenciera a algunos de los ingleses del ILP de que siguieran mis pasos. De haber sido mejor mi salud, probablemente hubiera aceptado en ese momento. Resulta difícil imaginar ahora qué efectos hubiera tenido más tarde tal decisión. Probablemente me habrían enviado a Albacete antes de que comenzaran los enfrentamientos en Barcelona, en cuyo caso, al no haberla presenciado, podría haber aceptado como verídica la versión oficial. Por otro lado, si hubiera estado bajo órdenes comunistas durante la lucha de Barcelona, mi lealtad personal hacia los camaradas del POUM me habría colocado en una situación insostenible. Pero me quedaba otra semana de permiso y estaba impaciente por recuperar mi salud antes de regresar al frente. Asimismo —y éste es el tipo de circunstancia que siempre decide el propio destino—, tuve que esperar hasta que el zapatero me hiciera un nuevo par de botas. (Todo el ejército español no había logrado proporcionarme unas botas que fueran lo bastante grandes y cómodas para mí.)

Le dije a mi amigo comunista que tomaría mi decisión final más adelante. Mientras tanto quería descansar. Incluso tenía la idea de irme con mi esposa a la costa por dos o tres días. ¡Vaya una idea! La atmósfera política tendría que haberme advertido de que eso era precisamente lo que no se podía hacer esos días.

Por debajo del lujo y de la creciente pobreza, de la — aparente alegría de las calles con puestos de flores, banderas multicolores, carteles de propaganda y abigarradas multitudes, la ciudad respiraba el clima inconfundible de la rivalidad y el odio políticos. Personas de todas las opiniones posibles decían en tono premonitorio: «Pronto tendremos dificultades». El peligro era muy simple y comprensible. Se trataba del antagonismo entre quienes querían que la revolución siguiera adelante y los que deseaban frenarla o impedirle, es decir; entre anarquistas y comunistas. Desde el punto de vista político, en Cataluña no existía otro poder que el PSUC y sus aliados liberales. Pero a él se oponía la fuerza incierta de la CNT, no tan bien armada y menos segura en cuanto a sus metas, pero poderosa a causa del número y de su predominio en varias industrias claves. Dada esta relación de fuerzas, el choque era inevitable. Desde el punto de vista de la Generalitat, controlada por el PSUC, el primer paso necesario para asegurar su posición consistía en despojar de sus armas a la CNT. Como ya señalé antes [ver Apéndice 1], la disolución de las milicias partidistas era, en el fondo, una maniobra tendente a este fin. Al mismo tiempo, las fuerzas policiales anteriores a la guerra, la Guardia Civil y otras, habían sido reimplantadas y eran reforzadas y armadas intensamente. Eso sólo podía significar una cosa. Los guardias civiles, en especial, constituían una gendarmería del tipo corriente, y durante casi un siglo, habían actuado como guardianes de las clases pudientes. Entretanto, se publicó un decreto según el cual todos los particulares que

poseían armas debían entregarlas. Naturalmente, fue desobedecido. Resultaba claro que las armas de los anarquistas sólo podrían obtenerse por la fuerza. Durante este período hubo rumores, siempre vagos y contradictorios debido a la censura periodística, sobre choques que se producían en toda Cataluña. En diversos lugares, las fuerzas policiales armadas atacaron baluartes anarquistas. En Puigcerdá, junto a la frontera francesa, un grupo de carabineros intentó apoderarse de la aduana, controlada por los anarquistas, y Antonio Martín, un conocido anarquista, resultó muerto. Incidentes similares ocurrieron en Figueras y, según creo, en Tarragona. En los suburbios obreros de Barcelona se produjeron toda una serie de choques más o menos espontáneos. Miembros de la CNT y de la UGT venían matándose unos a otros desde hacía algún tiempo; en ciertas ocasiones, los crímenes se vieron seguidos por gigantescos funerales provocativos, cuya finalidad deliberada era despertar odios políticos. Poco tiempo antes, un miembro de la CNT había sido asesinado, y ésta había movilizado a centenares de miles de sus afiliados en el cortejo fúnebre. Hacia finales de abril, cuando yo acababa de llegar a Barcelona, Roldán Cortada, miembro prominente de la UGT, fue asesinado, según se cree, por alguien de la CNT. El gobierno ordenó que todos los comercios cerraran y organizó una enorme procesión fúnebre, constituida en su mayor parte por tropas del Ejército Popular y tan larga que se necesitaron dos horas para que pasara por un punto dado. Desde la ventana del hotel la observé sin mayor entusiasmo; era evidente que ese supuesto funeral era un mero despliegue de fuerzas. Si los hechos se agudizaban un poco más se llegaría al derramamiento de sangre. Esa misma noche mi esposa y yo nos despertamos debido a una serie de disparos procedentes de la Plaza de Cataluña, situada a unos cien o doscientos metros. Al día siguiente supimos que habían

matado a un miembro de la CNT y que el asesino probablemente pertenecía a la UGT. Desde luego, era muy posible que todos esos crímenes fueran cometidos por agentes provocadores. Puede medirse la actitud de la prensa capitalista extranjera hacia el conflicto comunista—anarquista señalando que el asesinato de Roldán fue objeto de amplia publicidad, mientras que fue ocultado cuidadosamente el que constituyó su respuesta.

Se acercaba el 1° de Mayo, y se hablaba de una manifestación gigantesca en la que tomarían parte tanto la CNT como la UGT. Los líderes de la CNT, más moderados que muchos de sus miembros, trabajaban desde hacía tiempo por una reconciliación con la UGT; y, en efecto, la esencia de su política era intentar la integración de los dos bloques en una gran coalición. La idea era que la CNT y la UGT desfilaran unidas y demostraran su solidaridad. Pero, en el último momento, se suspendió la manifestación, pues resultaba evidente que sólo originaría disturbios. Nada ocurrió el 1° de Mayo. La situación era bien extraña. Barcelona, la llamada ciudad revolucionaria, fue quizá la única en la Europa no fascista que no celebró ese día. Pero admito que me sentí aliviado. Se esperaba que el contingente del ILP marchara en la manifestación con la sección del POUM y todo el mundo preveía incidentes. Lo último que yo deseaba era verme mezclado en alguna tonta lucha callejera. Marchar por la calle detrás de banderas rojas, con ampulosos eslóganes escritos, para luego morir de un balazo disparado con una metralleta desde alguna ventana por un desconocido no respondía a mi idea de lo que es una forma útil de morir.

9

En torno al mediodía del 3 de mayo, un amigo que cruzaba el vestíbulo del hotel anunció como de pasada: «He oído que ha habido jaleo en la Central Telefónica». Por algún motivo, no le presté mayor atención en ese momento.

Por la tarde, entre las tres y las cuatro, me encontraba a media altura de las Ramblas cuando oí a mis espaldas varios tiros. Me di la vuelta y vi a algunos jóvenes que, con fusiles en la mano y los pañuelos rojinegros de los anarquistas al cuello, desaparecían por una bocacalle en dirección norte. Evidentemente, disparaban contra alguien situado en una elevada torre octogonal —una iglesia, según creo— que se alzaba sobre esa calle. De inmediato pensé: «¡Ya ha comenzado!». Pero lo pensé sin mayor sentimiento de sorpresa, pues desde hacía varios días todos esperábamos que «aquello» comenzara en cualquier momento.

Quise regresar al hotel enseguida para saber cómo estaba mi esposa, pero el grupo de anarquistas, a la entrada de la bocacalle, hacía retroceder a la gente, gritando para que nadie cruzara la línea de fuego. Se oyeron más disparos. Las balas procedentes de la torre atravesaron la calle, y una multitud aterrorizada se abalanzó Ramblas abajo, alejándose del fuego; a lo largo de la calle podía oírse el tableteo de las persianas metálicas que bajaban los tenderos para proteger sus escaparates. Vi dos oficiales del Ejército Popular retirándose prudentemente de árbol en árbol con las manos en las pistolas. Delante de mí, la gente se precipitaba por las escaleras de la estación de metro que hay en medio de las Ramblas en busca de protección. Opté

por no seguirlos, pues no quería quedarme atrapado bajo tierra durante horas.

En ese momento, un médico norteamericano que había estado con nosotros en el frente se acercó corriendo y me tomó del brazo. Estaba muy excitado.

—Vamos, debemos llegar hasta el hotel Falcón. (El hotel Falcón era una especie de casa de huéspedes regida por el POUM y utilizada principalmente por los milicianos de permiso.) Los muchachos del POUM se reunirán allí. Ya comenzaron los líos. Debemos permanecer unidos.

—Pero ¿qué demonios está pasando? —pregunté yo.

El médico me tiraba del brazo y la nerviosidad le impedía darme una explicación clara. Según parecía, había estado en la Plaza de Cataluña cuando varios camiones llenos de guardias civiles armados se detuvieron frente a la Central Telefónica, en manos de trabajadores de la CNT, y lanzaron un súbito ataque contra ella. Luego llegaron algunos anarquistas y se originó una refriega general. Deduje que los «líos» de las primeras horas del día se habían producido porque el gobierno exigía la entrega de la Telefónica, exigencia que, desde luego, fue rechazada.

Mientras nos dirigíamos calle abajo, un camión repleto de anarquistas armados pasó a toda velocidad en dirección opuesta. En la parte delantera se veía a un jovencito desarrapado, echado sobre una pila de colchones tras una ametralladora ligera. Cuando llegamos al hotel Falcón, al final de las Ramblas, una multitud en ebullición ocupaba el vestíbulo de la entrada. Reinaba gran confusión, nadie parecía saber qué se esperaba de ellos y sólo estaba armado el puñado de tropas de choque que normalmente cuidaba el edificio. Crucé hasta el Comité Local del POUM, situado casi enfrente. Arriba, en la habitación donde los milicianos habitualmente recibían su paga, había

otro grupo numeroso presa de la agitación. Un hombre alto, pálido, buen mozo, de unos treinta años, vestido de civil, trataba de restablecer el orden mientras repartía cinturones y cajas de cartuchos apiladas en un rincón. No parecía haber ningún fusil. El médico había desaparecido —creo que ya se habían producido bajas y se había llamado a los médicos—, pero había llegado otro inglés. Luego, de una oficina interna, el hombre alto y algunos otros salieron con los brazos llenos de fusiles y comenzaron a distribuirlos. El otro inglés y yo, en tanto que extranjeros, resultábamos algo sospechosos y, al principio, nadie quería darnos un arma. Entonces llegó un miliciano, compañero en el frente, que me reconoció, después de lo cual nos entregaron, aunque de mala gana, dos fusiles y algunos cargadores.

Continuaban los disparos en la distancia y las calles estaban desiertas. Se afirmaba que era imposible subir por las Ramblas. Los guardias civiles habían ocupado edificios en posiciones dominantes y disparaban contra todos los que pasaban. Yo me hubiera arriesgado a regresar al hotel, pero circulaba el vago rumor de que el Comité Local sería atacado en cualquier momento y convenía quedarse por allí. En todo el edificio, en las escaleras y hasta en la acera, en la calle, pequeños grupos de gente aguardaban de pie hablando con excitación. Nadie parecía tener una idea muy clara de lo que ocurría. Sólo pude deducir que los guardias civiles habían atacado la Central Telefónica, capturado varios puntos estratégicos y que dominaban otros edificios pertenecientes a los obreros. Dominaba la impresión general de que la Guardia Civil andaba «detrás» de la CNT y de la clase trabajadora en general. Era evidente que, hasta ese momento, nadie parecía responsabilizar al gobierno. Las clases más pobres de Barcelona consideraban a la Guardia Civil como algo bastante similar a los Black and Tans, y todos parecían dar por sentado que

había lanzado ese ataque por iniciativa propia. Una vez que me enteré de cómo estaban las cosas, me sentí más tranquilo. La situación era bastante clara: de un lado la CNT, del otro, la policía. No experimento ninguna simpatía particular por el «obrero» idealizado, tal como está presente en la mente del comunista burgués, pero cuando veo a un obrero de carne y hueso en conflicto con su enemigo natural, el policía, no tengo necesidad de preguntarme de qué lado estoy.

Pasó mucho tiempo y nada parecía suceder en nuestro lado de la ciudad. No se me ocurrió que podía telefonar al hotel y conversar con mi esposa, pues di por sentado que la Telefónica había suspendido sus actividades. En realidad, sólo estuvo paralizada algunas horas. En los dos edificios parecía haber unas trescientas personas, en su mayoría de la clase más humilde y procedentes de las callejuelas cercanas a los muelles; había muchas mujeres, algunas con un niño en brazos, y una multitud de muchachitos andrajosos. Me imagino que la mayoría no tenía ni idea de lo que ocurría y se había precipitado a los edificios del POUM simplemente en busca de protección. También había algunos milicianos de permiso y un grupito de extranjeros. Según mis cálculos, entre todos apenas reuníamos unos sesenta fusiles. La oficina del primer piso era constantemente asediada por hombres que exigían armas y sólo recibían una negativa. Los milicianos más jóvenes, para quienes el asunto parecía una especie de picnic, daban vueltas y trataban de sonsacar o hurtar los fusiles a quienes los poseían. Muy pronto uno de ellos se las ingenió para apoderarse del mío y desaparecer con él. Una vez más estaba desarmado; sólo conservaba mi pequeña pistola automática y un solo cargador.

Empezaba a oscurecer, tenía hambre y al parecer no había comida en el hotel Falcón. Mi amigo y yo nos deslizamos

hasta su hotel, no muy distante, para cenar. En las calles, oscuras y silenciosas, no se veía un alma. Las persianas de los escaparates continuaban bajadas, pero nadie levantaba ya barricadas. Tuvimos que armar un buen escándalo para que nos dejaran entrar en el hotel, cerrado a cal y canto. Cuando regresamos, me enteré de que la Central Telefónica funcionaba otra vez y subí al primer piso para llamar a mi esposa. Como era de suponer, no había una sola guía telefónica en el edificio y yo ignoraba el número del hotel Continental. Después de buscar en todas las habitaciones durante una hora, encontré una guía de turismo donde figuraba. No logré comunicarme con mi esposa, pero hablé con John McNair, el representante del ILP en Barcelona. Me aseguró que todo iba bien, que nadie había sido herido y me preguntó cómo nos encontrábamos en el Comité Local. Le respondí que, con cigarrillos, estaríamos mucho mejor. Lo dije en broma, pero media hora más tarde McNair apareció con dos paquetes de Lucky Strike. Había desafiado la oscuridad impenetrable de las calles, recorridas por patrullas anarquistas que, pistola en mano, lo habían parado dos veces para identificarlo. Nunca olvidaré ese pequeño acto de heroísmo. Nos alegró mucho tener cigarrillos.

Habían apostado guardias armados en casi todas las ventanas, y en la calle un pequeño grupo de tropas de choque detenía e interrogaba a los pocos transeúntes. Un coche patrulla anarquista cargado de armas se detuvo frente a la puerta. Junto al conductor una hermosa joven morena de unos dieciocho años albergaba una metralleta sobre sus rodillas. Pasé largo tiempo vagando por el edificio, un gran local laberíntico cuya distribución resultaba imposible de aprender. En las distintas dependencias encontré muebles rotos, papeles rasgados, el desorden habitual que parece ser un producto inevitable de la revolución. Por todas partes había gente durmiendo; en

un pasillo, sobre un sofá desvencijado, dos pobres mujeres de la zona de los muelles roncaban plácidamente. El edificio había sido un teatro—cabaret antes de que el POUM lo ocupara. Varias de las habitaciones tenían escenarios elevados. Sobre uno de ellos quedaba un gran piano solitario. Por fin encontré lo que buscaba: el arsenal. No sabía cómo terminaría todo aquello y necesitaba desesperadamente un arma. Había oído decir tantas veces que el PSUC, el POUM y la CNT—FAI acumulaban armas en Barcelona que no podía creer que dos de los principales edificios del POUM contuvieran únicamente los cincuenta o sesenta fusiles distribuidos. El cuarto que servía de arsenal no estaba vigilado y tenía una puerta bastante endeble; con otro inglés, la forzamos sin dificultad. Al entrar, comprobamos que nos habían — dicho la verdad: no había más armas. Sólo encontramos unas dos docenas de rifles de calibre pequeño y de modelo anticuado y unas pocas escopetas, pero ninguna munición. Subí a la oficina y pregunté si disponían de balas para mi pistola; no tenían. Solamente había unas pocas cajas de granadas, de un tipo primitivo, traídas por uno de los coches patrulla anarquistas. Guardé un par en una de mis cartucheras. Era un tipo de granada muy tosca que se accionaba frotando una especie de cerilla en la parte superior y muy propensa a explotar por iniciativa propia.

El suelo estaba cubierto de gente dormida. En una habitación un bebé lloraba sin cesar. Aunque estábamos en mayo, la noche se puso fría. En uno de los escenarios todavía quedaban restos del telón, lo arranqué con el cuchillo, me envolví en él y dormí unas pocas horas. Recuerdo que mi sueño se vio perturbado por la idea de que esas malditas granadas podían hacerme volar si llegaba a aplastarlas. A las tres de la mañana, el hombre alto y buen mozo que parecía estar al mando de todo me despertó, me dio un fusil y me puso de guardia en una de

las ventanas. Me dijo que Sala, el jefe de policía, responsable del ataque contra la Central Telefónica, había sido arrestado. (En realidad, como supimos después, sólo había sido destituido de su cargo. No obstante, la noticia confirmó la impresión general de que la Guardia Civil había actuado sin orden previa.) Al amanecer, la gente comenzó a levantar dos barricadas, una frente al Comité Local y otra frente al hotel Falcón. Las calles de Barcelona están empedradas con adoquines cuadrados, fáciles de apilar y, debajo de ellos, hay una especie de gravilla muy útil para llenar sacos. El proceso de construcción de esas barricadas constituyó un espectáculo singular y maravilloso; hubiera dado cualquier cosa por fotografiarlo. Con esa suerte de apasionada energía que despliegan los españoles cuando han tomado la firme decisión de realizar alguna tarea, largas filas de hombres, mujeres y criaturas muy pequeñas arrancaban las piedras, las transportaban en una carretilla que habían encontrado en alguna parte y trastabillaban de un lado a otro bajo los pesados sacos. En la puerta del Comité Local, una muchacha judía alemana, con un pantalón de miliciano cuyas rodilleras le llegaban a los tobillos, observaba todo con una sonrisa. En un par de horas las barricadas estuvieron listas y en sus troneras se apostaron los hombres armados; detrás de una de ellas ardía un fuego y unos hombres freían huevos.

Habían vuelto a quitarme el fusil y no parecía que quedara nada útil por hacer allí. Otro inglés y yo decidimos regresar al hotel Continental. Resonaban muchos disparos en la lejanía, pero ninguno parecía proceder de las Ramblas. Camino arriba, echamos una mirada en el mercado de abastos. Muy pocos puestos estaban abiertos, y los asediaba una multitud procedente de los barrios obreros situados al sur de las Ramblas. En el momento en que penetramos en el mercado afuera se produjo un tiroteo, algunos vidrios del techo se vinieron abajo y la gente se

precipitó por las salidas posteriores. Con todo, algunos puestos siguieron abiertos, y pudimos conseguir una taza de café y un trozo de queso de cabra que guardé junto a las granadas. Unos días después me alegraría mucho de tener ese queso.

En la esquina donde los anarquistas habían comenzado a disparar el día anterior se levantaba ahora una barricada. El hombre situado detrás de ella (yo me encontraba al otro lado de la calle) me gritó que tuviera cuidado, pues los guardias civiles instalados en la torre de la iglesia disparaban indiscriminadamente contra cualquier transeúnte. Me detuve y luego crucé corriendo; una bala pasó silbando desagradablemente cerca. Cuando me aproximaba a la sede central del POUM, siempre del otro lado de la calle, oí otros gritos de aviso que no comprendí procedentes de un grupo de las tropas de choque apostadas en la puerta de acceso. La calle tenía un ancho paseo central y había algunos árboles y un puesto de diarios entre el edificio y el lugar donde me encontraba, de manera que no podía ver dónde señalaban. Entré en el hotel Continental, me aseguré de que todo estaba bien, me lavé la cara y regresé a la sede central del POUM (a unos cien metros en la misma calle) a solicitar órdenes. Para ese entonces, el fuego de los fusiles y las ametralladoras que venía de diversas direcciones producía un fragor casi comparable al de una batalla. Yo acababa de encontrar a Kopp y le estaba preguntando qué debíamos hacer cuando, desde abajo, se oyó una serie de tremendos estallidos, tan fuertes que podían confundirse con disparos de cañón. En realidad, sólo eran granadas, cuyos estruendos se multiplicaban entre los edificios de piedra.

Kopp miró por la ventana, apoyó su bastón en el hombro y dijo: «Investiguemos». Luego bajó la escalera con su despreocupado aire habitual; lo seguí pisándole los talones.

A la entrada, un grupo de las tropas de choque lanzaba granadas a lo largo de la acera como si estuvieran jugando a los bolos. Las granadas estallaban a unos veinte metros con un estrépito ensordecedor que se mezclaba con el de los disparos de fusil. En la mitad de la calle, detrás del puesto de diarios, asomaba la cabeza de un miliciano norteamericano a quien conocía bien y que parecía un coco en una feria. Sólo más tarde comprendí lo que realmente ocurría. Al lado del edificio del POUM estaba el Café Moka, con un hotel en el primer piso. El día antes, veinte o treinta guardias civiles armados habían entrado en el café y, cuando comenzó la lucha, se apoderaron por sorpresa del edificio y levantaron una barricada. Probablemente les habían ordenado apoderarse del café como paso preliminar para un ataque posterior contra las oficinas del POUM. Por la mañana, temprano, intentaron salir; hubo un tiroteo, en el que uno de nuestros hombres resultó herido y un guardia civil, muerto. Los guardias civiles permanecían en el interior del café, pero, cuando el norteamericano avanzaba por la calle, abrieron fuego contra él, a pesar de que iba desarmado. Éste se arrojó detrás del puesto de diarios y los nuestros lanzaron granadas contra los guardias civiles para impedirles salir del café.

Kopp captó la situación con una sola mirada, se abrió paso y paró a un alemán pelirrojo de las tropas de choque que se disponía a sacar el seguro de una granada con los dientes. Les gritó a todos que se apartaran de la puerta y nos dijo en varios idiomas que debíamos evitar el derramamiento de sangre. Luego salió y, a la vista de los guardias civiles, se quitó ostentosamente la pistola y la depositó en el suelo. Dos oficiales españoles de la milicia hicieron lo mismo, y los tres caminaron lentamente hasta la puerta donde se apretujaban los guardias civiles. Era algo que yo no hubiera hecho ni por veinte libras. Caminaban, desarmados, hacia hombres enloquecidos de terror y con armas

cargadas en las manos. Un guardia civil, en mangas de camisa y pálido de miedo se acercó para parlamentar con Kopp. Señalaba agitadamente dos granadas sin explotar que estaban en la acera. Kopp regresó y nos dijo que sería mejor hacerlas explotar, eran un peligro para cualquiera que pasara. Un soldado de las tropas de choque disparó su fusil e hizo estallar una, pero le erró a la segunda. Le pedí el arma, me arrodillé y disparé contra ella. Lamento decir que también fallé; fue éste el único disparo que hice durante los disturbios. La acera se hallaba cubierta de cristales rotos procedentes del rótulo del Café Moka, y dos autos estacionados allí, uno de los cuales era el coche oficial de Kopp, estaban acribillados a balazos y con los parabrisas destrozados por los bombazos.

Kopp me llevó al primer piso y me explicó la situación. Debíamos defender los edificios del POUM si eran atacados, pero los dirigentes habían dado instrucciones en el sentido de mantenernos a la defensiva y no abrir fuego si podíamos evitarlo. Justo enfrente había un cine llamado Poliorama, con un museo en el primer piso y, en la parte más alta, muy por encima del nivel general de los tejados, un pequeño observatorio con dos cúpulas gemelas. Éstas dominaban la calle, y unos pocos hombres apostados allí podían impedir cualquier ataque contra los edificios del POUM. Los encargados del cine eran miembros de la CNT y nos dejarían entrar y salir. En cuanto a los guardias civiles del Café Moka, no representaban ningún problema: no deseaban luchar y estarían más que contentos de vivir y dejar vivir. Kopp repitió que teníamos orden de no disparar, a menos que nuestros edificios o nosotros fuéramos atacados. De su explicación deduje que los líderes del POUM estaban furiosos por verse arrastrados a intervenir en tales acontecimientos, pero sentían que debían solidarizarse con la CNT.

Ya habían colocado gente de guardia en el observatorio. Pasé los tres días y noches siguientes en la azotea del Poliorama, con breves intervalos en los que me deslizaba hasta el hotel para comer. No corría ningún peligro, sufría sólo hambre y aburrimiento y, no obstante, fue uno de los períodos más insoportables de mi vida. Creo que pocas experiencias podrían ser más asqueantes, más decepcionantes o, incluso, más exasperantes que esos días de guerra callejera.

Solía sentarme en la azotea y maravillarme ante la locura que significaba todo esto. Desde las pequeñas ventanas del observatorio podía ver a varios kilómetros a la redonda edificios altos y esbeltos, cúpulas de cristal y fantásticos techos ondulados con brillantes tejas verdes y cobrizas; hacia el este, el centelleante mar azul pálido que veía por primera vez desde mi llegada a España. Y la enorme ciudad de un millón de personas había caído en una especie de violenta inercia, una pesadilla de ruido sin movimiento. Las calles soleadas continuaban desiertas. Lo único que ocurría era el raudal de balas que salían desde las barricadas y las ventanas protegidas con sacos de arena. No circulaba un solo vehículo y, a lo largo de las Ramblas, los tranvías permanecían inmóviles allí donde sus conductores los habían abandonado al oír el primer disparo. Y mientras tanto el estrépito endemoniado, devuelto por el eco de miles de edificios de piedra, proseguía sin cesar, como una lluvia tropical. Crac—crac, ratatá—ratatá, brum; el estrépito se reducía en ocasiones a unos pocos disparos, y crecía a veces hasta formar una descarga ensordecedora, pero no se interrumpía nunca durante el día, y con la aurora comenzaba otra vez.

Al principio resultó muy difícil descubrir qué demonios ocurría, quién luchaba contra quién y quién iba ganando. La gente de Barcelona está acostumbrada a las luchas

callejeras y tan familiarizada con la geografía política local que sabe, por una suerte de instinto, qué calle y qué edificios dominará cada partido. Un extranjero se encuentra en insuperable desventaja. Mirando desde el observatorio, era evidente que las Ramblas, una de las principales arterias de la ciudad, trazaban una línea divisoria. A la derecha, los barrios obreros eran decididamente anarquistas; a la izquierda, en las tortuosas callejuelas, se desarrollaba una lucha confusa, pero en esa zona eran el PSUC y la Guardia Civil quienes ejercían más o menos el control. En la parte alta de las Ramblas, alrededor de la Plaza de Cataluña, la situación era tan complicada que habría resultado incomprensible si cada edificio no hubiera ostentado la bandera del bando correspondiente. Allí el principal emplazamiento era el hotel Colón, cuartel general del PSUC, que dominaba toda la plaza. En una ventana próxima a la penúltima letra O del gigantesco letrero «Hotel Colón» que cruzaba la fachada, tenían una ametralladora que podía barrer la plaza con mortífera eficacia. Cien metros a nuestra derecha, Ramblas abajo, la JSU, la liga juvenil del PSUC (correspondiente a la Liga Juvenil Comunista en Inglaterra), dominaba unos importantes almacenes cuyas vidrieras laterales, protegidas por sacos de arena, quedaban frente a nuestro observatorio. Habían arriado la bandera roja para izar el estandarte nacional catalán. Sobre la Central Telefónica, punto de partida de todos los disturbios, la bandera catalana y la anarquista flameaban una al lado de la otra. Allí se había llegado a alguna clase de arreglo transitorio, la Central funcionaba normalmente y no se hacían disparos desde el edificio.

En nuestra zona todo estaba extrañamente tranquilo: En el Café Moka los guardias civiles habían bajado las persianas metálicas y apilado los muebles en forma de barricada. Más tarde, media docena de ellos se subieron al terrado,

frente a nosotros, y construyeron otra barricada con colchones sobre la cual colgaron la bandera nacional catalana. Era evidente que no deseaban provocar una refriega. Kopp había llegado a un acuerdo definitivo: si no disparaban contra nosotros, tampoco lo haríamos contra ellos. Para entonces, Kopp había conseguido establecer una relación bastante cordial con los guardias civiles, a los que había ido visitando con cierta frecuencia en el Café Moka. Naturalmente, éstos se habían apoderado de toda la bebida del café y le regalaron quince botellas de cerveza. A cambio, Kopp llegó a darles uno de nuestros fusiles para compensarles el que habían perdido el día anterior. En cualquier caso, resultaba extraño estar sentado en esa azotea. A veces simplemente me sentía aburrido de todo, no prestaba atención al estrépito endemoniado y me pasaba horas leyendo una serie de libros de la colección Penguin que, por suerte, había comprado pocos días antes; había ocasiones en que tenía plena conciencia de los hombres armados que me observaban a unos cincuenta metros. En cierto sentido, era como encontrarse otra vez en las trincheras. Varias veces me sorprendí llamando «los fascistas» a los guardias civiles. Por lo general, éramos seis allí arriba. Poníamos a un hombre de guardia en cada una de las torres, y los demás nos sentábamos más abajo, sobre un tejado de plomo, donde una cornisa de piedra nos servía de protección. Sabía muy bien que, en cualquier momento, los guardias civiles podían recibir órdenes telefónicas de abrir fuego. Habían prometido avisarnos antes de hacerlo, pero no existía la certeza de que cumplieran su palabra. Sin embargo, sólo una vez pareció que las cosas se pondrían feas. Uno de los guardias civiles se arrodilló y comenzó a disparar por encima de la barricada. Yo estaba de guardia en el observatorio en ese momento. Le apunté con el fusil y le grité:

—¡Eh! ¡No tires contra nosotros!

—¿Qué?

—¡No dispaes o nosotros también lo haremos!

—¡No, no! No disparaba contra vosotros. ¡Mira allá abajo!

Indicó con el fusil la travesía que había después de nuestro edificio. Efectivamente, un chico de mono azul, armado con un fusil, doblaba la esquina a toda prisa. Era evidente que acababa de hacer un disparo contra los guardias civiles que estaban en el terrado.

—Tiraba contra él. Él lo hizo primero —creo que era cierto—. No queremos disparar contra vosotros. Somos sólo trabajadores, igual que vosotros.

Hizo el saludo antifascista, que yo devolví. Le grité:

—¿Os queda algo de cerveza?

—No, se acabó toda.

Ese mismo día, sin motivo aparente, un individuo situado en el edificio de la JSU, más abajo, alzó de pronto el fusil y me disparó un tiro en el momento en que me asomaba por la ventana. Quizá le parecí un blanco tentador. Yo no respondí. Aunque estaba a sólo cien metros, su puntería fue tan mala que la bala ni siquiera pegó en el tejado del observatorio. Como de costumbre, la pésima puntería española me había salvado. Desde ese mismo edificio me hicieron varios disparos más.

El endiablado estrépito proseguía. Pero, por lo que podía ver, y por lo que oía, la lucha era defensiva en ambos bandos. La gente se limitaba a permanecer en sus edificios o detrás de sus barricadas y a disparar contra los que estaban al otro lado. A unos ochocientos metros de nuestra posición había una calle donde algunas de las principales sedes de la CNT y de la UGT estaban emplazadas casi unas enfrente de las otras; el ruido procedente de esa

dirección era terrorífico. Pasé por esa calle al día siguiente del cese de la lucha: los vidrios de los negocios parecían cribas. (La mayoría de los comerciantes de Barcelona habían pegado tiras de papel cruzadas sobre los cristales de los escaparates, de modo que cuando una bala daba en ellos no los destrozaba completamente.) A veces el tableteo de las ametralladoras se combinaba con el estallido de las granadas. A intervalos muy prolongados — quizá una docena de veces en total—, se oían tremendas explosiones que en ese momento no pude explicarme; parecían bombas de aviación, pero eso era imposible, puesto que por allí no se divisaban aviones. Más tarde me dijeron que algunos agentes provocadores hacían estallar grandes cantidades de explosivos a fin de aumentar el ruido y el pánico. Con todo, no hubo fuego de artillería. Yo me mantenía atento; si los cañones comenzaban a disparar, significaría que las cosas se ponían serias. (La artillería constituye un factor decisivo en la lucha callejera.) Posteriormente, los periódicos publicaron noticias absurdas sobre baterías de cañones que disparaban en las calles, pero ninguno pudo mencionar un edificio dañado por uno de esos proyectiles. En cualquier caso, el estruendo de un cañón resulta inconfundible, si uno está acostumbrado a él.

Casi desde el comienzo escasearon los alimentos. Con grandes dificultades y al abrigo de la oscuridad (pues los guardias civiles tenían siempre tiradores apostados en las Ramblas), se llevaba comida desde el hotel Falcón para los quince o veinte milicianos de la sede central del POUM. Casi no alcanzaba y todos tratábamos de llegar hasta el hotel Continental para comer. El Continental, que había sido «colectivizado» por la Generalitat y no, como la mayoría de los hoteles, por la CNT o la UGT, se consideraba terreno neutral. En cuanto comenzó la lucha, el hotel quedó atestado de la más increíble colección de indivi-

duos. Había periodistas extranjeros, sospechosos políticos de todas las tendencias, un aviador norteamericano al servicio del gobierno, varios agentes comunistas, un obeso ruso de aspecto siniestro, a quien se suponía agente de la GPU, conocido por el sobrenombre de Charlie Chan y que llevaba sujetos al cinturón un revólver y una pequeña granada, algunas familias españolas acomodadas que parecían simpatizar con los fascistas, dos o tres heridos de la Columna Internacional, un grupo de camioneros, a quienes los disturbios habían impedido llegar a Francia con un cargamento de naranjas, y varios oficiales del Ejército Popular. El Ejército Popular, como cuerpo, permaneció neutral durante toda la lucha, si bien algunos soldados se escaparon de los cuarteles e intervinieron individualmente; el martes por la mañana vi a dos de ellos en las barricadas del POUM. Al comienzo, antes de que la escasez de alimentos se agudizara y los periódicos empezaran a avivar el odio, hubo una tendencia a tomar todo a broma. Acontecimientos de este tipo ocurren todos los años en Barcelona, decía la gente. Giorgio Tioli, un periodista italiano, gran amigo nuestro, entró con los pantalones empapados de sangre. Había salido para ver qué ocurría, se puso a vendar a un hombre herido que yacía en la acera, cuando alguien le arrojó «jugando» una granada, sin herirlo afortunadamente de gravedad. Recuerdo su comentario de que sería conveniente numerar las piedras de las calles de Barcelona y ahorrar así mucho trabajo en la construcción y demolición de las barricadas. Recuerdo también a dos hombres de la Columna Internacional, sentados en mi habitación cuando yo llegué cansado, sucio y hambriento al cabo de una noche de guardia. Su actitud fue por completo neutral. De haber sido buenos miembros del partido, supongo que me hubieran instado a cambiar de bando o tal vez quitado las granadas que me abultaban en los bolsillos; en vez de esto, se

limitaron a expresar su pesar al saber que debía pasar mi permiso haciendo guardia en un terrado. La actitud general era: «Esto no es más que una riña entre los anarquistas y la policía; no significa nada». A pesar de la intensidad de la lucha y el número de bajas creo que estaba más cerca de la verdad que la versión oficial que describía lo ocurrido como un levantamiento planeado.

Hacia el miércoles (5 de mayo) las cosas comenzaron a cambiar. Las calles desiertas ofrecían un aspecto siniestro. Unos pocos transeúntes, obligados a salir por algún motivo, se deslizaban de un lado a Otro agitando pañuelos blancos. En un lugar a media altura de las Ramblas y a salvo de las balas, algunos hombres voceaban los periódicos en la calle vacía. El martes, el periódico anarquista Solidaridad Obrera describía el ataque policial contra la Central Telefónica como una «monstruosa provocación» (o algo similar), pero el miércoles cambió de tono y comenzó a pedir que se retornara al trabajo. Los líderes anarquistas transmitieron por radio el mismo mensaje. Las oficinas de La Batalla —el periódico del POUM—, que carecían de defensa, habían sido atacadas y ocupadas por los guardias civiles casi al mismo tiempo que la Central Telefónica, pero el periódico seguía imprimiéndose en otro local. En los pocos ejemplares distribuidos se instaba a permanecer en las barricadas. La gente no sabía qué pensar y se preguntaba cómo terminaría todo. Creo que nadie abandonó las barricadas, pero todos estaban hartos de esa lucha carente de sentido. Nadie deseaba que se convirtiera en una verdadera guerra civil que habría podido significar la derrota frente a Franco. Este temor encontraba expresión en todos los sectores. Podía deducirse de los comentarios oídos que las filas de la CNT deseaban, igual que al comienzo, sólo dos cosas: la devolución de la Central Telefónica y el desarme de los odiados guardias civiles. Si la Generalitat hubiera prometido ambas cosas, y también

poner fin al mercado negro de alimentos, las barricadas habrían desaparecido en un par de horas. Pero era obvio que la Generalitat no estaba dispuesta a ceder. Comenzaron a circular desagradables rumores. Se decía que el gobierno de Valencia enviaba seis mil hombres para ocupar Barcelona y que cinco mil milicianos anarquistas y del POUM habían abandonado el frente de Aragón para plantarles cara. Sólo el primero de esos rumores era cierto. Desde la torre del observatorio vimos las f6rmas chatas y grises de los barcos de guerra aproximándose al puerto. Douglas Moyle, que había sido marino, afirmó que parecían destructores británicos. Eran ciertamente destructores británicos, pero esto lo supimos más tarde.

Esa noche oímos decir que en la Plaza de España cuatrocientos guardias civiles se habían rendido y entregado sus armas a los anarquistas; también se filtraban algunas noticias, bastante vagas, en el sentido de que en los suburbios (principalmente en los barrios obreros) la CNT conservaba el control. Parecía que estábamos ganando. Pero esa misma noche Kopp envi6 a por mí y, con el rostro grave, me dijo que, según una información recién recibida, el gobierno se disponía a ilegalizar al POUM y a declarar el estado de guerra. La noticia me produjo una gran conmoción. Era el primer indicio que tenía de la interpretación que más tarde se daría a estos sucesos. Comprendí vagamente que, cuando la lucha concluyera, el POUM, que era el partido más débil y, por ende, el chivo expiatorio más propicio, cargaría con toda la culpa. Entretanto, nuestra neutralidad local había concluido. Si el gobierno nos declaraba la guerra no teníamos otra alternativa que defendernos y en la sede central estábamos seguros de que los guardias civiles del café vecino recibirían órdenes de atacarnos. Nuestra única salida consistía en atacarlos primero. Kopp aguardaba órdenes telefónicas. Si nos acababan de confirmar que el POUM realmente había sido

proscrito, debíamos prepararnos de inmediato para apoderarnos del Café Moka.

Recuerdo la larga noche de pesadilla que pasamos fortificando el edificio. Bloqueamos las persianas de la puerta de entrada y detrás de ellas levantamos una barricada con las losas sobrantes de unas reformas hechas. Pasamos revista a nuestra reserva de armas. Incluyendo los seis que se utilizaban en la azotea del Poliorama, teníamos veintiún fusiles (uno de ellos defectuoso), cincuenta cargas para cada fusil, unas docenas de granadas y algunos revólveres y pistolas.

Doce hombres, en su mayoría alemanes, se ofrecieron para el ataque al Café Moka. Naturalmente, atacaríamos desde la azotea y poco antes del amanecer, para tomarlos por sorpresa; ellos nos superaban en número, pero a nosotros nos animaba la firme decisión de luchar. Sin duda, podríamos apoderarnos del local, pero a costa de algunas bajas. Carecíamos de alimentos en el edificio, fuera de unas pocas tabletas de chocolate, y corría el rumor de que «ellos» se disponían a cortar el agua. (Nadie sabía quiénes eran «ellos». Podía ser el gobierno, que controlaba el sistema de abastecimiento de aguas, o la CNT; nadie lo sabía.) Decidimos llenar los lavabos de los baños, cuanto balde pudimos conseguir y hasta las quince botellas de cerveza, ahora vacías, que los guardias civiles obsequiaron a Kopp.

Estaba muy bajo de ánimos y agotado después de pasar sesenta horas casi sin dormir. Ya era noche avanzada. Detrás de la barricada de losas, en la planta baja, el suelo estaba cubierto de gente dormida. En el primer piso había un sofá en una pequeña habitación que pensábamos utilizar como enfermería, aunque, por supuesto, descubrimos que no teníamos ni siquiera vendas. Me eché en el sofá, con la sensación de que necesitaba una media hora de

descanso antes del ataque al «Moka», en el transcurso del cual probablemente me matarían. Recuerdo la gran molestia que me producía la pistola, sujeta al cinturón e incrustada en los riñones. Lo próximo que recuerdo es que me desperté sobresaltado y vi a mi esposa de pie junto a mí. Me dijo que había acudido a ofrecerse como enfermera y que le había dado pena despertarme. Ya era pleno día, el gobierno no había declarado la guerra al POUM, el agua seguía fluyendo por los grifos y, salvo algunos disparos esporádicos en las calles, todo estaba tranquilo.

Esa tarde hubo una especie de armisticio. Los disparos cesaron y, con sorprendente rapidez, las calles se llenaron de gente. Unos pocos negocios comenzaron a levantar sus persianas, y el mercado se abarrotó de una enorme muchedumbre que clamaba por comida, aunque los puestos estaban casi vacíos. Con todo, destacaba que los tranvías todavía no circulaban. Los guardias civiles seguían detrás de sus barricadas en el Café Moka. Los edificios fortificados no fueron evacuados por ninguno de los dos bandos. En todos los sectores se escuchaban las mismas preguntas ansiosas: «¿Crees que ya se acabó? ¿Crees que volverá a empezar?». Ahora se hablaba de la lucha como de una especie de calamidad natural, similar a un huracán o a un terremoto, que nos agobiaba a todos por igual y que no podíamos detener. Casi de inmediato — supongo que en realidad hubo varias horas de tregua, pero nos parecieron unos pocos minutos— un súbito estrépito de un fusil, como un trueno de verano, nos hizo correr a todos; las persianas metálicas volvieron a caer, las calles se vaciaron como por arte de magia, las barricadas se llenaron, y «aquello» volvía a empezar.

Regresé asqueado y furioso a mi puesto sobre la azotea. Al participar en acontecimientos como éstos supongo que, en una pequeña medida, se está haciendo historia, y uno

debería sentirse personaje histórico por derecho propio. Sin embargo, no ocurre así porque en tales momentos los detalles físicos siempre pesan más. Durante toda la lucha, nunca pude hacer el «análisis» correcto de la situación que los periodistas esbozaban con tanta facilidad a cientos de kilómetros de distancia. Lo que me preocupaba esencialmente no era lo justo y lo injusto de esa refriega intestina, sino simplemente la incomodidad y el aburrimiento de estar sentado día y noche en esa azotea insoportable, y el hambre que aumentaba cada vez más, pues ninguno de nosotros había tenido una comida decente desde el lunes. Todo el tiempo me acosaba la idea de que tendría que regresar al frente en cuanto este asunto terminara. Era indignante. Después de ciento quince días en el frente había regresado a Barcelona hambriento de un poco de descanso y comodidad y, en su lugar, debía pasarme el permiso sentado en un terrado frente a guardias civiles tan aburridos como yo, que me saludaban con la mano y me aseguraban que eran «obreros» (querían decir que confiaban en que yo no abriría fuego contra ellos), pero que sin duda dispararían contra mí si recibían órdenes de hacerlo. Si eso era historia, yo no me sentía con ánimos de vivirla. Se parecía más a los malos momentos pasados en el frente, cuando por falta de hombres debían hacerse horas extra de guardia. En lugar de sentirse heroico, uno permanece en su puesto, aburrido, cayéndose de sueño y totalmente indiferente a lo que sucede.

Dentro del hotel, entre la muchedumbre heterogénea que, en su mayor parte, no se había animado a asomar la nariz, se había generado una horrible atmósfera de sospechas. Varios individuos se contagiaron de la manía de espiar y vagaban por allí susurrando que todos los demás eran espías de los comunistas, o de los trotskistas, o de los anarquistas. El obeso agente ruso acorralaba por turno a los refugiados extranjeros y les explicaba, de manera

plausible, que el conflicto se debía a un complot anarquista. Lo observé con cierto interés, pues era la primera vez que veía a una persona cuya profesión consistía en mentir (excluyendo, claro está, a los periodistas). Había algo repulsivo en esta parodia de la vida de un hotel elegante que proseguía detrás de ventanas cerradas y del tableteo de los fusiles. El comedor de delante había sido abandonado después de que una bala atravesara la ventana y astillara una columna; los huéspedes se amontonaban en una oscura habitación posterior, donde nunca había bastantes mesas. El número de camareros había disminuido —algunos eran miembros de la CNT y se habían solidarizado con la huelga general— y, por el momento, se habían deshecho de las camisas almidonadas, pero las comidas seguían sirviéndose con cierta pretensión ceremoniosa, aunque, prácticamente, no había nada que comer. Ese jueves a la noche, el plato principal de la cena fue una sardina para cada comensal. El hotel carecía de pan desde hacía varios días, e incluso el vino escaseaba tanto que bebíamos vinos cada vez más añejos a precios cada vez más altos. Esta escasez de comida prosiguió aun después de terminada la lucha. Recuerdo que, durante tres días seguidos, mi esposa y yo desayunamos un pequeño trozo de queso de cabra, sin nada de pan y sin nada para beber. Abundaban, en cambio, las naranjas. Los camioneros franceses llevaron al hotel grandes cantidades de su cargamento. Eran un grupo de aspecto rudo, e iban acompañados por algunas deslumbrantes muchachas españolas y por un enorme mozo de cuerda con una blusa negra. En cualquier otra ocasión, un gerente de hotel—puntillosos como son— hubiera hecho todo lo posible para que se sintieran incómodos, incluso les habría negado la entrada, pero en esas circunstancias fueron aceptados porque, a diferencia de los demás, contaban con una provisión privada de pan que todos trataban de hacer suya.

Pasé una noche más en la azotea. Al día siguiente pareció que la lucha llegaba a su fin. No creo que ese día, el viernes, se produjeran muchos tiroteos. Nadie sabía con certeza si las tropas de Valencia realmente se acercaban; llegaron aquella misma noche. El gobierno propalaba por radio mensajes semitranquilizadores, semiamenazantes, pidiendo a la gente que regresara a sus hogares y afirmando que, después de una cierta hora, todo aquel que portara armas sería arrestado. Nadie prestaba demasiada atención a los mensajes gubernamentales, pero por todas partes los hombres comenzaban a abandonar las barricadas. No dudo de que el factor determinante de esa actitud fuera la escasez de comida. En todas partes se oía el mismo comentario: «No tenemos más comida, debemos regresar al trabajo». Los guardias civiles, en cambio, que tenían aseguradas sus raciones mientras hubiera alimentos en la ciudad, podían permanecer en sus puestos. Por la tarde, la ciudad ofrecía un aspecto casi normal, aunque las barricadas continuaban intactas; las Ramblas se llenaron de transeúntes, casi todas las tiendas abrieron y, hecho muy tranquilizador, los tranvías, tanto tiempo inmovilizados, volvieron a la vida y comenzaron a recorrer las calles. Los guardias civiles seguían en el Café Moka sin deshacer sus barricadas, pero algunos sacaron sillas y se sentaron en la acera con el fusil sobre las rodillas. Le guiñé un ojo a uno de ellos al pasar y recibí una sonrisa no del todo hostil; me reconoció, desde luego. En la Central Telefónica habían arriado la bandera anarquista y sólo flameaba el estandarte catalán. Ello significaba la derrota definitiva de los trabajadores; sin embargo, debido a mi ignorancia política, no comprendí con toda la claridad debida que cuando el gobierno se sintiera más seguro habría represalias. En ese momento tampoco me interesaba este aspecto de las cosas. Sólo sentía un profundo alivio ante el hecho de que el endemoniado estrépito de los disparos hubiera cesado.

Deseaba poder comprar algo de comida y gozar de algún descanso y paz antes de regresar al frente.

Sería a última hora de la tarde cuando los soldados de Valencia hicieron su aparición en las calles de Barcelona, ya bien entrada la noche. Eran integrantes de la Guardia de Asalto, una formación similar a los guardias civiles y a los carabineros (es decir, destinada en primer término a tareas policiales), y tropas selectas de la República. De repente, surgieron de la nada como setas; estaban por todas partes, patrullando las calles en grupos de diez. Eran altos, de uniformes grises o azules y con largos fusiles colgados al hombro y una metralleta por cada grupo. Entretanto, quedaba una delicada tarea por realizar. Los seis fusiles que habíamos utilizado para hacer guardia en la torre del observatorio seguían allí y, de una manera o de otra, teníamos que llevarlos al edificio del POUM. Se trataba tan sólo de cruzar la calle con ellos. Formaban parte del arsenal propio del edificio, pero sacarlos significaba contravenir la orden del gobierno. Si nos sorprendían nos arrestarían sin ninguna duda y, lo que era peor, nos confiscarían las armas. Con sólo veintiún fusiles en el edificio, no podíamos perder seis. Después de muchas discusiones acerca del método más conveniente, un joven español pelirrojo y yo comenzamos a acarrearlos. Resultaba bastante fácil esquivar las patrullas de la Guardia de Asalto; el peligro radicaba en los guardias civiles del Café Moka, quienes sabían muy bien que teníamos fusiles en el observatorio y podían delatarnos si nos veían cruzar con ellos. El joven español y yo nos desvestimos parcialmente y nos colgamos un fusil del hombro izquierdo, con la culata en la axila y el cañón metido en los pantalones. Por desgracia, eran máusers largos; ni un hombre alto como yo puede llevar sin molestias semejante arma en la pernera del pantalón. Resultaba muy incómodo descender por la enroscada escalera del observatorio con una pierna

totalmente rígida. Una vez en la calle, descubrimos que solamente podíamos avanzar caminando con tan extrema lentitud que no hiciera falta doblar las rodillas. Frente al cine había un grupo de gente que me observó con gran interés mientras me arrastraba a paso de tortuga. Muchas veces me pregunté a qué atribuirían mi extraña manera de andar. Herido en la guerra, pensarían. En cualquier caso, todos los fusiles pudieron ser trasladados sin incidentes.

Al día siguiente, los guardias de asalto estaban en todas partes en actitud de conquistadores. No cabía duda de que el gobierno hacía un despliegue de fuerza a fin de acobardar a una población que evidentemente no ofrecería resistencia. Si hubiera temido la posibilidad de nuevas luchas, habría mantenido a los guardias de asalto en los cuarteles, en lugar de desparramarnos en pequeños grupos por toda la ciudad. Sin duda, exhibía tropas espléndidas, las mejores que yo había visto en España y, aunque en cierto sentido eran «el enemigo», no pude dejar de sentir agrado y cierta sorpresa al verlas marchar. Estaba acostumbrado a la milicia andrajosa y apenas armada del frente de Aragón, y no sabía que la República contara con tropas como ésas, formadas por hombres físicamente excepcionales y provistas de armas que me dejaron atónito. Todos portaban fusiles flamantes, del tipo conocido como «fusil ruso» (enviados a España desde la URSS, pero fabricados, según creo, en Estados Unidos). Pude examinar uno de ellos. Estaba lejos de ser perfecto, pero era increíblemente mejor que los antiquísimos trabucos que teníamos en el frente. Disponían, además, de una pistola automática cada uno y de una metralleta por cada diez hombres; en el frente había aproximadamente una ametralladora por cada cincuenta hombres, y pistolas y revólveres sólo podían conseguirse por medios ilegales. (En realidad, aunque no lo había observado hasta ese momento, lo mismo ocurría en todas partes.) Los guardias civiles y los carabineros, que

no estaban destinados para nada al frente, tenían mejores armas y mejores ropas que nosotros. Sospecho que lo mismo acontece en todas las guerras: siempre hay idéntico contraste entre la reluciente policía de la retaguardia y los andrajosos soldados de las trincheras. Por lo general, los guardias de asalto de Valencia comenzaron a llevarse bien con la población transcurridos uno o dos días desde su llegada. El primer día hubo algunas enganchadas porque, obedeciendo órdenes, según supongo, actuaron de forma provocativa. Algunos grupos asaltaban tranvías, registraban a los pasajeros y, si llevaban en su bolsillo un carnet de la CNT luego se lo rompían y pisoteaban. Esto provocó enfrentamientos con anarquistas armados y una o dos personas murieron. Muy pronto, sin embargo, los guardias de asalto abandonaron su aire de conquistadores y las relaciones se tornaron más cordiales. Observé que muchos de ellos consiguieron una amiga al cabo de pocos días.

Los sucesos de Barcelona dieron al gobierno de Valencia la tan ansiada excusa para asumir un mayor control de Cataluña. Las milicias de trabajadores debían ser dispersadas y redistribuidas en el Ejército Popular. La bandera española republicana flameaba en toda Barcelona —era la primera vez que la veía, creo, excepto la que vi colgada en una trinchera fascista—. En los barrios obreros se procedía a demoler las barricadas por partes, pues es mucho más fácil construirlas que volver a poner las piedras en su lugar. Frente a los edificios del PSUC, por el contrario, se permitió que muchas de ellas se mantuvieran incluso hasta junio. Los guardias civiles continuaban ocupando posiciones estratégicas.

En los baluartes de la CNT se confiscaron grandes cantidades de armas, aunque no cabe duda de que muchas fueron puestas a salvo a tiempo. La Batalla seguía apareciendo, pero fue censurada hasta que la primera plana

quedó casi del todo en blanco. Los periódicos del PSUC no estaban sometidos a la censura, y mediante artículos incendiarios exigían la supresión del POUM alegando que era una organización fascista enmascarada. Los agentes del PSUC colocaron en toda la ciudad un mural que representaba al POUM como una figura que al quitarse la máscara que ostentaba la hoz y el martillo descubría un rostro horrendo marcado con la cruz gamada. Evidentemente, la versión oficial de la lucha en Barcelona ya estaba decidida: sería un levantamiento de la «quinta columna» fascista, provocado por el POUM.

En el hotel, la atmósfera de sospecha y hostilidad había empeorado con el cese de la lucha. Frente a las acusaciones que se hacían por todas partes, resultaba imposible mantenerse neutral. El correo volvía a funcionar, comenzaron a llegar periódicos comunistas extranjeros, y sus relatos de la lucha no sólo eran violentamente parciales sino, desde luego, increíblemente inexactos. Creo que algunos de los comunistas locales, testigos de los sucesos, se sintieron avergonzados ante la interpretación que se daba de los acontecimientos, pero, naturalmente, se mantuvieron fieles a su partido. Nuestro amigo comunista volvió a acercárseme y me preguntó si no deseaba pasar a la Columna Internacional. Me cogió más bien por sorpresa.

—Vuestros periódicos dicen que soy un fascista —le dije—. Sin duda, debo de ser un sospechoso político, viniendo del POUM.

—Oh, eso no importa. Al fin de cuentas, tú sólo cumples órdenes.

Tuve que decirle que, después de lo ocurrido, no podía ingresar en ninguna unidad controlada por los comunistas. Tarde o temprano, eso podía llevarme a ser utilizado contra la clase obrera española. No podía saberse cuándo

volvería a repetirse una situación similar y, si tenía que usar un fusil, prefería hacerlo al lado de la clase trabajadora y no contra ella. Su reacción fue bastante correcta; pero desde ese momento toda la atmósfera cambió. Ya no se podía, como antes, discutir amistosamente y tomar una copa con un hombre a quien se suponía oponente político. Hubo algunos altercados muy desagradables en el vestíbulo del hotel. Mientras tanto, las cárceles se habían vuelto a llenar a rebosar. Al concluir la lucha, los anarquistas liberaron a los prisioneros en su poder, pero los guardias civiles no hicieron lo mismo. La mayor parte de estos prisioneros fueron encarcelados sin juicio, en muchos casos durante meses. Como de costumbre, gente totalmente ajena a los hechos fue arrestada debido a la chapucería policial. Dije antes que Douglas Thompson había sido herido a principios de abril. Luego perdió el contacto conmigo, como solía ocurrir cuando un hombre recibía una herida, pues frecuentemente los heridos eran trasladados de un hospital a otro. Se encontraba en un hospital de Tarragona y fue enviado de regreso a Barcelona la semana en que comenzaron los enfrentamientos. El martes a la mañana lo encontré en la calle, bastante desconcertado por el tiroteo. Me hizo la pregunta que todo el mundo hacía en esos días:

—¿Qué demonios pasa?

Le di la mejor explicación que pude. Thompson me dijo sin demora:

—Yo me voy a mantener al margen de todo esto. Mi brazo sigue mal. Me vuelvo al hotel y me quedaré allí.

Regresó a su hotel pero, por desgracia (¡qué importante es en la lucha callejera el conocimiento de la topografía local!), el hotel estaba en una zona de la ciudad controlada por los guardias civiles. El lugar fue asaltado, Thompson

cayó prisionero y debió pasar ocho días en una celda tan llena de gente que nadie tenía sitio para acostarse. Hubo numerosos casos similares. Extranjeros con historiales políticos dudosos habían huido, con la policía pisándoles los talones y con el temor constante a una denuncia. La situación era peor para los italianos y los alemanes, que no tenían pasaportes y a muchos de los cuales buscaba la policía secreta de sus propios países. Si los arrestaban, probablemente los deportarían a Francia, lo que podía significar el retorno a Italia o a Alemania, donde Dios sabe qué horrores les aguardaban. Algunas mujeres extranjeras se apresuraron a regularizar su situación «casándose» con españoles. Una joven alemana que carecía de documentación logró esquivar a la policía haciéndose pasar durante varios días por la amante de un español. Recuerdo la expresión de vergüenza y aflicción de la pobre muchacha cuando accidentalmente me encontré con ella en el momento en que salía del dormitorio de ese hombre. No era su amante, pero sin duda creyó que yo lo pensaba. Permanentemente se tenía la estremecedora sensación de que uno podía ser denunciado a la policía secreta por quien hasta ese momento había sido un amigo.

La larga pesadilla de la lucha, el estrépito, la falta de comida y de sueño, la mezcla de tensión y aburrimiento de las largas horas pasadas en la azotea, preguntándome si al minuto siguiente recibiría un balazo o me vería obligado a disparar contra alguien, me habían destrozado los nervios. Mi estado era tal que, cada vez que la puerta se cerraba con violencia, inmediatamente echaba mano de la pistola. El sábado por la mañana se oyó una serie de disparos y todo el mundo gritó: «¡Ya empieza otra vez!». Corrí a la calle y descubrí que unos guardias de asalto disparaban contra un perro rabioso. Nadie que haya vivido en Barcelona entonces o en los meses posteriores olvidará la agobiante atmósfera creada por el miedo, la sospecha, el

odio, la censura periodística, las cárceles abarrotadas, las enormes colas para conseguir alimentos y las patrullas de hombres armados.

He tratado de dar una idea aproximada de lo que se sentía estando en medio de las luchas de Barcelona; pero no creo haber logrado transmitir el carácter extraño de aquel período. Cuando miro hacia atrás, una de las cosas que permanecen nítidas en mi memoria son los contactos casuales que uno hacía por aquel entonces, las visiones repentinas de los no combatientes, para quienes todo aquello tan sólo era un alboroto carente de sentido. Recuerdo a una mujer elegantemente vestida que paseaba por las Ramblas, con una canasta de la compra bajo el brazo y un lanudo perrito blanco, mientras los disparos se sucedían a una o dos calles de distancia. Quizá fuera sorda. Y el hombre que agitando un pañuelo blanco en cada mano atravesó corriendo la Plaza de Cataluña, totalmente vacía. Y el grupo de personas, todas vestidas de negro, que durante una hora trataron una y otra vez de cruzar la misma plaza, sin poder lograrlo. Cada vez que emergían de la calle central, las ametralladoras del PSUC apostadas en el hotel Colón abrían fuego y las obligaban a retroceder, aunque era evidente que iban desarmadas. Siempre he pensado que formaban parte de un cortejo fúnebre. Y el hombrecito que hacía las veces de encargado del museo situado sobre el Poliorama, y parecía considerar los sucesos como un acontecimiento social. Estaba encantado de que los ingleses lo visitaran; decía que el inglés era tan simpático. Deseaba que todos volviéramos cuando la lucha hubiera terminado; y yo, de hecho, volví a visitarlo. Y aquel otro, refugiado en un portal, que movía complacido la cabeza hacia el infierno de la Plaza de Cataluña y decía (como quien comenta que la mañana está hermosa): «¡Así que tenemos otro 19 de julio!». Y los dependientes de la zapatería donde me estaban haciendo unas botas. Fui allí

antes de la lucha, cuando todo acabó y, por breves minutos, durante la tregua del 5 de mayo. Pertenecían a la UGT o quizá eran miembros del PSUC; de cualquier modo, políticamente estaban en el otro bando y sabían que yo servía en una milicia del POUM. No obstante, su actitud fue del todo indiferente, y se expresaban con palabras como éstas: «Es una pena todo esto, ¿no es cierto? Y tan malo para los negocios. ¡Qué lástima que no termine! ¡Como si no hubiera bastante lucha en el frente!, etcétera, etcétera». Supongo que hubo gran cantidad de personas, tal vez la mayor parte de los habitantes de Barcelona, para las que lo ocurrido no tenía interés alguno o, por lo menos, no más interés que un ataque aéreo.

En este capítulo sólo he descrito mis experiencias personales. En el Apéndice 2 trataré de abordar lo mejor que pueda cuestiones más generales: lo que realmente ocurrió y con qué resultados, qué era lo justo y qué lo injusto, y quién el responsable —si lo hubiera—. Se ha explotado tanto con fines políticos la lucha en Barcelona que resulta importante tratar de tener una visión equitativa de ella. Lo que se ha escrito sobre el tema alcanza para llenar muchos libros, pero sus nueve décimas partes —supongo que no exagero al afirmarlo— son falsas. Casi todos los reportajes periodísticos publicados en esa época fueron realizados por periodistas alejados de los hechos, y no sólo son inexactos, sino intencionalmente engañosos. Como de costumbre, sólo se permitió que una versión de lo ocurrido llegara al gran público. Al igual que cualquier otra persona que estuviera en Barcelona en aquellos momentos, sólo vi lo que ocurría en mi entorno inmediato, pero vi y oí lo suficiente como para poder contradecir muchas de las mentiras que han estado circulando.

Pasados unos tres días de las luchas de Barcelona regresamos al frente. Tras los enfrentamientos —más concretamente, tras el combate de insultos en la prensa— resultaba difícil pensar en la guerra tan ingenua e idealistamente como antes. Supongo que nadie pasó algunas semanas en España sin sentirse algo decepcionado. Recordaba las palabras del corresponsal con quien conversé durante mi primer día en Barcelona: «Esta guerra, como cualquier otra, es un fraude». El comentario, hecho en diciembre, me había desagradado profundamente y entonces no me pareció cierto; en mayo seguía sin parecerme cierto del todo, pero sí más que antes. Es sabido que toda guerra sufre una especie de degradación progresiva a medida que pasan los meses, porque cosas tales como la libertad individual y una prensa veraz no son compatibles con la eficacia militar.

Podíamos ya empezar a hacer conjeturas sobre lo que ocurriría. Era fácil ver que el gobierno de Caballero caería y sería reemplazado por otro más derechista, sometido a una influencia comunista aún más fuerte (esto ocurrió una o dos semanas más tarde), que se empeñaría en terminar con el poder de los sindicatos de una vez para siempre. Para después, cuando Franco fuera derrotado —aun dejando de lado los enormes problemas planteados por la reorganización de España—, las perspectivas no eran halagüeñas. Los comentarios periodísticos acerca de «una guerra librada en defensa de la democracia» eran mero engaño. Ninguna persona sensata podía suponer que hubiera alguna esperanza de democracia, ni siquiera como la entendemos en Inglaterra o en Francia, en un país tan

dividido y exhausto como lo sería España al concluir la guerra. Se acabaría imponiendo una dictadura y, evidentemente, la posibilidad de una dictadura proletaria había pasado. Ello significaba que el país sería sometido a alguna clase de fascismo. De un fascismo que, sin duda, tendría algún nombre más agradable y —por tratarse de España— sería más humano y menos eficiente que las variedades alemana o italiana. Las únicas alternativas parecían ser: o una dictadura franquista infinitamente peor o que la guerra terminara (siempre era una posibilidad) con una división de España, ya sea por verdaderas fronteras o por zonas económicas.

Desde cualquier punto de vista, las perspectivas eran deprimentes. Pero ello no significaba que no fuera mejor luchar con el gobierno contra el fascismo más descarnado y desarrollado de Franco y Hitler. Cualesquiera que fueran los defectos del gobierno de posguerra, no cabía duda de que el régimen franquista sería peor. Para los trabajadores urbanos quizá la situación no cambiase ganara quien ganase, pero España es fundamentalmente un país agrícola y los campesinos sí se beneficiarían con la victoria del gobierno. Por lo menos algunas de las tierras confiscadas seguirían estando en sus manos, en cuyo caso también habría una distribución de la tierra en el territorio que había sido de Franco y no sería restaurado el virtual servilismo antes existente en algunas partes de España. El gobierno resultante al final de la guerra sería, por lo menos, anticlerical y antifeudal. Pondría límites a la Iglesia, aunque fuera temporalmente, modernizaría el país, por ejemplo construyendo carreteras, y promovería la educación y la salud públicas. Algo se había hecho ya en tal dirección, hasta en plena guerra. Franco, en cambio, no era sólo un títere de Italia y Alemania, sino que estaba ligado a los grandes terratenientes feudales y representaba una rancia reacción clérigo—militar. El Frente Popular

podía ser una estafa, pero Franco era un anacronismo. Sólo los millonarios o los románticos podían desear que triunfara.

Además, allí estaba decidiéndose algo muy importante y que hacía dos años me perseguía como una pesadilla: el prestigio internacional del fascismo. Desde 1930 los fascistas habían obtenido todas las victorias; era hora de que sufrieran una derrota, no importaba mayormente a manos de quién. Si hacíamos retroceder a Franco y a sus mercenarios extranjeros hasta el mar, lograríamos mejorar considerablemente la situación mundial, aun cuando España misma emergiera bajo una dictadura sofocante y con los mejores hombres en la cárcel. Aunque sólo fuera por eso, valía la pena ganar la guerra.

Tal era la situación en aquel momento. Debo aclarar que ahora mi opinión sobre Negrín es mucho más favorable que cuando subió al poder. Ha llevado adelante una lucha difícil con gran valentía y ha demostrado más tolerancia política de lo que se esperaba. No obstante, sigo creyendo que, a menos que España se divida con consecuencias imprevisibles, el gobierno de posguerra será de tendencia fascista. Reitero esta opinión corriendo el riesgo de que el tiempo haga conmigo lo que hace con casi todos los profetas.

Acabábamos de llegar al frente cuando supimos que Bob Smillie, en viaje de regreso a Inglaterra, había sido arrestado en la frontera, trasladado a Valencia y encarcelado. Smillie estaba en España desde octubre. Después de haber trabajado durante varios meses en las oficinas del POUM, se unió a la milicia cuando llegaron los otros miembros del ILP pues quería luchar unos tres meses en el frente, antes de regresar a Inglaterra para tomar parte en una gira de propaganda. Pasó algún tiempo antes de que pudiéramos descubrir por qué lo habían arrestado. Smillie

estaba incomunicado, de modo que ni siquiera su abogado podía verlo. En la práctica jurídica española no hay habeas corpus y un individuo puede estar en la cárcel durante varios meses sin que se concrete ninguna acusación y mucho menos se lo juzgue. Por fin supimos, a través de un prisionero liberado, que Smille había sido arrestado por «portar armas». Las «armas » eran dos granadas del rudimentario tipo utilizado al comienzo de la guerra que, junto con fragmentos de proyectiles y otros recuerdos del frente, llevaba a Inglaterra para mostrar en sus conferencias. Las granadas ya no tenían ni carga ni espoleta, y sus cilindros vacíos eran completamente inocuos. Evidentemente, se habían valido de un pretexto; el arresto se debía a la conocida vinculación de Smillie con el POUM. En Barcelona la lucha acababa de cesar y las autoridades se mostraban ansiosas por impedir que salieran de España aquellos que podían contradecir la versión oficial. En consecuencia, era muy probable que en las fronteras se hicieran nuevos arrestos, con pretextos más o menos tontos. Posiblemente, la intención sólo fuera, en un principio, retener a Smillie unos pocos días, pero en España, una vez que se entra en la cárcel, generalmente se permanece allí, con juicio o sin él.

Seguíamos en Huesca, pero nos habían situado algo más a la derecha, frente al reducto fascista que habíamos capturado temporalmente unas pocas semanas antes. Yo actuaba como teniente —supongo que corresponde a subteniente en el ejército británico—, y tenía bajo mi mando a unos treinta hombres, españoles e ingleses. Habían propuesto mi nombre para un ascenso oficial de rango; no era seguro que me lo concedieran. Hasta entonces, los oficiales de la milicia rechazaban los ascensos oficiales, pues éstos significaban pagas superiores y contradecían las ideas igualitarias de la milicia; pero ahora estaban obligados a aceptarlos. Benjamín ya había

sido ascendido a capitán y Kopp estaba a punto de convertirse en comandante. Desde luego, el gobierno no podía pasarse sin los oficiales de la milicia, pero no confirmaba a ninguno de ellos en ningún grado superior al de comandante, probablemente reservando los cargos más altos para los del ejército regular y los flamantes egresados de la Escuela de Guerra. A causa de este procedimiento, en nuestra división (y, sin duda, en muchas otras) se daba el extraño caso de que el jefe de división, los jefes de brigada y los jefes de batallón eran todos comandantes.

No ocurría mucho en el frente. La batalla en torno a la carretera de Jaca había terminado y no se reanudó hasta mediados de junio. En nuestra posición, los tiradores apostados representaban el principal problema. Las trincheras fascistas estaban situadas a más de ciento cincuenta metros pero en un terreno más alto, y nos rodeaban por dos lados, porque nuestra línea formaba un saliente en ángulo. El vértice del ángulo era un punto peligroso; los tiradores siempre causaban allí muchas bajas. De cuando en cuando, los fascistas nos disparaban granadas de fusil o algo similar. Causaban un estrépito insoportable que nos dejaba con los nervios destrozados, pues nos tomaban por sorpresa y no teníamos tiempo de buscar protección: pero no eran realmente peligrosas. El orificio que dejaban en el terreno no era más grande que una bañera. Las noches eran agradablemente cálidas, los días muy calurosos, los mosquitos empezaban a molestar y, a pesar de la ropa limpia traída de Barcelona, casi de inmediato nos cubrimos de piojos. En los huertos desiertos de la tierra de nadie las ramas de los cerezos se blanqueaban de flores. Durante dos días hubo lluvias torrenciales, las trincheras se inundaron y el parapeto se hundió treinta centímetros: después tuvimos que cavar y extraer la arcilla pegajosa con las pésimas palas españolas que carecían de mango y se doblaban como si fueran de estaño.

Habían prometido un mortero de trinchera para la compañía, yo lo esperaba ansioso. Por la noche patrullábamos como de costumbre, aunque con mayor riesgo, pues las posiciones fascistas estaban mejor defendidas y sus tropas más alertas: habían desparramado latas junto a la alambrada y abrían fuego con las ametralladoras en cuanto oían el menor ruido. Durante el día disparábamos desde la tierra de nadie. Arrastrándose unos cien metros resultaba posible meterse en una zanja oculta por altos pastos y desde la cual se dominaba una brecha del parapeto fascista. Habíamos convertido el sitio en un apostadero para tirar. Si se esperaba el tiempo suficiente, generalmente se acababa por ver una figura vestida de color caqui que se deslizaba rauda por delante de la abertura. Disparé bastantes veces. Ignoro si herí a alguien; parece improbable, ya que tiro muy mal con el fusil. Pero resultaba casi divertido, pues los fascistas no sabían de dónde venían los disparos y yo estaba seguro de acertar— le a alguno tarde o temprano. Sin embargo, las cosas resultaron justo al revés: un tirador fascista me hirió. Estaba en el frente desde hacía unos diez días cuando sucedió. La experiencia de recibir una herida de bala es muy interesante y creo que vale la pena describirla con cierto detalle.

A las cinco de la mañana me encontraba en el vértice del parapeto. Esa hora siempre era peligrosa. Teníamos la aurora a nuestras espaldas y si se asomaba la cabeza quedaba claramente recortada contra el cielo. Estaba hablando con los centinelas antes del cambio de guardia. De pronto, en mitad de una frase, sentí... es muy difícil describir lo que sentí, aunque lo recuerdo en forma muy vivida.

Por decirlo de alguna manera, tuve la sensación de encontrarme en el Centro de una explosión. Hubo como un fuerte estallido y un fognazo cegador a mi alrededor, y

sen— ti un golpe tremendo, no dolor, sólo una sacudida violenta, como la que produce una descarga eléctrica. Luego una sensación de absoluta debilidad, de haber sido reducido a nada. Los sacos de arena frente a mí se alejaron a una distancia inmensa. Supongo que se siente lo mismo cuando se es alcanzado por un rayo. Supe de inmediato que estaba herido, pero por el estallido y el fogonazo pensé que se trataba de algún fusil próximo, disparado por accidente. Todo ocurrió en un espacio de tiempo muy inferior a un segundo. Al instante siguiente se me doblaron las rodillas y caí hasta dar violentamente con la cabeza contra el suelo. Tenía perfecta conciencia de estar malherido, experimentaba una sensación de torpeza y aturdimiento, pero no sufría ningún dolor tal como se entiende normalmente.

El centinela norteamericano con quien había estado hablando se abalanzó sobre mí: «Cielos, ¿estás herido?». Otros milicianos se acercaron y se produjo el alboroto habitual. «¡Levantadlo! ¿Dónde está herido? ¡Abridle la camisa!», etcétera, etcétera. El norteamericano pidió un cuchillo para cortarme la camisa. Yo sabía que el mío estaba en uno de mis bolsillos y traté de sacarlo, pero descubrí que tenía el brazo derecho paralizado. La ausencia de dolor me producía una ligera satisfacción. «Esto sin duda alegrará a mi esposa», pensé (siempre había deseado que me hirieran, y me salvara así de morir cuando llegara la gran batalla). Justo en ese momento se me ocurrió preguntarle dónde estaba herido y de qué gravedad; no sentía nada, pero tenía conciencia de que la bala me había golpeado en alguna parte frontal del cuerpo. Cuando traté de hablar, comprobé que carecía de voz, sólo proferí un débil quejido, pero al segundo intento logré preguntar dónde estaba herido. Me dijeron que en la garganta. Harry Webb, nuestro camillero, trajo vendas y una de las pequeñas botellas de alcohol que nos daban para

curas de urgencia. Cuando me levantaron me salió mucha sangre por la boca, y a mi espalda oí decir a un español que la bala me había atravesado el cuello. Sentí que el alcohol, que por lo común arde muchísimo, me bañaba la herida produciéndome una agradable sensación de frescura.

Volvieron a acostarme mientras alguien buscaba una camilla. En cuanto supe que la bala me había atravesado limpiamente la garganta di por sentado que no tenía salvación. Nunca había oído hablar de un hombre o de un animal que sobreviviera a un balazo en el cuello. La sangre me goteaba por las comisuras de los labios. «La arteria está destrozada», pensé. Me pregunté cuánto se dura con la carótida cortada; pocos instantes, seguramente. Todo se veía muy borroso. Deben de haber pasado unos dos minutos durante los cuales supuse que estaba muerto. También eso era interesante, es decir, resulta interesante saber qué clase de pensamientos se tiene en semejante situación. Mi primer pensamiento, bastante convencional, fue para mi esposa. Luego me asaltó un violento resentimiento por tener que abandonar este mundo que, a pesar de todo, me gusta. Tuve tiempo de sentir esto de forma muy vívida. La estúpida mala suerte me enfurecía. ¡Qué absurdo era todo! Morirse no en medio de una batalla, sino en el mugriento rincón de una trinchera, por culpa de un descuido de un segundo. Pensé en el hombre que me había disparado, me pregunté si sería español o extranjero, si sabría que me había herido. No experimentaba rencor alguno contra él. Me dije que, tratándose de un fascista, lo habría matado de haber podido, pero que si lo hubieran tomado prisionero y traído ante mí en ese momento me habría limitado a felicitarlo por su buena puntería. Puede ser que cuando uno se está muriendo realmente se piense de manera diferente.

Acababan de colocarme en la camilla cuando mi brazo

paralizado volvió a la vida y comenzó a dolerme intensamente. Supuse que se me había fracturado al caer; pero el dolor me reconfortaba porque sabía que las sensaciones no se tornan más agudas cuando uno se está muriendo. Empecé a sentirme mejor y compadecí a los cuatro pobres diablos que sudaban y tropezaban con la camilla sobre los hombros. La ambulancia estaba a dos kilómetros y el camino era difícil, resbaladizo y lleno de obstáculos. Sabía el esfuerzo que hacían, pues había ayudado a transportar a un herido un par de días antes. Las hojas plateadas de los álamos que bordeaban las trincheras me rozaban la cara; pensé que era bueno estar vivo en un mundo donde crecen álamos plateados. Mientras tanto, el dolor en el brazo se hacía diabólico y me obligaba a blasfemar, lo cual procuraba evitar, porque con cada blasfemia respiraba hondo y se me llenaba de sangre la boca. El médico volvió a vendar la herida, me dio una inyección de morfina y me despachó para Siétamo. Los hospitales de Siétamo eran barracas de madera, apresuradamente construidas, donde, por lo general, los heridos sólo permanecían unas pocas horas antes de seguir camino a Lérida o Barbastro. Yo estaba aletargado por la morfina, casi no podía moverme, pero el dolor seguía siendo fuerte y tragaba sangre sin cesar. En un rasgo típico de los métodos hospitalarios españoles, mientras me encontraba en ese estado la improvisada enfermera trató de hacerme ingerir la comida reglamentaria —una copiosa comida consistente en sopa, huevos, un guiso grasiento, etcétera— y se mostró sorprendida cuando me negué. Le dije que deseaba fumar, pero estábamos en uno de los tantos períodos de escasez de tabaco y nadie tenía un cigarrillo. Al cabo de poco tiempo, dos camaradas que habían obtenido permiso para abandonar la línea de fuego durante unas pocas horas, se presentaron ante mi cama.

—¡Hola! ¿Estás vivo, eh? Bien. Queremos tu reloj, tu

revólver y tu linterna. Y tu navaja, si es que tienes una.

Partieron con mis posesiones transportables. Esto siempre ocurría cuando un hombre resultaba herido. Todo lo que poseía se dividía entre los demás, sin tardanza y con razón, pues relojes o revólveres eran objetos muy preciados en el frente y, si se quedaban con el equipo del herido, desaparecían durante el traslado.

Al anochecer habían llegado ya bastantes enfermos y heridos como para llenar varias ambulancias y nos enviaron a Barbastro. ¡Qué viaje! Solía decirse que en esa guerra podía salvarse el que recibía un balazo en las extremidades, pero que siempre moría el herido en el abdomen. Ahora comprendo por qué. Nadie que estuviera expuesto a hemorragias internas podía sobrevivir a esos kilómetros de bamboleo sobre caminos destrozados por el paso de grandes camiones y sin reparación alguna desde el comienzo de la guerra. ¡Bang, bum, paff! Las sacudidas me llevaron de vuelta a mi infancia y a un endemoniado artefacto llamado Wiggle—Woggle que había en la exposición de White City. Olvidaron atarnos a las camillas. Me quedaba bastante fuerza en el brazo izquierdo como para sujetarme, pero un pobre diablo fue arrojado al suelo y sufrió Dios sabe qué agonía. Otro, que podía caminar y estaba sentado en un rincón de la ambulancia, vomitó durante todo el viaje. El hospital en Barbastro estaba repleto y las camas se encontraban tan cerca unas de otras que casi se tocaban. A la mañana siguiente volvieron a cargarnos en un tren—hospital y nos mandaron a Lérida.

Estuve cinco o seis días en Lérida. Era un gran hospital, con enfermos y heridos civiles y militares, más o menos mezclados. Algunos de los hombres de mi sala tenían heridas graves. En la cama vecina a la mía un joven de cabello negro tomaba un medicamento que daba a su orina un color verde esmeralda. Su orinal de cama constituía uno

de los espectáculos de la sala. Un comunista holandés, al enterarse de que había un inglés en el hospital, se me acercó trayéndome periódicos ingleses y hablándome en mi lengua. Había resultado gravemente herido en los combates de octubre y se las había ingeniado para establecerse en el hospital de Lérida y casarse con una de las enfermeras. A causa de las heridas, una de sus piernas se había encogido tanto que no era más gruesa que mi brazo. Dos milicianos de permiso, a quienes había conocido durante mi primera semana en el frente, acudieron al hospital a visitar aun amigo herido y me reconocieron. Eran muchachos de unos dieciocho años. Permanecieron de pie junto a mi cama, incómodos, buscando qué decir y luego, para demostrar que lamentaban lo de mi herida, sacaron de súbito todo el tabaco de sus bolsillos, me lo dieron y desaparecieron antes de que pudiera devolvérselo. ¡Qué gesto tan español! Más tarde descubrí que no podía conseguirse tabaco en toda la ciudad y que me habían dado la ración de una semana.

Al cabo de unos pocos días pude levantarme y caminar con el brazo en cabestrillo; por alguna razón, me dolía mucho más cuando lo tenía colgando. Sentía, además, un intenso dolor interno por el daño que me había hecho al caer y me había quedado casi del todo sin voz, pero nunca tuve un segundo de sufrimiento debido a la herida de la bala. Parece que esto es bastante corriente. El tremendo impacto de una bala impide toda sensación local; en cambio, un fragmento de bomba o de granada, que es irregular y a menudo golpea con menos fuerza, debe de producir un dolor agudísimo. El hospital contaba con un agradable jardín en el que había un estanque con peces de colores y unos pececillos de color gris oscuro —albures creo que eran—. Solía sentarme a observarlos durante horas. La manera de hacer las cosas en Lérida me permitió conocer el funcionamiento del sistema hospitalario del frente de

Aragón; no sé si era igual en los demás frentes. En ciertos aspectos, los hospitales eran muy buenos. Los médicos eran capaces y no parecía haber escasez de medicinas y equipos. Pero padecían dos defectos importantísimos, a causa de los cuales murieron cientos o miles de hombres que podían haberse salvado.

Uno de ellos era el hecho de que los hospitales cercanos al frente eran utilizados como centros de distribución de heridos. En consecuencia, uno no recibía tratamiento alguno, a menos que la gravedad de la herida impidiera el traslado. En teoría, la mayoría de los heridos iban directamente a Barcelona o Tarragona, pero debido a la falta de transporte, a menudo tardaban una semana o diez días en llegar a destino. Se los tenía rodando por Siétamo, Barbastro, Monzón, Lérida y otros lugares, sin recibir ningún tratamiento, excepto un ocasional vendaje limpio. Hombres con heridas atroces o huesos aplastados eran envueltos en una especie de funda a base de vendas y yeso; en la parte exterior se escribía con lápiz la descripción de la herida, pues por lo general la funda no se retiraba hasta que el hombre llegaba a Barcelona o Tarragona, diez días después. Resultaba casi imposible examinar la herida en esas condiciones; los pocos médicos no daban abasto con el trabajo y se limitaban a pasar rápidamente junto a cada cama diciendo: «Sí, sí, lo atenderán en Barcelona». Siempre había rumores de que el tren—hospital partiría hacia Barcelona mañana. El otro defecto radicaba en la falta de enfermeras competentes. Evidentemente en España no había suficientes enfermeras con formación, quizá porque antes de la guerra eran las monjas las encargadas de esas tareas. No tengo quejas de las enfermeras españolas; siempre me trataron con extrema bondad, pero no cabe duda de que eran sumamente negligentes. Todas sabían tomar la temperatura, algunas podían hacer un vendaje, y nada más. De esta incompetencia resultaba

que los hombres demasiado enfermos para valerse por sí mismos a menudo eran objeto de un vergonzoso descuido. Las enfermeras dejaban que un paciente estuviera con diarrea durante una semana, y rara vez lavaban a quienes estaban demasiado débiles como para hacerlo solos. Recuerdo a un pobre miliciano con un brazo destrozado que me contó que había estado tres semanas con la cara sucia. Hasta las camas se quedaban a veces sin hacer durante varios días. La comida, en cambio, era buena en todos los hospitales, quizá demasiado buena. En España, más que en cualquier otra parte, parecía continuar la costumbre de atiborrar a los enfermos con pesadas comidas. En Lérida, las comidas eran pantagruélicas. A las seis de la mañana servían un desayuno a base de sopa, tortilla, guiso, pan, vino blanco y café; y el almuerzo era aún más abundante —y esto en una época en que la mayor parte de la población civil padecía carencias alimenticias—. Los españoles parecen no saber lo que es una dieta liviana. Dan la misma comida a los enfermos que a los sanos, siempre el mismo tipo de plato abundante, grasiento, empapado en aceite de oliva.

Una mañana se anunció que los hombres de mi sala partirían ese mismo día hacia Barcelona. Logré enviar un telegrama a mi esposa, anunciándole mi llegada. Poco después nos metieron en varios autobuses y nos llevaron a la esta—ción. Cuando el tren ya había arrancado, el enfermero del hospital que viajaba con nosotros por casualidad nos informó de que no íbamos a Barcelona, sino a Tarragona. Supongo que el maquinista había cambiado de idea. «¡Típicamente español!», pensé. También fue muy español que aceptaran detener el tren para que yo pudiera enviar otro telegrama, y aún más español, que éste nunca llegara.

Nos colocaron en vagones normales de tercera clase, con

asientos de madera, aunque muchos estaban malheridos y habían dejado la cama por primera vez después de larga postración. Bien pronto, con el calor y los vaivenes, la mitad de los hombres se encontraba en un estado de colapso y varios vomitaron sobre el suelo. El enfermero se abrió paso entre las siluetas cadavéricas desparramadas por todas partes y nos dio de beber con una gran cantimplora que iba vaciando de boca en boca. Todavía recuerdo el asqueante sabor del agua. Llegamos a Tarragona al caer el sol. Las vías del tren corren paralelas a la costa y muy cerca del mar. Cuando nuestro tren entraba en la estación partía otro lleno de tropas de la Columna Internacional, y en el puente grupos de gente agitaban pañuelos en señal de despedida. Era un tren muy largo, abarrotado de hombres, con vagones abiertos donde iban cañones de campaña y en torno de los cuales se apretujaban más soldados. Recuerdo con particular claridad el espectáculo de ese tren iniciando la marcha en la luz amarillenta del atardecer, los racimos de rostros oscuros y sonrientes tras cada ventanilla, los largos cañones inclinados de las piezas de artillería, los ondulantes pañuelos escarlata. Todo deslizándose lentamente junto a nosotros, contra un mar color azul turquesa.

—Extranjeros —dijo alguien—. Son italianos.

Evidentemente lo eran. Ninguna otra nacionalidad podría haberse agrupado de modo tan pintoresco o devolver los saludos de la multitud con tanta gracia. El hecho de que la mitad de los hombres partieran empinando botellas de vino no disminuía, por cierto, esa gracia. Más tarde oímos decir que eran parte de las tropas que habían obtenido la gran victoria de marzo en Guadalajara; tras un permiso eran trasladados al frente de Aragón. Me temo que la mayoría de ellos haya muerto en Huesca unas pocas semanas más tarde. Los hombres que podían mantenerse en pie cruzaron

el vagón para aclamar a los italianos a su paso. Una muleta se agitó fuera de la ventanilla, brazos vendados hicieron el saludo rojo. Era como un cuadro alegórico de la guerra: un tren cargado de hombres frescos que partían orgullosamente hacia el frente, los hombres inválidos que volvían, y todo el rato los cañones en los vagones abiertos, haciéndonos palpar el corazón —como siempre lo hacen los cañones— y revivir ese pernicioso sentimiento tan difícil de evitar de que la guerra, a fin de cuentas, es algo glorioso.

El hospital de Tarragona era muy grande y estaba lleno de heridos de todos los frentes. ¡Menudas heridas se veían allí! Para tratar algunas, empleaban un procedimiento que supongo que se ajustaba a los últimos adelantos médicos, pero que resultaba particularmente desagradable a la vista. Consistía en dejar la herida completamente abierta, sin vendar, aunque protegida de las moscas por una red de muselina extendida sobre alambres. Debajo de la fina gasa se podía ver la gelatina rojiza de la herida semicurada. Había un hombre herido en el rostro y la garganta, con la cabeza dentro de una especie de casco esférico de muselina; tenía la boca cerrada y respiraba por un pequeño tubo fijado entre los labios. ¡Pobre diablo, parecía tan solo, paseando de un lado a otro, sin poder hablar y mirando a través de su jaula de muselina! Estuve tres o cuatro días en Tarragona. Iba recuperando mis fuerzas y cierto día, aunque moviéndome con mucha lentitud, logré caminar hasta la playa. Resultaba extraño comprobar que la vida de playa proseguía casi sin alterarse; cafés elegantes a lo largo del paseo marítimo y la ufana burguesía local bañándose y tomando el sol en las tumbonas como si no hubiera una guerra a miles de kilómetros. Allí tuve ocasión de ver ahogarse a un bañista, lo cual parecía imposible en ese mar tibio y poco profundo.

Por fin, ocho o nueve días después de abandonar el frente, conseguí que me examinaran la herida. En la sala de cirugía donde se reconocía a los recién llegados, médicos con enormes tijeras abrían los petos de yeso en que hombres con costillas, clavículas y otros huesos fracturados habían sido encerrados en los hospitales de campaña tras la línea del frente. De la abertura de aquellos enormes y ridículos petos de yeso surgían rostros ansiosos, sucios y con barba de una semana. El médico, un hombre enérgico y apuesto, de unos treinta años, me hizo sentar, me agarró la lengua con un trozo de gasa áspera, la tiró hacia afuera todo lo que pudo, me metió un espejito de dentista hasta la garganta y me pidió que dijera «¡Aaaa!». Continuó su examen hasta que me sangró la lengua y se me llenaron los ojos de lágrimas; luego me informó de que una de las cuerdas vocales estaba paralizada.

—¿Cuándo recuperaré la voz? —le pregunté.

—¿La voz? Ah, no la recuperará nunca —me dijo alegremente.

Sin embargo, el tiempo demostró que estaba equivocado. Durante unos dos meses no pude hacer otra cosa que susurrar, pero luego mi voz se tornó de pronto normal; la otra cuerda había «compensado». El dolor en el brazo se debía a que la bala había rozado un haz de nervios de la nuca. Era un dolor agudo, como el de una neuralgia, y seguí sintiéndolo durante un mes, especialmente de noche, por lo cual casi no podía dormir. También los dedos de la mano derecha estaban semiparalizados; incluso ahora, cinco meses después, el dedo índice sigue dormido, efecto muy extraño en una lesión de cuello. En cierto sentido, mi herida constituía una curiosidad, y varios médicos la examinaron, exclamando: «¡Qué suerte! ¡Qué suerte!». Uno de ellos me dijo, con aire de autoridad, que la bala había pasado a «un milímetro» de la arteria. Ignoro cómo

podía asegurarlo. Ninguna de las personas con quienes hablé en ese periodo —médicos, enfermeras, practicantes o pacientes— dejó de asegurarme que un hombre que sobrevive a una herida en el cuello es el ser más afortunado de la tierra. No pude dejar de pensar que habría sido aún más afortunado si la bala no me hubiera tocado.

Durante las últimas semanas que pasé en Barcelona, el aire estaba viciado por una desagradable atmósfera de sospecha, temor, incertidumbre y odio velado. Las luchas de mayo habían causado efectos imborrables. Con la caída del gobierno de Caballero los comunistas conquistaron definitivamente el poder; el orden interno había ido a parar a manos de ministros comunistas y nadie dudaba de que aplastarían a sus rivales políticos en cuanto tuvieran la primera oportunidad. Por el momento nada ocurría y yo no tenía ni idea de lo que iba a suceder; pero, sin embargo, había una permanente y difusa sensación de peligro, la conciencia de algo malo a punto de acaecer. Por poco que uno realmente conspirara la atmósfera te obligaba a sentirte como un conspirador. La gente parecía pasarse todo el rato conversando en voz baja en los rincones de los cafés, preguntándose si la persona de la mesa vecina sería o no espía de la policía.

Gracias a la censura periodística circulaban los rumores más siniestros. Uno de ellos afirmaba que el gobierno de Negrín—Prieto se preparaba para llegar a un acuerdo negociado del final de la guerra. En ese momento me sentí inclinado a creerlo, pues los fascistas estaban cerrando el cerco sobre Bilbao y el gobierno no tomaba ninguna medida visible para impedirlo. Banderas vascas aparecieron en toda la ciudad, numerosas muchachas realizaban colectas callejeras y las emisoras de radio hablaban como de costumbre de los «heroicos defensores», pero los vascos no recibían ninguna ayuda concreta. Era tentador pensar que el gobierno hacía un doble juego. Acontecimientos posteriores demostraron mi error, pero induda-

blemente Bilbao habría podido salvarse si se hubiera actuado con algo más de energía. Una ofensiva en el frente de Aragón, aunque fracasara, habría obligado a Franco a distraer parte de su ejército; pero el gobierno no tomó ninguna medida ofensiva hasta que no fue demasiado tarde, es decir, hasta el momento en que cayó Bilbao. La CNT distribuyó en enormes cantidades un manifiesto en el cual pedía a la población que se mantuviera alerta, e insinuaba que «un cierto partido» (los comunistas) preparaba un golpe de Estado. También existía el difundido temor de que Cataluña fuera objeto de una invasión. Tiempo antes, cuando regresamos del frente, había visto las poderosas defensas que se levantaban a muchos kilómetros de la línea de fuego, y en toda Barcelona se estaban construyendo refugios antiaéreos. Con frecuencia se anunciaban ataques por aire y por mar; casi siempre eran falsas alarmas, pero, cada vez que sonaban las sirenas, las luces permanecían apagadas durante largas horas y la gente asustadiza se tiraba de cabeza a los sótanos. Los espías de la policía estaban por todas partes. Las cárceles continuaban abarrotadas de personas detenidas cuando los sucesos de mayo, y había más presos —por supuesto, siempre anarquistas y miembros del POUM— que continuaban desapareciendo en ellas solos o acompañados. Por lo que se pudo averiguar, ningún preso fue nunca acusado o juzgado —ni siquiera acusado de algo tan definido como «trotskismo»—. Simplemente se arrojaba a un hombre a la cárcel y allí se le mantenía, por lo común, incomunicado. Bob Smillie seguía encarcelado en Valencia. No pudimos averiguar nada excepto que ni el representante del ILP ni el abogado que lo defendía lograron verlo. Cada vez era mayor el número de extranjeros de la Columna Internacional y Otros milicianos que eran arrestados casi siempre acusados de desertores. Era típico de la situación de entonces que ya nadie sabía con

certeza si un miliciano era un voluntario o un soldado regular. Pocos meses antes, todo el que se alistaba en la milicia lo hacía como voluntario y podía, si así lo deseaba, pedir la licencia en cuanto le correspondiera un permiso. En esos días parecía que el gobierno había cambiado de parecer: un miliciano era un soldado regular y se convertía en desertor si intentaba regresar a su casa. Pero ni siquiera esto parecía estar claro del todo. En algunas zonas del frente, las autoridades seguían concediendo licencias a quienes la solicitaban. En la frontera éstas a veces eran aceptadas y otras no; cuando no, te enviaban de inmediato a la cárcel. Con el tiempo, el número de «desertores» extranjeros encarcelados llegó a varios centenares, pero en su mayoría fueron repatriados cuando hubo protestas en sus propios países.

Grupos armados de guardias de asalto recorrían las calles, los guardias civiles seguían ocupando cafés y otros edificios en puntos estratégicos, y muchos de los locales del PSUC todavía estaban protegidos con sacos de arena y barricadas. En diversos puntos de la ciudad había retenes de guardias civiles o carabineros donde se paraba a los transeúntes y se examinaba su documentación. Todos me advirtieron de que no mostrara mi credencial de miliciano del POUM y me limitara a presentar el pasaporte y mi certificado del hospital. Que se supiera que había servido en la milicia del POUM era ya inciertamente peligroso. Los milicianos del POUM que habían sido heridos o estaban de permiso eran penalizados con pequeños inconvenientes y así, por ejemplo, les resultaba difícil cobrar su paga. La Batalla seguía apareciendo, pero la censura la había reducido casi a cero. Solidaridad y los otros periódicos anarquistas también eran objeto de una severa censura. Según una nueva reglamentación, las partes censuradas de un periódico no podían quedar en blanco, sino que tenían que llenarse con otro texto. En

consecuencia, a menudo resultaba imposible saber si algo había sido objeto de censura.

La escasez de alimentos, que había fluctuado durante toda la guerra, se encontraba en una de sus peores etapas. Faltaba pan, y los tipos más baratos estaban adulterados con arroz; el que comían los soldados en los cuarteles era abominable y parecía masilla. La leche y el azúcar también escaseaban y casi no había tabaco, excepto los carísimos cigarrillos de contrabando. Casi no quedaba tampoco aceite de oliva, que los españoles utilizan para múltiples fines. Las colas de mujeres que aguardaban para comprarlo estaban vigiladas por guardias civiles montados que a veces se entretenían haciendo retroceder a los caballos hasta penetrar en las colas, tratando de que pisaran los pies de las mujeres. Otro inconveniente menor de esa época era la falta de cambio. La plata había sido retirada y, como no se había acuñado nueva moneda, resultaba que no circulaban valores intermedios entre la moneda de diez céntimos y el billete de dos pesetas y media, y todos los billetes inferiores a las diez pesetas eran muy escasos. Para la gente más pobre esto significaba un agravamiento de la escasez de comida. Una mujer con sólo un billete de diez pesetas podía pasarse horas ante la cola de una tienda y encontrarse luego con que no podía comprar nada, simplemente porque el tendero no disponía de cambio y ella no se podía gastar todo el dinero.

No es fácil describir la atmósfera de pesadilla de ese periodo, el peculiar malestar creado por los rumores siempre cambiantes, la prensa censurada y la presencia continua de hombres armados. No resulta fácil de describir porque, en ese momento, lo esencial de una atmósfera así no existía en Inglaterra. En Inglaterra la intolerancia política no es aceptada todavía. Hay persecución política en un grado insignificante; si yo fuera minero procuraría

que el jefe no se enterara de que soy comunista; pero el «buen miembro del partido», el gángster que repite y obedece incondicionalmente característico de los partidos continentales, sigue siendo una rareza, y la idea de «liquidar» o «eliminar» a todo aquel que esté en desacuerdo no parece todavía natural. Sólo parecía demasiado natural en Barcelona. Los «estalinistas» tenían la sartén por el mango y, por lo tanto, se daba por descontado que todo «trotskista» estaba en peligro. Lo que todos temían era algo que, a fin de cuentas, no ocurrió: un nuevo brote de lucha callejera del que se haría responsables, como antes, al POUM y a los anarquistas. A veces me descubría a mi mismo tratando de oír los primeros disparos. Era como si alguna poderosa inteligencia maligna planeara sobre la ciudad. Curiosamente, todos comentaban la situación en términos casi idénticos: «La atmósfera de este lugar es horrible. Es como vivir en un manicomio». Pero quizá no debería decir todos. Algunos de los visitantes ingleses que pasaron rápidamente por España, de hotel en hotel, no parecen haber notado nada desagradable en el ambiente general. Como pude observar, la duquesa de Atholl escribe (Sunday Express, 17 de octubre de 1937): Estuve en Valencia, Madrid y Barcelona... un orden perfecto prevalecía en las tres ciudades, sin ningún despliegue de fuerza. Todos los hoteles en los que viví no sólo eran «normales» y «agradables», sino también muy cómodos a pesar de la escasez de mantequilla y café.

Es una peculiaridad de los viajeros ingleses la de creer que nunca existe realmente nada fuera de los hoteles elegantes. Espero que hayan conseguido algo de mantequilla para la duquesa de Atholl.

Me encontraba en el Sanatorio Maurín, uno de los sanatorios dependientes del POUM, situado en los suburbios cercanos al Tibidabo, la montaña de extraña

forma que se levanta abruptamente detrás de Barcelona y desde donde, según la tradición, Satán mostró a Jesús los países de la tierra (de ahí su nombre). La casa había pertenecido a un burgués y fue confiscada al comienzo de la revolución. La mayoría de los hombres alojados allí habían dejado el frente a causa de alguna herida que los incapacitaba definitivamente (miembros amputados o cosas así). Había varios ingleses: Williams, con una pierna herida; Stafford Cottman, un muchacho de dieciocho años enviado desde las trincheras por suponerse que padecía tuberculosis, y Arthur Clinton, cuyo brazo izquierdo destrozado seguía colgado de uno de esos enormes artilugios de alambre, llamados aeroplanos, que los españoles continúan utilizando en los hospitales. Mi esposa seguía en el hotel Continental y yo solía ir a Barcelona durante el día. Por la mañana acudía al Hospital General para el tratamiento eléctrico del brazo. Me aplicaron un tratamiento bastante extraño, basado en una serie de punzantes descargas eléctricas que hacían saltar los diversos grupos de músculos. Lentamente disminuyeron los dolores y fui recuperando el uso de los dedos. Mi mujer y yo acordamos que lo mejor era regresar a Inglaterra lo antes posible. Me sentía muy débil, había perdido la voz aparentemente para siempre y, según los médicos, en el mejor de los casos transcurrirían meses antes de que estuviera en condiciones de luchar. Tarde o temprano debía comenzar a ganar algo de dinero, y no tenía mucho sentido quedarse en España consumiendo alimentos que otros necesitaban. Sin embargo, decidieron mi partida motivos fundamentalmente egoístas. Experimentaba un deseo abrumador de alejarme de todo, de la horrible atmósfera de sospecha y odio político, de las calles llenas de hombres armados, de ataques aéreos, trincheras, ametralladoras, tranvías chirriantes, té sin leche, comida grasienta y escasez de cigarrillos: de casi todo lo que había

aprendido a asociar con España.

Los médicos del Hospital General me dieron un certificado de incapacidad física, pero para conseguir mi licencia debía someterme a la junta médica de un hospital cercano al frente y trasladarme luego a Siétamo para que me sellaran los documentos en los cuarteles de la milicia del POUM. Kopp acababa de regresar del frente lleno de júbilo. Acababa de entrar en acción y afirmaba que por fin tomaríamos Huesca. El gobierno había llevado tropas del frente de Madrid y estaba concentrando treinta mil hombres, además de gran cantidad de aeroplanos. Los italianos que yo había visto partir de Tarragona habían atacado la carretera de Jaca, pero habían sufrido grandes bajas y perdido dos tanques. Con todo, la ciudad caería, según afirmaba Kopp. (Pero, ¡maldita sea!, no cayó. El ataque fue un lío espantoso y tuvo como única consecuencia una orgía de mentiras periodísticas.) Entretanto, Kopp debía viajar hasta Valencia para entrevistarse con el ministro de la Guerra. Tenía una carta del general Pozas, entonces comandante del Ejército del Este; era la carta habitual, donde describía a Kopp como una «persona de toda confianza» y lo recomendaba para un cargo especial en la Sección de Ingeniería (Kopp era ingeniero). Partió hacia Valencia el día en que yo salí para Siétamo, el 15 de junio.

Cinco días estuve ausente de Barcelona. Un camión lleno de milicianos nos dejó en Siétamo a medianoche; en cuanto llegamos a los cuarteles del POUM, nos hicieron formar y comenzaron a entregarnos fusiles y balas antes de preguntarnos siquiera nuestros nombres. Parecía que el ataque comenzaba y que podían necesitarse reservas en cualquier momento. Tenía el certificado hospitalario en el bolsillo, pero no podía negarme a ir con los demás. Me acosté en el suelo, teniendo como almohada una caja de

cartuchos. Mi estado era de profundo desaliento. El estar herido me había socavado el coraje —creo que es la consecuencia habitual— y la perspectiva de entrar en acción me espantaba. Sin embargo, hubo un poco de mañana, como de costumbre, y no nos llamaron; al día siguiente presenté mi certificado e inicié los trámites para que me dieran la licencia, lo que significó una serie de viajes confusos y agotadores. Me enviaron de un hospital a otro —Siétamo, Barbastro, Monzón, de vuelta a Siétamo para que me sellaran los papeles, luego a lo largo de la línea de fuego, vía Barbastro y Lérida—. La concentración de tropas en Huesca había monopolizado el transporte y desorganizado todo. Recuerdo que tuve que dormir en sitios bien extraños; una vez en un hospital, otra vez en una zanja, otra en un banco muy angosto del que me caí a mitad de la noche y otra en una especie de albergue municipal en Barbastro. En cuanto te alejabas de las vías del ferrocarril, la única posibilidad de viajar eran los camiones que quisieran parar. Había que esperar en la carretera durante horas, a veces tres o cuatro, junto a desconsolados campesinos que llevaban bultos llenos de patos y conejos, haciendo señas a un camión tras otro. Cuando finalmente se detenía un camión que no estaba repleto de hombres, pan o cajas de munición, el bamboleo sobre los pésimos caminos me reducía a pulpa. Ningún caballo me ha tirado nunca tan alto como esos camiones. La única manera posible de viajar consistía en apiñarse y aferrarse los unos a los Otros. Fue humillante comprobar que seguía demasiado débil como para subir a un camión sin ayuda.

Dormí una noche en el hospital de Monzón, donde había de ver a la junta médica. En la cama de al lado había un guardia de asalto con una herida sobre el ojo izquierdo. Se mostró cordial y me dio cigarrillos. Yo le dije: «En Barcelona hubiéramos tenido que dispararnos el uno al

otro», y ambos nos reímos. Resultaba notable el cambio del espíritu general en las proximidades del frente. Allí desaparecían todos o casi todos los odios perniciosos de los partidos políticos. Mientras estuve en el frente, no recuerdo haberme encontrado con ningún miembro del PSUC que me demostrara hostilidad por pertenecer al POUM. Eso era típico de Barcelona o de otras ciudades, aún más alejadas de la guerra. Había muchos guardias de asalto en Siétamo, enviados desde Barcelona para tomar parte en el ataque contra Huesca. La Guardia de Asalto no era un cuerpo destinado originalmente al frente, y muchos de sus miembros nunca habían estado bajo el fuego enemigo. En Barcelona se sentían dueños de la calle, pero aquí sólo eran quintos, y se tenían que codear con milicianos de quince años con varios meses de antigüedad en el frente.

En el hospital de Monzón el médico repitió la operación habitual de tirarme de la lengua e introducirme un espejo, y me aseguró con el mismo tono alegre que nunca recuperaría la voz y me firmó el certificado. Mientras esperaba a que me examinaran, en la sala de cirugía se llevaba a cabo alguna espantosa operación sin anestesia, por motivos que desconozco. La operación se prolongó muchísimo, los alaridos se sucedían y, cuando entré allí, había sillas tiradas por el suelo y charcos de orina y sangre por todas partes.

Los detalles de ese viaje final se conservan en mi memoria con extraña claridad. Mi actitud era diferente, más observadora que en los últimos meses. Había obtenido mi licencia, que ostentaba el sello de la División 29, y el certificado médico que me declaraba «inútil». Era libre de regresar a Inglaterra y, en consecuencia, me sentía casi por primera vez en condiciones de contemplar España. Debía permanecer un día en Barbastro, pues sólo había un tren

diario. Antes había visto Barbastro muy de pasada, y me había parecido simplemente una parte de la guerra: un lugar frío, fangoso y gris, lleno de estruendosos camiones y tropas andrajosas. Ahora me resultaba extrañamente diferente. Caminando sin rumbo fijo, descubrí agradables y tortuosas callejuelas, viejos puentes de piedra, bodegas con grandes toneles goteantes, altos como una persona, e intrigantes talleres semisubterráneos con hombres haciendo ruedas de carro, puñales, cucharas de madera y las clásicas botas españolas de piel de cabra. Me puse a observar cómo un hombre hacía una de estas botas y así me enteré, con gran interés, que el exterior de la piel se coloca hacia adentro, de modo que uno en realidad bebe pelo de cabra destilado. Las había utilizado durante meses sin saberlo. Y detrás de la ciudad había un río color verde jade, poco profundo, del cual emergía un risco perpendicular; con casas construidas en la roca, de modo que desde la ventana del dormitorio se podía escupir hacia el agua que corría treinta metros más abajo. Innumerables palomas vivían en los huecos del risco. Y en Lérida había viejos edificios ruinosos en cuyas cornisas anidaban millares y millares de golondrinas; desde una pequeña distancia, el dibujo que formaban los nidos parecía una florida moldura rococó. Resultaba extraño comprobar hasta qué punto durante seis meses yo no había tenido ojos para esas particularidades del lugar. Con mi certificado de licencia en el bolsillo me sentía de nuevo un ser humano, y también casi un turista. Por primera vez tuve plena conciencia de estar realmente en España, en el país que toda mi vida ansié conocer. En las tranquilas callejuelas apartadas de Lérida y Barbastro me pareció tener una visión fugaz, una especie de lejano rumor de la España que vive en la imaginación de todos. Sierras blancas, manadas de cabras, mazmorras de la Inquisición, palacios moriscos, hileras oscuras y ondulantes de mulas, verdes olivares, montes de

limoneros, muchachas de mantillas negras, vinos de Málaga y Alicante, catedrales, cardenales, corridas de toros, gitanos, serenatas: en pocas palabras, España, el país de Europa que mas había atraído mi imaginación. Era una pena que, habiendo logrado por fin llegar aquí, sólo hubiera conocido este rincón del nordeste, en medio de una guerra confusa y la mayor parte del tiempo en invierno.

Cuando llegué a Barcelona ya era tarde, y no circulaban taxis. No había manera de llegar al Sanatorio Maurín, que quedaba fuera de la ciudad, así que me dirigí al hotel Continental, no sin antes detenerme a cenar. Recuerdo la conversación que sostuve con un camarero bastante paternal a propósito de las jarras de nogal con bordes de cobre en las que servían el vino. Le dije que me gustaría comprar un juego para llevármelo a Inglaterra. El camarero se mostró comprensivo. «Sí, son bonitas, ¿verdad? Pero hoy día no se pueden comprar. Nadie las fabrica ya, nadie fabrica nada. Esta guerra, ¡qué lástima!» Estuvimos de acuerdo en que esa guerra era una lástima. Mientras charlábamos volví a sentirme como un turista. El camarero me preguntó amablemente si me había gustado España y si pensaba regresar. Oh, si, claro que volvería a España. El tono apacible de la conversación persiste en mi recuerdo a causa de lo que ocurrió inmediatamente después.

Cuando llegué al hotel mi esposa estaba sentada en el vestíbulo. Se levantó y caminó hacia mi con una indiferencia que me llamó la atención; luego me rodeó el cuello con un brazo y, con una dulce sonrisa dedicada a las personas que estaban en el vestíbulo, me susurró al oído:

—¡Lárgate!

—¿Qué?

—¡Lárgate de aquí enseguida!

—¿Qué?

—¡No te quedes ahí parado! ¡Tienes que salir de aquí enseguida!

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

Me había tomado del brazo y me conducía ya hacia las escaleras. A mitad de camino nos encontramos con un francés, cuyo nombre no daré, pues si bien no estaba vinculado al POUM, nos ayudó mucho durante todo el jaleo. Me miró con rostro preocupado.

—¡Escuche! No debe venir por aquí. Salga inmediatamente y escóndase antes de que llamen a la policía.

En ese preciso momento, al final de la escalera, un empleado del hotel, miembro del POUM (aunque supongo que nadie lo sabía), salió furtivamente del ascensor y me exhortó en mal inglés a que me fuera. Yo seguía sin entender qué pasaba.

—¿Qué quiere decir todo esto? —pregunté en cuanto estuvimos en la acera.

—¿No te has enterado?

—¿Enterado de qué? No he oído nada.

—El POUM ha sido disuelto. Sus edificios han sido confiscados. Prácticamente todo el mundo está en la cárcel. Y se comenta que han comenzado a fusilar a gente.

Conque era eso. Buscamos un lugar donde poder hablar. Todos los cafés de las Ramblas estaban llenos de policías, pero encontramos uno tranquilo en una calle lateral. Mi esposa me explicó lo ocurrido durante mi ausencia.

El 15 de junio la policía arrestó inesperadamente a Andrés Nin en su oficina. Esa misma noche hizo una batida en el Hotel Falcón y detuvo a todos sus ocupantes, en su mayoría milicianos de permiso. El lugar fue convertido de inmediato en una cárcel y, en breve tiempo, se llenó con

prisioneros de toda clase. Al día siguiente se anunció que el POUM era una organización ilegal y se confiscaron todas sus oficinas, puestos de libros, sanatorios, centros de Ayuda Roja, etcétera. Mientras tanto, la policía arrestaba a todos los que habían tenido alguna vinculación con el POUM. Al cabo de uno o dos días, todos o casi todos los cuarenta miembros del Comité Ejecutivo habían sido encarcelados. Quizá uno o dos habían logrado escapar y permanecían ocultos, pero la policía utilizaba el recurso (con frecuencia empleado en esta guerra por ambos bandos) de retener a la esposa del prófugo como rehén. No había manera de saber el número de personas presas. Mi esposa había oído decir que solamente en Barcelona llegaban a cuatrocientas. Desde entonces he pensado que, incluso en ese momento, la cifra debía de ser mayor. Se produjeron casos increíbles. La policía llegó a sacar de los hospitales a varios milicianos gravemente heridos.

Todo era profundamente desalentador. ¿Qué estaba pasando? Podía entender que disolvieran el POUM, pero ¿para qué arrestaban a la gente? Para nada, por lo que se podía averiguar. Aparentemente, la disolución del POUM tenía un efecto retroactivo; el POUM era ahora ilegal y, por lo tanto, uno violaba la ley al haber pertenecido antes a él. Como de costumbre, no se hizo acusación alguna contra ninguna de las personas arrestadas. Mientras tanto, sin embargo, los periódicos comunistas de Valencia difundían la historia de un gigantesco «complot fascista»: comunicación por radio con el enemigo, documentos firmados con tinta invisible, etcétera, etcétera. (Trato todo este asunto con más detalle en el Apéndice 2.) Lo significativo era que sólo aparecía en los periódicos de Valencia; creo que ni una sola palabra sobre el supuesto complot o sobre la disolución del POUM apareció en ninguno de los periódicos de Barcelona, fueran comunistas, anarquistas o republicanos. Nuestra primera información acerca de la

exacta naturaleza de las acusaciones contra los dirigentes del POUM no provino de ningún periódico español, sino de los diarios ingleses que llegaban a Barcelona con uno o dos días de retraso. Lo que no podíamos saber en ese momento es que el gobierno no era responsable de la acusación de traición y espionaje y que sus miembros habrían de rechazarla más tarde. Sólo sabíamos vagamente que los líderes del POUM y probablemente todos nosotros éramos acusados de estar a sueldo de los fascistas. Y ya circulaban rumores de fusilamientos secretos en la cárcel. Había mucha exageración en todo esto, pero sin duda ocurrió en algunos casos y casi seguramente en el de Nin. Tras su arresto, Nin fue trasladado a Valencia y de allí a Madrid, y ya el 21 de junio circuló en Barcelona el rumor de que lo habían fusilado. Más tarde, el rumor adquirió forma más definida: Nin había sido fusilado en prisión por la policía secreta y su cuerpo arrojado a la calle. Este rumor procedía de diversas fuentes, incluyendo a Federica Montseny, ex miembro del gobierno. Desde entonces, nunca se ha vuelto a oír hablar de Nin. Más tarde, cuando delegados de diversos países plantearon la cuestión al gobierno, éste sólo dijo que Nin había desaparecido y que no se conocía su paradero. Algunos periódicos afirmaron que había huido a territorio fascista. Ninguna prueba se proporcionó en este sentido, e Irujo, el ministro de Justicia, declaró más tarde que la agencia informativa España había falsificado su comunicado oficial. De cualquier manera, era muy improbable que se permitiera escapar a un prisionero político de la importancia de Nin. A menos que en el futuro aparezca vivo, creo que debemos admitir que fue asesinado en la cárcel.

Las noticias sobre arrestos prosiguieron sin cesar a lo largo de meses, hasta que el número de prisioneros políticos, sin contar a los fascistas, llegó a varios miles. Una de las cosas a destacar es la autonomía de los cargos policiales

inferiores. Muchos de los arrestos eran abiertamente ilegales, y diversas personas cuya liberación fue dispuesta por el jefe de policía, se vieron arrestadas otra vez en los portones de la cárcel y llevadas a «prisiones secretas». Un caso típico es el de Kurt Landau y su mujer; que fueron arrestados alrededor del 17 de junio, después de lo cual, Landau «desapareció». Cinco meses más tarde, su esposa seguía en la cárcel, sin juicio y sin noticias de su marido. Al iniciar una huelga de hambre en señal de protesta, el ministro de Justicia aseguró que Landau había muerto. Al cabo de breve tiempo salió en libertad para ser detenida nuevamente casi de inmediato e ir a parar otra vez a la cárcel.

Y también destacaba que la policía, por lo menos al principio, parecía por completo indiferente al efecto que sus acciones pudieran tener sobre la guerra. Estaban dispuestos a encarcelar a militares con cargos de importancia sin obtener permiso por anticipado. Hacia finales de junio, José Rovira, el general al mando de la División 29, fue arrestado cerca del frente por una partida policial procedente de Barcelona. Sus hombres enviaron una delegación a protestar ante el ministro de la Guerra. Se descubrió que el ministro de la Guerra y Ortega, el jefe de policía, no habían sido ni siquiera informados del arresto de Rovira. En todo este asunto el detalle que más me cuesta de digerir, aunque quizá no revista mayor importancia, es que se ocultaba a las tropas lo que sucedía. Como se habrá visto, ni yo ni nadie en el frente había oído nada acerca de la disolución del POUM. Todos sus cuarteles, los centros de Ayuda Roja y demás funcionaban con normalidad, e incluso el 20 de junio, en las trincheras y posiciones hasta Lérida, a menos de ciento cincuenta kilómetros de Barcelona, nadie se había enterado de lo que ocurría. Ni una sola palabra de todo esto aparecía en los periódicos de Barcelona, y los diarios de Valencia que

publicaban esas historias de complot y espionaje no llegaban al frente de Aragón. Sin duda, una de las razones para arrestar a los milicianos del POUM de permiso en Barcelona era impedir que regresaran al frente con las novedades. El grupo con el que yo llegué al frente el 15 de junio debe de haber sido el último en partir. Aún me intriga saber cómo consiguieron mantener ocultos los hechos, pues los camiones de abastecimiento, por ejemplo, seguían yendo y viniendo, pero no cabe duda de que mantuvieron el secreto y, según me pude enterar después por otros compañeros, los hombres del frente no supieron nada hasta varios días más tarde. El motivo resulta bastante claro. El ataque contra Huesca acababa de comenzar la milicia del POUM todavía constituía una unidad aparte y, probablemente, se temía que los hombres se negaran a luchar si se enteraban de lo que estaba sucediendo. En realidad, nada de esto ocurrió cuando llegaron las noticias. En los días intermedios, muchos hombres seguramente murieron sin saber que los periódicos de retaguardia los tildaban de fascistas. Resulta difícil de perdonar tales cosas. Sé que era la política habitual ocultar a las tropas las malas noticias, y quizá eso esté justificado en la mayoría de los casos. Pero es algo muy distinto mandar a los hombres a la batalla sin siquiera decirles que, a sus espaldas, su partido ha quedado disuelto, sus líderes han sido acusados de traición y sus amigos y parientes enviados a la cárcel.

Mi esposa comenzó a contarme lo que les había ocurrido a varios de nuestros amigos. Algunos de los ingleses y también otros extranjeros habían cruzado la frontera. Williams y Stafford Cottman no fueron arrestados durante el ataque contra el Sanatorio Maurín y permanecían escondidos en alguna parte. Lo mismo ocurría con John McNair, que había estado en Francia y había regresado a España cuando el POUM fue declarado ilegal —actitud

bastante temeraria, pero no había querido permanecer a salvo mientras sus camaradas corrían peligro—. En cuanto a los demás, era una simple crónica de a éste lo «agarraron» así y al otro lo «agarraron» así. Parecían haber «agarrado» a casi todo el mundo. Me sorprendió oír que también habían «agarrado» a George Xopp.

—¡Qué! ¿Kopp? Creía que estaba en Valencia.

Según parecía, Kopp había regresado a Barcelona; tenía una carta del ministro de la Guerra dirigida al coronel a cargo de las operaciones de ingeniería en el frente del este. Desde luego, sabía de la disolución del POUM, pero posiblemente no se le ocurrió que la policía fuera tan tonta como para detenerlo mientras se dirigía al frente en cumplimiento de una urgente misión militar. Había acudido al hotel Continental para recoger su equipo; mi esposa no se encontraba allí en ese momento y el personal del hotel se las ingenió para entretenerlo con alguna mentira mientras llamaban por teléfono a la policía.

Reconozco que monté en cólera cuando me enteré del arresto de Kopp. Era mi amigo personal, había actuado a sus órdenes durante meses, había estado con él bajo el fuego y conocía su historia. Era un hombre que había sacrificado todo, familia, nacionalidad, forma de vida, para ir a España a luchar contra el fascismo. Al abandonar Bélgica y unirse a un ejército extranjero mientras formaba parte de la reserva del ejército belga y, anteriormente, al colaborar en la fabricación ilegal de municiones destinadas al gobierno español, había ido acumulando años de cárcel por cumplir si volvía alguna vez a su país. Había estado en el frente desde octubre de 1936, se había abierto camino desde miliciano a comandante, había intervenido en no sé cuántas acciones y había sido herido una vez. Durante los incidentes de mayo intercedió para evitar la lucha en nuestra zona y probablemente salvó diez o veinte vidas.

Como recompensa a todo esto no se les ocurre otra cosa que arrojarlo a una celda. Enojarse es perder el tiempo, pero tan estúpida maldad pone a prueba la paciencia de cualquiera.

A pesar de todo esto, no habían «agarrado» a mi mujer. Aunque seguía en el hotel Continental, la policía no hizo intento alguno por arrestarla. Evidentemente querían valerse de ella como de un señuelo. Con todo, un par de noches antes, casi de madrugada, seis policías de civil allanaron nuestra habitación y se apoderaron hasta del último trozo de papel que encontraron, exceptuando, por fortuna, nuestros pasaportes y la libreta de cheques. Se llevaron mis diarios, nuestros libros, los recortes periodísticos que desde hacía meses se apilaban en el escritorio (muchas veces me he preguntado para qué los querían), todos mis recuerdos de guerra y todas nuestras cartas. (Dicho sea de paso, se llevaron también muchas cartas recibidas de lectores. Algunas de ellas no habían sido todavía respondidas, y como es de suponer no conservo las direcciones. Si alguien de los que me escribió en relación a mi último libro y que no recibió respuesta llega a leer estas líneas, ruego que las acepte como disculpa.) Más tarde supe que la policía también se había apoderado de algunas pertenencias mías dejadas en el Sanatorio Maurín. Hasta se llevaron un paquete de ropa sucia; quizá creyeron que contenía mensajes escritos con tinta invisible.

Evidentemente, era más seguro que mi esposa permaneciera en el hotel, al menos por el momento. Si intentaba irse, la seguirían de inmediato. En cuanto a mí, tendría que ocultarme, perspectiva que me repugnaba. A pesar de los innumerables arrestos, me resultaba casi imposible creer que estuviera en peligro. Todo aquello me parecía demasiado insensato, pero la misma negativa a tomar en serio ese estúpido ataque había hecho que Kopp terminara

en la cárcel. Yo me repetía sin cesar: «¿Por qué habrían de querer arrestarme? ¿Qué he hecho yo?». Ni siquiera era miembro del POUM. Sin duda, había portado armas durante los sucesos de mayo, pero lo mismo hicieron, supongo, cuarenta o cincuenta mil personas. Además, necesitaba dormir urgentemente algunas horas. Prefería correr el riesgo y regresar al hotel. Mi esposa se negó en redondo. Pacientemente me explicó la situación. No importaba lo que hubiera hecho. No era una redada corriente de delincuentes, sino el reinado absoluto del terror. Yo no era culpable de ningún acto definido, pero sí de «trotskismo». Haber luchado en la milicia del POUM bastaba para terminar en la cárcel. Era inútil aferrarse a la idea inglesa de que uno está a salvo mientras cumpla la ley. En la práctica, la ley era la voluntad de la policía. La única salida consistía en permanecer escondido y ocultar cualquier vinculación con el POUM. Mi esposa me obligó a romper el carnet de miliciano, que llevaba inscrito en grandes letras «POUM», así como la foto de un grupo de milicianos con la bandera del POUM de fondo. Ésas eran las cosas que bastaban en esos días para ser arrestado. En todo caso, tuve que conservar mi certificado de licencia; constituía un peligro, pues ostentaba el sello de la División 29 y era probable que la policía supiese que correspondía al POUM, pero sin él podían arrestarme por desertor.

Debíamos pensar en la manera de salir de España. No tenía sentido permanecer allí con la certeza de un arresto más tarde o más temprano. En realidad, ambos hubiéramos preferido quedarnos y presenciar el desenlace de los acontecimientos. Pero yo preveía que las prisiones españolas serían sitios espantosos (en realidad, eran peores de lo que imaginaba), y una vez que se entraba en la cárcel, nunca se sabía cuándo se saldría; además, mi estado de salud era bastante malo, aparte del dolor en el brazo. Quedamos en encontrarnos al día siguiente en el consulado

británico, donde también acudirían Cottman y McNair. Probablemente se necesitarían un par de días para regularizar nuestros pasaportes. Antes de dejar España, era necesario hacer sellar el pasaporte en tres instancias distintas: donde el jefe de policía, donde el cónsul francés y donde las autoridades catalanas de inmigración. Desde luego, el peligro radicaba en el jefe de policía. Quizá el cónsul británico podría arreglar las cosas sin revelar nuestra vinculación con el POUM. Había una lista de extranjeros sospechosos de «trotskistas», y era probable que allí figuraran nuestros nombres, pero con un poco de suerte podríamos llegar a la frontera antes que ella. Era seguro que habría muchas demoras y mañanas. Por suerte, estábamos en España y no en Alemania; la policía secreta española tenía algo del espíritu de la Gestapo, pero no tanto de su competencia.

Así que nos separamos. Mi esposa regresó al hotel y yo me perdí en la oscuridad, en busca de un sitio donde dormir. Recuerdo haberme sentido malhumorado y aburrido. ¡Deseaba tanto pasar una noche en una cama! No tenía dónde ir, no había ninguna casa en la que pudiera refugiarme. El POUM prácticamente no contaba con una organización clandestina. Sin duda los líderes sabían desde siempre que el partido podía ser disuelto, pero nunca esperaron una caza de brujas semejante. A tal punto no la esperaban, que se había continuado con las mejoras en los edificios (entre otras cosas, se estaba construyendo un cine en la sede central que antes había sido un banco) hasta el mismo día en que el POUM fue disuelto. En consecuencia, los sitios de reunión y escondites que todo partido revolucionario debe poseer no existían. Dios sabe cuántas personas, cuyos hogares habían sido registrados por la policía, dormían en las calles esa noche. Yo había tenido cinco días de viajes agotadores, durmiendo en sitios increíbles, con un dolor horroroso en el brazo; y ahora esos

locos me perseguían por todas partes y tenía que dormir otra vez en el suelo. Esto era todo lo que mis pensamientos daban de sí. No había lugar para consideraciones políticas; nunca las hago mientras las cosas están sucediendo. Siempre que me veo mezclado en la guerra o en la política, sólo tengo conciencia de las molestias físicas y de un profundo deseo de que ese maldito disparate termine. Con posterioridad puedo comprender el significado de los hechos, pero mientras éstos ocurren sólo ansío verme lejos de ellos (rasgo quizá no muy digno de elogio).

Caminé durante largo rato y me encontré cerca del Hospital General. Buscaba un lugar donde poder echarme, sin que ningún policía fisgón me encontrara y me pidiera la documentación. Hice la prueba en un refugio antiaéreo, pero estaba recién cavado y era insoportablemente húmedo. Luego llegué a las ruinas de una iglesia saqueada e incendiada durante la revolución. Era sólo un cascarón, cuatro paredes sin techo que rodeaban pilas de escombros. Avancé a tientas hasta descubrir una especie de hueco donde pude echarme. Los escombros de un edificio no son ideales para descansar pero, por suerte, era una noche cálida y me las ingení para dormir varias horas.

El mayor inconveniente para alguien a quien persigue la policía en una ciudad como Barcelona es que todo abre muy tarde. Cuando uno duerme al aire libre siempre se despierta al amanecer, y ninguno de los bares de Barcelona abre antes de las nueve. Pasaron horas antes de que pudiera conseguir una taza de café o un lugar donde afeitarme. Me extrañó ver aún colgado en la barbería el cartel anarquista que prohibía las propinas. «La Revolución ha roto nuestras cadenas», decía el cartel. Me dieron ganas de decirles a los barberos que esas cadenas no tardarían en volver si no tenían cuidado.

Regresé al centro de la ciudad. En los edificios del POUM ya no flameaban las banderas rojas, sino los estandartes republicanos. Grupos de guardias civiles armados surgían de todos los portales. En el centro de Ayuda Roja, situado en la esquina de la Plaza de Cataluña, la policía se había entretenido destrozando casi todas las vidrieras y los puestos de libros habían sido vaciados y el tablón de anuncios, que había un poco más abajo de las Ramblas, había sido cubierto con el cartel anti—POUM en el que una máscara ocultaba un rostro fascista. Hacia el final de las Ramblas, cerca del muelle, contemplé un espectáculo curioso: una hilera de milicianos, todavía andrajosos y cubiertos del barro del frente, despatarrados exhaustos en las sillas de los limpiabotas. Sabía quiénes eran e incluso reconocí a uno de ellos. Eran milicianos del POUM que habían llegado el día anterior para encontrarse con la disolución de aquél y que habían tenido que pasar la noche a la intemperie por estar vigilados sus hogares. Todo miliciano del POUM que regresara a Barcelona en ese

momento tenía que elegir entre ocultarse o terminar en la cárcel, recepción no muy agradable al cabo de tres o cuatro meses de trinchera.

Nos encontrábamos en una situación insólita. Por la noche se era un fugitivo acosado, durante el día se podía vivir de forma casi normal. Todas las casas habitadas por simpatizantes del POUM estaban vigiladas y era imposible ir a un hotel o a una pensión, por haberse dispuesto que los hoteleros informaran a la policía sobre la llegada de todo desconocido. Ello obligaba a pasar las noches al aire libre. Durante el día se podía andar con bastante seguridad. Las calles estaban llenas de guardias civiles, guardias de asalto, carabineros y policías corrientes, además de quién sabe cuántos espías de civil; sin embargo, no podían parar a todos los que pasaran, y si uno tenía un aspecto normal podía pasar inadvertido. Había que tratar de no quedarse cerca de los edificios del POUM y de no ir a los cafés y restaurantes donde había camareros que nos conocieran. Ese día y el siguiente pasé mucho tiempo bañándome en una casa de baños públicos. Me pareció una excelente manera de matar el tiempo y de mantenerme fuera de la circulación. Por desgracia, idéntica idea se le ocurrió a mucha gente. Pocos días después, cuando ya no estaba en Barcelona, la policía allanó una de esas casas y arrestó a buena cantidad de «trotskistas» en cueros.

A media altura de las Ramblas me crucé con uno de los heridos del Sanatorio Maurin. Intercambiamos ese guiño invisible que la gente utilizaba en esa época y nos las ingeniamos para quedar discretamente en un café algo más arriba. Había escapado al arresto durante la redada en el Maurín pero, como los demás, ahora se veía obligado a hacer vida en la calle. Estaba en mangas de camisa, ya que al huir no pudo recoger la chaqueta, y no tenía un centavo. Me contó cómo uno de los guardias civiles había arranca-

do de la pared el gran retrato de Maurín y lo había pateado hasta destrozarlo. Maurín (uno de los fundadores del POUM) estaba en poder de los fascistas y se creía que ya lo habían fusilado. A las diez de la mañana me encontré con mi esposa en el consulado británico. McNair y Cottman no tardaron en presentarse. Lo primero que me dijeron fue que Bob Smillie había muerto en una cárcel de Valencia, nadie sabía de qué. Lo habían enterrado sin demora y al representante del ILP, David Murray, no se le había dado permiso para ver el cadáver.

Naturalmente, de inmediato supuse que lo habían fusilado. Es lo que todos creímos en ese momento, pero con posterioridad pensé que tal vez nos equivocamos. Más tarde se informó de que Smillie había muerto de apendicitis, y también hubo un prisionero liberado que nos aseguró que Smillie había estado realmente enfermo en la cárcel. Así pues, quizá la historia de una apendicitis era verídica. La negativa a permitir que Murray viera el cadáver puede haber tenido como causa el mero resentimiento. Empero hay algo que debo decir. Bob Smillie tenía sólo veintidós años y físicamente era uno de los hombres más fuertes que he conocido. Creo que fue el único miliciano, español o inglés, que pasó tres meses en las trincheras sin estar enfermo un solo día. Las personas con esa resistencia no suelen morir de apendicitis si se las cuida como es debido. Pero si uno veía cómo eran las cárceles españolas —las cárceles improvisadas utilizadas para los prisioneros políticos—, comprendía las pocas probabilidades que tenía un hombre enfermo de recibir en ellas la atención adecuada. Estas cárceles sólo podrían describirse como mazmorras. En Inglaterra habría que retroceder al siglo XVIII para encontrar algo comparable. Los prisioneros permanecían amontonados en pequeñas habitaciones donde casi no había espacio para echarse, y a menudo se los tenía en sótanos y otros lugares oscuros. Estas no eran medidas

temporales, pues hubo casos de detenidos que pasaron cuatro o cinco meses casi sin ver la luz del día. Eran alimentados con una dieta repugnante e insuficiente, que consistía en dos platos de sopa y dos trozos de pan diarios. (Sin embargo, algunos meses más tarde parece ser que la comida mejoró algo.) No estoy exagerando; cualquier sospechoso político que haya estado encarcelado en España podría confirmar lo que digo. He recibido informaciones sobre las cárceles españolas de diversas fuentes separadas, y todas concuerdan demasiado como para dudar de ellas; además, yo mismo conocí una. Otro amigo inglés que fue detenido más tarde escribe que sus experiencias carcelarias le «permitieron comprender mejor el caso de Smillie». No es fácil perdonar la muerte de Smillie, ese muchacho valeroso y dotado, que había dejado a un lado su carrera universitaria para luchar contra el fascismo y que, como puedo atestiguar, había cumplido su tarea en el frente con coraje y voluntad intachables. Arrojarlo a la cárcel y dejarlo morir como a un animal fue una tremenda injusticia. Sé que en medio de una enorme y sangrienta guerra no tiene sentido hacer demasiado alboroto por una muerte individual. Para igualar los sufrimientos que causa una bomba arrojada desde un avión sobre una calle llena de gente hace falta bastante persecución política. Pero lo que indigna en una muerte como ésta es su absoluta inutilidad. Morir en medio de una batalla; sí, eso es lo que uno espera; pero verse encarcelado, ni siquiera por algún crimen imaginario, sino por causa de un resentimiento ciego, y que luego a uno lo dejen morir abandonado a su soledad es algo muy distinto. No acierto a comprender cómo este tipo de cosas —el caso de Smillie no es excepcional— podían tornar más factible la victoria.

Mi esposa y yo visitamos a Kopp esa tarde. Se permitía visitar a los prisioneros que no estaban incomunicados, aunque no convenía hacerlo más de una o dos veces. La

policía vigilaba a los visitantes, y si alguien iba demasiado seguido, quedaba catalogado como amigo de los «trotskistas» y probablemente terminaba en la cárcel. Esto ya les había ocurrido a muchos.

Kopp no estaba incomunicado y nos fue fácil obtener el permiso para verlo. Mientras nos conducían hacia el interior de la cárcel, un miliciano español a quien conocí en el frente salía escoltado por dos guardias civiles. Sus ojos se encontraron con los míos e intercambiamos el guiño imperceptible de aquellos días. Dentro vimos a un norteamericano que había partido de regreso a su casa pocos días antes; sus documentos estaban en regla, pero probablemente lo arrestaron en la frontera porque seguía llevando los pantalones de pana que lo identificaban como miliciano. Nos cruzamos como si no nos hubiéramos visto nunca. Fue espantoso. Habíamos estado juntos durante meses, incluso compartido un refugio en la trinchera, había ayudado a transportarme cuando me hirieron; pero era lo único que podíamos hacer. Los guardianes vestidos de azul espían en todas partes. Hubiera resultado fatal reconocer a demasiada gente.

La llamada cárcel era, en realidad, la planta baja de una tienda. En dos pequeñas habitaciones estaban amontonadas casi cien personas. El lugar tenía todo el aspecto dieciochesco de una estampa del calendario Newgate: con su nauseabunda suciedad, el hacinamiento de cuerpos humanos, la falta de mobiliario —el suelo de piedra pelado, un banco y unas pocas mantas raídas— y una luz lóbrega, puesto que habían sido bajadas las persianas metálicas. En las paredes mugrientas se habían garabateado frases revolucionarias: «¡Visca POUM!», «¡Viva la Revolución!», y otras por el estilo. El lugar se usaba desde hacía meses como vertedero de prisioneros políticos. El griterío resultaba ensordecedor. Era la hora de las visitas y

había tanta gente que casi no podíamos movernos. La mayoría pertenecía a los sectores más pobres de la población obrera. Se veían mujeres deshaciendo lastimosos paquetes que habían traído para sus hombres. Varios de ellos eran heridos del Sanatorio Maurín. Dos tenían una sola pierna; uno de ellos había sido llevado a la cárcel sin sus muletas y saltaba de un lado a otro sobre un pie. También había una criatura de no más de doce años; aparentemente arrestaban hasta a los niños. El lugar tenía ese olor repugnante presente siempre donde hay mucha gente amontonada sin instalaciones sanitarias adecuadas.

Kopp se abrió paso para venir a nuestro encuentro. Su rostro sonrosado y redondo parecía el de siempre y en ese lugar mugriento había conservado su uniforme impecable e incluso había conseguido afeitarse. Entre los prisioneros había otro oficial con el uniforme del Ejército Popular. Él y Kopp se hicieron el saludo militar al pasar uno junto a otro; el gesto, en cierto modo, resultó algo patético. Kopp parecía de excelente humor. «Bueno, supongo que nos van a fusilar a todos», dijo alegremente. La palabra «fusilar» me estremeció. Una bala había atravesado hacía poco tiempo mi cuerpo y la sensación seguía fresca en mi recuerdo; no resultaba agradable pensar que eso pudiera ocurrirle a alguien a quien uno conoce bien. En ese momento, yo daba por sentado que los dirigentes del POUM, Kopp entre ellos, serían fusilados. Acababa de filtrarse el primer rumor sobre la muerte de Nin y sabíamos que se acusaba al POUM de traición y espionaje. Todo apuntaba a un gigantesco juicio farsa, seguido de una matanza de «trotskistas» destacados. Es terrible ver a un amigo en la cárcel y saberse impotente para ayudarlo. No podíamos hacer nada; incluso era inútil apelar a las autoridades belgas pues Kopp había violado las leyes de su país al trasladarse a España. Tuve que dejar que mi esposa llevara la conversación; mi vocecita resultaba inaudible en

medio de aquel griterío. Kopp nos habló de los amigos que había hecho entre los prisioneros, de los guardianes, algunos de los cuales eran buenos tipos, mientras otros insultaban y golpeaban a los más apocados, de la comida que les daban, «digna de cerdos». Por fortuna, se nos había ocurrido llevar comida y cigarrillos. Luego Kopp comenzó a referirse a los papeles que le habían arrebatado cuando fue arrestado. Entre ellos figuraba la carta del ministro de la Guerra, dirigida al coronel a cargo de las operaciones de ingeniería en el Ejército del Este. La policía la había confiscado y se negaba a devolverla; según parece, se encontraba en ese momento en el despacho del jefe de policía. Su recuperación podía ser de una gran importancia.

De inmediato comprendí que esa carta era decisiva. Una carta oficial de ese tipo, con la recomendación del ministro de la Guerra y del general Pozas, probaría la buena fe de Kopp. Pero la dificultad radicaba en demostrar la existencia de la carta; si la abrían en el despacho del jefe de policía, algún poli acabaría destruyéndola. Sólo una persona podía ayudarnos a recuperarla: el oficial a quien estaba dirigida. Kopp ya había pensado en eso y había escrito una carta que deseaba que yo sacara de la prisión a escondidas y que enviara por correo. Pero, evidentemente, era más rápido y seguro ir en persona. Dejé a mi esposa con Kopp, salí apresuradamente y, tras una larga búsqueda, encontré un taxi. Sabía que tenía el tiempo justo. Eran ya las cinco y media, el coronel probablemente dejaría su despacho a las seis, y al día siguiente Dios sabe dónde estaría la carta, destruida o perdida en el caos de documentos que probablemente se apilaban a medida que se producían los arrestos. El despacho del coronel estaba situado en el Departamento de la Guerra, cerca de los muelles. Me disponía a subir corriendo la escalinata de entrada, cuando el guardia de asalto que custodiaba la

puerta me cerró el paso con su larga bayoneta y me pidió la «documentación». Agité frente a sus ojos mi certificado de licencia; evidentemente no sabía leer y me dejó pasar; impresionado por el vago misterio de los «papeles». Por dentro, el lugar era como una enorme y complicada colmena en torno a un patio central con cientos de oficinas en cada piso. Como estábamos en España, nadie tenía la menor idea sobre la ubicación de la oficina que buscaba. Yo repetía sin cesar: «¡El coronel... jefe de ingenieros, Ejército del Este!». La gente me sonreía y se encogía de hombros amablemente; todo el que creía saberlo me enviaba en direcciones distintas: arriba, abajo, por pasillos interminables que resultaban ser callejones sin salida. Mientras tanto el tiempo pasaba inexorablemente. Tenía la extraña sensación de vivir una pesadilla: subir y bajar corriendo escaleras, gente misteriosa que iba y venía, los vistazos a través de puertas abiertas que daban a caóticas oficinas con papeles amontonados por todas partes y el tecleto de las máquinas de escribir, y el tiempo que se acababa y una vida tal vez en juego.

Sea como sea, llegué a tiempo y, con cierta sorpresa por mi parte, se me concedió audiencia. No vi al coronel, pero su secretario, un hombrecillo atildado, de grandes ojos bizcos, me recibió en la antesala. Comencé a hablar: venía de parte de mi oficial superior el comandante Jorge Kopp, quien al dirigirse al frente con una misión urgente había sido arrestado por error. La carta para el coronel era de naturaleza confidencial y se imponía recuperarla sin demora. Yo había servido a las órdenes del comandante Kopp durante meses, era un oficial de plena confianza, su arresto se debía sin duda a una equivocación, la policía lo había confundido con otra persona, etcétera, etcétera, etcétera. Seguí machacando sobre la urgencia de la misión de Kopp en el frente, sabiendo que era el argumento más poderoso. Pero tiene que haber sonado como una historia

bien extraña con mi espantoso español, que se convertía en francés en los momentos de crisis. Lo peor fue que de inmediato me quedé casi sin voz, y sólo mediante un violento esfuerzo logré emitir una especie de graznido. Tenía miedo de perderla por completo y de que el pequeño oficial se cansara de tratar de entenderme. Muchas veces me he preguntado si creyó que mi voz fallaba a causa de una borrachera o porque sufría por no tener la conciencia muy tranquila.

Sin embargo, me escuchó con paciencia, aprobó con la cabeza muchas veces y asintió con cautela a lo que yo decía. Sí, parecía que se había cometido un error. Sin duda habría que investigar el asunto. Mañana... Protesté. ¡Mañana, no! Era un asunto urgente; Kopp tendría que estar ya en el frente. Una vez más el oficial pareció estar de acuerdo. Y entonces llegó la pregunta temida:

—Este comandante Kopp, ¿en qué unidad servía?

Había que pronunciar la palabra terrible:

—En la milicia del POUM.

—¡El POUM!

Quisiera poder transmitir el sobresalto de alarma que resonó en su voz. Hay que recordar lo que el POUM significaba en esos momentos. El temor a los espías estaba en su punto culminante, quizá todos los buenos republicanos creyeron durante un día o dos que el POUM era en verdad una vasta organización de espionaje al servicio de los alemanes. Decir semejante cosa a un oficial del Ejército Popular era como entrar al Gavally Club inmediatamente después del escándalo de la Carta Roja y declararse comunista. Sus ojos oscuros recorrieron mi rostro. Luego de una larga pausa, preguntó lentamente:

—¿Y usted dice que estuvo con él en el frente? Entonces,

¿usted también estaba en la milicia del POUM?

—Sí.

Dio media vuelta y se precipitó a la oficina del coronel. Pude oír una conversación agitada. «Todo terminó», pensé. Nunca recuperaríamos la carta de Kopp. Además, había tenido que confesar que yo mismo estaba vinculado al POUM, y sin duda llamarían a la policía y me arrestarían, simplemente, para añadir otro «trotskista» al saco. El oficial reapareció ajustándose la gorra y me indicó con un gesto que lo siguiera. Nos dirigimos a la Jefatura de Policía. Fue un largo camino; anduvimos durante veinte minutos. El pequeño oficial marchaba erguido delante de mi con su paso militar. No nos dijimos una sola palabra en todo el trayecto. Cuando llegamos al despacho del jefe de policía, una multitud de canallas del aspecto más temible, evidentemente secuaces, delatores y espías de todo tipo, aguardaba frente a la puerta. El pequeño oficial entró; hubo una larga y acalorada conversación. Se podían oír voces que se alzaban furiosamente; yo imaginaba gestos violentos, encogimientos de hombros y puños golpeando la mesa. Evidentemente la policía se negaba a entregar la carta. Al final, sin embargo, el oficial volvió a salir con el rostro enrojecido, pero con un gran sobre oficial en su poder. Era la carta de Kopp. Habíamos logrado una pequeña victoria que, desgraciadamente, tal como resultaron las cosas, no tuvo el menor efecto. Se dio el curso debido a la carta, pero los superiores militares de Kopp no pudieron sacarlo de la cárcel.

El oficial me prometió que la carta llegaría a su destino. Pero ¿qué ocurriría con Kopp?, le dije yo. ¿No podían liberarlo? El oficial se encogió de hombros. Ésa era otra cuestión. Ellos no sabían por qué lo habían arrestado. Sólo me pudo prometer que haría todas las averiguaciones posibles. No quedaba nada por decir y había que despedir-

se. Los dos nos inclinamos levemente. Pero en ese momento ocurrió algo inesperado y conmovedor: el pequeño oficial, después de una leve vacilación, dio un paso hacia adelante y me estrechó la mano.

No sé si podré explicar la profunda emoción que tal gesto me produjo. Parece algo sin importancia, pero no lo fue. Para comprenderlo es necesario recordar cuál era el ambiente de esa época, la paralizante atmósfera de sospechas y odios, las mentiras y los rumores que circulaban por todas partes, los carteles que en cada rincón nos señalaban como espías fascistas. Y, sobre todo, que estábamos frente al despacho del jefe de policía, junto a una inmundada pandilla de delatores y agentes provocadores, cualquiera de los cuales podía saber que se me buscaba. Era como estrechar públicamente la mano de un alemán durante la Gran Guerra. Supongo que, por algún motivo, había decidido que yo no era un espía fascista; en cualquier caso, fue muy noble de su parte darme la mano.

Me fijo en este hecho, que quizá parezca algo trivial, porque en cierto sentido caracteriza a los españoles y a su magnanimidad, cuyos destellos también afloran en las peores circunstancias. Tengo recuerdos muy desagradables de España, pero muy pocos malos recuerdos de los españoles. Sólo en dos ocasiones estuve seriamente indignado con un español, y cuando miro hacia atrás, creo que en ambas fui yo el equivocado. No hay duda de que poseen una generosidad, una especie de nobleza, que no pertenece realmente al siglo XX. Es lo que me hace pensar que en España hasta el fascismo puede asumir una forma comparativamente tibia y soportable. Pocos españoles poseen la maldita eficiencia que requiere un Estado totalitario moderno. Unas pocas noches antes había tenido un extraño ejemplo de esto, cuando la policía registró el cuarto de mi esposa. Tal registro fue ciertamente de sumo

interés, y me hubiera gustado presenciarlo, aunque quizá fue mejor que eso no ocurriera, pues probablemente no habría podido controlarme.

La policía llevó a cabo el registro según el típico estilo de la GPU o de la Gestapo. Poco antes de la madrugada se oyeron unos golpes en la puerta, seis hombres entraron, encendieron la luz y de inmediato se repartieron por la habitación, según un plan evidentemente prefijado. Luego registraron todo con increíble escrupulosidad. Golpearon las paredes, levantaron los felpudos, examinaron el suelo, tantearon las cortinas, miraron debajo de la bañera y del radiador; vaciaron los cajones y maletas y palparon y miraron al trasluz cuanta ropa encontraron. Se llevaron nuestros libros y todos los papeles, hasta los que había en el cesto. Entraron en un éxtasis de sospecha al descubrir que poseíamos una traducción francesa de Mein Kampf de Hitler. Si ése hubiera sido el único libro, nuestro destino habría estado sellado. Evidentemente pensaban que sólo un fascista lee Mein Kampf. Un instante después encontraron una copia del panfleto de Stalin Maneras de eliminar trotskistas y otros traidores, que los calmó un tanto. En un cajón había unos cuantos paquetes de papel de liar cigarrillos. Los hicieron pedazos y examinaron cada papel por separado, para ver si contenían algún mensaje escrito. La tarea les llevó unas dos horas. Sin embargo, durante todo ese tiempo, en ningún momento registraron la cama. Mi esposa permaneció acostada y podría haber ocultado una docena de metralletas debajo del colchón y toda una biblioteca de documentos trotskistas debajo de la almohada. Los policías no hicieron movimiento alguno por tocar la cama y ni siquiera miraron debajo de ella. No puedo creer que éste sea un rasgo habitual en la rutina de la GPU. Debemos recordar que la policía estaba casi por completo bajo control comunista, y que probablemente esos hombres fueran miembros del Partido Comunista. Pero también

eran españoles, y echar a una mujer de la cama era demasiado para ellos. Esta parte del registro fue silenciosamente pasada por alto, con lo cual toda la búsqueda careció de sentido.

Esa noche McNair; Cottman y yo dormimos entre unas hierbas altas que crecían en un solar abandonado. Era una noche fría para esa época del año, y ninguno de los tres durmió mucho. Recuerdo las largas y lúgubres horas que vagamos al azar antes de poder conseguir una taza de café. Por primera vez desde que estaba en Barcelona fui a la catedral, un edificio moderno y de los más feos que he visto en el mundo entero. Tiene cuatro agujas almenadas, idénticas por su forma a botellas de vino del Rin. A diferencia de la mayoría de iglesias barcelonesas, no había sufrido daños durante la revolución; se había salvado debido a su «valor artístico», según decía la gente. Creo que los anarquistas demostraron mal gusto al no dinamitarla cuando tuvieron oportunidad de hacerlo, en lugar de limitarse a colgar un estandarte rojinegro entre sus agujas.

Esa tarde mi esposa y yo fuimos a ver a Kopp por última vez. No podíamos hacer nada por él, absolutamente nada, excepto despedirnos y dejarle algún dinero a cargo de los amigos españoles, que le llevarían comida y cigarrillos. Poco tiempo después, cuando ya no estábamos en Barcelona, fue incomunicado y ni siquiera fue posible enviarle comida. Esa noche, caminando por las Ramblas, pasamos frente al Café Moka, que los guardias civiles seguían ocupando. Movidio por un impulso, entré y me dirigí a dos de ellos que estaban apoyados en el mostrador con los fusiles colgados del hombro. Les pregunté si sabían cuáles de sus camaradas habían estado de guardia allí durante los sucesos de mayo. Lo ignoraban y, con la habitual imprecisión española, tampoco sabían cómo averiguarlo. Les dije que mi amigo Jorge Kopp estaba en

la cárcel y que quizá sería sometido a juicio por algo relacionado con los sucesos de mayo; que los hombres entonces de guardia allí sabían que había evitado la lucha y salvado algunas de sus vidas; debían presentarse y declarar en ese sentido. Uno de los hombres con quienes hablaba tenía aspecto taciturno y abatido, y sacudía la cabeza sin cesar porque no podía entenderme con el bullicio del tránsito. Pero el otro era distinto. Me dijo que había oído a algunos de sus camaradas hablar de lo que había hecho Kopp; que Kopp era un buen chico. Pero ya mientras lo escuchaba tenía la seguridad de que todo era inútil. Si alguna vez se juzgaba a Kopp, lo sería, como en todos esos juicios, sobre la base de pruebas falsificadas. Si ya lo han fusilado (y me temo que sea lo más probable), su epitafio será: el buen chico del pobre guardia civil que formaba parte de un sucio sistema, pero seguía siendo lo bastante humano como para reconocer un acto noble cuando lo veía.

Llevábamos una existencia extravagante y de locura. Por la noche vivíamos como criminales, pero de día éramos prósperos turistas ingleses o, al menos, tratábamos de parecerlo. Afeitarse, bañarse y lustrarse los zapatos hacen maravillas en el aspecto de una persona, incluso después de una noche al aire libre. Lo más seguro en ese momento era parecer tan burgués como fuera posible. Frecuentábamos el barrio residencial de la ciudad, donde nuestras caras no eran conocidas, y comíamos en caros restaurantes donde nos mostrábamos muy ingleses con los camareros. Por primera vez en mi vida me puse a escribir en las paredes. Los pasillos de varios restaurantes de moda ostentaban en las suyas «¡Visca POUM!» en letras tan grandes como pude hacer. Aunque me mantenía técnicamente escondido todo el rato, no me sentía en peligro. Todo parecía demasiado absurdo. Tenía la inerradicable convicción inglesa de que «ellos» no podían arrestar a

alguien a no ser que hubiera violado la ley. Es una creencia extremadamente peligrosa durante un pogromo político. Había orden de apresar a McNair; y era probable que el resto de nosotros figuráramos también en la lista. Los arrestos, registros y allanamientos continuaban sin pausa; prácticamente todos los que conocíamos, exceptuando aquellos que seguían en el frente, estaban ya en la cárcel. La policía incluso llegó a subir a los barcos franceses que periódicamente se llevaban refugiados en busca de sospechosos de «trotskismo».

Gracias a la bondad del cónsul británico, quien debió de pasar una semana muy difícil, logramos poner nuestros pasaportes en regla. Cuanto antes partiéramos, mejor sería. Había un tren que salía para Portbou a las siete y media de la noche y que, según cabía esperar; lo haría a eso de las ocho y media. Acordamos que mi esposa pediría un taxi con anticipación y prepararía luego las maletas, pagaría la cuenta y abandonaría el hotel en el último momento posible. Si los empleados del hotel se enteraban a tiempo de sus propósitos, seguro que avisarían a la policía. Llegué a la estación hacia las siete, y me encontré con que el tren ya había partido a las siete menos diez. El maquinista había cambiado de idea, como de costumbre. Por fortuna, logramos avisar a mi esposa a tiempo. Otro tren salía a primera hora de la mañana siguiente. McNair; Cottman y yo cenamos en un pequeño restaurante cerca de la estación y, tras un tanteo cauteloso, descubrimos que el dueño del restaurante era miembro de la CNT y que simpatizaba con nosotros. Nos proporcionó una habitación con tres camas y se olvidó de avisar a la policía. Era la primera vez en cinco noches que podía dormir sin ropa.

Al otro día mi esposa logró salir del hotel sin que nadie lo advirtiera. El tren partió con casi una hora de retraso. Yo ocupé el tiempo escribiendo una larga carta al Ministerio

de la Guerra acerca del caso de Kopp: sin duda había sido arrestado por error; se necesitaba urgentemente su presencia en el frente, innumerables personas testificarían su inocencia, etcétera, etcétera, etcétera. Me pregunto si alguien leyó esa carta, escrita en páginas arrancadas de una libreta de notas, con letra temblorosa (tenía los dedos parcialmente paralizados) y en un español aún más tembloroso. En cualquier caso, ni esa carta ni ninguna medida tuvieron efecto alguno.

Mientras escribo, seis meses después de estos acontecimientos, Kopp (si no ha sido fusilado) sigue en la cárcel, sin juicio y sin acusación. Al comienzo recibimos dos o tres cartas de él, enviadas desde Francia por prisioneros liberados. Todas hablaban de lo mismo: encarcelamiento en sótanos oscuros y mugrientos, comida mala y escasa, enfermedad grave debida a las condiciones del encierro y negativa a prestarle atención médica. Todo esto me fue confirmado por varias fuentes diferentes, inglesas y francesas. Hacía poco que había desaparecido en una de las «cárceles secretas» con las que parece imposible establecer cualquier tipo de comunicación. Su caso es el de docenas o centenares de extranjeros y nadie sabe de cuántos millares de españoles.

Por fin cruzamos la frontera sin incidentes. El tren tenía vagón de primera clase y vagón—restaurante, el primero que veía en España. Hasta no hace mucho sólo existía clase única en los trenes de Cataluña. Dos policías de civil recorrieron el tren anotando el nombre de los extranjeros, pero cuando nos vieron en el vagón—restaurante parecieron conformarse con nuestro aspecto respetable. Resultaba extraño ver cómo había cambiado todo. Sólo seis meses antes, cuando aún dominaban los anarquistas, era el aspecto de proletario el que hacía a uno respetable. En la ida, camino de Perpiñán a Cerbére, un viajante francés

sentado junto a mí me había dicho con toda solemnidad: «Usted no puede ir a España con ese aspecto. Quitese el cuello y la corbata. Se los van a arrancar en Barcelona». Sin duda exageraba, pero eso demuestra la idea que se tenía de Cataluña. En la frontera, los guardias anarquistas habían impedido la entrada a un francés vestido elegantemente y a su esposa por el único motivo, según creo, de que parecían demasiado burgueses. Ahora era al revés: para salvarse había que parecer burgués. En el puesto de control buscaron nuestros nombres en la lista de sospechosos, pero gracias a la ineficacia de la policía nuestros nombres no figuraban en ella, ni siquiera el de McNair. Nos registraron de pies a cabeza; no llevábamos nada comprometedor exceptuando mi certificado de licencia, pero los carabineros que me registraron no sabían que la División 29 pertenecía al POUM. Pasamos la barrera, y después de seis meses justos me encontraba de nuevo en suelo francés. Los únicos recuerdos que me llevaba de España eran una bota de piel de cabra y una de esas pequeñas lámparas de hierro en las que los campesinos aragoneses queman aceite de oliva y cuya forma es casi idéntica a la de las lámparas de terracota usadas por los romanos hace dos mil años. La había encontrado en una choza en ruinas e inexplicablemente seguía en mi poder.

Después de todo, resultó que no nos habíamos precipitado al marcharnos. El primer periódico que vimos anunciaba el arresto de McNair por espionaje; las autoridades españolas se habían apresurado un poco al anunciar esto. Por fortuna, el «trostkismo» no es un motivo de extradición.

Me pregunto cuál es el primer acto espontáneo de la gente cuando sale de un país en guerra y pone los pies en uno en paz. El mío fue correr a un puesto de tabaco y comprar cigarros y cigarrillos hasta llenarme los bolsillos. Luego fuimos a un bar y bebimos una taza de té, el primer té con

leche fresca que tomábamos en muchos meses. Pasaron varios días antes de acostumbrarme a la idea de que podía comprar cigarrillos cada vez que lo deseara. Siempre esperaba ver cerrada la puerta del estanco y en el escaparate el temido cartel: «No hay tabaco».

McNair y Cottman siguieron hasta París; mi esposa y yo dejamos el tren en Banyuls, la primera estación francesa, seguros de que necesitábamos un descanso. No nos recibieron demasiado bien en Banyuls cuando supieron que veníamos de Barcelona. Varias veces me vi envuelto en la misma conversación: «¿Usted viene de España? ¿De qué lado peleó? ¿Del gobierno? ¡Oh!», y luego una marcada frialdad. La pequeña ciudad parecía decantarse decididamente en favor de Franco, sin duda a causa de los refugiados españoles fascistas que habían ido llegando allí periódicamente. El camarero del café que frecuentaba era un español profranquista que me solía dirigir miradas de desprecio mientras me servía el aperitivo. Otra cosa ocurría en Perpiñán, llena de partidarios del gobierno y donde las intrigas entre las distintas facciones seguían casi como en Barcelona. Había un café donde la palabra «POUM» te procuraba de inmediato amistades francesas y sonrisas del camarero.

Creo que nos quedamos tres días en Banyuls. Fueron unos días de extraña inquietud. En esa tranquila ciudad pesquera, alejada de las bombas, las ametralladoras, las colas para comprar alimentos, la propaganda y las intrigas nos tendríamos que haber sentido profundamente aliviados y agradecidos. Nada de eso ocurrió. Lo que habíamos visto en España no se fue difuminando ni perdió fuerza; al contrario, ahora que estábamos lejos de todo, se nos venía encima de una manera mucho más vívida que antes. Pensábamos en España, hablábamos de España, soñábamos incesantemente con España. Nos habíamos dicho

durante meses que «cuando saliéramos de España», iríamos a algún lugar cerca del Mediterráneo y nos quedaríamos allí tranquilos durante un tiempo, pescando, quizá; pero ahora que estábamos aquí nos sentíamos aburridos y decepcionados. El tiempo era frío y un viento persistente soplabla desde el mar, siempre gris y picado. En todo el puerto, una espuma mezcla de cenizas, corchos y entrañas de pescado golpeaba contra las piedras. Parecerá una locura, pero lo que ambos deseábamos era regresar a España. Aunque nadie se hubiera beneficiado de ello y hubiéramos podido salir muy mal parados, ambos lamentábamos no habernos quedado para ser encarcelados junto con los demás. Supongo que sólo he logrado transmitir en pequeña medida lo que esos meses en España significan para mí. He dado cuenta de algunos acontecimientos externos, pero no puedo describir los sentimientos que dejaron en mí. Todo se confunde en ese cúmulo de visiones, olores y sonidos que las palabras no pueden transmitir: el olor de las trincheras, la aurora en las montañas extendiéndose a distancias increíbles, el chasquido seco de las balas, el estrépito y el resplandor de las bombas, la luz clara y fría de las mañanas en Barcelona y el taconeo de las botas en el patio del cuartel, allá por diciembre, cuando la gente todavía creía en la revolución; y las colas para conseguir comida y las banderas rojinegras y los rostros de los milicianos españoles; sobre todo, los rostros de los milicianos, de los hombres que conocí en el frente y que ahora andarán dispersos por Dios sabe dónde, unos muertos en combate, algunos inválidos, otros en la cárcel y muchos, espero, aún sanos y salvos. Buena suerte a todos ellos; ojalá ganen su guerra y echen de España a todos los extranjeros, alemanes, rusos e italianos por igual. Esta guerra, en la que desempeñé un papel tan ineficaz, me ha dejado recuerdos en su mayoría funestos, pero aun así no hubiera querido perdérmela. Cuando se ha podido

atisbar un desastre como éste —y, cualquiera que sea el resultado, la guerra española habrá sido un espantoso desastre, aun sin considerar las matanzas y el sufrimiento físico—, el saldo no es necesariamente desilusión y cinismo. Por curioso que parezca; toda esta experiencia no ha socavado mi fe en la decencia de los seres humanos, sino que, por el contrario, la ha fortalecido. Y espero que mi relato no haya sido demasiado confuso. Creo que, con respecto a un acontecimiento como éste, nadie es o puede ser completamente veraz. Sólo se puede estar seguro de lo que se ha visto con los propios ojos y, consciente o inconscientemente, todos escribimos con parcialidad. Si no lo he dicho en alguna otra parte de este libro, lo diré ahora: cuidado con mi parcialidad, mis errores factuales y la deformación que inevitablemente produce el que yo sólo haya podido ver una parte de los hechos. Pero cuidado también con lo mismo al leer cualquier otro libro acerca de este período de la guerra española.

Debido a la sensación de que teníamos que hacer algo, aunque en realidad nada podíamos hacer, dejamos Banyuls antes de lo pensado. A medida que se avanza hacia el norte, Francia se torna cada vez más suave y más verde; se alejan las montañas y los viñedos y vuelven la pradera y los olmos. Cuando había pasado por París, de viaje a España, me había parecido una ciudad decaída y lúgubre, muy diferente de la que había conocido ocho años antes, cuando la vida era barata y no se oía hablar de Hitler. La mitad de los cafés que solía frecuentar permanecían cerrados por falta de clientela, y todo el mundo estaba obsesionado por el elevado costo de la vida y el temor a la guerra. Ahora, después de la pobre España, París parecía alegre y próspero. La Exposición estaba en su apogeo, pero nos las ingeniamos para no visitarla.

Y luego Inglaterra, el sur de Inglaterra, probablemente el

paisaje más acicalado del mundo. Cuando se pasa por allí, en especial mientras uno va recuperándose del mareo anterior, cómodamente sentado sobre los blandos almohadones del tren de enlace con el barco, resulta difícil creer que realmente ocurre algo en alguna parte. ¿Terremotos en Japón, hambrunas en China, revoluciones en México? No hay por qué preocuparse, la leche estará en el umbral de la puerta mañana temprano y el *New Statesman* saldrá el viernes. Las ciudades industriales, una mancha de humo y miseria oculta por la curva de la superficie terrestre, quedaban lejos. Allí, en el sur, Inglaterra seguía siendo la que había conocido en mi infancia: las zanjas de las vías del ferrocarril cubiertas de flores silvestres, las onduladas praderas donde grandes y relucientes caballos pastan y meditan, los lentos arroyuelos bordeados de sauces, los pechos verdes de los olmos, las espuelas de caballero en los jardines de las casas de campo; luego la serena e inmensa paz de los alrededores londinenses, las barcazas en el río fangoso, las calles familiares, los carteles anunciando partidos de críquet y bodas reales, los hombres con bombín, las palomas en la Plaza de Trafalgar, los autobuses rojos, los policías azules... todos durmiendo el sueño muy profundo de Inglaterra, del cual muchas veces me temo que no despertaremos hasta que no nos arranque del mismo el estrépito de las bombas.

Apéndice 1

[Antiguo capítulo V de la primera edición inglesa, situado originalmente entre los capítulos 4 y 5 de esta edición.]

Al comienzo, yo había ignorado el aspecto político de la guerra, fue por esta época cuando comencé a prestarle atención. Quien no esté interesado en los horrores de la política partidista, hará bien en saltarse estos fragmentos; con el propósito de facilitar esa tarea, he tratado de mantener las partes políticas de mi narración en capítulos separados. Pero, al mismo tiempo, sería del todo imposible escribir sobre la guerra española desde un ángulo puramente militar. Porque sobre todas las cosas se trataba de una guerra política. Ningún hecho en ella, por lo menos durante el primer año, resulta inteligible si uno no tiene una mínima idea de la lucha interpartidista que se desarrollaba detrás de las líneas gubernamentales.

Cuando llegué a España, y durante algún tiempo después, no sólo me desinteresé de lo relativo a la situación política, sino que no la percibí. Sabía que estábamos en guerra, pero no tenía idea de en qué clase de guerra. Si me hubieran preguntado por qué me uní a la milicia, habría respondido: «Para luchar contra el fascismo»; y si me hubieran preguntado por qué luchaba, habría respondido: «Por simple decencia». Había aceptado la versión que el News Chronicle y el New Statesman daban de la guerra como la defensa de la civilización contra el estallido maníaco de un ejército de coroneles Blimps pagados por Hitler. La atmósfera revolucionaria de Barcelona me atrajo profundamente, pero no había hecho intento alguno por comprenderla. En cuanto al calidoscopio de partidos políticos y

sindicatos, con sus agotadores nombres —PSUC, POUM, FAI, CNT, UGT, JCI, JSU, AIT—, simplemente me exasperaba. A primera vista, daba la impresión de que España sufría una plaga de siglas. Sabía que formaba parte de algo que se llamaba el POUM (me había unido a la milicia del POUM y no a ninguna de las otras porque llegué a Barcelona con una credencial del ILP), pero no me di cuenta de que existían marcadas diferencias entre los partidos políticos. Una vez que en Monte Pocero señalaron la posición situada a nuestra izquierda diciendo: «Aquéllos son los socialistas» (refiriéndose a los del PSUC), me sentí desconcertado y pregunté: «¿Acaso no somos todos socialistas?». Me pareció una idiotéz que hombres que se jugaban la vida por igual tuvieran partidos distintos; mi actitud siempre fue: «¿Por qué no dejamos de lado todas esas tonterías políticas y seguimos adelante con la guerra?». Ésta era, por supuesto, la actitud «antifascista» correcta que los periódicos ingleses habían difundido cuidadosamente, en gran parte con el fin de impedir que la gente comprendiera la naturaleza real de la lucha. Pero en España, especialmente en Cataluña, era una actitud que nadie podía mantener por mucho tiempo. Todo el mundo, aunque fuera de mala gana, tomaba partido tarde o temprano. Incluso si a uno no le importaban en absoluto los partidos políticos y sus posiciones ideológicas, era demasiado evidente que ello afectaba al propio destino personal. En tanto que miliciano, se era soldado contra Franco, pero también un peón en un gigantesco combate que enfrentaba a dos teorías políticas. Si cuando buscaba leña en la ladera de la montaña me había de preguntar si existía realmente una guerra o si era un invento del News Chronicle, si tuve que esquivar las ametralladoras comunistas en los tumultos de Barcelona, si finalmente tuve que huir de España con la policía pisándome los talones, todo eso me ocurrió de esa forma concreta porque

pertenecía a la milicia del POUM y no a la del PSUC. ¡Tan enorme es la diferencia entre dos grupos de iniciales!

Para comprender la situación del bando gubernamental es necesario recordar cómo comenzó la guerra. El 18 de julio, cuando estalló la lucha, es probable que todos los antifascistas de Europa sintieran renacer sus esperanzas: por fin, aparentemente, una democracia se levantaba contra el fascismo. Durante muchos años, los países llamados democráticos se habían sometido al fascismo reiteradamente. Se había permitido a los japoneses hacer lo que habían querido en Manchuria. Hitler había subido al poder y se había dedicado a masacrar a sus opositores políticos de todos los colores. Mussolini había bombardeado a los abisinios mientras cincuenta y tres naciones (creo que eran cincuenta y tres) apenas si hicieron oír sus piadosas quejas desde la distancia. Pero cuando Franco trató de derrocar un gobierno tibiamente izquierdista, el pueblo español, contra todo lo esperado, se levantó y le hizo frente. Parecía, y posiblemente lo era, el cambio de la marea.

Varios hechos pasaron inadvertidos a la observación general. Franco no era estrictamente comparable a Hitler o a Mussolini. Su ascenso se debió a un golpe militar respaldado por la aristocracia y la Iglesia y, en lo esencial, especialmente al comienzo, no constituyó tanto un intento de imponer el fascismo como de restaurar el feudalismo. Ello significaba que Franco debía hacer frente no sólo a la clase trabajadora, sino también a diversos sectores de la burguesía liberal, precisamente los mismos grupos que apoyan al fascismo cuando éste aparece en una forma más moderna. Más importante que todo esto es el hecho de que la clase trabajadora española no resistió a Franco en nombre de la democracia y el statu quo, como podríamos haberlo hecho nosotros en Inglaterra: su resistencia se vio acompañada de un estallido revolucionario definido, y casi

podría decirse que éste fue su carácter. Los campesinos se apoderaron de la tierra; los sindicatos se hicieron cargo de muchas fábricas y la mayor parte del transporte; se arrasaron iglesias y se expulsó o mató a los sacerdotes. El Daily Mail, entre los aplausos del clero católico, pudo representar a Franco como a un patriota que liberaba a su tierra de las hordas de «rojos» malvados.

Durante los primeros meses de la guerra, el verdadero opositor de Franco no fue tanto el gobierno como los sindicatos. En cuanto se produjo el levantamiento, los trabajadores urbanos organizados replicaron con un llamamiento a la huelga general y exigieron y obtuvieron, luego de cierta lucha, armas de los arsenales oficiales. De no haber actuado de manera espontánea y más o menos independiente, es probable que nunca se hubiera podido parar a Franco. Desde luego, no puede afirmarse esto con toda certeza, pero por lo menos hay motivos para pensarlo. El gobierno no había hecho nada o prácticamente nada por impedir el levantamiento, que se esperaba desde hacía bastante tiempo, y cuando comenzaron las dificultades su actitud fue débil y vacilante; tanto es así, que España tuvo tres primeros ministros en un solo día. Además, la única medida que podía salvar la situación inmediata, armar a los trabajadores, fue tomada con renuencia y en respuesta al violento clamor popular. Se distribuyeron las armas y, en las ciudades importantes del este de España, los fascistas fueron derrotados mediante un tremendo esfuerzo, principalmente de la clase trabajadora, con la colaboración de parte de las fuerzas armadas (guardias de asalto, etcétera) que se mantenían leales. Se trataba del tipo de esfuerzo que quizá sólo puede realizar un pueblo que lucha con una convicción revolucionaria, esto es, que lucha por algo mejor que el statu quo. Se cree que, en los diversos centros de la rebelión, tres mil personas murieron en las calles en un solo día. Hombres y mujeres armados tan sólo

con cartuchos de dinamita atravesaban corriendo las plazas abiertas y se apoderaban de edificios de piedra controlados por soldados regulares provistos de ametralladoras. Los nidos de ametralladoras que los fascistas habían colocado en puntos estratégicos fueron aplastados por taxis que se precipitaron sobre ellos a cien kilómetros por hora. Aun no sabiendo nada sobre la entrega de la tierra a los campesinos, sobre la creación de consejos locales, etcétera, resultaría muy difícil creer que los anarquistas y socialistas, que formaban la columna vertebral de la resistencia, hacían todo eso a fin de preservar la democracia capitalista, la cual, especialmente desde el punto de vista anarquista, no era más que una maquinaria centralizada de estafa.

Entretanto, los trabajadores contaban con armas y ya a esas alturas se negaban a devolverlas. (Un año más tarde se calculaba que los anarcosindicalistas en Cataluña poseían todavía treinta mil fusiles.) Las propiedades de los grandes terratenientes profascistas fueron tomadas en muchos lugares por los campesinos. Junto con la colectivización de la industria y el transporte, se hizo el intento de establecer los comienzos de un gobierno de trabajadores por medio de comités locales, patrullas de obreros en reemplazo de las viejas fuerzas policiales procapitalistas, milicias proletarias basadas en los sindicatos, etcétera. Desde luego, el proceso no era uniforme y llegó más lejos en Cataluña que en cualquier otra parte. Había zonas donde las instituciones del gobierno local permanecían casi inalteradas, y otras donde coexistían con los comités revolucionarios. En ciertos lugares se crearon comunas anarquistas independientes, algunas de las cuales siguieron existiendo hasta que el gobierno las disolvió un año después. En Cataluña, durante los primeros meses, el poder estaba casi por completo en manos de los anarcosindicalistas, quienes controlaban la mayor parte de las industrias clave. De hecho, lo que había ocurrido en

España no era una mera guerra civil, sino el comienzo de una revolución. Ésta es la situación que la prensa antifascista fuera de España ha tratado especialmente de ocultar. Toda la lucha fue reducida a una cuestión de «fascismo frente a democracia», y el aspecto revolucionario se silenció hasta donde fue posible. En Inglaterra, donde la prensa está más centralizada y es más fácil engañar al público que en cualquier otra parte, sólo dos versiones de la guerra española tuvieron alguna publicidad digna de mención: la versión derechista de los patriotas cristianos enfrentando a los bolcheviques sedientos de sangre, y la versión izquierdista de los republicanos caballerosos que sofocaban una revuelta militar. Pero el hecho central fue exitosamente ocultado.

Existían varias razones para ello. Gracias a la prensa profascista circulaban espantosas mentiras sobre supuestas atrocidades, y los propagandistas bien intencionados creían, sin duda, que ayudaban al gobierno español al negar que España se había «vuelto roja». Pero la principal razón era ésta: exceptuando los pequeños grupos revolucionarios que existen en cualquier país, todo el mundo estaba decidido a impedir la revolución en España; en especial el Partido Comunista, respaldado por la Rusia soviética, invirtió su máxima energía contra la revolución. Según la tesis comunista, una revolución en esa etapa resultaría fatal y en España no debía aspirarse al control ejercido por los trabajadores, sino a la democracia burguesa. Es innecesario señalar por qué la opinión «liberal» adoptó idéntica actitud. El capital extranjero había hecho fuertes inversiones en España. La Barcelona Traction Company, por ejemplo, representaba diez millones de capital británico, y los sindicatos se habían apoderado de todo el transporte en Cataluña. Si la revolución seguía adelante, no habría ninguna compensación, o muy escasa; si prevalecía la república capitalista,

las inversiones extranjeras estarían a salvo. Y puesto que era indispensable aplastar la revolución, simplificaba enormemente las cosas actuar como si la revolución no hubiera tenido lugar. De esa manera era posible ocultar el verdadero significado de los acontecimientos. Podía hacerse aparecer todo desplazamiento de poder de los sindicatos al gobierno central como un paso necesario en la reorganización militar. La situación resultaba muy curiosa: fuera de España pocas personas comprendían que se estaba produciendo una revolución; dentro de España, nadie lo dudaba. Hasta los periódicos del PSUC, controlados por los comunistas y más o menos comprometidos con una política antirrevolucionaria, hablaban de «nuestra gloriosa revolución». Y, mientras tanto, la prensa comunista en los países extranjeros vociferaba que no había ningún signo de revolución en ninguna parte; la toma de fábricas, la creación de comités de trabajadores y demás cosas no habían tenido lugar o bien habían ocurrido, pero «carecían de importancia política». De acuerdo con el *Daily Worker* (6 de agosto de 1936), quienes afirmaban que el pueblo español luchaba por la revolución social o por cualquier otra cosa que no fuera una democracia burguesa eran «canallas mentirosos». Por otro lado, Juan López, miembro del gobierno de Valencia, declaró en febrero de 1937 que «el pueblo español derramaba su sangre no por la República democrática y su constitución de papel, sino por... una revolución». Así, parecería que los canallas mentirosos integraban el gobierno por el cual luchábamos. Algunos de los periódicos extranjeros antifascistas descendieron incluso a la penosa mentira de afirmar que las iglesias sólo eran atacadas cuando los fascistas las utilizaban como fortalezas. La realidad es que los templos fueron saqueados en todas partes como algo muy natural, porque estaba perfectamente sobreentendido que el clero español formaba parte de la estafa capitalista. Durante los

seis meses pasados en España sólo vi dos iglesias indemnes, y hasta julio de 1937 no se permitió reabrir ninguna ni realizar oficios, excepto en uno o dos templos protestantes de Madrid.

Pero, después de todo, sólo era el comienzo de una revolución, no una revolución total. Cuando los trabajadores, desde luego en Cataluña y quizá en alguna otra parte, tuvieron el poder necesario para ello, no derrocaron o reemplazaron totalmente al gobierno. Evidentemente no podían hacerlo mientras Franco golpeaba a la puerta y sectores de la clase media lo apoyaban. El país se encontraba en una etapa de transición, y podía desembocar en el socialismo o en el retorno a una república capitalista corriente. Los campesinos tenían la mayor parte de la tierra y era muy probable que la conservaran, a menos que Franco ganara; se habían colectivizado todas las grandes industrias, pero que se mantuvieran así o que volviera a introducirse el capitalismo dependería en última instancia del grupo que obtuviera el control. Al comienzo podía decirse que el gobierno central y la Generalitat de Cataluña (el gobierno catalán semiautónomo) representaban a la clase trabajadora. El gobierno estaba encabezado por Caballero, un socialista del ala izquierda, e incluía ministros que representaban a la UGT (sindicato socialista) y a la CNT (sindicato controlado por los anarquistas). La Generalitat catalana fue reemplazada virtualmente durante un tiempo por un Comité de Defensa Antifascista, compuesto principalmente por delegados de los sindicatos. Más tarde, el Comité de Defensa se disolvió y la Generalitat se reorganizó de modo que representara a las organizaciones obreras y a los partidos de izquierda. Pero las subsiguientes modificaciones del gobierno significaron un cambio hacia la derecha. Primero se expulsó al POUM de la Generalitat; seis meses más tarde, Caballero fue reemplazado por Negrín, socialista de derechas; poco

después, la CNT fue eliminada del gobierno; luego la UGT; posteriormente la CNT también tuvo que apartarse de la Generalitat; por fin, un año después del estallido de la guerra y la revolución, existía un gobierno totalmente compuesto por socialistas de derechas, liberales y comunistas.

El vuelco general hacia la derecha se produjo en octubre—noviembre de 1936, cuando la URSS inició el envío de armas al gobierno y el poder comenzó a pasar de los anarquistas a los comunistas. Con la excepción de Rusia y México, ningún gobierno había tenido la decencia de acudir en auxilio de la República, y México, por razones obvias, no podía proporcionar armas en grandes cantidades. En consecuencia, los rusos podían imponer sus condiciones. Caben muy pocas dudas de que tales condiciones eran, en esencia, «impedir la revolución o quedarse sin armas», y de que la primera medida contra los elementos revolucionarios, la expulsión del POUM de la Generalitat catalana, se tomó por orden de la URSS. Se niega la existencia de presiones del gobierno ruso, pero esto carece de mayor importancia, pues puede darse por descontado que los partidos comunistas de todos los países ponen en práctica la política rusa, y nadie niega que en España el Partido Comunista fue el principal opositor del POUM primero, luego de los anarquistas, más tarde del grupo socialista que apoyaba a Caballero y, siempre, de una política revolucionaria. Con la intervención de la URSS, el triunfo del Partido Comunista estaba asegurado. El agradecimiento hacia Rusia por las armas recibidas y el hecho de que el Partido Comunista, en particular desde la llegada de las Brigadas Internacionales, parecía capaz de ganar la guerra, sirvieron para incrementar su prestigio. Las armas rusas se distribuían a través del Partido Comunista y sus partidos aliados, quienes cuidaron muy bien de que sus opositores políticos prácticamente no

recibieran ninguna. Al proclamar una política no revolucionaria, los comunistas pudieron agrupar a todos aquellos a quienes asustaban los extremistas. Resultaba fácil, por ejemplo, unir a los campesinos más acomodados contra las medidas de colectivización de los anarquistas. Hubo un prodigioso aumento en el número de afiliados del partido, provenientes en su mayor parte de la clase media: comerciantes, funcionarios, oficiales del ejército, campesinos acomodados, etcétera.

La guerra era en esencia un conflicto triangular. La lucha contra Franco debía continuar, pero el gobierno tenía la finalidad simultánea de recuperar el poder que permanecía en manos de los sindicatos. Ello se logró mediante una serie de pequeños pasos y, en líneas generales, con suma inteligencia. No hubo un movimiento contrarrevolucionario general y evidente, y hasta mayo de 1937 casi no fue necesario recurrir a la fuerza. En todos los casos, desde luego, resultaba que lo exigido por las necesidades militares era la entrega de algo que los trabajadores habían conquistado para sí en 1936. A las organizaciones obreras siempre podía hacérselas volver sobre sus pasos con un argumento que es casi demasiado evidente para que sea necesario manifestarlo: «A menos que se haga esto y aquello, perderemos la guerra». Ese argumento no podía fallar, pues perder la guerra era lo último que deseaban los revolucionarios; si la guerra se perdía, democracia y revolución, socialismo y anarquismo se convertían en palabras vacías. Los anarquistas —único movimiento revolucionario que ejercía gran influencia— fueron obligados a ceder en un punto tras otro. Se frenó el proceso de colectivización, se eliminaron los comités locales, se disolvieron las patrullas de trabajadores y se restablecieron, reforzadas y muy bien armadas, las fuerzas policiales de antes de la guerra; el gobierno se hizo cargo de varias industrias clave que habían estado bajo el control de los

sindicatos (la toma de la Central Telefónica de Barcelona, que provocó las luchas de mayo, fue un incidente dentro de este proceso); por fin —hecho de máxima importancia—, las milicias de trabajadores, formadas por los sindicatos, se disolvieron y redistribuyeron en el nuevo Ejército Popular, un ejército «apolítico» de líneas semiburguesas, con pagas diferenciadas, una casta privilegiada de oficiales, etcétera. En esas especiales circunstancias éste fue el paso realmente decisivo; en Cataluña se produjo más tarde que en cualquier otra parte porque allí los partidos revolucionarios eran muy fuertes. Sin duda, la única garantía con que contaban los trabajadores para conservar sus conquistas consistía en mantener parte de las fuerzas armadas bajo su control. Como ya era habitual, la disolución de la milicia se realizó en nombre de la eficiencia militar. Nadie negaba la necesidad de una reorganización militar a fondo. No obstante, se hubieran podido reorganizar las milicias y lograr en ellas una mayor eficiencia manteniéndolas bajo el control directo de los sindicatos; el propósito principal del cambio era el de asegurar que los anarquistas no contaran con un ejército propio. Además, el espíritu democrático de las milicias las convertía en semilleros de ideas revolucionarias. Los comunistas lo sabían muy bien y lucharon incesante y encarnizadamente contra el POUM y el principio anarquista de igual paga para todos los rangos. Se llevó a cabo un «aburguesamiento» general, una destrucción deliberada del espíritu igualitario de los primeros meses de la revolución. Todo ocurría de forma tan rápida que la gente que hacía frecuentes visitas a España declaraba que le parecía llegar a un país distinto cada vez; lo que por un breve instante y de manera superficial parecía haber sido un Estado de trabajadores, estaba convirtiéndose ante nuestros ojos en una república burguesa corriente, con la habitual división entre ricos y pobres. En otoño de 1937, el «socialista» Negrín declaraba

en discursos públicos que «respetamos la propiedad privada», y los miembros de las Cortes que al comienzo de la guerra habían tenido que huir a causa de sus simpatías profascistas comenzaban a regresar a España.

El proceso resulta fácil de entender si recordamos que tiene su origen en la alianza temporal que el fascismo, en cierta forma, obliga a realizar entre la burguesía y los trabajadores. Tal alianza, conocida como Frente Popular, constituye en esencia una alianza de enemigos y parece probable que siempre haya de terminar con que uno de los bandos devore al otro. El único rasgo inesperado en la situación española que fuera de España ha causado muchos malentendidos— es que, entre los partidos del lado gubernamental, los comunistas no estuvieron en la extrema izquierda, sino en la extrema derecha. En realidad no debería resultar sorprendente, pues las tácticas del Partido Comunista en otros países, particularmente en Francia, han puesto en evidencia que es necesario considerar al comunismo oficial, al menos por el momento, como una fuerza contrarrevolucionaria. La política del Komintern está hoy subordinada (se comprende, considerando la situación mundial) a la defensa de la URSS, que depende de un sistema de alianzas militares. En concreto, la URSS es aliada de Francia, un país imperialista—capitalista. Tal alianza no es muy útil a Rusia a menos que el capitalismo francés sea fuerte y, por lo tanto, la política comunista en Francia debe ser antirrevolucionaria. Ello significa no sólo que los comunistas franceses marchen ahora tras la bandera tricolor y canten la Marsellesa, sino que —más importante aún— hayan tenido que dejar a un lado toda agitación efectiva en las colonias francesas. Hace menos de tres años que Thorez, secretario del Partido Comunista francés, declaró que los trabajadores franceses nunca serían llevados a luchar contra sus camaradas alemanes; actualmente, es uno de los patriotas más

vocingleros de Francia. La clave para comprender la conducta del Partido Comunista en cualquier país es la relación militar (real o potencial) de ese país con la URSS. En Inglaterra, por ejemplo, la posición es aún incierta y, por ende, el Partido Comunista inglés sigue siendo hostil al gobierno nacional y se opone al rearme. Con todo, si Gran Bretaña entra en una alianza o en un acuerdo militar con la URSS, el comunista inglés, al igual que el francés, no podrá hacer otra cosa que convertirse en un buen patriota y en un imperialista. Ya hay signos premonitorios de esta situación. En España, la «línea» comunista dependía sin duda del hecho de que Francia, aliada de Rusia, se opusiera decididamente a tener un vecino revolucionario e hiciera todo lo posible por impedir la liberación del Marruecos español. El Daily Mail, con sus historias de una revolución roja financiada por Moscú, estaba aún más equivocado que de costumbre. En realidad, eran los comunistas, más que cualquier otro sector, quienes impedían la revolución en España. Más tarde, cuando las fuerzas derechistas asumieron el control total, los comunistas se mostraron dispuestos a ir mucho más allá que los liberales en la caza de dirigentes revolucionarios.

He tratado de describir el curso general de la revolución española durante el primer año, a fin de facilitar la comprensión de la situación en cualquier momento dado. Pero no quisiera sugerir que en febrero yo ya contaba con todas las opiniones implícitas en lo que acabo de decir. Lo que más me aclaró las cosas aún no había ocurrido y, en cualquier caso, mis simpatías eran en cierto sentido diferentes de las actuales. Ello se debía, en parte, a que el aspecto político de la guerra me aburría y, naturalmente, reaccionaba contra el punto de vista que me tocaba oír con más frecuencia, esto es, el del POUM—ILP. Los ingleses, entre los que me encontraba, eran en su mayor parte miembros del ILP, exceptuados unos pocos pertenecientes

al Partido Comunista, y casi todos ellos tenían una formación política más sólida que yo. Durante largas semanas, en el monótono período en que nada ocurría en los alrededores de Huesca, me encontré en medio de una discusión política prácticamente interminable. En el granero maloliente y frío de la granja donde estábamos instalados, en la asfixiante oscuridad de las trincheras, detrás del parapeto en las heladas horas de la noche, el conflicto de las «líneas» partidistas se discutía una y otra vez. Entre los españoles ocurría lo mismo, y la mayoría de los periódicos que leíamos centraban su atención en el conflicto entre los partidos. Uno tendría que haber sido sordo o imbécil para no recoger algunas ideas acerca de los propósitos de los diversos partidos.

Desde el punto de vista de la teoría política, sólo importaban tres tendencias: la del PSUC, la del POUM y la de la CNT—FAI. Al referirnos a estas últimas organizaciones solíamos decir simplemente «los anarquistas». Consideraré primero el PSUC, por ser el más importante; fue el partido que triunfó finalmente y que, ya en esa época, se encontraba visiblemente en ascenso.

Es necesario explicar que, cuando uno habla de la «línea» del PSUC, en realidad se refiere a la «línea» del Partido Comunista. El PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) era el partido socialista de Cataluña; se había formado al comienzo de la guerra por la fusión de diversos partidos marxistas, entre ellos el Partido Comunista Catalán, pero ahora se encontraba bajo control comunista y estaba adscrito a la Tercera Internacional. En otras regiones de España no había tenido lugar ninguna unificación formal entre socialistas y comunistas, pero en todas partes se podían considerar idénticos los puntos de vista comunista y socialista de derecha. En términos generales, el PSUC era el órgano político de la UGT

(Unión General de Trabajadores) y de los sindicatos socialistas. El número de miembros de este sindicato en toda España ascendía en esos momentos al millón y medio. Agrupaba a muchas secciones de trabajadores manuales, pero desde el estallido de la guerra también había visto engrosadas sus filas por una gran afluencia de personas de clase media, puesto que ya en los comienzos de la revolución, personas de las más distintas procedencias habían considerado útil unirse a la UGTo a la CNT. Ambos bloques sindicales tenían bases comunes, pero de los dos, la CNT era más decididamente una organización de la clase trabajadora. En resumen, el PSUC estaba integrado por trabajadores y pequeña burguesía (comerciantes, funcionarios y los campesinos más acomodados).

La «línea» del PSUC, predicada en la prensa comunista y procomunista de todo el mundo, era aproximadamente ésta: «En la actualidad, nada importa salvo ganar la guerra; sin una victoria definitiva, todo lo demás carece de sentido. Por lo tanto, éste no es el momento para hablar de llevar adelante la revolución. No podemos darnos el lujo de perder a los campesinos al obligarlos a aceptar la colectivización, ni de ahuyentar a la clase media que lucha a nuestro lado. Por encima de todo y por razones de eficacia, debemos acabar con el caos revolucionario. Necesitamos un gobierno central fuerte en lugar de comités locales, y un ejército bien adiestrado y completamente militarizado bajo un mando único. Aferrarse a los fragmentos de control obrero y repetir como loros frases revolucionarias es más que inútil: no sólo resulta un obstáculo, sino también contrarrevolucionario, porque conduce a divisiones que los fascistas pueden utilizar contra nosotros. En esta etapa no luchamos por la dictadura del proletariado, luchamos por la democracia parlamentaria. Quien trate de convertir la guerra civil en una revolución social le hace el juego a los fascistas y es, de hecho, aun sin quererlo, un traidor».

La «línea» del POUM difería de aquélla en todos los puntos excepto, desde luego, en la importancia de ganar la guerra. El POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) era uno de esos partidos comunistas disidentes que han surgido en muchos países durante los últimos años como resultado de la oposición al «estalinismo», esto es, al cambio, real o aparente, en la política comunista. Estaba constituido en parte por ex comunistas y, en parte, por un partido anterior, el Bloque Obrero y Campesino. Numéricamente se trataba de un partido pequeño, sin mayor influencia fuera de Cataluña, pero importante sobre todo porque agrupaba una proporción insólitamente elevada de individuos políticamente conscientes. En Cataluña, su zona de influencia más fuerte era Lérida. No representaba a ningún bloque sindical. Los milicianos del POUM eran en su mayor parte miembros de la CNT, pero los miembros reales del partido pertenecían en general a la UGT. No obstante, el POUM sólo tenía algo de influencia en la CNT. La «línea» del POUM era aproximadamente la que sigue: «Carece de sentido hablar de oponerse al fascismo por medio de una “democracia” burguesa. La “democracia” burguesa es sólo otro nombre del capitalismo y lo mismo ocurre con el fascismo; luchar contra el fascismo en nombre de la “democracia” significa luchar contra una forma de capitalismo en nombre de otra forma que es susceptible de convertirse en la primera en cualquier momento. La única alternativa real al fascismo es el control obrero. Si se fija cualquier otra meta, se terminará dándole la victoria a Franco o, en el mejor de los casos, se dejará entrar al fascismo por la puerta de atrás. Mientras tanto, los trabajadores deben aferrarse a cada centímetro ganado; si ceden al gobierno semiburgués, serán estafados. Las milicias y las fuerzas policiales de los trabajadores deben conservarse en su forma actual, y es necesario oponerse a todo esfuerzo tendente a aburguesarlas. Si los

trabajadores no controlan las fuerzas armadas, las fuerzas armadas controlarán a los trabajadores. La guerra y la revolución son inseparables».

El punto de vista anarquista es más difícil de definir. En cualquier caso, el amplio término «anarquista» se utiliza para designar una multitud de individuos de opiniones muy diversas. El enorme bloque de sindicatos que constituían la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores), con unos dos millones de miembros, tenía como órgano político a la FAI (Federación Anarquista Ibérica), una organización verdaderamente anarquista. Pero, incluso los miembros de la FAI, aunque siempre impregnados, como quizá ocurra con la mayoría de los españoles, de la filosofía anarquista, no eran necesariamente anarquistas en el sentido más puro. En particular desde el comienzo de la guerra se habían orientado en la dirección del socialismo corriente, pues las circunstancias los habían obligado a tomar parte en la administración centralizada y también a violar todos sus principios al participar en el gobierno. No obstante, diferían fundamentalmente de los comunistas en tanto que, al igual que el POUM, propugnaban el control por parte de los trabajadores y no una democracia parlamentaria. Coincidían con el lema del POUM: «La guerra y la revolución son inseparables», si bien se mostraban menos dogmáticos al respecto. En líneas generales, la CNT—FAI representaba: 1) control directo de servicios e industrias por los trabajadores que constituyen sus plantillas, por ejemplo, en transportes, en fábricas textiles, etcétera; 2) gobierno ejercido por comités locales y resistencia a toda forma de autoritarismo centralizado; 3) hostilidad absoluta a la burguesía y la Iglesia. Este último punto, si bien era el menos preciso, revestía máxima importancia. Los anarquistas representaban lo opuesto de la mayoría de los llamados revolucionarios, porque aunque sus principios resultaran más bien vagos, su odio hacia los privilegios y

la injusticia era absolutamente genuino. Desde un punto de vista filosófico, comunismo y anarquismo son polos opuestos; y en la práctica —por lo que se refiere al tipo de sociedad a la que aspiran— las diferencias son sólo de énfasis, pero por completo irreconciliables. El comunismo siempre pone el énfasis en el centralismo y la eficiencia, y el anarquismo, en la libertad y la igualdad. El anarquismo tiene profundas raíces en España y es probable que sobreviva al comunismo cuando la influencia rusa termine. Durante los primeros dos meses de la guerra fueron los anarquistas, más que cualquier otro sector, quienes salvaron la situación, y aún mucho más tarde la milicia anarquista, a pesar de su indisciplina, constituía el mejor elemento de lucha entre las fuerzas puramente españolas. Desde febrero de 1937 en adelante, los anarquistas y el POUM podían, en cierta medida, considerarse una unidad. Si los anarquistas, el POUM y el ala izquierda de los socialistas hubieran tenido el buen sentido de unirse desde el comienzo y forzar una política realista, la historia de la guerra podría haber sido distinta. Pero, al comienzo, cuando los partidos revolucionarios parecían tener la victoria en sus manos, ello resultó imposible. Entre anarquistas y socialistas existían antiguos resquemores; el POUM, desde su posición marxista, se mostraba escéptico con respecto al anarquismo; mientras que, desde el punto de vista anarquista, el «trotskismo» del POUM no era más preferible que el «estalinismo» de los comunistas. Con todo, las tácticas comunistas tendían a hacer coincidir ambas tendencias. La intervención del POUM en la desastrosa lucha de Barcelona, que tuvo lugar en mayo de 1937, se debió principalmente a un impulso instintivo de apoyo a la CNT, y más tarde, cuando el POUM fue proscrito, los anarquistas fueron los únicos que se atrevieron a levantar su voz para defenderlo.

Así, en líneas generales, la alineación de fuerzas era la

siguiente: por un lado, la CNT—FAI, el POUM y un sector de los socialistas que propugnaba el control por parte de los trabajadores; por el otro, socialistas del ala derecha, liberales y comunistas, que defendían el gobierno centralizado y un ejército militarizado. Resulta fácil de entender por qué, en esa época, preferí la actitud comunista a la del POUM. Los comunistas tenían una política práctica definida, una política evidentemente mejor desde el punto de vista del sentido común que sólo tiene en cuenta el corto plazo. Y, por cierto, la política cotidiana del POUM, su propaganda, etcétera, eran increíblemente malas: tienen que haberlo sido, pues de otro modo habrían podido atraer una masa de afiliados más considerable. Lo que acababa de reafirmar todo esto era el hecho de que los comunistas, o así me parecía, seguían adelante con la guerra mientras que nosotros y los anarquistas nos quedábamos estancados. Tal era la sensación general en esa época. Los comunistas habían logrado poder y un enorme aumento de sus miembros apelando en parte a la clase media contra los revolucionarios, pero también, en alguna medida, porque eran los únicos que parecían capaces de ganar la guerra. Las armas rusas y la magnífica defensa de Madrid por tropas dirigidas en su mayor parte por comunistas habían convertido a estos últimos en los héroes de España. Como dijo alguien, cada aeroplano ruso que volaba sobre nuestras cabezas era propaganda comunista. El purismo revolucionario del POUM parecía bastante inútil, aunque su lógica me resultara evidente. Al fin y al cabo, lo que importaba era ganar la guerra.

Mientras tanto, la endiablada lucha interpartidista proseguía en los periódicos, en panfletos, en carteles, en libros, en todas partes. En esa época, los periódicos que yo leía con mayor frecuencia eran los del POUM, La Batalla y Adelante, y su incesante crítica contra el «contrarrevolucionario» PSUC me parecía pedante y cansina. Más tarde,

cuando estudié detenidamente la prensa comunista y la del PSUC comprendí que el POUM resultaba casi inocente en comparación con sus adversarios. Por otra parte, contaba con muchas menos posibilidades. Al contrario que los comunistas, no tenía apoyo alguno de la prensa extranjera y, dentro de España, se encontraba en una situación muy desventajosa porque la censura periodística estaba casi por completo bajo control comunista, lo cual significaba que los periódicos del POUM corrían peligro de ser multados o eliminados si decían algo peligroso. También es justo señalar que, si bien el POUM predicaba interminables sermones sobre la revolución y citaba a Lenin ad nauseam, no solía lanzarse a ataques personales. Asimismo, reservaba sus polémicas casi exclusivamente a los artículos periodísticos. Sus grandes carteles multicolores, destinados a un público más amplio (los carteles son importantes en España debido a su vasta población analfabeta) no atacaban a los partidos rivales, sino que eran simplemente de índole antifascista o abstractamente revolucionaria: lo mismo cabe decir acerca de las canciones que entonaban los milicianos. Los ataques comunistas eran otra cosa. Más adelante habré de referirme a ellos; aquí sólo quiero dar una breve pincelada de la línea de ataque comunista.

Aparentemente, lo que enfrentaba a los comunistas y el POUM era una mera cuestión de tácticas. El POUM propugnaba la revolución inmediata, los comunistas no, y hasta allí ambos tenían mucho que decir en defensa de sus posiciones. Además, los comunistas sostenían que la propaganda del POUM dividía y debilitaba las fuerzas gubernamentales y ponía así en peligro la guerra; una vez más, aunque hoy no estoy de acuerdo, resultaba posible justificar este argumento. Pero es aquí donde la peculiaridad de la táctica comunista se muestra con toda claridad. Cautelosamente al comienzo, y luego de forma cada vez más franca, comenzaron a afirmar que el POUM dividía

las fuerzas gubernamentales no por un error de criterio, sino de modo deliberado. Declararon que el POUM era sólo una pandilla de fascistas disfrazados, pagados por Franco y Hitler, que defendían una política seudorrevolucionaria como una forma de ayudar a la causa fascista. El POUM era una organización trotskista y la «quinta columna» de Franco. Ello implicaba que decenas de miles de trabajadores, ocho o diez mil soldados que se congelaban en las trincheras, y cientos de extranjeros que habían ido a España a luchar contra el fascismo, sacrificando a menudo sus medios de vida y su nacionalidad, eran traidores pagados por el enemigo. Esa versión se difundió por varios medios en toda España, y se repitió una y otra vez en la prensa comunista y procomunista de todo el mundo. Si me lo propusiera, podría llenar media docena de libros con tales citas.

Decían de nosotros que éramos trotskistas, fascistas, traidores, asesinos, cobardes, espías y cosas por el estilo. Admito que no resultaba agradable, en especial cuando uno pensaba en algunas de las personas responsables de esa campaña. No es muy agradable ver a un muchacho español de quince años transportado en una camilla, con el rostro pálido y asombrado asomando sobre las mantas, y pensar en los astutos señores que en Londres y París escriben panfletos para demostrar que ese muchacho es un fascista disfrazado. Uno de los rasgos más repugnantes de la guerra es que toda la propaganda bélica, todos los gritos y las mentiras y el odio provienen siempre de quienes no luchan. Los milicianos del PSUC a quienes conocí en el frente, los comunistas de las Brigadas Internacionales con quienes me encontraba de tanto en tanto nunca me llamaron trotskista ni traidor; dejaban ese tipo de cosas para los periodistas de la retaguardia. Los individuos que escribían panfletos contra nosotros y nos insultaban en los periódicos permanecían seguros en sus casas o, en el peor

de los casos, en las oficinas periodísticas de Valencia, a cientos de kilómetros de las balas y el barro. Aparte de los libelos de la lucha entre partidos, estaban la autoglorificación y el vilipendio del enemigo, todo ello producto, como de costumbre, de gente que no luchaba y que, en muchos casos, habría huido para no hacerlo. Uno de los efectos más tristes de esta guerra ha sido el de enseñarme que la prensa de izquierda es tan espuria y deshonesto como la de derecha. Siento honradamente que, de nuestro lado, el lado republicano, esta guerra era distinta de las guerras corrientes e imperialistas; pero uno nunca lo hubiera supuesto guiándose por la naturaleza de la propaganda bélica. La lucha apenas había comenzado cuando los periódicos de derecha e izquierda se lanzaron simultáneamente al mismo pozo negro del ultraje. Todos recordamos el titular del Daily Mail: «LOS ROJOS CRUCIFICAN MONJAS», mientras que, para el Daily Worker, la Legión Extranjera de Franco estaba «compuesta por asesinos, tratantes de blancas, traficantes de drogas y el desecho de todos los países europeos». En octubre de 1937, el New Statesman nos regalaba historias de barricadas fascistas hechas con los cuerpos de niños vivos (elemento muy incómodo para hacer barricadas), y Mr. Arthur Bryant declaraba que «en la España leal era “lugar común” aserrar las piernas de un comerciante conservador». Quienes escribían este tipo de cosas nunca lucharon; posiblemente creían que escribirlo constituía un sustituto de la lucha. Lo mismo ocurre en todas las guerras; los soldados son los que luchan, los periodistas son los que gritan, y ningún «verdadero patriota» se acerca jamás a una trinchera, exceptuando las brevísimas giras de propaganda. A veces me resulta un consuelo pensar que el avión está modificando las condiciones de la guerra. Quizá cuando se produzca la próxima contienda podamos ver un espectáculo sin precedentes en toda la historia: un patriota incendia-

rio con un orificio de bala.

Por lo que se refiere al aspecto periodístico, esta guerra era un fraude como todas las guerras. Pero existía una diferencia: mientras los periodistas suelen reservar sus invectivas más ponzoñosas para el enemigo, en este caso, a medida que pasaba el tiempo los comunistas y el POUM llegaron a escribir unos contra otros cosas más terribles que acerca de los fascistas. No obstante, en esa época no me decidía a tomarlo demasiado en serio. La lucha entre partidos era molesta e incluso desagradable, pero no la consideraba más que una rencilla doméstica. No creía que pudiera alterar nada o que hubiera una diferencia realmente irreconciliable en cuanto a la política a seguir. Me daba cuenta de que los comunistas y los liberales se oponían a que la revolución siguiera adelante; no comprendí que eran capaces de hacerla retroceder.

Existían buenos motivos para ello. Durante ese período estuve en el frente, y allí la atmósfera social y política no había cambiado. Salí de Barcelona a comienzos de enero y no regresé de permiso hasta finales de abril: durante todo ese tiempo e incluso hasta más tarde— en la zona de Aragón controlada por los anarquistas y el POUM persistían las mismas condiciones, por lo menos aparentemente. La atmósfera revolucionaria permanecía tal como la conocí al llegar. Generales y reclutas, campesinos y milicianos seguían tratándose como iguales; todo el mundo recibía la misma paga, llevaba las mismas ropas, comía lo mismo y se trataba con todo el mundo de «tú» y «camarada»; no había ni jefes ni lacayos, no había ni mendigos, ni prostitutas, ni abogados, ni curas, ni gestos de sometimiento ni saludos reglamentarios. Yo respiraba el aire de la igualdad y era lo bastante ingenuo como para imaginar que ésta existía en toda España. No me di cuenta de que, un poco por casualidad, estaba aislado en el sector más

revolucionario de la clase trabajadora española.

Así, pues, cuando mis camaradas de mayor educación política me dijeron que no se podía adoptar una actitud puramente militar frente a la guerra y que se debía elegir entre la revolución y el fascismo, me sentí inclinado a reírme de ellos. En general, aceptaba el punto de vista comunista, que equivalía a decir: «No podemos hablar de revolución hasta que hayamos ganado la guerra»; y no el punto de vista del POUM: «Debemos avanzar si no queremos retroceder». Más tarde, cuando decidí que el POUM estaba en lo cierto o, por lo menos, más en lo cierto que los comunistas, no fue del todo por su enfoque teórico. En teoría, la posición de los comunistas era buena, la dificultad radicaba en que su conducta concreta hacía difícil creer que la propugnaran de buena fe. El repetido lema «La guerra primero y la revolución después», si bien realmente sentido por el miliciano del PSUC, quien honestamente pensaba que la revolución podría continuar una vez ganada la guerra, era una farsa. Lo que se proponían los comunistas no era postergar la revolución española hasta un momento más adecuado, sino asegurarse de que nunca tuviera lugar. Con el correr del tiempo, esto se tornó cada vez más evidente, a medida que el poder fue siendo arrancado de las manos de la clase trabajadora y que se fue encarcelando a un número siempre creciente de revolucionarios de distintas tendencias. Cada movimiento era efectuado en nombre de las necesidades militares, porque éste era un pretexto hecho a la medida; pero tendía a alejar a los trabajadores de una posición ventajosa hacia una posición desde la cual, cuando la guerra terminara, les resultara imposible oponerse a la reimplantación del capitalismo. Ha de tenerse en cuenta que no me refiero al afiliado comunista, y menos aún a los millares de comunistas que murieron heroicamente en Madrid, pero éstos no eran los hombres que dirigían la política del partido. En

cuanto a los individuos que ocupaban posiciones más destacadas, resulta inconcebible pensar que no actuaron conscientes de lo que hacían.

Sin embargo, a fin de cuentas, valía la pena ganar la guerra aunque se perdiera la revolución. Pero llegué a dudar de que, a la larga, la política comunista apuntara a la victoria. Pocas personas parecen haber pensado que lo conveniente era una política distinta para los diferentes períodos de la guerra. Probablemente los anarquistas salvaron la situación en los primeros dos meses, pero fueron incapaces de organizar la resistencia más allá de un cierto punto; los comunistas probablemente salvaron la situación en octubre—diciembre, pero ganar la guerra era cosa muy distinta. En Inglaterra, la política comunista de guerra ha sido aceptada sin discusión, porque fueron muy pocas las críticas que llegaron a ver la luz en la prensa y porque sus líneas generales eliminar el caos revolucionario, acelerar la producción, militarizar el ejército— parecían realistas y eficaces. Tal vez valga la pena señalar su debilidad inherente.

A fin de frenar toda tendencia revolucionaria y hacer que la guerra se pareciera tanto como fuera posible a una guerra convencional, se hizo necesario desperdiciar las oportunidades estratégicas que realmente existían. He descrito ya la forma en que estábamos armados, o desarmados, en el frente de Aragón. Casi no cabe duda de que las armas fueron deliberadamente retenidas a fin de que los anarquistas no contaran con demasiado poder en ese aspecto, pues podrían usarlo más tarde con un propósito revolucionario; en consecuencia, la gran ofensiva de Aragón, que hubiera alejado a Franco de Bilbao y posiblemente de Madrid, nunca tuvo lugar. Pero éste es un asunto comparativamente menor. Más importante fue el hecho de que, cuando la contienda quedó reducida

a una «guerra por la democracia», se tornó imposible apelar a la ayuda en gran escala de la clase trabajadora en el extranjero. Si nos atenemos a los hechos, debemos admitir que la clase trabajadora del mundo ha observado con cierta indiferencia la guerra española. Decenas de miles de individuos acudieron a luchar, pero decenas de millones permanecieron apáticos. Durante el primer año de la guerra, se estima que el pueblo británico contribuyó a los diversos fondos de «ayuda a España» con alrededor de un cuarto de millón de libras —probablemente menos de la mitad de lo que gasta en una semana para ir al cine—. La acción industrial —huelgas y boicots— constituía la única forma de lucha con la que la clase trabajadora de los países democráticos podría haber ayudado realmente a sus camaradas españoles. Nada por el estilo ni siquiera se anunció. Los dirigentes laboristas y comunistas de todo el mundo declararon que era impracticable; sin duda, estaban en lo cierto, sobre todo mientras siguieran gritando a voz en cuello que la España «roja» no era «roja». Desde 1914—1918, la expresión «guerra por la democracia» tenía un matiz siniestro. Durante muchos años, los comunistas mismos se habían dedicado a enseñar a los trabajadores militantes de todos los países que «democracia» era una manera eufemística de llamar al capitalismo. No es una buena táctica afirmar primero que «la democracia es una estafa», y pedir luego: «¡Luchad por la democracia!;>. Si, respaldados por el enorme prestigio de la Rusia soviética, hubieran apelado a los trabajadores del mundo, no en nombre de la «España democrática», sino de la «España revolucionaria», resulta difícil creer que no habrían recibido respuesta.

Pero lo más importante es que con una política no revolucionaria era difícil, si no imposible, atacar la retaguardia de Franco. En el verano de 1937, Franco controlaba sectores de población más vastos que el

gobierno, mucho más vastos si se cuentan las colonias, pero con igual cantidad de tropas. Como es bien sabido, con una población hostil en la retaguardia es imposible mantener un ejército en el frente sin otro ejército igualmente numeroso, destinado a proteger las comunicaciones, impedir el sabotaje, etcétera. Por lo tanto, resulta obvio que no había un verdadero movimiento popular en la retaguardia de Franco. Es absurdo pensar que la gente en su territorio —por lo menos los trabajadores urbanos y los campesinos pobres— simpatizara con él, pero con cada paso hacia la derecha, la superioridad del gobierno resultaba menos evidente. Confirma todo esto el caso de Marruecos. ¿Por qué no hubo un levantamiento en Marruecos? Franco deseaba establecer una terrible dictadura y los moros preferían quedarse con Franco y no con el gobierno del Frente Popular. La verdad palpable es que no se hizo ningún intento de fomentar un levantamiento en Marruecos porque ello hubiera significado dar a la guerra un giro revolucionario. La primera necesidad convencer a los moros de la buena fe del gobierno— debería haber llevado a proclamar la liberación de Marruecos. ¡Y ya podemos imaginarnos la alegría que se hubieran llevado los franceses! La mejor oportunidad estratégica de la guerra se desperdició en la vana esperanza de aplacar al capitalismo francés e inglés.

La tendencia de la política comunista consistía en reducir la lucha a una guerra corriente, no revolucionaria, en la que el gobierno estuviera en desventaja, pues una guerra de ese tipo sólo puede ganarse por medios mecánicos, esto es, en última instancia, por una provisión ilimitada de armas. Y el principal proveedor de armas del gobierno, la URSS, se encontraba en enorme desventaja desde el punto de vista geográfico en comparación con Italia y Alemania. Quizá el lema anarquista y del POUM: «La guerra y la revolución son inseparables» era más realista de lo que

parece.

Por las razones dadas considero errónea la política comunista antirrevolucionaria. Por lo que se refiere a las consecuencias de esa política sobre el curso de la guerra, espero y deseo equivocarme. Quisiera que esta guerra se ganara por cualquier medio. Y, desde luego, aún no podemos saber lo que ocurrirá. El gobierno puede volver a inclinarse hacia la izquierda, los moros pueden rebelarse por su propia cuenta, Inglaterra puede decidirse a sobornar a Italia, la guerra puede ganarse mediante recursos simplemente militares: no hay manera de saberlo. Dejo expresadas mis opiniones, y el resultado final mostrará en qué medida son acertadas o erróneas.

Pero en febrero de 1937 no veía las cosas bajo este prisma. Estaba harto de la inactividad en el frente de Aragón y, sobre todo, tenía plena conciencia de que no había aportado mi parte en la lucha. Solía recordar los carteles de reclutamiento de Barcelona que interrogaban acusadoramente a los transeúntes: «¿Y tú qué has hecho por la democracia?», y sentía que sólo podía responder: «He recibido mis raciones». Cuando ingresé en la milicia, me prometí matar a un fascista —a fin de cuentas, si cada uno de nosotros hacía lo mismo, no tardarían en desaparecer—, y aún no había matado a nadie, ni había tenido casi oportunidad de hacerlo.

Por supuesto deseaba ir a Madrid. Todos en el ejército, cualquiera que fuese su actitud política, deseaban ir a Madrid. Ello probablemente significaría pasar a la Columna Internacional, pues el POUM contaba entonces con muy pocas tropas en Madrid y los anarquistas tenían menos hombres que antes.

Por el momento, debía quedarme allí, pero les dije a todos que, en cuanto nos dieran permiso, trataría de pasarme a la

Columna Internacional, lo cual significaba colocarme bajo control comunista. Varios trataron de disuadirme, pero nadie intentó interferir. Es justo decir que en el POUM había muy poca caza de herejes, quizá demasiado poca, considerando sus circunstancias especiales; nadie era castigado por tener opiniones políticas contrarias, exceptuando una tendencia profascista. Pasé buena parte de mi tiempo en la milicia criticando acerbamente la «línea» del POUM, pero nunca me vi envuelto en dificultades por ello. Ni siquiera se ejerció algún tipo de presión sobre mí para que ingresara en el partido, aunque pienso que la mayoría de los milicianos lo hacían. Nunca ingresé en el partido, actitud de la que me arrepentí bastante cuando el POUM fue disuelto.

Apéndice 2

[Antiguo capítulo IX de la primera edición, situado originalmente entre los capítulos 9 y 10 de esta edición.]

Si no se está interesado en las disputas políticas y en la multitud de partidos y subpartidos con nombres tan confusos como los de los generales de una guerra china, será mejor saltarse estas páginas. Resulta terrible tener que entrar en los detalles de la polémica interpartidista; es algo así como zambullirse en un pozo negro. Pero es necesario tratar de esclarecer la verdad en la medida de lo posible. Esa insignificante reyerta en una ciudad lejana es más importante de lo que podría parecer a primera vista.

Nunca será posible obtener una versión completamente exacta e imparcial de la lucha de Barcelona porque los documentos necesarios no existen. Los historiadores del futuro dispondrán únicamente de una masa de acusaciones y de la propaganda partidista. Yo mismo cuento con muy pocos datos fuera de lo que vi con mis propios ojos y de lo que supe por otros testigos que considero fiables. Aun así, puedo contradecir algunas de las mentiras más flagrantes y ayudar a considerar los hechos tal como fueron.

En primer lugar, ¿qué ocurrió realmente? Hacía ya algún tiempo que había tensiones a lo largo de Cataluña. En los primeros capítulos de este libro ya traté el conflicto entre comunistas y anarquistas. En mayo de 1937, la situación había llegado a un punto en que parecía inevitable algún estallido violento. La causa inmediata de la fricción fue el decreto del gobierno que exigía a los civiles la entrega de todas las armas, coincidente con la decisión de organizar una fuerza policial «no política» y muy bien armada, de la

que quedarían excluidos los integrantes de las organizaciones obreras. El significado de esta medida era muy claro para cualquiera, y se podía prever que el siguiente paso sería intentar tomar algunas de las industrias claves que estaban en manos de la CNT. En la clase trabajadora existía, además, cierto resentimiento debido al creciente contraste entre ricos y pobres, y una vaga y extendida sensación de que se había saboteado la revolución. Muchos se sintieron agradablemente sorprendidos por la ausencia de disturbios el 1º de Mayo. El día 3, el gobierno decidió apoderarse de la Central Telefónica, que desde el comienzo de la guerra había estado bajo control principalmente de trabajadores de la CNT. Se alegó que los servicios no eran eficientes y que se interceptaban las llamadas oficiales. Sala, el jefe de policía (que pudo o no haberse excedido con respecto a las órdenes recibidas), envió tres camiones llenos de guardias civiles para tomar el edificio, mientras policías de civil despejaban las calles vecinas. Aproximadamente a la misma hora, Otros grupos de guardias civiles se apoderaron de varios edificios en puntos estratégicos. Cualquiera que haya sido la intención real, la opinión pública consideró que esas medidas señalaban el comienzo de un ataque general de la Guardia Civil y el PSUC (comunistas y socialistas) contra la CNT (anarquistas). Por la ciudad corrió la voz de que eran atacados los edificios obreros; aparecieron anarquistas armados en las calles, se interrumpió el trabajo y de inmediato se generalizó la lucha. Esa noche y a la mañana siguiente se levantaron barricadas en toda la ciudad, y el combate continuó sin interrupciones hasta el 6 de mayo. Con todo, ambos bandos mantenían una actitud principalmente defensiva. Muchos edificios fueron sitiados, pero, por lo que sé, ninguno fue tomado y no se utilizó artillería.

En líneas generales, las fuerzas de la CNT—FAI—POUM dominaban los suburbios obreros, mientras que las fuerzas

policiales y del PSUC controlaban la parte central y oficial de la ciudad. El día 6 hubo un armisticio, pero la lucha no tardó en reanudarse, debido probablemente a que los guardias civiles hicieron intentos prematuros de desarmar a los trabajadores de la CNT. A la mañana siguiente, sin embargo, muchos obreros comenzaron a abandonar las barricadas por propia iniciativa. Hasta la noche del 5 de mayo, la CNT conservaba una posición ventajosa y gran cantidad de guardias civiles se le habían rendido, pero no había un liderazgo aceptado por todos ni un plan concreto. (Por lo que yo pude juzgar, no parecía existir ningún tipo de plan, excepto la decisión de resistir a la Guardia Civil.) Los dirigentes oficiales de la CNT se unieron a los de la UGT para pedir que se retornara al trabajo. Los alimentos escaseaban. En tales circunstancias, nadie estaba bastante seguro de la situación como para proseguir la lucha. Durante la tarde del 7 de mayo, Barcelona volvió casi a la normalidad. Esa noche seis mil guardias de asalto, enviados por mar desde Valencia, entraron en la ciudad y asumieron el control. El gobierno ordenó la entrega de todas las armas, excepto las de las fuerzas regulares, y durante los días siguientes se incautaron grandes cantidades de armas. Según la versión oficial, las bajas producidas desde el inicio de la lucha ascendieron a cuatrocientos muertos y unos mil heridos. Quizá la primera cifra sea exagerada, pero como no podemos verificarla, la tenemos que tomar por exacta.

En segundo lugar, por lo que se refiere a las consecuencias de la lucha, éstas son difíciles de estipular con certeza. No hay pruebas de que los disturbios hayan ejercido alguna influencia directa sobre el curso de la guerra, aunque es evidente que la habrían tenido de continuar unos pocos días más. El conflicto fue la excusa utilizada para que Valencia asumiera el control directo de Cataluña, para apresurar la eliminación de las milicias y para suprimir el

POUM, y sin duda también tuvo que ver con la caída del gobierno de Caballero. Pero podemos dar por hecho que tales cosas seguramente se habrían producido de todas maneras. La cuestión crucial es determinar si los trabajadores de la CNT ganaron o perdieron en esta ocasión saliendo a la calle y plantándole cara al gobierno y al PSUC. Es mera conjetura, pero opino que ganaron más de lo que perdieron. La toma de la Central Telefónica de Barcelona fue un incidente más en un largo proceso. Desde el año anterior se venía despojando gradualmente a los sindicatos de todo poder de control, mientras se tendía a implantar un régimen centralizado, orientado hacia un capitalismo de Estado o, posiblemente, a la reintroducción del capitalismo privado. El hecho de que a esa altura hubiera resistencia probablemente retardó el proceso. Un año después del comienzo de la guerra, los obreros catalanes habían perdido gran parte de su poder, pero seguían manteniendo una posición comparativamente favorable. Tal vez no habría sido así de haber evidenciado que estaban dispuestos a someterse ante cualquier provocación. Hay ocasiones en que resulta más provechoso luchar y salir derrotado que no ofrecer resistencia alguna.

En tercer lugar, ¿qué propósito se escondía —si es que se escondía alguno— tras el conflicto? ¿Fue una especie de golpe de Estado o una intentona revolucionaria? ¿Existía la intención decidida de derrocar el gobierno? ¿Había sido planeado con antelación?

Mi opinión es que la lucha fue planeada sólo en el sentido de que todo el mundo la esperaba. No hubo signo de un plan muy definido en ninguno de los dos bandos. Del lado anarquista, la acción fue sin duda espontánea, se trató de una reacción de las bases militantes. Los trabajadores salieron a la calle y sus dirigentes políticos los siguieron de

mala gana o no los siguieron en absoluto. Los únicos que todavía hablaban un lenguaje revolucionario eran Los Amigos de Durruti (un pequeño grupo extremista dentro de la FAI) y el POUM. Pero también ellos se limitaban a dejarse llevar y no a conducir. Los Amigos de Durruti distribuyeron un manifiesto de carácter revolucionario que no apareció hasta el 5 de mayo, por lo cual no puede decirse que hayan iniciado la lucha, comenzada dos días antes. Los dirigentes oficiales de la CNT por varias razones, quisieron evitar el conflicto desde el principio. En primer lugar, el hecho de que la CNT siguiera teniendo representantes en el gobierno y la Generalitat de Cataluña probaba que sus líderes eran más conservadores que sus seguidores. En segundo lugar, el principal objetivo de estos líderes consistía en lograr una alianza con la UGT; la lucha, inevitablemente, ampliaría la brecha entre ambas organizaciones, al menos por el momento. Y en tercer lugar —aunque esto, por lo general, se desconocía entonces—, los líderes anarquistas temían que, si las cosas iban más allá de cierto punto y los trabajadores tomaban posesión de la ciudad, como quizá estaban en condiciones de hacer el 5 de mayo, habría una intervención extranjera. Un crucero y dos destructores británicos se habían acercado al pueblo y, sin duda, no muy lejos había otros barcos de guerra. Los periódicos ingleses anunciaban que esos barcos se dirigían a Barcelona «para proteger los intereses británicos»; pero, en realidad, no tomaron ninguna medida tendente a ese propósito, no bajó a tierra ningún hombre ni subió a bordo ningún refugiado. No se puede saber con certeza, pero es al menos bastante probable que el gobierno británico, que no había movido un dedo para defender al gobierno español contra Franco, interviniera con bastante rapidez para salvarlo de su propia clase obrera.

Los dirigentes del POUM no se mantuvieron al margen de

este asunto, sino que de hecho alentaron a sus seguidores a permanecer en las barricadas e incluso dieron su aprobación (en La Batalla, 6 de mayo) al folleto extremista publicado por Los Amigos de Durruti. Existe gran incertidumbre con respecto a este folleto, del cual nadie parece ahora capaz de presentar una copia. En algunos periódicos extranjeros era calificado de «cartel incendiario» que había sido «pegado» por toda la ciudad. Lo cierto es que no hubo tal cartel. Contrastando las diferentes informaciones, yo diría que el escrito propugnaba: 1º) la formación de una junta revolucionaria; 2º) el fusilamiento de los responsables del ataque contra la Central Telefónica; 3º) el desarme de los guardias civiles. Existe también cierta incerteza en cuanto al grado de apoyo que La Batalla prestó a dicho folleto. Yo no vi ni el escrito ni La Batalla de esa fecha. La única octavilla que llegó a mis manos durante la lucha fue la distribuida el 4 de mayo por un pequeño grupo de trotskistas («bolcheviques—leninistas»), que decía solamente: «Todos a las barricadas. Huelga general en todas las industrias, excepto las industrias de guerra». En otras palabras: sólo pedía lo que ya estaba ocurriendo. Pero, en realidad, la actitud de los dirigentes del POUM fue vacilante. Nunca habían estado a favor de la insurrección mientras no se venciera a Franco: al ver que los trabajadores habían salido a la calle, optaron por la línea marxista bastante petulante, según la cual, cuando esto ocurre, es deber de los partidos revolucionarios apoyarlos. Por ende, a pesar de pronunciar frases revolucionarias acerca de «reavivar el espíritu del 19 de julio», hicieron todo lo posible para que la actitud de los trabajadores fuera únicamente defensiva. Por ejemplo, nunca ordenaron un ataque contra ningún edificio; se limitaron a recomendar a sus simpatizantes que se mantuvieran en guardia y, como ya dije en el capítulo 9, que no dispararan mientras pudieran evitarlo. La Batalla también publicó

instrucciones para que no se retiraran tropas del frente. Por lo que se puede estimar, la responsabilidad del POUM queda reducida a haber propiciado la resistencia en las barricadas y, probablemente, haber logrado que algunos permanecieran en ellas más tiempo del que se hubieran quedado por iniciativa propia. Quienes estuvieron en contacto personal con los dirigentes del POUM (entre los que no me incluyo), me dijeron que, en realidad, estaban consternados por este asunto, pero sentían que debían intervenir en él. Con posterioridad, desde luego, se intentó explotar el capital político de la forma habitual. Gorkin, uno de los líderes del POUM, llegó a hablar después incluso de «los gloriosos días de mayo». Desde un punto de vista propagandístico, ésta fue quizá la actitud acertada; el POUM aumentó el número de sus miembros durante el breve período previo a su disolución. Desde el punto de vista táctico, probablemente fue un error apoyar el folleto de Los Amigos de Durruti, organización muy pequeña y habitualmente hostil al POUM. Considerando la excitación general y lo que se decía en ambos bandos, el escrito no significaba en realidad mucho más que «permanezcan en las barricadas»; pero al parecer que le daban su apoyo, mientras que el periódico anarquista Solidaridad Obrera lo repudiaba, los dirigentes del PQUM facilitaron a la prensa comunista que luego pudiera afirmar que la lucha había sido una insurrección organizada únicamente por el POUM. En cualquier caso, podemos estar seguros de que la prensa comunista habría dicho lo mismo de todas maneras. Esta acusación no era nada comparada con las que se hicieron antes y después sobre bases mucho menos sólidas. Los dirigentes de la CNT no ganaron tampoco mucho con su actitud más cautelosa; fueron elogiados por su lealtad, pero fueron apartados del gobierno y de la Generalitat en cuanto se presentó la ocasión.

Era opinión corriente en esos momentos que ningún sector

tenía un propósito verdaderamente revolucionario.

Los hombres que estaban detrás de las barricadas eran obreros de la CNT y quizá algunos miembros de la UGT; no intentaban derrocar el gobierno, sino hacer frente a lo que consideraban, con motivo o sin él, un ataque de la policía. Su acción era en esencia defensiva, y dudo de que pueda definírsela, según hicieron casi todos los periódicos extranjeros, como un «levantamiento». Un levantamiento implica una acción agresiva y un plan trazado. Más exactamente se trató de una revuelta, de una revuelta muy sangrienta porque ambos bandos tenían armas de fuego en las manos y estaban dispuestos a emplearlas.

Pero ¿cuáles eran las intenciones del bando opuesto? Si no se trató de un golpe de Estado anarquista, ¿fue quizá un golpe de Estado comunista, un plan tendente a aplastar de un solo golpe el poder de la CNT?

No creo que lo fuera, aunque ciertos hechos podrían llevarnos a sospecharlo. Es significativo que algo muy semejante (la toma de la Central Telefónica por fuerzas policiales que actuaban obedeciendo órdenes de Barcelona) ocurriera en Tarragona dos días después. En Barcelona misma, el ataque a la Telefónica no constituyó un hecho aislado. En varios puntos estratégicos de la ciudad, grupos de guardias civiles y miembros del PSUC se apoderaron de edificios con sorprendente prontitud. Pero es necesario recordar que es— tos hechos ocurrían en España y no en Inglaterra. Barcelona es una ciudad con una larga historia de luchas callejeras. En ella, ante un conflicto de este tipo los hechos se suceden con rapidez, las facciones ya están organizadas, todos conocen la topografía política local y, cuando los fusiles comienzan a disparar, ocupan sus lugares casi como en un simulacro de incendio. Los responsables de la toma de la Telefónica esperaban, probablemente, dificultades, aunque no en el grado en que

se produjeron, y habían tomado las medidas pertinentes. No obstante, ello no significa que planearan un ataque general contra la CNT. Hay dos hechos que me inclinan a pensar que ninguno de los bandos estaba preparado para una lucha a gran escala.

Primero: Ninguna de las partes trajo con anticipación tropas a Barcelona. La lucha se produjo entre habitantes de la ciudad, principalmente entre trabajadores y policías.

Segundo: Los alimentos escasearon casi de inmediato. Quien haya luchado en España sabe que la única operación de guerra que los españoles realizan con verdadera eficacia es la de alimentar a sus tropas. Es muy improbable que, de contemplar alguno de los bandos la posibilidad de una o dos semanas de lucha callejera, además de la huelga general, no hubiera asegurado una buena reserva de alimentos.

Por último, abordemos la cuestión de quién tuvo o dejó de tener razón.

La prensa antifascista extranjera levantó una auténtica polvareda con este asunto, pero, como de costumbre, sólo se escuchó a una de las partes. A consecuencia de ello, la lucha de Barcelona se presentó como una insurrección de los desleales anarquistas y trotskistas que «apuñalaban al gobierno español por la espalda», y cosas por el estilo. Los sucesos no fueron tan simples. Sin duda, cuando se está en guerra, las luchas intestinas son perjudiciales, pero vale la pena recordar que se necesitan dos para que haya una pelea y que uno de los bandos no se pone a construir barricadas si no ha ocurrido algún acto que pueda considerarse una provocación.

Los incidentes comenzaron naturalmente con la orden del gobierno de que los anarquistas entregaran sus armas. En la prensa inglesa, esta orden fue traducida a términos

ingleses y adoptó la siguiente forma: que urgentemente se necesitaban armas en el frente de Aragón y era imposible enviarlas porque los anarquistas habían asumido la actitud poco patriótica de retenerlas. Expresarse en tales términos significa desconocer las condiciones que realmente existían en España. Nadie ignoraba que tanto los anarquistas como el PSUC tenían reservas de armas, y cuando estalló la lucha en Barcelona, resultó evidente que disponían de ellas en abundancia. Los anarquistas sabían muy bien que, aun cuando entregaran sus armas, el PSUC, principal poder político en Cataluña, conservaría las suyas. Esto es lo que precisamente ocurrió cuando concluyó la lucha. Mientras tanto, en las calles se veían grandes cantidades de armas que habrían sido muy útiles en el frente, pero las fuerzas policiales «no políticas» de la retaguardia las retenían para su uso. Y a esto había que añadir las diferencias irreconciliables entre anarquistas y comunistas que habían de conducir más tarde o más temprano, a un enfrentamiento. Desde el comienzo de la guerra, el Partido Comunista de España había crecido mucho y aumentado enormemente su poder político. Además, llegaban a España millares de comunistas extranjeros, muchos de los cuales expresaban sin disimulo la intención de «liquidar» el anarquismo en cuanto se ganara la guerra. En tales circunstancias, no podía esperarse que los anarquistas entregaran las armas de las que se habían apropiado en el verano de 1936.

La toma de la Central Telefónica fue simplemente la cerilla que encendió la mecha de una bomba ya preparada.

Quizá los responsables creyeron que no habría de originar mayores dificultades. Según se afirmaba, Companys, el presidente catalán, declaró riendo unos pocos días antes que los anarquistas se avendrían a cualquier cosa. Sin duda alguna fue una acción poco inteligente. Hacía meses que se

venían produciendo muchos choques armados entre comunistas y anarquistas en diversas zonas de España. La tensión en Cataluña (especialmente en Barcelona) ya había dado lugar a asesinatos y refriegas callejeras. De pronto circuló la noticia de que hombres armados atacaban los edificios tomados por los obreros en la lucha de julio y a los que atribuían una gran importancia sentimental. Debemos recordar que la población obrera no experimentaba ninguna simpatía por la Guardia Civil. Durante muchas generaciones, la guardia había sido simplemente un apéndice del terrateniente y el amo, y los guardias civiles eran objeto de un odio especial porque se sospechaba, con razón, que simpatizaban con los fascistas. Probablemente el impulso que sacó a los obreros a la calle durante las primeras horas fuera el mismo que los había llevado a resistir a los militares insurrectos al comienzo de la guerra. Desde luego, puede argumentarse que los obreros de la CNT deberían haber entregado la Central Telefónica sin protestas. En este caso, la opinión dependerá de la posición que se adopte frente a alternativas tales como gobierno centralizado o control por parte de la clase obrera. Más pertinente sería decir: «Sí, probablemente la CNT tenía razón. Pero, a fin de cuentas, estaban en guerra y no tenían por qué sostener una lucha en la retaguardia». Estoy completamente de acuerdo con esto. Cualquier desorden interno significaba una ayuda para Franco. Pero ¿qué fue en realidad lo que precipitó la lucha? El gobierno pudo o no tener derecho a ocupar la Telefónica; pero indudablemente, dadas las circunstancias, tal medida había de conducir a un enfrentamiento. Era una acción provocadora, un gesto que venía a decir y tal vez lo pretendía de verdad: «Vuestro poder se ha acabado, a partir de ahora nos hacemos nosotros cargo de él». Sensatamente no cabía esperar sino resistencia. Guardando el sentido de la proporción, debe comprenderse que la culpa no podía

recaer por lo tanto sólo en uno de los bandos. Si se difundió una versión unilateral fue simplemente porque los revolucionarios españoles no tenían ningún apoyo en la prensa extranjera. Particularmente en los periódicos ingleses era necesario buscar mucho antes de encontrar, en cualquier período de la guerra, alguna referencia favorable a los anarquistas. Fueron sistemáticamente denigrados y, como sé por propia experiencia, es casi imposible conseguir que alguien imprima algo en su defensa.

He tratado de escribir objetivamente sobre la lucha de Barcelona, aunque, como es evidente, nadie puede ser por completo objetivo ante un acontecimiento de esta naturaleza. Prácticamente se está obligado a tomar partido, y debe resultar bastante claro de qué lado estoy yo. Además, posiblemente he cometido algunos errores inevitables en la descripción de los hechos, no sólo aquí, sino en otras partes de esta narración. Resulta muy difícil ser exacto con respecto a la guerra española, debido a la falta de documentos no propagandísticos. Prevengo a todos contra mi parcialidad y contra mis errores. No obstante, he hecho lo posible por ser honesto. Se verá que mi relato difiere completamente de los publicados por la prensa extranjera, en especial la comunista. Es necesario examinar la versión comunista, pues fue difundida en todo el mundo, se repite con breves intervalos y es, quizá, la más ampliamente aceptada.

En la prensa comunista y procomunista se atribuyó al POUM toda la responsabilidad de la lucha de Barcelona. Se presentó el hecho no como un estallido espontáneo, sino como una insurrección contra el gobierno, planeada y organizada por el POUM con la ayuda de unos pocos «incontrolados» equivocados. Más aún, fue un complot decididamente fascista, llevado a cabo siguiendo órdenes fascistas, con el propósito de iniciar una guerra civil en la

retaguardia y paralizar así el gobierno. El POUM era la «quinta columna de Franco», una organización «trotskista» que trabajaba en alianza con los fascistas. En el Daily Worker del 11 de mayo se publicó lo siguiente:

Los agentes alemanes e italianos, que ostensiblemente se volcaron en Barcelona para «preparar el notorio «Congreso de la Cuarta Internacional», tenían una importante tarea que cumplir. En colaboración con los trotskistas locales, debían crear un estado de desorden y violencia que permitiera a los alemanes e italianos declarar que eran «incapaces de ejercer el control naval efectivo de las costas catalanas, debido al desorden dominante en Barcelona» y que, por lo tanto, se veían «obligados a desembarcar tropas» en Barcelona.

En otras palabras, lo que se preparaba era una situación en la cual los gobiernos alemán e italiano pudieran desembarcar abiertamente sus tropas en las costas catalanas, arguyendo que lo hacían «a fin de mantener el orden»... El instrumento para esto ya estaba preparado para alemanes e italianos bajo la forma de la organización trotskista conocida como POUM.

El POUM, actuando en colaboración con elementos criminales bien conocidos, y con otras personas engañadas de las organizaciones anarquistas, preparó y dirigió el ataque en la retaguardia, de forma tal que coincidiera exactamente con el ataque en el frente de Bilbao, etcétera, etcétera.

En otra parte del artículo, la lucha de Barcelona se convierte en «el ataque del POUM», y en otro artículo de la ‘misma fecha se afirma que «no cabe duda de que el POUM es responsable del derramamiento de sangre en Cataluña».

Inprecor del 29 de mayo afirma que quienes levantaron las

barricadas en Barcelona fueron «únicamente miembros del POUM organizados por ese partido con tal propósito».

Podría continuar con muchas más citas, pero éstas ya son suficientemente clarificadoras. El POUM era totalmente responsable y actuaba bajo órdenes fascistas. Más adelante citaré algunos fragmentos más de las informaciones que aparecieron en la prensa comunista; se verá que son tan contradictorias que carecen por completo de valor. Antes conviene señalar varias razones por las cuales esta versión de la lucha de mayo como un levantamiento fascista organizado por el POUM resulta algo más que increíble.

Primero: El POUM no tenía bastantes miembros o suficiente influencia como para provocar disturbios de tal magnitud; más aún, no contaba con el poder necesario para organizar una huelga general. Era un partido político sin demasiado arraigo en los sindicatos y hubiera sido tan incapaz de desencadenar una huelga en toda Barcelona como, por ejemplo, el Partido Comunista inglés de llamar a una huelga general a todo Glasgow. Como dije antes, la actitud de los dirigentes del POUM puede haber ayudado a prolongar la lucha, pero no hubiera bastado para originarla, ni aun en el caso de haberlo deseado.

Segundo: El supuesto complot fascista descansa sobre meras afirmaciones, mientras que todas las pruebas apuntan en dirección opuesta. Se nos dice que el plan pretendía que los gobiernos alemán e italiano desembarcaran tropas en Cataluña, pero ningún barco con tropas alemanas o italianas se acercó a la costa. El «Congreso de la Cuarta Internacional» y los «agentes alemanes e italianos» son un mito. Por lo que sé, ni siquiera se había hablado de un Congreso de la Cuarta Internacional. Se había planeado vagamente un congreso del POUM y sus partidos hermanos (el ILP inglés, la SAP alemana y otros), y fijado como fecha aproximada julio, dos meses después,

pero aún no había llegado un solo delegado. Los «agentes alemanes e italianos» no existen fuera de las páginas del Daily Worker. Quien haya cruzado la frontera en esa época sabe que no era tan fácil «volcarse» en España o fuera de ella.

Tercero: Nada ocurrió en Lérida, principal baluarte del POUM, ni en el frente. Resulta evidente que, si los dirigentes del POUM hubieran deseado ayudar a los fascistas, habrían ordenado a sus milicias retirarse y abrir paso a los franquistas. Nada de eso ocurrió ni fue sugerido. Tampoco se trajeron hombres del frente, aunque habría resultado fácil hacer venir a Barcelona unos mil o dos mil hombres con diversos pretextos. Además, no hubo ningún intento de sabotaje ni siquiera indirecto en la línea de fuego. El transporte de alimentos y municiones continuó como de costumbre; yo mismo lo verifiqué más tarde. Un levantamiento planeado del tipo sugerido habría necesitado meses de preparación, propaganda subversiva en la milicia, etcétera Pero no hubo signos o rumores de tales cosas. El hecho de que la milicia del frente no desempeñara papel alguno en el «levantamiento» es decisivo. Si el POUM realmente planeaba un golpe de Estado, es inconcebible que no utilizara los diez mil hombres armados que constituían su única fuerza.

Por todo esto, resulta claro que la tesis comunista de un «levantamiento» bajo órdenes fascistas carece de toda base. Agregaré unos pocos fragmentos tomados de la prensa comunista. Las informaciones comunistas sobre el incidente inicial, el ataque a la Central Telefónica, resultan esclarecedoras: no concuerdan en ningún punto excepto en echarle la culpa al otro bando. Puede observarse que en los periódicos comunistas ingleses la responsabilidad es atribuida primero a los anarquistas y sólo posteriormente al POUM. Esto se explica seguramente por un motivo

evidente: no todo el mundo en Inglaterra había oído hablar de «trotskismo», mientras que toda persona de habla inglesa tiembla al oír la palabra «anarquista». Basta decir una sola vez que los «anarquistas» están implicados para crear la atmósfera de prejuicio deseada; después ya puede transferir— se la responsabilidad a los «trotskistas», sin correr riesgo alguno. Un artículo en el Daily Worker del 6 de mayo comienza así:

El lunes y el martes un pequeño grupo de anarquistas ocupó e intentó retener las centrales de teléfonos y telégrafos, y abrió fuego sobre la calle.

No hay como empezar con una inversión de los papeles. Los guardias civiles atacan un edificio controlado por la CNT; en consecuencia, la CNT aparece atacando su propio edificio, es decir, atacándose a si misma. El mismo Daily Worker del 11 de mayo afirma:

El ministro izquierdista catalán de Seguridad Pública, Ayguadé, y el comisario general de Orden Público, el socialista unificado Rodríguez Sala, enviaron a la policía republicana a la Central Telefónica para desarmar a sus empleados, la mayoría de los cuales pertenecen a los sindicatos de la CNT.

Esto no parece concordar con la primera afirmación; no obstante, el Daily Worker no admite que la primera noticia fuera errónea. El Daily Worker del 11 de mayo expresa que los folletos de Los Amigos de Durruti, que fueron desaprobados por la CNT, aparecieron el 4 y el 5 de mayo, durante la lucha. Inprecor del 22 de mayo afirma que aparecieron el día 3, antes de la lucha, y agrega que «en vista de tales hechos» (la aparición de varios folletos): Fuerzas mandadas personalmente por el jefe de policía ocuparon la Central Telefónica en la tarde del 3 de mayo. Se hicieron disparos contra la policía cuando ésta procedía

a cumplir con su deber. Ésa fue la señal para que los provocadores empezaran tiroteos en toda la ciudad.

Y en el Inprecor del 29 de mayo se dice:

A las tres de la tarde, el comisario de Orden Público, camarada Sala, se dirigió a la Central Telefónica, que la noche anterior había sido ocupada por cincuenta miembros del POUM y diversos elementos incontrolados.

Esto resulta bastante curioso. La ocupación de la Central Telefónica por cincuenta miembros del POUM se podría considerar una circunstancia bastante llamativa, y necesariamente alguien hubiera tomado nota de ella en ese mismo momento. Sin embargo, parece que no se descubrió hasta tres o cuatro semanas más tarde. En otra edición de Inprecor, los cincuenta miembros del POUM se convierten en cincuenta milicianos del POUM. Sería difícil reunir más contradicciones que las contenidas en estos breves pasajes. Primero, la CNT ataca la Central Telefónica, luego son fuerzas suyas las atacadas allí; un folleto aparece antes de la toma de la Central Telefónica y provoca esa medida y, alternativamente, aparece después y constituye su resultado; los ocupantes de la Central Telefónica son, por turnos, miembros de la CNT y miembros del POUM, y así sucesivamente. En una edición posterior del Daily Worker (3 de junio), J.R. Campbell nos informa de que el gobierno tomó la Central Telefónica porque ya se habían levantado barricadas.

Por razones de espacio sólo he considerado las informaciones relativas a un hecho, pero idénticas contradicciones aparecen en todos los relatos de la prensa comunista. Además, hay varias afirmaciones que son a todas luces meras invenciones. Tomemos, por ejemplo, algo citado por el Daily Worker (7 de mayo) y atribuido a la Embajada española en París:

Un rasgo significativo del levantamiento fue que la vieja bandera monárquica flameó en los balcones de varias casas barcelonesas, sin duda al pensar que los que tomaban parte en lá insurrección se habían hecho dueños de la situación.

Es probable que el Daily Worker haya publicado esta noticia de buena fe, pero los responsables de ella en la Embajada española mintieron deliberadamente. Cualquier español comprendería lo absurdo de tal afirmación. ¡Una bandera monárquica en Barcelona! Es lo único que, en un segundo, hubiera podido lograr la unión de todas las facciones en conflicto. Ni los comunistas pudieron evitar una sonrisa al leer esta información. Pasa lo mismo con las informaciones publicadas en los diversos periódicos comunistas acerca de las armas que el POUM utilizó durante el «levantamiento». Éstas sólo resultarían verosímiles si se ignoraran por completo los hechos. En el Daily Worker del 17 de mayo, Mr. Frank Pitcairn manifiesta: Se valieron de toda clase de armas para el desafuero. Tenían las armas que sus hombres habían ido robando durante meses y que mantenían ocultas; y tenían hasta tanques, robados de los cuarteles al iniciarse el levantamiento. Resulta evidente que docenas de ametralladoras y varios miles de fusiles siguen estando en sus manos.

Imprecor del 29 de mayo también afirma:

El 3 de mayo, el POUM tenía a su disposición varias docenas de ametralladoras y miles de fusiles... En la Plaza de España los trotskistas utilizaron cañones de 75 milímetros destinados al frente de Aragón y que la milicia había ocultado cuidadosamente en sus locales.

Pitcairn no nos dice por qué se tornó evidente que el POUM poseyera docenas de ametralladoras y varios miles de fusiles. En páginas anteriores me he referido a las armas con que se contaba en tres de los principales edificios del

POUM: unos ochenta fusiles, unas pocas granadas, ninguna ametralladora; es decir, únicamente las armas indispensables para los guardias armados que en esa época todos los partidos políticos tenían en sus edificios. Resulta extraño que más tarde, cuando el POUM fue suprimido y todos sus edificios ocupados, estas «miles de armas» no salieron a la luz; ni siquiera los tanques y cañones que no pueden ser fácilmente escondidos en la chimenea. Lo más revelador de ambas declaraciones es la completa ignorancia que demuestran acerca de las circunstancias locales. Según Pitcairn, el POUM robó tanques «de los cuarteles». No nos dice de qué cuarteles. Los milicianos del POUM que estaban en Barcelona (y que ya eran comparativamente pocos, pues el reclutamiento directo destinado a las milicias partidistas había cesado) compartían los Cuarteles Lenin con tropas considerablemente más numerosas del Ejército Popular. Por lo tanto, Pitcairn nos pide que creamos que el POUM robó tanques en complicidad con el Ejército Popular. Lo mismo ocurre con los «locales» donde se ocultaban los cañones de 75 milímetros. No se dice dónde se encontraban esos locales. Las baterías de cañones que disparaban sobre la Plaza de España son mencionadas en muchos artículos periodísticos, pero creo poder afirmar con certeza que jamás existieron. Como ya se. ñalé, durante la lucha no oí fuego de artillería, aunque la Plaza de España quedaba sólo a unos dos kilómetros de distancia. Pocos días más tarde, estuve examinando la plaza y en ningún edificio vi rastros de fuego de artillería. Y un testigo que estuvo en las inmediaciones durante toda la lucha declara que nunca aparecieron cañones. (La historia de los cañones robados puede haber tenido su origen en Antonov Ovseenko, cónsul general ruso, que se la relató a un conocido periodista inglés, quien más tarde la repitió de buena fe a un semanario. Antonov Ovseenko fue luego objeto de una «purga». No sé hasta qué punto esto afecta a

su credibilidad.) Desde luego, esas historias sobre tanques, cañones y ametralladoras fueron inventadas porque sin ellas resulta difícil conciliar la envergadura de la lucha de Barcelona con el escaso número de miembros del POUM. Querían señalar al POUM como único responsable de la lucha, y al mismo tiempo les era necesario presentarlo como un partido insignificante, que no contaba con mayor apoyo y «constituido sólo por unos pocos miles de miembros», según Inprecor. La única manera de evitar la contradicción de ambas afirmaciones era proclamar que el POUM contaba con todas las armas de un ejército moderno mecanizado.

Es imposible leer las informaciones de la prensa comunista sin darse cuenta de que están destinadas, conscientemente, a un público que ignora los hechos, y de que tienen como único fin despertar prejuicios. Ejemplo de ello es la afirmación que hace Pitcairn en el *Daily Worker* del 11 de mayo en el sentido de que el «levantamiento» fue sofocado por el Ejército Popular. Se trata de dar la impresión de que toda Cataluña estaba unida contra los «trotskistas». En realidad, el Ejército Popular permaneció neutral durante la lucha; en Barcelona todo el mundo lo sabía, y resulta difícil creer que Pitcairn lo ignorara. Otro ejemplo: la prensa comunista abultó las cifras de muertos y heridos, a fin de exagerar la intensidad de los disturbios. Díaz, secretario general del Partido Comunista de España, ampliamente citado por la prensa comunista, declaró que había novecientos muertos y dos mil quinientos heridos. El ministro de Propaganda catalán, que sin duda no tendía de ningún modo a subestimar los hechos, habló de cuatrocientos muertos y mil heridos. El Partido Comunista duplica la apuesta y agrega unos cientos más para probar fortuna.

Los periódicos capitalistas foráneos responsabilizan en general a los anarquistas, pero hubo unos pocos que

siguieron la línea comunista. Uno de ellos fue el News Chronicle, cuyo corresponsal, John Landgon—Davies, se encontraba en Barcelona por esa época. Cito fragmentos de su artículo:

UNA REVUELTA TROTSKISTA

No se trata de un levantamiento anarquista. Es un putsch frustrado del POUM «trotskista», que opera a través de sus organizaciones controladas. «Los Amigos de Durruti» y Juventudes Libertarias... La tragedia comenzó el lunes por la tarde, cuando el gobierno envió policías armados a la Central Telefónica para desarmar a los obreros que la ocupaban y que en su mayoría pertenecían a la CNT. Graves irregularidades en el servicio habían constituido motivo de escándalo hacía ya algún tiempo. Una gran muchedumbre se reunió frente a la Central, en la Plaza de Cataluña, mientras los hombres de la CNT resistían, retirándose piso por piso hasta la azotea del edificio... El incidente fue muy oscuro, pero corrió el rumor de que el gobierno había iniciado un ataque contra los anarquistas. Las calles se llenaron de hombres armados... Al caer la noche, todo centro obrero y todo edificio gubernamental tenía barricadas, y a las diez se oyeron las primeras detonaciones y las primeras ambulancias recorrieron las calles haciendo sonar sus sirenas. Al amanecer el tiroteo se había extendido por toda Barcelona... A medida que avanzaba el día y cuando los muertos superaban el centenar podía comenzarse a hacer conjeturas sobre lo que ocurría. La CNT anarquista y la UGT socialista técnicamente no habían «salido a la calle». Permanecían detrás de las barricadas, aguardaban alertas, asignándose el derecho de disparar contra toda persona armada que transitara por la calle... (los) enfrentamientos generalizados se veían invariablemente agravados por los pacos —hombres solitarios, ocultos, por lo general fascistas, que disparaban

desde los terrados contra cualquier blanco, y hacían todo lo posible por aumentar el pánico general—.

El miércoles por la noche, sin embargo, comenzó a verse claramente quiénes estaban detrás de la revuelta. Todas las paredes fueron cubiertas por un cartel incendiario que exigía una revolución inmediata y el fusilamiento de los dirigentes republicanos y socialistas. Estaba firmado por Los Amigos de Durruti. El jueves por la mañana, el periódico anarquista negó todo conocimiento y toda coincidencia con el mismo, pero La Batalla, el periódico del POUM, publicó el documento con grandes elogios. Barcelona, la primera ciudad de España, se veía sumida en un baño de sangre por culpa de agentes provocadores que utilizaban esta organización subversiva. Esta versión no concuerda del todo con las comunistas ya citadas, pero como se puede observar resulta ya en sí misma contradictoria. En primer lugar se define la lucha como «una revuelta trotskista», luego se afirma que tuvo origen en un ataque contra la Central Telefónica y que el gobierno se ‘disponía a atacar a los anarquistas. Se presenta a la ciudad cubierta de barricadas y se afirma que tanto la CNT como la UGT se encontraban detrás de ellas; se dice que el cartel incendiario (en realidad era un folleto) apareció dos días después, y se declara de modo implícito que ése fue el origen de todos los disturbios: el efecto precede a la causa. Hay un detalle que constituye un error muy serio. Langdon—Davies describe a Los Amigos de Durruti y a las Juventudes Libertarias como «organizaciones controladas» por el POUM. Ambas eran organizaciones anarquistas y carecían de todo contacto con el POUM. Las Juventudes Libertarias eran la liga juvenil de los anarquistas, equivalente a la JSU del PSUC. Los Amigos de Durruti constituían una pequeña organización dentro de la FAI, y su actitud general era violentamente hostil hacia el POUM. Por lo que pude descubrir, nadie pertenecía a ambas

organizaciones a la vez. Sería lo mismo que afirmar que la Liga Socialista es una «organización controlada» por el Partido Liberal inglés. ¿No lo sabía Langdon—Davies? En tal caso, tendría que haber escrito con mayor cautela sobre asunto tan complejo.

No ataco la buena fe de Langdon—Davies, pero él mismo admite que abandonó Barcelona en cuanto terminó la lucha, es decir cuando podría haber realizado alguna averiguación seria. En todo su relato hay señales evidentes de que aceptó, sin una verificación adecuada, la versión oficial de una «revuelta trotskista». Ello resulta obvio incluso en el fragmento citado. «Al anochecer» se levantan las barricadas y «a las diez» se oyen los primeros disparos. Estas no son las palabras de un testigo presencial. De su afirmación podría deducirse que es habitual aguardar a que el enemigo construya una barricada para atacarlo. Así se da la impresión de que transcurrieron algunas horas entre la construcción de las barricadas y los primeros disparos; desde luego, las cosas se produjeron a la inversa. Yo y muchos otros oímos los primeros disparos durante las primeras horas de la tarde. Además, se habla de hombres solitarios, «por lo general fascistas», que disparan desde los terrados. Langdon—Davies no explica cómo supo que estos hombres eran fascistas. No es probable que haya subido a los terrados para interrogarlos. Se limita a repetir lo que se le ha dicho y no pone en duda lo que concuerda con la versión oficial. Descubre la fuente probable de gran parte de su información con una imprudente referencia al ministro de Propaganda al comienzo del artículo. Los periodistas extranjeros en España dependían para sus informaciones de este ministro; por lo que hubiera sido de esperar que el nombre mismo de ese Ministerio bastara como advertencia. El ministro de Propaganda tenía, desde luego, tantas probabilidades de dar un informe objetivo de los disturbios de Barcelona como, por ejemplo, el difunto

lord Carson de dar un informe objetivo sobre el levantamiento de Dublín en 1916.

He expuesto los motivos que me llevan a afirmar que la versión comunista de la lucha de Barcelona no puede ser tomada en serio: debo agregar algo acerca de la acusación de que el POUM era una organización fascista pagada por Franco y Hitler.

Esta acusación fue repetida una y otra vez por la prensa comunista, sobre todo desde principios de 1937. Formaba parte de la actitud oficial y universal del Partido Comunista contra el «trotskismo», cuyo representante en España era supuestamente el POUM. El «trotskismo», según Frente Rojo (el periódico comunista de Valencia), «no es una doctrina política. El trotskismo es una organización capitalista oficial, una banda terrorista fascista dedicada al crimen y al sabotaje contra el pueblo». El POUM era una organización «trotskista» aliada de los fascistas y parte de la «quinta columna de Franco». Resultó evidente desde el comienzo que nadie podría aportar pruebas para sustentar esa acusación; todos se limitaban a repetirla con aire de seguridad. El ataque fue acompañado del máximo de calumnia personal y con total irresponsabilidad en cuanto a los efectos que pudiera tener sobre la guerra. Empeñados en la tarea de denigrar al POUM, muchos periodistas comunistas parecen haber considerado insignificante la revelación de secretos militares. En un ejemplar de febrero del Daily Worker, por ejemplo, Winifred Bates manifestaba que el POUM sólo tenía en el frente la mitad de las tropas que afirmaba tener. Ello no era cierto, pero probablemente el autor así lo consideraba. Por lo tanto, Bates y el Daily Worker entregaron al enemigo una de las informaciones más importantes que pueden revelarse a través de las columnas de un periódico. En un momento en que las tropas del POUM sufrían serias pérdidas y muchos

de mis amigos personales morían o caían heridos, Ralph Bates afirmaba en el *New Republic* que las tropas del POUM estaban «jugando al fútbol con los fascistas en la tierra de nadie». Una caricatura maligna circuló ampliamente, primero en Madrid y luego en Barcelona; se representaba al POUM arrancándose una máscara que ostentaba la hoz y el martillo y descubriendo un rostro con la cruz gamada. Si el gobierno no hubiera estado virtualmente bajo control comunista, jamás habría permitido que algo semejante circulara en plena contienda. Era un golpe deliberado a la moral de guerra, no sólo de la milicia del POUM, sino de todo aquel que estuviera cerca, pues no resulta alentador saber que las tropas vecinas son traidoras. Dudo que las calumnias acumuladas desde la retaguardia sobre la milicia del POUM tuvieran algún efecto desmoralizador real, pero eso era ciertamente lo que pretendían, y hacen suponer que, para los responsables de esta campaña, el resentimiento político importaba más que la unidad antifascista.

Se acusaba al POUM, un partido integrado por docenas de miles de personas, en su mayoría de la clase obrera, numerosos colaboradores y simpatizantes extranjeros, muchos de ellos refugiados de los países fascistas, y con miles de milicianos nada menos que de ser una vasta organización de espionaje al servicio del fascismo. Tal acusación se oponía al sentido común, y la historia del POUM bastaba para tornarla inverosímil. Todos los dirigentes del POUM tenían un historial revolucionario meritorio. Algunos de ellos habían intervenido en la revuelta de 1934 y la mayoría habían sido encarcelados por actividades socialistas bajo el gobierno de Lerroux o la monarquía. En 1936, el dirigente Joaquín Maurín fue uno de los diputados que puso sobre aviso a las Cortes sobre el inminente levantamiento de Franco. Algún tiempo después, ya en plena lucha, fue tomado prisionero por los

fascistas mientras trataba de organizar la resistencia en la retaguardia franquista. Al estallar la guerra, el POUM desempeñó un papel destacado en la resistencia. Muchos de sus miembros murieron en la lucha callejera, sobre todo en Madrid. Fue una de las primeras organizaciones que formó columnas de milicias en Cataluña y en Madrid. Resulta casi imposible explicar estas acciones como la actividad de un partido a sueldo de los fascistas. Un partido a sueldo de los fascistas simplemente se hubiera unido al otro bando.

Tampoco hubo signos de actividades profascistas durante la guerra. Podrá argumentarse (aunque en última instancia tampoco estoy de acuerdo con ello) que el POUM, al presionar en favor de una política más revolucionaria, dividió las fuerzas gubernamentales y ayudó así a los fascistas. Creo que sería normal que cualquier gobierno de tipo reformista considerara una molestia a un partido como el POUM, pero se trata de algo muy distinto de la traición. Si el POUM era realmente una organización fascista, no hay manera de explicar por qué su milicia permaneció leal. Ocho o diez mil hombres controlaron sectores importantes del frente durante el atroz invierno de 1936—1937. Muchos de ellos estuvieron en las trincheras durante cuatro o cinco meses seguidos. Es difícil comprender por qué no abandonaron simplemente sus posiciones o se pasaron al enemigo. Siempre estuvieron en condiciones de hacerlo y, en más de una oportunidad, tal decisión pudo haber sido decisiva. No obstante, siguieron luchando y poco después de que el POUM desapareciera como partido político, cuando el hecho todavía estaba fresco en la memoria de todos, sus milicias —aún no redistribuidas en el Ejército Popular— tomaron parte en el sangriento ataque contra el este de Huesca donde siete mil hombres murieron en un par de días. Por lo menos cabría haber esperado cierta fraternización con el enemigo y una corriente constante de

desertores. Como señalé con anterioridad, el número de deserciones fue excepcionalmente bajo. También cabría haber esperado propaganda profascista, «derrotismo». No hubo ni atisbos de ello. Posiblemente hubo espías fascistas y agentes provocadores en el POUM; existen en todos los partidos de izquierda, pero no hay pruebas de que fueran allí más numerosos que en cualquier otro.

Es verdad que en algunos de sus ataques la prensa comunista concedió, de mala gana, que sólo los dirigentes del POUM estaban a sueldo de los fascistas y no la base. Esto era un fútil intento de separar a los seguidores de sus dirigentes. La naturaleza de la acusación implicaba que los miembros normales, los milicianos y demás, participaban del complot, pues era obvio que si Nin, Gorkin y otros estaban realmente a sueldo de los fascistas, más probablemente lo sabrían sus seguidores, en estrecho contacto con ellos, que los periodistas de París, Londres o Nueva York. De cualquier manera, cuando el POUM fue disuelto, la policía secreta controlada por los comunistas actuó como si todos fueran igualmente culpables y arrestó a todas las personas vinculadas al POUM que cayeron en sus manos, incluyendo a heridos, enfermeras de hospitales, esposas de miembros del partido y, en algunos casos, incluso a niños.

Finalmente, el 15—16 de junio, el POUM fue disuelto y declarado ilegal. Éste fue uno de los primeros actos del gobierno de Negrín que subió al poder en mayo. Tras el encarcelamiento del Comité Ejecutivo del POUM, la prensa comunista publicó lo que pretendía ser el descubrimiento de un inmenso complot fascista. Durante un tiempo, la prensa comunista de todo el mundo echaba chispas con artículos similares a éste (*Daily Worker*, 21 de junio, resumen de varios periódicos comunistas españoles):

TROTSKISTAS ESPAÑOLES CONSPIRAN A FAVOR

DE FRANCO

Como resultado del arresto de un gran número de trotskistas destacados en Barcelona y otras ciudades... se han puesto al descubierto durante el fin de semana detalles de uno de los más detestables actos de espionaje que se hayan conocido jamás en tiempos de guerra, y de la más horrenda traición trotskista nunca revelada... Documentos en poder de la policía, junto con la confesión detallada de no menos de doscientos arrestados, demuestran, etcétera, etcétera.

Lo que tales revelaciones «demostraban» era que los dirigentes del POUM transmitían por radio secretos militares a Franco, estaban en contacto con Berlín y actuaban en colaboración con la organización fascista secreta de Madrid. Además, se consignaban sensacionales detalles sobre mensajes secretos en tinta invisible, un documento misterioso firmado con la letra N (por Nin) y otras «cosas» por el estilo.

El resultado final fue éste: seis meses después de los acontecimientos, mientras escribo estas líneas, la mayoría de los dirigentes del POUM siguen en la cárcel, aunque no han sido sometidos a juicio, y nunca se han formulado oficialmente los cargos de haberse comunicado con Franco por radio, etcétera. De haber sido realmente culpables de espionaje, se los habría juzgado y fusilado en una semana, como ocurrió antes con tantos espías fascistas. Ninguna clase de prueba fue presentada jamás, exceptuando las afirmaciones no fundamentadas de la prensa comunista. Las doscientas «confesiones detalladas», de haber existido, habrían bastado para condenar a cualquiera; pero nunca volvieron a ser mencionadas porque no fueron sino doscientos inventos de alguna imaginación siniestra.

Además, casi todos los miembros del gobierno español han negado las acusaciones contra el POUM. Hace poco, el

gabinete decidió, por cinco votos contra dos, poner en libertad a los prisioneros políticos antifascistas; los dos votos en contra correspondían a los ministros comunistas. En agosto, una delegación encabezada por James Maxton, miembro del Parlamento inglés, viajó a España para investigar los cargos contra el POUM y la desaparición de Andrés Nin. Prieto, ministro de Defensa Nacional; Irujo, ministro de Justicia; Zugazagoitia, ministro del Interior; Ortega y Gasset, procurador general; Prat García y otros rechazaron cualquier sospecha de culpabilidad por espionaje respecto a los dirigentes del POUM. Irujo añadió que, habiendo examinado el expediente relativo al caso, opinaba que ninguna de las llamadas pruebas podría soportar un examen y que el documento que se atribuía a Nin «carecía de valor», es decir, era falsificado. Prieto consideró a los líderes del POUM responsables de las luchas de mayo en Barcelona, pero desechó la idea de que fueran espías fascistas. «Lo más grave —agregó— es que el arresto de los dirigentes del POUM no fue decidido por el gobierno; la policía lo llevó a cabo por su cuenta. Los responsables no son los altos funcionarios policiales, sino su entorno, en el que se han infiltrado los comunistas, según sus métodos habituales». Citó otros casos de arrestos policiales ilegales. Asimismo, Irujo declaró que la policía se había tornado «casi independiente» y estaba de hecho bajo el control de elementos comunistas foráneos. Prieto insinuó bastante claramente a la delegación que el gobierno no podía darse el lujo de ofender al Partido Comunista mientras los rusos enviaran armas. Cuando otra delegación, encabezada por John McGovern, miembro del Parlamento, llegó a España en diciembre, recogió manifestaciones casi idénticas, y Zugazagoitia, ministro del interior, repitió la insinuación de Prieto en términos aún más claros: «Recibimos ayuda de Rusia y hemos tenido que permitir ciertos actos con los que no estábamos de

acuerdo». Como ejemplo de la autonomía policial, resulta interesante señalar que una orden firmada por el director de Prisiones y por el ministro de Justicia no bastó para que McGovern y sus compañeros pudieran entrar en las «cárceles secretas» que el Partido Comunista tenía en Barcelona.

Creo que lo dicho basta. La acusación de espionaje contra el POUM se basaba tan sólo en artículos de la prensa comunista y en procedimientos de la policía secreta controlada por los comunistas. Los líderes del POUM y centenares o miles de sus seguidores están aún en la cárcel, y la prensa comunista sigue clamando por la ejecución de los «traidores». Pero Negrín y los demás no se han dejado doblegar y se han negado a permitir una masacre a gran escala de «trotskistas». Considerando la presión que se viene ejerciendo sobre ellos, es muy meritorio que no hayan cedido. Entretanto y teniendo en cuenta lo que acabo de citar, resulta muy difícil creer que el POUM fuera realmente una organización de espionaje fascista, a menos que se acepte que Maxton, McGovern, Prieto, Irujo, Zugazagoitia y el resto están también a sueldo de los fascistas.

Para acabar, me referiré a la acusación de «trotskista» que se formula contra el POUM. «Trotskista» es un término utilizado de forma tal que resulta sumamente equívoco; a menudo se emplea para confundir. Vale la pena, por lo tanto, detenerse a definirlo. La palabra «trotskista» se emplea para designar a:

- 1) Alguien que, como Trotsky, propugna la «revolución mundial», en contraposición con el «socialismo en un solo país». Menos estrictamente, un revolucionario extremista.
- 2) Un miembro de la organización encabezada por Trotsky.

3) Un fascista que simula ser revolucionario, que en la URSS basa su acción especialmente en el sabotaje y, en general, actúa dividiendo y socavando las fuerzas de izquierda.

En la primera acepción es probable que pueda calificarse de trotskista al POUM, así como también al ILP inglés, a la SAP alemana o a los socialistas de izquierda franceses. Pero el POUM no tenía contacto alguno con Trotsky ni con la organización trotskista (bolchevique—leninista). Cuando estalló la guerra, los trotskistas extranjeros que llegaron a España (unos quince o veinte) trabajaron al principio para el POUM, a causa de que la ideología de este partido era la que más se aproximaba a su propio punto de vista, pero no se afiliaron a él; más tarde, Trotsky ordenó a sus seguidores que atacaran la política del POUM, y los trotskistas fueron alejados de los cargos del partido, si bien unos pocos permanecieron en la milicia. Nin, jefe del POUM después de la captura de Maurín por los fascistas, fue en su tiempo secretario de Trotsky, pero se había distanciado de él hacía ya años y había formado el POUM mediante la amalgama de diversos núcleos comunistas de oposición y sobre la base del ya existente Bloque Obrero y Campesino. La vinculación de Nin con Trotsky fue utilizada por la prensa comunista para demostrar que el POUM era trotskista. Mediante idénticos argumentos podría demostrarse que el Partido Comunista inglés es una organización fascista, pues John Strachey estuvo alguna vez vinculado con sir Oswald Mosley.

En la segunda acepción, la única definición exacta de la palabra, el POUM sin duda no era trotskista. Importa establecer esta distinción, pues la mayoría de los comunistas da por sentado que un trotskista en esta acepción lo es también en la tercera, es decir, que la organización trotskista no es más que una maquinaria de espionaje

fascista. El «trotskismo» fue conocido por el público en la época de los juicios rusos por sabotaje, y llamar a un hombre trotskista equivale prácticamente a llamarlo asesino, agente provocador, etcétera. Al mismo tiempo, quien critique la política comunista desde un punto de vista izquierdista corre el riesgo de ser denunciado como trotskista. ¿Se afirma entonces que todo aquel que profese un extremismo revolucionario está a sueldo de los fascistas?

En la práctica esto está sujeto a las conveniencias locales. Cuando Maxton viajó a España con la delegación mencionada, Verdad, Frente Rojo y otros periódicos comunistas españoles lo denunciaron de inmediato como un «fascista— trotskista», espía de la Gestapo y cosas así. Sin embargo, los comunistas ingleses se cuidaron muy bien de repetir esta acusación. En la prensa comunista inglesa, Maxton se convierte en un «reaccionario, enemigo de la clase obrera», lo cual es convenientemente vago. La razón de esta moderación simplemente se debe a que varias dolorosas lecciones han despertado en la prensa comunista inglesa un sano temor a la ley de difamación. El hecho de que la acusación no se repitiera en un país donde quizá sería necesario probarla demuestra que se trataba de una mentira.

Podría parecer que he considerado las acusaciones contra el POUM con mayor extensión de lo necesario. Comparada con las miserias de una guerra civil, esta riña intestina entre partidos, con sus inevitables injusticias y falsas acusaciones, puede parecer trivial. No lo es en realidad. Creo que las calumnias y las campañas periodísticas de este tipo y los hábitos mentales que revelan son capaces de ocasionar el daño más tremendo a la causa antifascista.

Quien se haya preocupado un poco por estos asuntos sabe que no es nada nueva la táctica comunista de atacar a los

opositores políticos con acusaciones falsas. Hoy usan el calificativo «fascista—trotskista», ayer emplearon el de «social—fascista». Hace sólo seis o siete años los juicios rusos «demostraron» que los dirigentes de la Segunda internacional, entre los que se contaban, por ejemplo, León Blum y miembros destacados del Partido Laborista británico, preparaban un gigantesco complot para la invasión de la URSS. Sin embargo, aún hoy los comunistas franceses aceptan de buen grado a Blum como líder, y los comunistas ingleses hacen lo imposible por introducirse en el Partido Laborista. Dudo de que acciones de este tipo rindan frutos, incluso desde un punto de vista sectario. Y entretanto, son evidentes el odio y las disensiones que la acusación de «fascista—trotskista» están causando. Los comunistas de base de todo el mundo son conducidos hacia una insensata caza de «trotskistas», y las organizaciones del tipo del POUM son empujadas a la tan estéril posición de meros partidos anticomunistas. Ya se ve el comienzo de una peligrosa división en el movimiento de la clase obrera mundial. Unas pocas calumnias más contra socialistas prominentes, Otros pocos fraudes como las acusaciones contra el POUM y la división puede tornarse insalvable. La única esperanza reside en mantener la controversia política en un plano tal que la discusión exhaustiva sea posible. Entre los comunistas y quienes se encuentran, o afirman encontrarse, a la izquierda de ellos existe una diferencia real: los comunistas sostienen que es posible derrotar al fascismo mediante una alianza con sectores de la clase capitalista (el Frente Popular), y sus opositores afirman que tal maniobra sólo sirve para dar al fascismo mayor fuerza. La cuestión debe debatirse; una decisión errónea puede conducirnos a una semiesclavitud de siglos. Pero mientras no se presente otro argumento que el grito de «¡fascista trotskista!», ni siquiera es posible comenzar a hablar. Yo no podría, por ejemplo, ponerme a

discutir la lucha de Barcelona con un miembro del Partido Comunista, pues ningún comunista, es decir, ningún «buen» comunista, admitiría que he dado una versión veraz de los hechos. Fiel a su «línea» de partido, tendría que declarar que miento o, en el mejor de los casos, que estoy totalmente equivocado y que cualquiera que haya ojeado los titulares del Daily Worker, a mil kilómetros del escenario de los acontecimientos, sabe más que yo acerca de lo que ocurrió en Barcelona. En tales condiciones resulta imposible conversar; falta la más mínima base de acuerdo necesaria. ¿Qué finalidad tiene afirmar que hombres como Maxton trabajan para los fascistas? Parecería que únicamente la de imposibilitar toda discusión seria. Como si en un campeonato de ajedrez, uno de los competidores comenzara de pronto a gritar que su contrincante es culpable de un incendio o de bigamia. La cuestión que realmente importa no se aborda nunca. La difamación no soluciona nada.

